

**SOBRE
LOS PORQUÉS
DEL HOMBRE
Y LOS MISTERIOS
DE LA FE**



Ex libris 3 (tercera versión) de
HUMBERTO VELÁZQUEZ MUÑOZ

ÍNDICE ORDINAL

0. Introducción.	009
I. DIOS	
1. La existencia de Dios.	015
2. Dios todopoderoso (omnipotente).	016
3. Dios ente personal.	017
4. Dios perfecto.	018
5. Dios libre.	018
6. Dios consumación.	019
7. Dios absoluto.	019
8. Dios vivo.	020
9. Dios real.	020
10. Dios omnipresente.	022
11. Dios eterno.	023
12. Dios único.	023
13. Dios bueno.	023
14. Dios verdadero.	024
15. Dios fiel, coherente, consecuente.	024
16. Dios inmutable.	025
17. Dios creador.	025
18. La criatura.	026
19. La Trinidad.	026
20. Dios principio y fin de todas las cosas.	031
21. Dios humilde.	032
II. EL PECADO	
22. La existencia del mal.	033
23. La mentira.	034
24. La seducción manipuladora.	034
25. El pecado.	036
26. El demonio.	037
27. El orgullo y la soberbia.	037
28. Dios amoroso.	039
29. La tentación.	040
III. LA CREACIÓN	
30. La creación.	040
31. El fin de la creación histórica.	047
32. La muerte.	047
33. La vida.	048

IV. EL HOMBRE

34. El hombre.	049
35. La libertad.	049
36. La relación de necesidad.	049
37. La relación de agradecimiento.	050
38. El odio y el rencor.	051
39. La relación de amor.	051
40. El amor.	052
41. La amistad.	053
42. La santidad.	054
43. El pecado original.	055
44. Las seguridades.	055
45. El pecado personal.	057
46. La tentación personal.	058

V. LA CONVERSIÓN

47. La conversión.	059
48. La fe.	059
49. El arrepentimiento.	060
50. La reparación.	061
51. Dios misericordioso.	061

VI. LA JUSTICIA

52. La justicia de Dios.	062
53. El sufrimiento y el dolor.	062
54. La fe y las obras.	064

VII. LA ORACIÓN

55. La oración.	065
56. El despojamiento ante Dios.	066
57. El conocimiento de Dios.	066
58. La escucha de Dios.	067
59. El lenguaje sugerente de Dios.	068

VIII. LA REVELACIÓN

60. La revelación.	070
--------------------	-----

IX. EL APRENDIZAJE

61. La reflexión.	072
62. La autocrítica.	075
63. El aprendizaje de la experiencia.	076

X. EL PADRE

64. Dios providente.	077
65. Dios Padre.	078

XI. LA ALIANZA

66. La Alianza.	078
67. Los mandamientos.	079
68. 1º) Amarás a Dios sobre todas las cosas.	080
69. 2º) No tomarás el nombre de Dios en vano.	080
70. 3º) Santificarás las fiestas.	081
71. 4º) Honrarás a tu padre y a tu madre.	081
72. 5º) No matarás.	082
73. 6º) No cometerás actos impuros y 9º) No consentirás pensamientos ni deseos impuros.	082
74. Macho y hembra los creo.	083
75. La sexualidad.	084
76. La afectividad.	086
77. La impureza o sexualismo.	086
78. La sublimación.	086
79. El enamoramiento.	087
80. La relación o situación matrimonial.	088
81. El adulterio.	089
82. 7º) No hurtarás.	090
83. 8º) No dirás falso testimonio ni mentirás.	091
84. 10º) No codiciarás los bienes ajenos.	091

XII. EL REINO

85. Las bienaventuranzas y el Reino de Dios.	092
86. Los pobres o pobres en el espíritu, (porque suyo es el reino de los cielos).	092
87. Los mansos, (porque ellos heredarán la tierra).	093
88. Los que lloran, (porque ellos serán consolados).	093
89. Los que tienen hambre, o hambre y sed de justicia, (porque ellos serán hartos).	094
90. Los misericordiosos, (porque ellos alcanzarán misericordia).	094
91. Los limpios de corazón, (porque ellos verán a Dios).	094
92. Los pacificadores, (porque ellos serán llamados hijos de Dios).	094
93. Los perseguidos por ser justos, (porque de ellos es el reino de los cielos).	094
94. Amar a los enemigos.	096
95. Dios Hijo.	096

XIII. MARÍA

96.	La Inmaculada Concepción.	097
97.	La Virgen María.	097
98.	La llena de Gracia.	098
99.	Santísima.	098
100.	Siempre Virgen.	098
101.	Asunta al cielo.	099
102.	Reina de cielos y tierras.	099
103.	Medianera de todas las gracias.	099
104.	Madre de los hombres.	100
105.	Madre de Dios.	100
106.	La Encarnación.	100
107.	San José.	101

XIV. JESUCRISTO

108.	Jesucristo el Hijo de Dios.	102
109.	Dios y hombre verdadero. (Hijo del hombre).	102

XV. LA MISIÓN

110.	La misión.	103
111.	El ejemplo.	104

XVI. LA REDENCIÓN

112.	La pasión y muerte de Jesús.	106
113.	La Salvación.	106
114.	La oblación por nuestros pecados.	107
115.	La corredención.	107
116.	Descendió a los infiernos.	108
117.	El efecto de la redención.	108

XVII. LOS SANTOS

118.	La comunión de los santos.	109
119.	Los santos.	111
120.	La Jerusalén celestial.	112
121.	Las advocaciones marianas.	112
122.	El Rosario.	113

XVIII. LA RESURRECCIÓN

123.	La Vida eterna.	113
124.	La resurrección de la carne.	113
125.	La resurrección de Jesús.	114
126.	La Ascensión.	114
127.	Sentado a la derecha de Dios Padre.	115
128.	Juez de vivos y muertos.	115

XIX. EL ESPÍRITU SANTO

129.	El castillo interior.	115
130.	La verdad os haré libres.	116
131.	Dios Espíritu Santo.	117
132.	El simbolismo y los signos.	119
133.	El lenguaje simbólico.	120

XX. LA IGLESIA

134.	El cuerpo místico de Cristo.	121
135.	La ciudad interior.	121
136.	La Iglesia.	122
137.	María, Madre de la Iglesia.	123
138.	La unidad de la Iglesia.	123
139.	La santidad de la Iglesia.	123
140.	La catolicidad de la Iglesia.	123
141.	La apostolicidad de la Iglesia.	124
142.	La estructura jerárquica.	124
143.	El primado de Pedro: El Papado.	126
144.	La infalibilidad del Papa.	126
145.	La capacidad de atar y desatar.	126
146.	Los mandamientos de la Iglesia.	127
147.	El ayuno.	127

XXI. LOS SACRAMENTOS

148.	Los sacramentos.	128
149.	El Bautismo.	128
150.	El perdón de los pecados.	128
151.	El agua que limpia.	129
152.	La Confirmación.	129
153.	El ungimiento.	129
154.	La Eucaristía.	130
155.	El pan y el vino.	130
156.	La Penitencia o Confesión.	130
157.	Lavaos los pies unos a otros.	131
158.	La Unción de enfermos.	131
159.	El Orden.	132
160.	El Orden sacerdotal.	132
161.	El Matrimonio.	132
162.	Los esposos.	133
163.	El celibato.	133

XXII. LO PROFÉTICO

164.	El profetismo.	134
165.	La profecía.	134
166.	La especulación profética.	135
167.	El don de lenguas.	136

XXIII. LA HISTORIA

168. El devenir histórico.	137
169. La historia del creyente.	139

XXIV. LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

170. Desde allí ha de venir. (La segunda venida).	150
171. Los últimos tiempos.	152
172. Los ángeles.	153
173. El Purgatorio.	154

XXV. LA CONSUMACIÓN

174. La entrega del Reino al Padre.	156
175. El Juicio final.	158
176. El Infierno.	160
177. El Cielo. (La Gloria).	160
NOTAS FINALES	161
Índice alfabético.	163

FECHAS DE ELABORACIÓN:

Primera versión: 4-III a 15-IV-1994
Mecanografía y retoques: 16-IV a 20-y-1994

Segunda versión: 26-V a 16-VII-1994
(añadido de Notas Aclaratorias)

Punto 169: 1985; X-1993 a 24-II-1995

Tercera versión: 12-II a 27-III-1996
(ampliación y completa reescritura)
Revisión y mínimos retoques: 28 a 31-III-1996
Mecanografía y retoques: 1-IV a 13-V-1996
Edición electrónica (con pequeños retoques): 1 a 22-VIII-2006

O. Introducción

El abordar los porqués del hombre y los misterios de la fe puede parecer una tarea inabarcable, pero eso no es sino un engaño del mundo de la apariencia, en el que todo parece inaccesible y lejano, en el que todo se encuentra en altas cumbres o en profundas fosas para indicar su "separación", como queriendo aparentar que no tiene nada que ver con nosotros. Estamos tan acostumbrados a poner pedestales y a condenar al hoyo, a establecer "distancias"... que somos nosotros mismos los que nos impedimos el acceso a ello con nuestra creencia.

Pues así como sea nuestra creencia, nuestra mente, nuestra lógica, será el mundo que mediremos con ella. Si lo medimos en metros, nos vendrá dado en metros; si lo hacemos en kilómetros, pues en kilómetros; si en yardas, en yardas; o si en varas castellanas, en varas castellanas. El mundo no variará por eso, ni dejará de ser lo que es, pero nuestra apreciación de ello sí; porque nuestra unidad de medida somos nosotros mismos, y tal cual seamos nosotros, será el mundo que mediremos; ya que el mundo que veamos será, entonces, la proyección de nuestras capacidades y de nuestro propio ser: de nuestro yo (y si cambiamos o modificamos nuestro yo, el mundo cambiará con nosotros, no porque haya dejado de ser lo que era, sino porque habrán cambiado los ojos que lo miran). Así que, quien esté resentido, verá resentimiento; quien desprecie, desprecio; quien sufra, sufrimiento; pero quien ame verá amor. Por eso la lógica no es suficiente para conocer el mundo, porque no abarca todo lo que *es* la persona, y sólo con ella, apreciaremos, ciertamente, un mundo lógico, pero solamente lógico, y por tanto, un mundo incompleto y parcial; por lo que, en el conocimiento del mundo, se habrá de implicar toda la persona, hasta su ser más profundo, para poder obtener, así, una vivencia y un verdadero conocimiento experiencial del mismo.

Así pues, sólo se puede conocer verdaderamente el mundo: amándolo; porque el amor es comprensión, y comprensión profunda, vivencial, en la que uno se implica, se compromete; y de esta forma, al compartirse la persona con ese mundo en el que vive y mira, puede llegar a conocer la Verdad escrita en nuestros corazones: la Verdad del mundo.

Y es, en esta visión profunda de las cosas, en la que se produce el encuentro con Dios, y es, en ella, en la que nosotros le situamos; por eso, la visión que cada uno tenga de Dios, nos hablará, igualmente, de cómo es cada uno. (Si mi Dios es mezquino, es que yo soy mezquino; si mi Dios es injusto, es que yo soy injusto; si mi Dios es inaccesible y ajeno, es que yo soy inaccesible y ajeno; pero si mi Dios es amor, es que yo soy amor.)

De esta forma, cobrando consciencia y dejando constancia de la dificultad, y, en cierto modo, imperfección que supone establecer una hilazón lógica de todos los porqués a tratar (algo así como intentar interpretar con un solo instrumento musical lo que debería hacerse con toda la orquesta, en su riqueza y superposición de timbres y contrapuntos), vamos a escoger una serie de temas o cuestiones que nos den, de la manera más amplia y clara posible, la "medida" de nuestro mundo: la visión más completa, unitaria y coherente que se pueda; usando para ello la unidad de medida más universal: nuestro propia

lógica, nuestra razón, que no puede ser deformable, elástica o acomodaticia, porque entonces no nos valdría para medir, ni valdría a nadie para conocer nada. Pero tendrá que ser quien lea, quien "mida": quien tenga que transformar, esa lógica, en sentimiento y vida, y "orquestar esa larga melodía", integrando unas cosas en otras, para, así, poder alcanzar la comprensión auténtica y verdadera de lo "medido"; es decir, tendrá que integrarlo en su cabeza y "bajarlo" al corazón para poder comprenderlo, abarcarlo, hacerlo propio, en definitiva: amarlo; ya que la Verdad y el Amor son distintas apreciaciones de una misma realidad: El Espíritu Santo. Y quien no lo haga así, obtendrá una interpretación torcida y errónea de todo ello.

O dicho de otra manera: Quien crea entender, pero no lo lleve a la práctica, implicando su vida en ello, no habrá entendido nada; aunque, aparentemente, sepa mucho; ya que siempre hay que amar para poder entender verdaderamente.

Por eso, en consecuencia, el tratamiento de los temas escogidos no será exhaustivo, sino lo más esquemático y simple que el autor sepa hacerlo, huyendo, en general, de pormenorizaciones o detalles superfluos, que podrían resultar interesantes para algunos, pero que sobrepasan la intención de esta obrita; que no es otra que la de iluminar y aclarar lo oscuro y confuso de la vida, para hacer más fácil el amar, y en consecuencia: el vivir; pero que no puede amar y ser libre en lugar de nadie. O dicho con otras palabras: Los ojos podrán estar sanos y la luz llegar perfectamente a ellos, pero si el cerebro no acoge e interpreta las imágenes, de nada vale. La ceguera será manifiesta.

Notas y comentarios:

1) Lo aquí escrito expresa, **única y exclusivamente**, la **opinión personal** del autor, y en ningún modo la de la Iglesia Católica, ya que, al ser sometido este escrito (el 23 de Mayo de 1994), a la censura oficial del Arzobispado de Madrid, el censor juzgó muy próximas al *panteísmo* sus primeras páginas, y no creyó menester continuar con su lectura.

Yo, autor de este escrito, que nunca lo he visto desde ese ángulo, pero que reconozco pueda ser visto, aun a mi pesar, de esa manera (confundiendo la Teocracia o Reino de Dios con el panteísmo): Confieso mi incondicional fe en Dios y la aceptación de la autoridad de la Iglesia a la que me someto.

Pido disculpas, porque si Dios no es así, cuando yo pensaba que estaba contando cómo era Él, lo que realmente debía estar haciendo era proyectarme y contar cómo soy yo, con lo cual, de nada vale. Así que todo lo que no sea Dios lo seré yo, y si hay algo bueno y auténtico, eso es entonces, lo que realmente será Dios.

Quede pues este escrito, como una *introspección en mí mismo* y no en Dios; (lo que viene a corroborar las palabras de la «Introducción»).

Nota a la 1ª versión, 26-27 de Mayo de 1994

2) Al comprobar cómo el contenido conceptual de los términos empleados por mí, no coincide con el comprendido por los lectores (tras cotejar otras opiniones para conseguir averiguar mis fallos), y como comprendo que ello conduce necesariamente a la mala interpretación y al error, he decidido añadir

estas notas aclaratorias, para intentar solventar, en la medida de lo posible, esa grave situación; aunque este esfuerzo resultaría inútil si no se produce la contrarréplica por parte del lector, que tiene que esmerarse en facilitar la comunicación, y para ello, deberá pensar siempre bien (con rectitud) de lo que lee, mirándolo con mirada limpia, esforzándose en evitar autoproyectar sus propias ideas. En caso contrario, el lector se estará viendo y escuchando a sí mismo (a sus propias concepciones y prejuicios), y la comunicación será imposible. (Al prejuzgar algo se ve el propio prejuicio, los propios condicionantes previos, y no la realidad de lo que se mira, por lo que se habrá de mirar con ojos y mente de niño, que no tiene ideas preconcebidas sobre nada.)

Yo, por mi parte, he procurado poner toda mi buena intención en ello. Además me he esforzado, hasta casi lo imposible (según mi capacidad), en hablar exclusivamente de Dios, eludiendo la autoproyección de mí mismo. Por eso, insisto y ruego que se piense siempre *bien* (con bondad) sobre lo que el texto quiere decir.

Con este motivo he añadido definiciones del diccionario en las «Notas y comentarios», para que sirvan de apoyo sobre el que construir un idioma común; advirtiéndolo, que las palabras llevan siempre incluidas, simultáneamente, todas sus acepciones, y que es, el sentido de la frase y de todo lo que le rodea, el que marca cual o cuales son los que han de escogerse (o desecharse).

3) El modo de desarrollarse este escrito es filosófico, pero NO es Filosofía, con lo cual se ha de hacer *tabla rasa* de todos los conceptos, técnicas, lenguajes y convencionalismos propios de tal saber. (Lo que decíamos en la nota anterior sobre el mirar con ojos y mente de niño.) Es teológico, pero NO es Teología (e igualmente *tabla rasa* con las ideas preconcebidas). Es lógico, pero NO es Lógica (y lo mismo). Es experiencial, pero NO es Experimentación (y, por la misma razón, no es abarcable por sus reglas). Está cargado de ciencia, pero NO es científico (porque, igualmente, desborda sus premisas). Y así con otros aspectos.

La Filosofía, la Teología, la Lógica, la Experimentación, etc., son relatividades de lo que este texto pretende transmitir, por lo que todas son abarcadas, todas son incluidas, pero en ninguna de ellas se concreta dicho texto; ya que, en él, no se encuentra el posible antagonismo u oposición excluyente que, en algún momento, puede detectarse entre ellas. Es decir: sería un "a modo de" punto en que se funden y confunden (organizadamente hablando), todos los saberes para formar uno solo (del que todos sacan la verdad, pero una verdad parcial; como prueba el hecho de que unos no consigan incluir a los otros en un todo completo y organizado).

Dice el libro, de la Sabiduría (7, 24-30; 8,1):

«Pues más móvil que todo movimiento es la sabiduría,
y con su pureza todo lo atraviesa y lo penetra.

Es ella un hálito del poder de Dios,
una emanación pura de la gloria del Omnipotente;
por eso nada manchado entra en ella.

Es una irradiación de la luz eterna,
un espejo inmaculado de la actividad de Dios,
una imagen de su bondad.

Aunque es una, lo puede todo,
sin salir de sí, todo lo renueva,
y, entrando en cada época en las almas santas,
hace amigos de Dios y profetas.

Porque Dios sólo ama al que vive con la sabiduría.

Ella es más bella que el sol,
y supera a todas las constelaciones.

Comparada con la luz sale vencedora,
porque la luz tiene que dejar paso a la noche,
pero no hay maldad que prevalezca sobre la sabiduría.

Ella despliega su fuerza de un extremo a otro,
y todo lo gobierna acertadamente.»

De todas formas, la confirmación de todos estos principios en el universo tangible, puede encontrarla quien la busque, en el libro «Sobre Lenguaje» (del que también soy autor), y en el que se aborda, no sólo la lengua, sino toda la creación, como si se tratara de un inmenso lenguaje; estudiando por ello "El Medio" (entendido como lo que somos y nos rodea), para saber de qué nos comunicamos, cuál es el contenido de dicha comunicación, y a qué nos referimos cuando nos comunicamos (relacionamos). Por eso, dicho libro, lo citaremos textualmente (en su redacción primitiva de 1983-84) en algunas de estas notas.

4) Me ha sido dicho que, como principio dogmático, a Dios no se le puede entender, ni jamás se le llegará a comprender. Pero yo digo que Dios nos ha dado la razón (el entendimiento) para algo, (para amarlo también con ellos) y no sólo para perder el tiempo en vanos conocimientos; y que, además, la Iglesia Católica ha elevado a dogma de fe que a Dios se le puede conocer mediante la pura y simple razón, lo que el Concilio Vaticano I expresa con estas palabras: «Quien afirme que el único Dios, nuestro Creador y Señor, no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana a través de las criaturas, sea anatema.»

Notas a la 2ª versión, Junio de 1994

5) Creo haber encontrado, por fin, tras largo tiempo de incertidumbre y perplejidad, el quid de la cuestión que explique la incomprensión profunda sufrida por este escrito, y la raíz de su dificultad. (Siempre lo más cercano es lo menos evidente a los ojos.)

Se trata de la peculiaridad de visión, o ángulo de mira que dicho texto aporta o introduce. De su visión **relacional**. (Para mí, habitual y, hasta ahora, inconsciente, pero, al parecer, inhabitual en los demás.)

La novedad (y, a la vez, la extrañeza), no se encuentra en su "contenido": en "lo que dice"; ni en el "continente": en "cómo lo dice"; sino en la relación e integración de ambos. Es decir, en su "funcionabilidad": en "por qué y para qué lo dice"; ya que es, en esa integración, donde la propia relación alcanza la categoría de ente, de "cosa", y donde las "cosas" "**son**" según su función, y, de tal forma, que es esa función la que les otorga el nombre. Es, por así decirlo, dar consistencia a esa tercera dimensión (que habitualmente usamos sin darnos cuenta y tenemos en "nada" o, incluso, despreciamos), de tal manera, que

podamos elevarnos en ella, y, alejándonos de los árboles, llegar a apreciar ese bosque que los mismos árboles nos ocultaban.

Si tuviéramos los ojos pegados al papel, nunca podríamos apreciar lo que en él hay escrito. Hay que distanciarse de él, guardando una distancia de perspectiva, para poder leer. De esta forma se pierde la visión de inmediatez, pero se gana la de perspectiva. Se deja de vivir solamente en una calle, para, además, apreciar el plano o mapa de todas las calles de la ciudad, con todas las relaciones y posibilidades. (Y un mapa resulta incomprensible y absurdo para quien nunca ha visto ninguno o no ha aprendido a usarlo, al igual que los signos alfabéticos lo serán para quien los desconoce.)

Verdad es, que con esta visión se llega a un cataclismo o colapso del universo visual en el que nada es lo que parece (situación que puede comprobarse en «Sobre Lenguaje»), pero que, en el fondo, no cambia nada, salvo, únicamente, los ojos que lo miran (porque las ventajas de ver en tres dimensiones superan lo imaginable, ya que nada queda igual a como estaba, y todo se hace nuevo ante el que mira).

Por todo ello, voy a intentar "aterrizar" determinados detalles o aspectos que puedan mostrar la manera de "aterrizar" todo lo demás, pero es fundamental que el lector se eleve al terreno de la abstracción, de la relacionabilidad (al encuentro en la "nube"), para poder asumir la visión y sus consecuencias y frutos; en caso contrario no aprenderá a "descifrar" la abstracción del "mapa" y su relación con el mundo tangible, y se sumirá simplemente en un confuso galimatías abstracto, sujeto a todo tipo de interpretaciones, al igual que las sombras en la cueva de Platón.

No hay que olvidar que, en estas circunstancias, todo se encuentra abierto a la relacionabilidad (las palabras, las frases, las intenciones, las circunstancias, las sugerencias...), y todo aspira a la pluripotencialidad, a llenarse de contenido (y cuanto más rico, mejor), pero que dicho contenido, por necesidades del discurso lógico, se irá manifestando progresivamente, por lo que, al principio, parecerá salir de la "nada", del vacío conceptual, como punto de partida sobre el que construir. (De ahí lo de hacer "tabla rasa" con todas las ideas previas.) Y habrá que ejercitar la paciencia para dar lugar a que, poco a poco, se vaya respondiendo a todas las preguntas o dudas que se puedan agolpar.

Nota a la 3ª versión, 12-13 de Febrero de 1996

6) Han pasado diez años, en los que este escrito ha permanecido en "barbecho", y, durante este tiempo, su contenido no se ha visto desautorizado por mi vivencia y experiencia de fe, sino más bien, al contrario, consolidado y confirmado. Ha llegado, pues, el momento de que sea sacado del ostracismo a través de su edición electrónica. Sí veo necesario precisar y recalcar que, la "visión relacional" que le sirve de soporte y "novedad", confiere a la relación (en abstracto) el ser portadora de la esencia de las "cosas" (todo objeto o ente de razón). Con lo que las "cosas" *son* según se relacionan. O dicho de otro modo: Las "cosas" reciben su nombre según su función.

En consecuencia: No se puede confundir la esencia de Dios (absoluto), con la de sus criaturas (relativo). Error que puede llevar a ver panteísmo donde no lo hay, si no se tiene *permanentemente* presente esta advertencia.

Teológicamente hablando, podríamos decir que, la “visión relacional” sería una visión desde el Espíritu Santo. Quizás, dicho así, resulte más fácil de comprender.

7) En esta edición electrónica sólo se han añadido algunas pequeñas precisiones o aclaraciones, y algunos retoques de estilo.

Notas a la edición electrónica, 5 de agosto de 2006

I. DIOS

1. La existencia de Dios

¿Qué o quién es Dios? ¿Existe? ¿Puedo conocerlo? ¿...?

En el libro del Éxodo (3, 13-15) Moisés le dice a Dios: «Pero si ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderás a los hijos de Israel: “**Yo soy**” me ha enviado a vosotros.»

El nombre define lo nombrado: *Yo soy* es como decir *el existente*, o lo que es lo mismo: *la existencia por antonomasia*, la que **es** todo, y todo depende de ella.

Y si ahora nos preguntamos permutando el nombre: ¿La existencia existe? Nos encontraremos ante el “sumun” del absurdo de una pregunta que se responde a sí misma, porque si no existe: ¿qué hacemos preguntándonoslo? O dicho con palabras de Descartes: «Pienso, luego existo». Luego lo evidencia no puede ser más explícita.

Notas y comentarios:

1) Al haber hecho tabla rasa (en la medida de lo posible) con las ideas preconcebidas, la palabra *Dios* queda sin contenido (en principio), contenido que se ha de encontrar, por eso es por lo que, como hipótesis de trabajo, identifico Dios y la existencia como su primer contenido (porque por algún sitio hay que empezar), y será el desarrollo posterior el que confirme o desestime tal hipótesis.

Además, la permuta del *existente* por *la existencia*, es para manifestar más claramente la capacidad relacional, la funcionabilidad de la expresión. Es, como dirían los filósofos, transformar un *objeto* en un *ámbito de relación*, con lo que se está mostrando su pluripotencialidad. (Perspectiva propia y exclusiva de la *visión relacional*.)

2) Dice el diccionario:

«EXISTIR: -Tener ser real y verdadero.
-Vivir, subsistir.
-Haber.»

«EXISTENCIA: Acto y condición de existir.»

«HABER: -Poseer, tener una cosa.
-Coger, alcanzar, llegar a tener uno en su poder.
-Acaecer, ocurrir, verificarse.» Etc.

Mi concepto de existir consiste en la simultaneidad de estas tres acepciones, pero que, en este punto del discurso en el que salimos de la “nada” y aún no se ha mencionado ni la realidad ni la verdad ni la vida, se tiene que concretar forzosamente en el *haber*; es decir: ¿*Hay Dios?* Luego, a medida que

surjan y se traten esas acepciones, el concepto de existencia, se irá llenando de contenido.

3) Dice el diccionario:

«TODO: -Que se toma o se comprende enteramente según sus partes.
-Cosa íntegra.»

«PARTE: -Porción de un todo.
-Cantidad determinada de un agregado numeroso.
-Porción que se da a uno en repartimiento.
-Sitio o lugar.» Etc.

«SER: -Esencia, naturaleza.
-Ente.
-Valor, estimación de las cosas.
-Modo de existir.
-Afirma del sujeto lo que significa el atributo»
(es un modo de posesión mediante la identificación).
«-Haber o existir.
-Estar en lugar o situación.» (Y otras secundarias.)

«ESENCIA: -Naturaleza de las cosas.
-Lo permanente e invariable en ellas; lo que el ser es.»

«NATURALEZA: -Esencia y propiedad característica de los seres.
-Virtud o calidad de las cosas.
-Conjunto y disposición de las cosas existentes.
-Principio universal de todas las operaciones naturales.» Etc.

Los conceptos aportados por las palabras son siempre completos y abarcan todas las acepciones simultáneamente, y son las circunstancias, el contexto, el que delimita la o las acepciones a elegir (que no tienen por qué ser una sola).

Si, por hipótesis, tenemos solamente la existencia de la que partimos, ella es todo porque no hay más.

4) La cita de Descartes, viene a cuento de que, el pensamiento, debe tener, como primer contenido, la existencia, para poder llegar a ser pensamiento (lo mismo que la existencia debe existir para poder ser lo que es). Y por eso, porque existimos, podemos llegar a preguntarnos sobre si la existencia existe.

(Este comentario hubiera sido innecesario si al leer el texto primitivo con visión y pensamiento relacional, se hubiera comparado la primera expresión del párrafo con la segunda, porque se habría sacado de ello lo que ambas tienen de común, al haberlas elevado previamente al terreno de las intenciones o ámbitos de relación.)

2. Dios todopoderoso (omnipotente)

Porque existe, puede ser... tal cosa o tal otra. Tiene la posibilidad de ser y la capacidad de ser cualquier cosa. Todo es posible para la existencia, porque si algo no le fuera posible, no existiría y no lo podríamos concebir.

Notas y comentarios:

Dice el diccionario (además de las definiciones ya transcritas):

«PODER: -Dominio, imperio, facultad para mandar o hacer algo.
-Tener expedita la potencia o facultad de hacer alguna cosa.» Etc.

«POSIBLE: Que puede ser o existir; que puede suceder o se puede ejecutar.» Etc.

«COSA: Todo lo que tiene entidad, esencia o existencia.»
(Otras más relativas que no son del caso:
«-Lo que puede ser poseído, en contraposición a las personas que son libres.
-El objeto material, en oposición a los derechos creados sobre él y a las prestaciones personales.»)

El contexto de las frases indica que la acepción más destacada del verbo ser en este punto, es la de *modo de existir*. Porque lo que se destaca en este punto es, precisamente, esa pluripotencialidad de la existencia que nos otorga la visión relacional (visión que llena de "vida" todo lo que "toca").

Así que si ahora sustituimos las palabras claves por sus respectivas definiciones, veremos con más claridad lo que el texto quiere decir:

«Porque es la existencia (tiene y es el *acto y condición de existir*), puede existir, y si puede existir por sí misma (domina el existir), puede ser (domina el modo de existir), y, con ello, *todo lo que tiene entidad, esencia y existencia*, (las cosas)».

3. Dios ente personal

Si puede ser cualquier cosa, ¿por qué no un ente personal?

Notas y comentarios:

Añade el diccionario:

«ENTE: Lo que existe o puede existir.»

«PERSONA: Supuesto inteligente.» Etc.

«PERSONALIDAD: -Diferencia individual que distingue a cada persona de las demás.
-Conjunto de cualidades que constituyen a la persona o supuesto inteligente.»

El simplísimo argumento empleado es la extrapolación del que utilizó la Iglesia para el dogma de la Inmaculada Concepción. Algo así como: Era conveniente, podía, pues lo hizo.

(Y, además, también puede ser más cosas, pero no adelantemos acontecimientos.)

4. Dios perfecto

Si puede ser cualquier cosa, ¿por qué no algo perfecto?, ¿un ente personal perfecto?

Notas y comentarios:

Precisa el diccionario:

«PERFECTO: Que tiene el grado máximo de bondad o excelencia.»

5. Dios libre

Si la libertad es la capacidad de optar, de elegir, de ser: Dios (la existencia) puede ser cualquier cosa. ¿Y cómo puede ejercer esa libertad?: Pues siéndolo.

Dios puede ser todo siéndolo todo. Esa es su Libertad.

La máxima libertad es ser todas y cada una de "las cosas", siendo todas y cada una de "las cosas" (entendiéndose "cosas" en el sentido más absoluto y abstracto de la palabra).

Notas y comentarios:

Define el diccionario:

«LIBERTAD: -Facultad de obrar de una manera o de otra y de no obrar.
-Falta de subordinación.»

«VOLUNTAD: -Potencial o facultad del alma, que mueve a hacer o no hacer una cosa.
-Acto con que esta potencia o facultad admite o rehuye una cosa.
-Elección espontánea de una cosa.» Etc.

La riqueza que aporta la visión o pensamiento relacional al concepto de libertad lo plenifica de pluripotencialidad (incluyendo el concepto de voluntad en su seno), con lo que se obtiene una visión algo diferente a la usual. Es esa *falta de subordinación* a una cosa concreta la que lo engrandece, al simultanear una cosa, otra, y, a la vez, ninguna en concreto: Todas y ninguna.

Así, Dios (la existencia pluripotencial y personal *que tiene el máximo de bondad o excelencia*), es libre de ejercer su capacidad todopoderosa (pluripotencial) y no subordinarse a sólo una cosa (ente, entidad, esencia, existencia). Es decir, cuando elige simultáneamente obrar de una manera, obrar de otra y no obrar.

(Mucho ojito con no despistarse con la creación tal como la conocemos y el concepto de cosa creada, porque la creación y las cosas creadas aún no están. Por ahora sólo estamos hablando de Dios, de su organización interna, de la *"existencia pluripotencial personal perfecta y libre"*. El "fuera de la existencia", evidentemente, aún no está.)

A modo de ejemplo piénsese en la célula huevo humana (en el cigoto), y cómo su libertad consiste en ejercer su poder, su potencia, desarrollándose hasta formar un hombre (hombre o mujer), sin subordinarse a ser una sola célula, un solo tejido, un solo órgano, o un solo aparato o sistema. Y cómo no

sería plenamente libre, si no pudiera ser brazo o no pudiera ser pierna o no pudiera ser persona, (es decir, desarrollar su brazo o su pierna o su persona). Así, disfruta plenamente su libertad, cuando es todas y cada una de las células, tejidos, órganos, y aparatos, y a la vez no es ninguno en concreto. Pero si no se desarrolla, no puede disponer de su libertad, y muere por carecer de sentido su ser unicelular. (Pero su libertad no acaba ahí por ceñirse a lo dicho, sino que va mucho más allá. Eso lo veremos en el punto siguiente.)

6. Dios consumación

En el ejercicio de su libertad, Dios es todas y cada una de las "cosas" simultánea y perfectamente.

Notas y comentarios:

Acota el diccionario:

«CONSUMAR: Llevar totalmente a cabo una cosa.»

Y yo le añado la siguiente acepción: Conjuntar orgánicamente en una sola cosa, todas y cada una de las partes independientes que la constituyen. (Es decir, sumar conjuntamente elementos, resultados parciales y totales.)

Al "consumar" ambas acepciones y aplicar el resultado al concepto que hasta ahora tenemos de Dios, lo que estamos haciendo es llenarlo plenamente de contenido. A partir de este punto, el crecimiento conceptual ya no puede evolucionar hacia el engrandecimiento, sino hacia la precisión y el detalle. Lo que, quizás, pueda apreciarse con más claridad, si lo aplicamos al ejemplo del cigoto.

La consumación de la célula huevo primitiva consistiría en convertirse, de hecho, en hombre. En ello, el ser humano no pierde nada de su individualidad y unidad en lo que respecta a la transformación del cigoto en hombre pluricelular, sin embargo, antes era una sola célula y ahora está constituido por millones (aunque ya sin su potencia primitiva); pero además, la consumación no será tal, (no será plena y completa), si a su vez ese hombre pluricelular no desarrolla todas sus fases (niño, adulto, anciano) y todas sus capacidades y posibilidades (vida en plenitud). Con lo que ahora disfruta plenamente de su libertad, y antes, cuando era cigoto, no. (La diferencia en riqueza es abismal.)

Así pues, si la existencia no es pluripotencial (todopoderosa), personal, perfecta, libre y consumada, no es existencia (con lo que volveríamos al absurdo que se plantea en el punto 1, por lo que en consecuencia, Dios, "Yo soy", es todo eso).

7. Dios absoluto

El absoluto es algo inherente a la existencia, porque lo que ella no abarque, no hay lugar para ello ni tan siquiera como posibilidad.

Notas y comentarios:

Dice el diccionario:

- «ABSOLUTO: -Que excluye toda relación, ilimitado, independiente, sin restricción alguna.
-La idea suprema e independiente de toda condición.»
- «RELATIVO: -Que hace relación a una persona o cosa.
-Que no es absoluto.»
- «RELACIÓN: Conexión, correspondencia, enlace, vínculo entre dos personas o cosas.»

En la definición de absoluto, ha de entenderse la frase *que excluye toda relación* como relación de iguales o en un mismo plano, ya que, sin embargo, la relación con sus relativos es ley, por que no puede plantearse el término *relativo* sin implicar a un absoluto que sirve de referencia y le incluye, y viceversa. (Es una relación de oposición—complementariedad.)

De esta forma, y volviendo al ejemplo de la célula huevo, las células del hombre pluricelular constituirían los respectivos relativos del cigoto correspondiente, que actuaría, a modo de absoluto que las contiene. Sin embargo, ello no afecta a la identidad, la individualidad y al gobierno del cigoto, que se mantiene incólume en el hombre pluricelular, por lo que todas las demás células sólo tienen pleno sentido en relación a él.

8. Dios vivo

Quien es todo en absoluto: es la Vida.

Notas y comentarios:

Define el diccionario:

«VIDA: -Fuerza interna sustancial de los seres orgánicos, mediante la cual obran éstos.

-Estado de actividad de los seres orgánicos.»

Y entre otras muchas:

«Cosa que contribuye al ser o conservación de otra.»

La conjunción orgánica que le otorga la consumación y su dinámica e interrelación internas, manifiestan esa fuerza a la que alude la definición, y constituyen ese estado de actividad, de mantenimiento o conservación que se conoce por vida. La manifestación de su libertad es pues su vida, y si su libertad es absoluta, su vida también. Véase, si no, en nuestro ya habitual ejemplo, cómo la dinámica interna del hombre constituye su vida; si ésta cesa, aparece la muerte (deja de manifestar su libertad).

9. Dios real

La realidad puede tener muchas manifestaciones o modos: objetiva, subjetiva, imaginaria, interna, externa, etc.; pero todas ellas son reales porque existen, ya que esa existencia es, precisamente, la que les da realidad. Así pues, todo lo que Dios "piensa" (todo lo que la existencia puede ser y es): existe y es real. (Esa es su Libertad, como decíamos en los puntos anteriores.)

Esto mismo puede ser experimentado en nuestro propio pensamiento, comprobando cómo, algo tan "imaginario" y abstracto, es capaz, por sí solo, de darnos la realidad a nosotros. Es, precisamente, ese pensamiento, el que nos convierte en reales al decir: Pienso, luego existo. Y es, precisamente en la abstracción, donde asentamos nuestro concepto del yo.

Sin embargo, tenemos la costumbre de despreciar, de forma habitual, "cosas", como irreales, sin llegar a darnos cuenta que esa irrealidad es relativa, y se refiere, exclusivamente, a un tipo concreto de realidad; y sin embargo, la realidad, al igual que la existencia, es absoluta.

Notas y comentarios:

1) Precisa el diccionario:

«REALIDAD: -Que tiene existencia verdadera y efectiva.
-Verdad, sinceridad.»

«EFECTIVO: Real y verdadero.»

«EFECTO: -Lo que resulta de la acción de una cosa.
-Fin para que se hace una cosa.»

«VERDAD: -Conformidad de las cosas con el entendimiento,
de la idea con su objeto.
-Inmutabilidad de las cosas.
-Conformidad de lo que se dice con lo que se siente
o se piensa.
-Realidad (existencia real y efectiva).»

«ENTENDIMIENTO: -Facultad del alma, por la cual concebimos,
comparamos y juzgamos las cosas,
o inducimos y deducimos unas de otras.
-El alma racional; la razón humana.
-Inteligencia o sentido que se da a aquello
que se dice o escribe.

En resumen, el concepto de realidad incluye: todo aquello que tiene existencia, que juzgamos conforme con nuestra idea (es decir, con nosotros mismos), que produce una acción con un sentido determinado, y que, además, es inmutable (no puede cambiar).

En la definición hay un aparente contrasentido, y es confundir nuestra idea de las cosas, que es mudable, con lo inmutable (la verdad de Dios). Así que eso, sólo deja una opción que lo explique, y es que, en la medida en que nuestra idea de las cosas cambia, y tiende a la inmutabilidad, nuestra percepción de la realidad también cambia, y lo que antes apreciábamos como real comenzamos a denominarlo irreal. Pero lo que en unas determinadas condiciones y circunstancias era real (tenía existencia verdadera y efectiva), no deja de serlo porque se modifiquen dichas circunstancias, lo que pasa es que se pierde el absoluto aparente, y manifiesta entonces su relatividad, es decir, se transforma en una realidad relativa (pero que siempre será aparentemente absoluta en las condiciones primitivas). O dicho de otra manera: Es realidad, pero no toda la realidad; así pues, sólo quien es absoluto puede ser absolutamente real.

Un ejemplo ilustrativo de este asunto podrían ser las ensoñaciones que se producen durante el sueño, o los delirios. Las ensoñaciones son tomadas por el

sujeto como absolutamente reales, pero exclusivamente hasta que se despierta (hasta que cambian sus condiciones: su paradigma vital). Los delirios, sin embargo, se confunden con la realidad que los otros (los cuerdos) admiten, y al afectado le es imposible distinguir tal diferencia hasta que no consigue superar esa situación (cambiar sus condiciones, su paradigma).

Pues como consecuencia de todo esto se deduce, que, al igual que en el ejemplo, podemos estar "viendo" (cuando miramos el mundo), una realidad equivocada (es decir, una realidad parcial tomada como total, como absoluta), con lo que sólo veremos la absoluta realidad cuando veamos a través de los "ojos" de Dios, cuando "miremos" con la absoluta verdad de Dios.

Y por la misma razón, si para el hombre, todo lo que puede y pueda pensar se convierte en una realidad para él, ¡cuánta más realidad será lo que Dios pueda pensar!

2) A propósito de lo abstracto y la abstracción dice el diccionario:

«ABSTRAER: Separar, mentalmente, las cualidades de un objeto para considerarlas aisladamente o para considerar el mismo objeto en su pura esencia o noción.»

«ABSTRACTO: Alguna cualidad considerada en sí misma, con exclusión del objeto.»

«CONCRETO: -Determinado, limitado, especificado.
-Que tiene realidad material.»

«CONCRETAR: -Combinar, concordar.
-Espesar, solidificar.
-Reducir a lo esencial y seguro aquello de que se habla o escribe.
-Reducirse a tratar o hablar de una cosa.»

Al comparar entre sí estas definiciones se puede observar que, ante la aparente oposición de lo abstracto y lo concreto, aparece, sin embargo, un matiz común: *"considerar en su pura esencia o noción"*, y *"reducir a lo esencial y seguro"*, es decir: *la esencia*, que, según vimos, definía el diccionario como: *«lo que el ser es»*.

No puedo por menos que recordar y cotejar *lo que el ser es*, con el nombre que da Dios a Moisés: *Yo soy* (nombre con el que iniciamos estos puntos de reflexión). Y apreciar en ello, cómo se funde en ese nombre lo concreto y lo abstracto, es decir, toda la realidad, para formar una perfecta unidad. (No hay mejor definición.)

(Esta reflexión hubiera pasado desapercibida, si no fuera gracias al pensamiento o visión relacional, que permite estar abierto a comparaciones continuas, y buscar constantemente nexos de unión.)

10. Dios omnipresente

La existencia está presente, con toda su realidad, en todo lo existente (y todo existe).

11. Dios eterno

La eternidad, al igual que el absoluto, es algo inmanente a la existencia. Algo menos o inferior a eterno ya es un relativo (pierde el absoluto).

Notas y comentarios:

El concepto de eternidad lleva implícito una referencia al tiempo, pero no ha de verse este "tiempo" desde nuestro punto de vista de la historia, es decir, como "tiempo histórico", porque la Creación tal como la conocemos aún no "está" (no hemos llegado a tratar sobre ella), sino como un tiempo "no histórico" (o suprahistórico), que podríamos definir como un "lugar en el espacio" o una "situación espacial". (Obsérvese que con **sólo** sustituir el "tiempo histórico" por el "suprahistórico o consumado", cambia totalmente el paradigma de realidad, y con ello, nuestra apreciación de la misma.)

(Quien desee profundizar en este asunto, puede leer lo referente a estas cuestiones en «Sobre Lenguaje».)

12. Dios único

La existencia sólo es una. Podrá haber muchas formas de ser (o maneras de existir), pero la existencia es única.

Notas y comentarios:

Se podría plantear el problema de la "existencia" de la "no existencia" como posible competencia a la unidad o unicidad de Dios, pero esto, ya de por sí, es un absurdo.

A este respecto se dice en «Sobre Lenguaje» (*Cap. II: El Medio*):

«O dicho de otra manera, si pensamos en el concepto absoluto de existencia, y en el de no existencia: observaremos que la "no existencia" existe, y que, por tanto, es existencia; ya que si no existiera sólo tendríamos existencia. O sea, que la "no existencia" sólo tiene sentido como concepto relativo al de existencia, mostrando con ello que el concepto afirmativo en abstracto es el único que puede ser absoluto, ya que la negación no es sino una afirmación negativa.»

En esta especie de trabalenguas lógico se aprecia que hasta el absurdo tiene una explicación y una razón de ser, lo que confirma aún más la unidad de todo.

13. Dios bueno

Dios se acepta y se conserva a sí mismo por entero y en todas sus posibilidades de ser, no puede negarse en su ser absoluto, dejaría de existir si no conserva su propio ser. (La existencia no puede negarse a sí misma ni a sus cualidades inherentes. Si negase aunque fuera la más pequeña, perdería su libertad, su ser absoluto, etc., etc., hasta "suicidarse" dejando de existir, con lo cual no nos estaríamos planteando estas cosas.)

Notas y comentarios:

Aclara el diccionario:

«BUENO: -Que tiene bondad en su línea.
-Útil para alguna cosa.
-Gustoso, agradable, divertido.
-Grande que excede a lo común.
-Sano, con buena salud.
-Demasiado sencillo, bondadoso.» Etc.

«BONDAD: -Calidad de bueno.
-Inclinación a hacer el bien.
-Blandura y apacibilidad de carácter»

«BIEN: -Aquello que en sí mismo tiene el complemento de la perfección en su género, o lo que es objeto de la voluntad, la cual se mueve siempre para satisfacer sus aspiraciones de alcanzar la perfección ya sea verdadera, ya aprehendida falsamente como tal.
-Utilidad, beneficio en su concepto más amplio.
-Con bondad, perfección, justicia, corrección y belleza en su línea.» Etc.

Podemos comprobar, cómo estas definiciones concuerdan con lo que hemos visto hasta ahora sobre la libertad y absoluta perfección de Dios, y en consecuencia, con su bondad.

14. Dios verdadero

El conocimiento de sí, la comprensión absoluta de su realidad absoluta viéndose a sí mismo, es La Verdad (con mayúscula).

Notas y comentarios:

Recordando la definición de «VERDAD» que aparece en la nota al punto «9. Dios real», queda claro que si la verdad no se asume, no es una verdad completa.

Si Dios no asume su verdad, si no se acepta a sí mismo tal cual es, no puede estar en la verdad absoluta, en la plenitud de la verdad, y por tanto, no puede ser La Verdad. (Y, por ende, no podría ser nada de lo que llevamos visto hasta ahora).

15. Dios fiel, coherente, consecuente...

La fidelidad y la coherencia son consecuencias inseparables de la aceptación de su propia verdad y su conservación: de su bondad.

Notas y comentarios:

Define el diccionario:

- «FIEL: -Que guarda fe.
-Exacto, conforme a la verdad.
-Que tiene en sí las reglas y circunstancias debidas.» Etc.
- «FIDELIDAD: -Lealtad, observancia de lo que uno debe a otro.
-Exactitud, puntualidad en la ejecución de una cosa.»
- «LEALTAD: -Calidad de leal.
-Legalidad, realidad, verdad.»
- «COHERENCIA: Conexión, relación o enlace de unas cosas con otras.»
- «CONSECUENTE: -Que sigue en orden o a continuación de alguna cosa.
-Dícese de la persona que obra con arreglo a sus principios.»

Es muy importante sacar una idea bien clara, de que todas estas características o cualidades de las que hemos tratado hasta ahora, son consecuencias ineludibles e inseparables de la existencia primigenia, y que si falla alguna de ellas, el fallo se "transmite" o implica a la propia existencia. Porque si esta situación se aprecia con claridad, se verá, al aplicar esto mismo al hombre, cómo, cuando algo de esto falla en él, estará atentando contra su propio ser y existencia como individuo, en un auténtico suicidio. (Cuando falla la fidelidad, la coherencia, la bondad, la libertad, la perfección, la verdad, etc., etc.)

16. Dios inmutable

En consecuencia, Dios no puede ser arbitrario, ni caprichoso, ni aleatorio; porque eso sería negarse a sí mismo, negar su bondad, su perfección, su coherencia, su libertad, su ser absoluto... La existencia absoluta no puede decir ahora existo, ahora no, ahora sólo soy dieciocho "cosas", ahora sólo soy cuarenta. Su fidelidad y coherencia le llevan a ser y permanecer.

17. Dios creador

Esa capacidad de ser todo y ser parte, ejercida, manifestada (Dios libre), le permite ser todas y cada una de las "cosas" simultáneamente y sin dejar nada (Dios consumación), pero sin perder nunca la perspectiva de la situación: el absoluto (Dios absoluto), con lo que es capaz de originar "partes", "cosas", "criaturas" independientes, pero que tienen su existencia, su realidad en él.

Véase, en nuestro ya habitual ejemplo, al cuerpo humano como una aproximación a esa estructura consumada: Cómo está constituido por partículas subatómicas, átomos, moléculas y sustancias inorgánicas, orgánicas, ácidos nucleicos (como en los virus), células, funciones vegetales, funciones animales, y funciones superiores o humanas que le permiten reconocerse a sí mismo; pero que, además, le abren la posibilidad de reconocer y relacionarse con Dios, y de ascender ese grado más que le falta.

Todas esas "partes", estructuras o niveles estructurales inferiores al de hombre, pertenecen y en cierto modo "son" hombre, si están unidos orgánicamente a él, pero no son propiamente hombre. De igual modo, todas las criaturas inferiores a Dios no son Dios propiamente, pero lo pueden ser por participación.

Notas y comentarios:

Lo dicho no contradice en nada el dogma de *Jesucristo Dios y hombre verdadero*, como se verá más adelante; y, además, estas criaturas (cosas creadas) a las que nos estamos refiriendo, todavía son "criaturas consumadas" y no las que habitualmente conocemos, porque todavía no hemos llegado a lo que se conoce por Creación. Así, en el ejemplo del cigoto, las células y las partes, incluso el hombre completo, proceden del cigoto, pero no son el cigoto. Para poder aproximarse a él, el hombre tendría que aceptar y asumir todas las etapas de su desarrollo y de su vida, y sólo si consiguiera desarrollar toda la pluripotencialidad del cigoto primigenio lograría llegar a serlo.

(Habrà que tener esta "situación consumada" muy en cuenta, porque sobre ella volveremos al final de esta obra.)

18. La criatura

En esa estructura consumada, las partes "reproducen", en mayor o menor grado, la consumación plena, y serán tanto más semejantes a dicha consumación, cuanto mejor la reproduzcan (valga la perogrullada), y, en consecuencia, cuanto mayor grado de libertad posean (más cosas sean), disfrutarán de más autonomía.

Dice el libro del Génesis (1, 27): «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó.»

Notas y comentarios:

En el ejemplo del cigoto (u hombre íntegro), viendo ahora las cosas desde el punto de vista contrario, dicho hombre, según la perspectiva que adopte, podría llegar a decir de sí: Yo soy célula, yo soy animal, yo soy tal aparato, yo soy brazo, yo soy pie, yo soy niño, yo soy adulto, yo soy código genético... Sin embargo, cada una de estas "porciones" no podrían, a la inversa, decir eso mismo de sí, salvo que sean conscientes y acepten su participación orgánica en el hombre íntegro. (De ahí la importancia de aceptar y asumir cada uno, su propia historia personal.)

Pues así como el hombre es todas esas cosas, y, a la vez, no es ninguna en concreto, Dios es todo, sin ser nada en concreto; por eso las criaturas no pueden "ver" a Dios, salvo que acepten y asuman plenamente su participación en Él, con toda esa plenitud que mencionábamos en el punto anterior.

19. La Trinidad

Esta es la llave de todo, la pieza clave, el SER íntimo de Dios, la que da sentido a todo y todo lo explica, la fuente de toda sabiduría. Veamos:

Si lo más íntimo y fundamental de Dios es su ser uno y trino, dicha estructura existencial ha de encontrarse "reproducida" también, en lo más íntimo y fundamental de sus criaturas, y tanto mejor, cuanto más elevado sea el "grado de reproducción" que, de la consumación plena, manifieste esa criatura. (Como ya decíamos en otro punto: cuanto más "cosas" sea.) Y como resulta que los ejemplos de la vida y el mundo nos son válidos para establecer comparaciones, al tratarse de imágenes o reflejos de la verdad de Dios (aun a pesar de la "distorsión" que la Creación tal como la conocemos introduce en estas criaturas para obtener las que nos son habituales): con analizar este extremo en el propio hombre, ya obtendremos una "imagen" bastante certera de la entidad de tal existencia en Dios.

Así, retornando al principio de estos puntos: Al *Yo soy* de Dios, y al *pienso, luego existo* del hombre: podremos buscar esa *imagen y semejanza de Dios* en la unidad y trinidad del ser más profundo del hombre.

El hombre, para reconocerse a sí mismo y reconocer su yo, dice: «pienso, luego existo», e identifica con ello su individualidad, con lo que cobra autoconciencia de sí. Pero para poder apreciar este "yo pensante", ha de ser capaz de salirse de sí por entero (enajenarse), para poder verse a sí mismo pensando, pero de tal manera, que sin ver mermado en nada su yo primitivo y único en este "yo que mira", pueda apreciarse totalmente a sí mismo como algo ajeno. Claro está, que para poder autoidentificarse: para poder saber que el "yo mirado" (o "yo pensante") es el mismo yo que el "yo que mira" (y que con la enajenación no se ha perdido la perspectiva y, con ello, la unidad), el "yo único", aún ha de enajenarse una segunda vez, ahora, no sólo ya del "yo pensante", sino también del "yo que mira", para, de esta forma, verlos *desde fuera* y poder comparar el uno con el otro y resolver: «El "yo pensante" y el "yo que mira" son el mismo yo». Claro que, en principio, este tercer "yo cotejador" puede pasar desapercibido, aunque para poder *verlo*, bastaría, simplemente, con mirarlo desde las otras dos posiciones (permutando los papeles), para, así, llegar a concluir: «El que coteja también soy yo».

En ningún momento, el yo ha dejado de ser yo entero y completo ("yo único"), pero ha ocupado posiciones y funciones diferentes (posiciones funcionales), con individualidades diferentes, pero que son, entre sí, coherentes, complementarias, permutables e inseparables, y de tal forma, que si falta una, no tenemos ninguna, y si tenemos una, tenemos las tres; tres que generan una cuarta unitaria que es, precisamente, la que les había dado el ser; con lo que nos encontramos ante un ciclo que se cierra, ante una autogeneración permanente, y a eso es a lo que llamamos existir. (Y con ello, el pensamiento del que partíamos se concluye: «pienso, luego existo».)

Otra forma de ver este asunto, que puede resultar clarificadora, consiste en denominar: al "yo pensante" como "yo continente", al "yo que mira" como "yo contenido" (o viceversa, que "igual da, da lo mismo"), y al "yo cotejador" como "yo conteniendo". (O: "yo total", "yo parcial" y "yo relacional". O: "yo concepto", "yo distinción" y "yo relación". Etc., etc.)

Pues si el hombre es uno y trino, y puede sentir y vivir su unidad y su trinidad, ¿con cuanta más razón, Dios, no lo ha de ser?

Si llamamos Padre a ese "yo pensante" de Dios: al Dios creador, sustento, principio, concepto, totalidad... Si llamamos Hijo a ese "yo que mira", que procede del "yo pensante" como imagen de él, en todo igual a él, y que, en

consecuencia, al poderle mirar, le conoce, le desvela y le comunica: el Dios verbo, consecuencia, distinción, parte, sabiduría... Y si llamamos Espíritu Santo a ese "yo cotejador", en todo igual a los otros dos, que revela la relación existente entre ellos, su dinámica interna y la visión panorámica, y, con ello, la consciencia del "yo unitario y único" (a costa de permanecer anónimo y no salir en la "fotografía", por ser el que la hace): el Dios amor, relación, comprensión, abstracción, anónimo, revelación... Nos encontraremos ante un Dios único y unitario que se autogenera permanentemente en una inmanente existencia (que "piensa, luego existe").

Este SER (sustancia, esencia y razón) profundo de Dios, es el que le permite existir, ser todopoderoso, ente personal, perfecto, libre, consumación, absoluto, vivo, real, omnipresente, eterno, único, bueno, verdadero, fiel, coherente, consecuente, inmutable, creador... Y muchas más cosas que irán apareciendo, y todo lo que se nos ocurra.

Notas y comentarios:

Se dice en «Sobre Lenguaje», en su segundo capítulo titulado "El Medio":

«Pero estamos hablando de definir, o sea, de medir algo; y para medir nos valemos de una serie de capacidades básicas invariables que llamamos capacidades lógicas. A saber:

Conceptuación o capacidad para establecer conceptos.

Distinción o capacidad para distinguirlos; y

Relación o capacidad para relacionarlos.

En sí estos tres conceptos son indefinibles, ya que a partir de ellos se definen los primeros.» (Todos los demás.)

Puntualiza el diccionario:

«LÓGICA: -Razonamiento, discurso.

-Ciencia que expone las leyes, modos y formas del raciocinio.»

«CONCEPTO: -Idea que concibe o forma el entendimiento.

-Pensamiento expresado con palabras.»

«DISTINCIÓN: -Diferencia que separa una cosa de otra.

-Separación, diferenciación."

«RELACIÓN: -Conexión, correspondencia, enlace, vínculo entre dos personas o cosas.»)

Prosigue «Sobre Lenguaje»:

«Veamos por qué son tres y no dos o uno:

Si sólo tuviéramos la conceptuación, podríamos establecer un concepto pero no nos daríamos cuenta de ello porque no tendríamos con qué compararlo.

Si sólo fuera la distinción, no lo apreciaríamos porque no tendríamos de donde distinguir.

Y si fuera la relación, igualmente sería inútil porque no habría qué relacionar.

¿Y si tuviéramos dos?

Si fueran la conceptualización y la distinción, podríamos establecer conceptos, pero al no poderlos relacionar no se podrían comprender y sería como un mirar sin ver.»

Aclara el diccionario:

«COMPRENDER: -Abrazar, ceñir, rodear.
-Contener, incluir en sí alguna cosa.
-Entender, alcanzar, penetrar, adivinar.»

Continúa «Sobre Lenguaje»:

“Y, evidentemente, no se puede relacionar un concepto consigo mismo si no hay una distinción en dos de ese mismo concepto. Y lo mismo si el que faltase fuese el concepto.

Pero, ¿y si usamos los tres al mismo tiempo?...

Entonces ocurre un milagro: se abre un universo infinito ante nosotros. Podemos establecer infinitos conceptos y relacionarlos entre sí.

Por eso a esta triada o trío lógico le llamaremos la norma lógica, que veremos que es inmutable, y que, por tanto, es la medida de nuestro universo; y digo nuestro porque podría existir otra norma distinta a la nuestra que generara otro universo. Pero de eso hablaremos más adelante.» (...)

«Supongamos que existiera otra norma lógica distinta, que generara *otro* todo (otro medio) ajeno al de la primera: nos hallaríamos ante una *discriminación*, lo que implica una acumulación y una uniformidad. Pero claro, como para poder discriminar tiene que haber algo de qué poder hacerlo, ello supondría que serían partes de *un todo* superior al que *pertenecerían* y que tendrían unos límites dentro de él, y ello lleva a decir, que a pesar de que las partes se ignoren mutuamente, existe una explicación lógica del fenómeno, sólo que ninguna de ellas es capaz de alcanzar el nivel de lógica necesario para comprenderlo.

Y si existe explicación lógica, es que están en el mismo sistema y tienen la misma norma. O lo que es lo mismo: todo fenómeno es susceptible de explicación lógica.» (De hecho, la misma suposición ya estaba viciada desde el principio, ya que para poder establecerla había que usar la propia norma lógica).

«También podríamos decir que: porque existe un solo concepto existen todos, y si uno solo no existiera no existiría ninguno. Es algo así como que todo está fuera y dentro de sí mismo al mismo tiempo. O como se verá más adelante: si una sola partícula del medio, ya sea lógica, sustancial o esencial, o cualquier otra, no existiese, no existiría ninguna, y porque existe una sola existen todas.

Luego, todo lo que podamos imaginar y aun lo que no podemos imaginar existe, porque si no existiera no existiría nada.

Estas afirmaciones alucinantes tendremos la oportunidad de comprobar que no lo son, que la realidad misma es más alucinante que cualquier imaginación.»

Define el diccionario:

«SUSTANCIA: -Materia de que está formado un cuerpo.
-Valor o estimación de las cosas.
-Ser, esencia, naturaleza de las cosas.
-Cualquier cosa con que otra se aumenta y nutre.»

«ESENCIA: -Naturaleza de las cosas.
-Lo permanente e invariable en ellas;
lo que el ser es.»

«RAZÓN: -Facultad de discurrir.
-Acto del entendimiento en que piensa o discurre.
-Expresión del pensamiento o discurso.
-Motivo o causa.
-Orden y método de una cosa.»

Y aún tomamos de «Sobre Lenguaje»:

«La norma, al ciclarse, o mejor dicho, los conceptos de la norma, al estar interrelacionados, forman una unidad inseparable, es decir, el concepto de norma única; luego tres conceptos han generado un cuarto; por tanto, la norma tiene la capacidad de generar imágenes de sí misma, y máxime cuando ciclamos esa generación, o sea, cuando lo consideramos a la inversa: que es el concepto unidad el que, a su vez, necesita de tres para existir; es decir, se parte en tres conceptos igualmente unitarios e interrelacionados; o dicho de otra manera: la norma se autogenera; y a eso lo llamamos existir.»

Puntualiza el diccionario:

«GENERAR: Engendrar, producir.»

«ENGENDRAR: -Propagar la propia especie, procrear; criar, dar la propia existencia.
-Causar, ocasionar, originar, producir.»

«PRODUCIR: -Engendrar.
-Dar fruto los terrenos, plantas, etc.
-Originar, ocasionar.
-Fabricar, elaborar cosas útiles.
-(reflexivo): Explicarse, darse a entender.» Etc.

Concluye «Sobre Lenguaje»:

«De esto se saca como consecuencia que si la lógica es ternaria y cíclica, las unidades de medida que genera también lo son.»

Y más adelante...

«Claro que aquí se ve que, según la lógica, uno más uno no son dos sino tres, ya que hay que contar al que los relaciona, si no, dicha suma sería imposible. (¡Y lo representamos con tres signos!: 1+1) Y, por tanto, tres más tres no son seis sino siete. Pero si se trabaja con relativos en lugar de con absolutos, entonces, no hará falta contar al que los relaciona, y por eso, uno y uno son dos, y tres y tres: seis.»

Ahora, si todo esto lo contrastamos con todo lo anterior que llevamos tratado hasta el momento, comprobaremos que constituyen distintas perspectivas de una misma realidad, a la que afirman y confirman en ese reflejo múltiple, constante y revelador de la realidad de Dios.

Valga como ejemplo y punto de reflexión de ese reflejo de la realidad y la verdad de Dios, el caso de la estructura del espacio en tres dimensiones (largo, ancho y alto), y cómo, la existencia de una, implica necesariamente a las otras dos (aunque conscientemente no se aprecien o se pretenda no apreciarlas), y cómo, una teórica ausencia de tres dimensiones, lleva a la pérdida del concepto,

al hacerle inimaginable e inasequible; con lo que, si no las tuviera, nuestra lógica se las pondría para hacerle comprensible. (Aunque si, por esta causa, alguien pretendiera negar al hombre la capacidad de comprensión y de "jugar" con los entes de razón, negaría todo el saber humano, la capacidad de conocer de éste, y el lenguaje; así que la misma afirmación desautoriza a quien pudiera hacerla). Y por la misma circunstancia, el considerar el tiempo físico como unidimensional es un error de apreciación; como lo es, igualmente, pretender que la única dimensión de la materia sea la masa (o en todo caso: masa y carga). El conocimiento del mundo cambiará de raíz cuando estos errores o "procedimientos anticomprensivos" se subsanen.

20. Dios principio y fin de todas las cosas

Porque se autogenera: existe. Porque existe uno: existe todo. Y porque existe todo: se autogenera.

Notas y comentarios:

Todo lo que presenta un principio, un transcurso o desplazamiento, y un fin (terna lógica), necesariamente es mudable, y todo lo mudable, lo relativo, implica un absoluto (lo inmutable), al que se refiere en una relación de contraste y pertenencia (nueva terna lógica). Por lo tanto, la mutabilidad también está en Dios (inmutable), y es expresión de su propio ser trinitario.

Y a propósito de ese origen de todo en el ser trinitario de Dios que se refleja en esa terna o norma lógica, se dice en «Sobre Lenguaje», en el análisis lógico de «El Medio»:

«Apliquemos la norma:

Concepto: uniformidad. *Distinción:* discriminación. *Relación:* acumulación. Llamaremos a esta estructura Forma o Lógica formal.

Concepto: totalidad. *Distinción:* particularidad. *Relación:* pertenencia. A esta estructura la denominaremos Orden o Lógica ordinal.

Concepto: principio. *Distinción:* fin. *Relación:* desplazamiento. Que le daremos el nombre de Función o Lógica funcional.» (...)

«Si nos fijamos veremos que los nombres dados pueden permutarse tranquilamente sin que ello afecte lo más mínimo a las estructuras o a las dimensiones, es decir, son equipolentes las dimensiones entre sí, y las estructuras también lo son entre sí.» (...)

«Pero..., cuando simultaneamos las tres» (estructuras lógicas antedichas)»: el milagro vuelve a producirse: Podemos individualizar todos y partes y ponerles límites, es decir, establecer conjuntos distintos y hacer una escala con los mismos, o sea, podemos contar. Se ha abierto un campo infinito de posibilidades: la lógica.

Así hemos alcanzado el tercer nivel, 1º dimensiones, 2º estructuras y 3º lógica.»

Comenta San Pablo (refiriéndose a Dios) en la carta a los Romanos (11, 36):

«Porque de él y por él y para él son todas las cosas. A él la gloria por los siglos. Amén.»

Y en los Hechos de los Apóstoles (17, 28): «Ya que en el vivimos, nos movemos y existimos.»

21. Dios humilde

Dios, en su autogeneración, también se "crea" a sí mismo, haciéndose, en cierto modo, criatura. ¡Hay mayor humildad!

Notas y comentarios:

Decíamos en «19. La Trinidad», que el "yo único", para poder cobrar consciencia de sí, tenía que "partirse" o desglosarse en tres "yos" igualmente unitarios e interrelacionados, es decir: el "yo único" genera tres "yos", para que, a su vez, éstos le den realidad, por así decirlo: "le creen", y conseguir, de esta forma, tener una autoconsciencia de sí permanente.

Puntualiza el diccionario:

«HUMILDAD: -Virtud cristiana que consiste en el conocimiento de nuestra bajeza y miseria y proceder en conformidad con este conocimiento.
-Bajeza de nacimiento o de otra cualquier especie.
-Sumisión, rendimiento.»

Así pues, la humildad de Dios (como toda humildad) consiste, entonces, en tomar conciencia de la propia realidad y aceptarla tal cual es: Aceptar que es tanto lo más grande, como, simultáneamente, lo más pequeño e insignificante. (En metáfora: la casa, el ladrillo, e incluso, la argamasa entre los ladrillos.)

A su vez, y de igual modo, el hombre no deja de ser lo que es cuando reconoce que también es célula y sustancias minerales, asumiendo por entero su realidad. Pero si no la asume, si no la reconoce, en cierto modo ya no es hombre, o al menos no es un hombre completo, sino algo parcial y relativo, porque le falta una parte de sí, justo la que no quiere reconocer.

Por eso, quien está en la verdad, está en la humildad. O también se puede decir que la humildad es la base, la puerta y la llave de todo conocimiento. Y es, por esa verdad y conocimiento, por donde se llega necesariamente a la servicialidad; y es por lo que una servicialidad sin humildad resulta ser una farsa, porque convierte el "servir a" en "servirse de".

A propósito de esto se comenta en «Sobre Lenguaje», en su «Conclusión» (normalizando la ortografía):

«Dijimos que, al percatamos de la existencia de algo distinto a nosotros nos dábamos cuenta de nuestra soledad, y eso nos hacía comunicarnos, bien negándonos a aceptar la presencia de lo otro, (sería la comunicación negativa), o bien relacionándonos con ello mediante el amor, mediante la compartición de esencias, con lo cual, sin perder la individualidad, ambos disfrutaban de la suma, siempre que los individuos relacionados aceptaran esa compartición; si sólo la acepta uno, es ése solamente el que aumenta su esencia, lo que definimos como aumentar su libertad, ya que dispone de un mayor campo de

visión, de un mayor conocimiento y comprensión de las cosas; y, por tanto, el que no la acepta, se niega a sí mismo esa posibilidad.

Pero el aceptarla supone reconocer la propia incompletez, o como según se dice, la propia imperfección; lo que se conoce con el nombre de humildad. Y lo mismo que es imprescindible el reconocimiento de la propia enfermedad para el inicio de la curación, la humildad es el principio de toda perfección; la pieza clave, la llave del conocimiento; y, por tanto, sólo se puede conocer el mundo amándolo.»

II. EL PECADO

22. La existencia del mal

Si lo podemos concebir es que existe, pero ¿qué es y por qué?

Dios es el sumo bien, el bien absoluto, luego para Dios el mal también es bien, y ese contrasentido sólo es posible si se está hablando de relativos, cuando se relativiza el bien. (Si el bien deja de ser absoluto para convertirse en relativo, es porque hay un mal que le complementa y se le opone.)

Si se relativiza el bien, se relativiza a Dios, y se cae en la idolatría, apareciendo entonces el mal.

Explicándolo en términos de "existencia" y "no existencia": la "existencia" puede ser absoluta y relativa, pero si es relativa, es que a ella se le opone la "no existencia", pero para poder pensarla y concebirla, la "no existencia" (la "nada") tiene que existir, luego también es "existencia"; por eso la "no existencia", la "nada", siempre es relativa. (Lo que usando nuestro primitivo ejemplo se diría: Pienso, luego existo, porque si no existo no puedo pensar en ello.)

Así, el mal, es la ausencia de Dios en nuestra vida y en nuestro mundo, aunque no por eso, Dios deja de estar ahí; por lo que el mal es algo que sólo nos concierne a nosotros, a las criaturas, pero no en cuanto a criaturas, sino en cuanto a la pérdida de conciencia del absoluto: de Dios. En resumen: El mal es la ignorancia de Dios.

Notas y comentarios:

Afirma el diccionario:

«MAL: -Lo contrario al bien.

-Daño u ofensa.

-Desgracia, calamidad.

-Dolor físico, enfermedad, dolencia.» Etc.

«NADA: -El no ser, o la carencia de seres.

-Cosa mínima o de muy poca entidad.

-Ninguna cosa.

-Poco, o muy poco.»

Y se precisa en «Sobre Lenguaje», en «El Medio»:

«El concepto absoluto de nada es ajeno a la lógica y por tanto inimaginable e inasequible, porque por el mero hecho de ser un concepto ya deja de ser nada, el concepto de nada es uniforme y, por tanto, ya no es nada, tiene límites, ya que puede distinguirse del todo...

En fin, la definición lógica de nada sería como concepto relativo, como la parte más pequeña del todo, o como concepto potencial de parte que no se manifiesta en ese momento, como una parte inexistente.» (Por así decirlo.)

23. La mentira

La mentira es hacer parecer algo, lo que no es; hacer pasar por "no existencia", lo que también es "existencia"; convertir un relativo (la "no existencia") en aparente absoluto (con lo que el verdadero absoluto se relativiza). Hablar de la "nada", de la "no existencia" (la existencia relativa) como si se tratara de un absoluto, pero omitiendo intencionadamente que se trata de un relativo, y que, por tanto, también es "existencia". Es una verdad a medias con intención de engañar.

La verdad es absoluta, la mentira no, pero se sustenta en la verdad; por eso la mentira siempre es hipócrita, y la hipocresía es la mayor mentira. Así, la mentira es el mal llevado a cabo, la posibilidad de obrar el mal, ejercida.

Luego el mayor mal siempre nos lo encontraremos disfrazado de "bien", porque si el mal es sincero y se presenta como tal: ¿a quién engañará? Por eso se podría decir, que el mal y la mentira van íntimamente unidos, son una misma cosa. (El mal es la intención de engañar, y la mentira la ejecución, el hecho en sí.)

24. La seducción manipuladora

Se trata de una estrategia consistente en presentar una mentira, de tal manera, que sea aceptada como verdad; con el fin de anular la voluntad (la libertad) del que la acepta, y poder dominarle (utilizarle).

Pero para poder anular la voluntad, primero hay que crear una situación de confusión tal, que consiga aturdira, para, una vez instaurada la inseguridad en la decisión, inclinar la opción hacia la aparente "seguridad" y "bien" ("felicidad") que supone lo que se presenta como tal. (Es decir, crear una situación de embeleso.)

Pero además, en este proceso de confusión es fundamental conseguir la relativización del absoluto, para que, de esta forma, se pierda la referencia, logrando con ello el desconcierto de los principios, bases o columnas (las seguridades), sobre los que se apoya la voluntad. Por lo que, cuanto más relativo y parcial sea todo, (mas reduccionismo haya), mejor; cuantas más relaciones se rompan, el parcialismo será mayor, el aislamiento aumentará, y la manipulación será más fácil ("divide y vencerás"); y, en resumen, cuanto mayor ignorancia en general y, fundamentalmente, mayor ignorancia de Dios, tanto mejor. (Es decir: la relativización es la inducción al egoísmo.)

Evidentemente, el "ilusionista" que trate de imponerse invistiéndose y rodeándose de un halo de indiscutibilidad para que no se vea el truco que

emplea, no puede aclarar, ni dar verdaderas razones, ni ocasión para recapacitar, sino que actúa con contundencia para poder ser efectivo.

Notas y comentarios:

Precisa el diccionario:

«SEDUCIR: -Engañar con arte y maña.
-Cautivar el ánimo.»

«MANIPULAR: -Operar con las manos.
-Manejar uno los negocios o mezclarse en los ajenos.» (Tratar como marionetas.)

«CONFUSIÓN: -Falta de orden, de concierto y de claridad.
-Perplejidad, turbación de ánimo.
-Humillación, abatimiento.
-Afrenta, ignominia.»

La efectividad en lograr la confusión depende, principalmente, de la solidez y autenticidad de las bases o principios sobre los que se apoya la voluntad (si los principios son endebles, la voluntad también), y, en segundo término, del artificio empleado por el "prestidigitador" o "ilusionista", y de su habilidad.

En cuanto a los artificios o técnicas son múltiples (pero todos ellos relativizantes, y con la intención de reducir a las personas a animales, o mejor, a meros objetos, o, éstos, a simples especulaciones). Por ejemplo:

Presentación impactante que abruma e impresione a la víctima y aturda su voluntad (ataque por sorpresa, impresión de poder...). Prestigio otorgado al "ilusionista" o a lo que dice o a ambas cosas, o al que lo transmite (con lo que no se cuestiona). Desprestigio de lo que se opone o puede oponerse a la intención del "ilusionista seductor". Intimidación (como es el caso del síndrome de Estocolmo que ocurre a los secuestrados, que acaban poniéndose de parte del secuestrador). Futilidad y vaciedad de los contenidos y la argumentación (pseudorrazones). Alteración del significado de las palabras, del lenguaje, de las ideas y de las experiencias, llenándolas de otros contenidos (a modo de ejemplo: llamar amor al acto sexual, con lo que, no sólo se cambia el significado, sino que se le relativiza sobremanera; o emplear eufemismos como el de «interrupción voluntaria del embarazo», para eludir el término «aborto provocado»; o confundir el significado del término «amor» con el superficial y alienante de «solidaridad»; confundir el género gramatical, que es una perspectiva de toda la realidad, con el sexual; y así, infinidad...). Invertir lo que se desea manipular de: miedo, angustia, mofa (ridiculizar), animadversión (resentimiento, odio), defecto, inseguridad, duda, o de cualquier otra característica negativa impactante. Provocar asociaciones de ideas que resulten convenientes al propósito (fomentando unas relaciones con el fin de romper otras). Exaltar los instintos (y si es de forma incontrolable, mejor. En este caso estaría la seducción de pareja). Producir una saturación de información contradictoria para que la víctima no sepa a qué atenerse. Etc., etc., etc. (Pero todo ello sin que se "vea", para evitar que los incautos puedan defenderse.)

En definitiva: Ofrecerle "**todo**" a cambio de **nada** (para, luego, quitarlo todo). Circunstancia que pone a prueba la "solidez" del tentado. (Ya decía San Agustín que «una mente confusa crea fantasmas».)

25. El pecado

Si el mal es la intención, la mentira la ejecución de esa intención, y la seducción la plasmación o presentación de esa mentira: el pecado es la consumación de esa mentira, su éxito. La mentira es, pues, el camino que lleva del mal al pecado.

Cuando se relativiza el absoluto, y la criatura deja de sentirse relativa para creerse absoluta, es cuando dicha criatura entra en la situación de pecado. Pierde la perspectiva del absoluto y entra en la ignorancia de todo lo que ella no alcanza. Se vuelve "*leprosa*" (si cogemos de nuevo la comparación con el cuerpo humano) al perder la sensibilidad de partes de su cuerpo, partes que puede herirse y llegar incluso a perderlas, sin percatarse de ello. Y es en esta situación en la que se manifiesta la enfermedad, el sufrimiento y el "*vacío*".

Toda carencia es dolorosa y traumática, si la criatura se hace "*dios*" de su pequeño mundo, pierde la perspectiva de eternidad y bien supremos, y ello a cambio de quedarse con una verdad a medias, con una verdad engañosa (la mentira), perdiendo la Libertad de Dios, de la que disfrutaba, por hacerse esclava de otras cosas y de ella misma (de la libertad del hombre, de la idolatría). De esta forma pierde su auténtico ser pleno de criatura en comunión con Dios, y que disfrutaba de todo lo que él es, para convertirse en un ser parcial, sin plenitud, imperfecto, y, con ello, en "*otra criatura*" completamente diferente.

Dios no deja de ser Dios por el pecado. La única que pierde es la criatura que peca, y, además, en el preciso instante en que lo comete.

Veamos que le dice la serpiente a Eva en el libro del Génesis (3, 4-5): «¡No, no moriréis! Antes bien, Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal».

Por todo lo tratado hasta el momento, podemos apreciar que le está diciendo la estricta verdad; *pero no toda la verdad*, porque silencia cosas con intención de engañar, y, sin embargo, analizada la frase por fragmentos, se puede observar que se trata de verdades literales. Prácticamente le está diciendo: «Vais a perder el absoluto, como Dios bien sabe, pero vosotros os vais a creer absolutos, y entonces, al ser parciales, apreciaréis lo que es el bien y el mal; y no moriréis, porque Dios no os va quitar la existencia al no poder negarse a sí mismo, aunque sí perderéis la existencia absoluta.»

¡Menudo engaño bien hecho! ¡Qué seducción! Todo es verdad y, sin embargo, es mentira, porque silencia la referencia con el absoluto, la verdadera situación general. ¡Qué estrategia! Cómo crea la confusión impactando y deslumbrando, con una duda que ellos nunca se habían planteado, aturdiendo su voluntad, para, a continuación, sin dar verdaderas y plenas razones, ofrecerlo "*todo*" a cambio de "*nada*", (para luego quitarlo todo, manifestándose esta pérdida en la enfermedad y el sufrimiento, y en el "*vacío*" de la pérdida del paraíso). Por eso el mal siempre se apoya en el bien para camuflarse en él, y por eso siempre es hipócrita.

(Curiosamente, mucha gente se cree que no miente porque dice verdades a medias en vez de falsedades descaradas, cuando resulta que lo que importa es

la intención, que es donde está el mal, y, en eso, hay mucho más mal en el primer caso que en el segundo.)

26. El demonio

No todas las criaturas, tienen el mismo grado de libertad, ya que éste depende de su estructura consumada, de su grado o nivel de consumación. En el momento en que una criatura alcanza la capacidad de cobrar consciencia de sí, de saber que existe, y de plantearse su existencia, alcanza la capacidad de optar sobre ella. Si además esa criatura (como todas las criaturas que se encuentran en el Dios consumación) está en comunión con Dios, es, a su vez, consciente de tal consumación y de su libertad en ella. (Todas las criaturas disfrutan de todo por igual, porque todas se comparten entre sí y con Dios, como Dios ya lo hace con ellas.)

Pues si una de esas criaturas, tan sólo una, en el momento de alcanzar la capacidad de optar, optara por no compartir su "existencia", su ser, con las demás, y, en consecuencia *negara* a las otras; sometería a todas las criaturas (sin dejar una, y de todo tipo), a la situación de tener que optar si mantener la red o entramado consumado (unión verdadera del perfecto compartir), o dejarse arrastrar por la negación del absoluto y "romperla" (tendencia hacia la falsa unión o aglutinación); ya que, al ser todo de todos, la negación influiría a todos. Sería como una rebelión, como el cáncer que pretende su autonomía e independencia, convirtiéndose en una masa informe, mero parásito del cuerpo (y que se autodestruye junto con el cuerpo que aniquila).

Hay que tener en cuenta que la relación sólida y auténtica está mantenida por Dios, pero que las criaturas no han optado voluntariamente por establecer esa solidez en la suya, por lo que tal relación se puede romper por parte de la criatura. (Situación que se plantea en este preciso momento.)

A esta primera criatura causante de la manifestación del mal, es a la que se le ha llamado Satán, Satanás, Lucifer, etc., etc., etc., es decir, el demonio por antonomasia. Y a todas sus seguidoras: demonios.

(Como puede verse, el cuerpo humano resulta ser un ejemplo maestro, reflejo de la situación del mundo y de la verdad de Dios.)

Notas y comentarios:

Es bueno recordar aquí, que la visión relacional otorga la esencia de las cosas, de las criaturas, a su *relación*. Si la relación varía, la esencia también. Por lo que una "criatura consumada" no tiene nada que ver con una "no consumada" (que sería la criatura tal como nosotros la imaginamos en su concepto tradicional). Si esto no se entiende bien se estará pensando de forma panteísta, pensamiento completamente ajeno a este escrito, y que confundirá todo lo que sigue.

27. El orgullo y la soberbia

Son dos formas de pecado producidas por la misma mentira: la de pretender ser "más" de lo que se es, creyéndose absoluto. En el orgullo, la

criatura se cree superior, y en la soberbia se lleva a cabo (se manifiesta) ese orgullo mediante el desprecio. Con el orgullo, la criatura pierde capacidad de comprensión, de verdad y de absoluto, al perder la noción de la realidad de su ser, y con la soberbia *“se amputa”* todo lo que desprecia, quedando ignorante de ello al dejar de “existir” para ella (es decir, se relativiza y reduce aún más).

¿Qué le ocurrió entonces al demonio para llegar a cometer semejante pecado?

En primer lugar, descubrir que todo es suyo en el Dios consumación, que todo está a su disposición, que es todopoderoso, libre, eterno, absoluto, etc.; que él es el dueño, y si es el dueño, puede hacer lo que quiera. Y en segundo lugar, y en el mismo momento de descubrir “su” omnipotencia, encontrarse con la “no existencia” y sus frutos o consecuencias: la “no creación”, la “no criatura”... en fin, la negación, la “nada”. (Lo que el libro del Génesis cuenta como el árbol del bien y del mal, de cuyo fruto no se podía comer, es decir, hacerlo propio, apropiárselo interiorizándolo). Y él, conociendo que la “no existencia” era algo relativo y que, por tanto, también era “existencia”, descubrió que la “no creación” era el Creador sin creación, y la “no criatura” el Creador sin criaturas, y se dijo: «¡Yo mismo puedo ser el propio Creador! ¡La existencia vacía!» Y ante ese abismo de poder aparente, ya cegado por el orgullo, proclamó: «Ya no seré criatura» y optó por apropiarse (comer, hacer propia) la “no criatura” y con ella toda la negación, e inmerso en la soberbia del «¿Quién como yo?» negó a Dios («No te serviré»), condición necesaria para entrar en la “no existencia”, y negó a la creación y a las criaturas («No me compartiré»), condición imprescindible para entrar en la “no creación” y en la “no criatura”. (Por eso la serpiente aparece enrollada en el árbol del bien y del mal, formando un todo con él.) Con lo que al romper la “relación” atacaba (rechazaba) frontalmente al Espíritu Santo (a quien, de hecho, no había llegado a aceptar nunca, y de ahí su ceguera)...

¡Y la hizo buena!

Pero en el propio pecado eligió su castigo, porque la existencia relativa que ignora el absoluto, no es absoluta, no es eterna, es decir, tiene principio y fin, no es inmutable, no es coherente, no es fiel, no es buena, no es libre, no es perfecta, no es todopoderosa, no es única, no tiene entidad definida, no es omnipresente, no es verdadera, no es real, no es humilde, no es vida, no es creadora... En fin: es parcial en todos los sentidos, es corruptible; y al perder la perspectiva del absoluto, su mundo se reduce a ella misma, transformándose todo en mentira, en una realidad ficticia (que se cree absoluta, todopoderosa, libre, perfecta, real, eterna, buena, única, etc.). Pero la mentira, no es ni puede ser absoluta ni perfecta, por lo que tiene un principio y un fin; su fin es la “no mentira”, o lo que es lo mismo: La Verdad.

Y puesto que esta “nada” o “no existencia” consiste en la ausencia de todo lo que no es ella, pues eso es, precisamente, a lo que se ha llamado egoísmo; por lo que el egoísmo es el resultado y la tendencia a la relativización de todo, en una progresiva ausencia de todo lo que no soy “yo”, con lo que el “yo” se convierte en el centro único y absoluto del universo (egocentrismo), y al que todo debe pleitesía y culto (egolatría), por lo que, al no admitir competencia y no aceptar al tú, se acaba convirtiendo en pura soledad, vaciedad y nada; luego el egoísmo extremo es la “nada”, la “no existencia”, una pura falacia (destino final de todo egoísta). Pero no está solo quien no es amado, sino quien no ama,

con lo que, podríamos decir, el demonio se convierte en la manifestación del "egoísmo" de Dios. (Dios, que en su humildad, no es solamente uno, sino uno y trino.)

28. Dios amoroso

El Dios bueno que se acepta a sí mismo por entero y no puede negarme ni a sí, ni a cuanto ha hecho, mantiene la consumación mediante una comprensión absoluta de todas y cada una de las "cosas", de todas y cada una de las criaturas, compartiéndose con todas ellas, y permaneciendo en esa actitud (inmutabilidad). El amor es pues, esa compartición—comprensión.

La capacidad expansiva y dinámica del compartir (del compartirse), es lo que se manifiesta como alegría, y la integradora y equilibradora del comprender, como paz, y como su consecuencia (al ajustarse a los ritmos naturales): la paciencia (la sabiduría o ciencia de la paz). O dicho de otra manera: La Paz y la Alegría de Dios son las manifestaciones de su Amor; y su paciencia, la consecuencia de esa comprensión amorosa.

(Lo dicho vale igualmente, salvando las distancias, para cualquier ser humano; y así, su paz y su alegría manifestarán cómo es su amor. Y viceversa, si se eligiese el camino del egoísmo, los efectos serían los contrarios: tras una primera y fugaz euforia por el "triunfo", aparecen la insatisfacción y la tristeza como fieles compañeras del egoísta, que, aunque pueda aparentar otra cosa, su actuación revelará su insatisfacción al buscar "satisfacciones", y su tristeza al buscar "alegrías".)

Y ahora que comprendemos al demonio en su actitud: ¿Acaso no nos sentimos movidos de compasión hacia él? ¿Acaso nosotros, seres corruptibles, no reiteramos esa su actitud a diario?

Notas y comentarios:

Matiza el diccionario:

«AMOR: Afecto por el cual busca el ánimo el bien verdadero o imaginado, y apetece gozarlo.» Etc.

El sentido aquí empleado de la palabra amor, así como también el evangélico, podría definirse más bien así: *Moción espiritual que anhela el bien verdadero, y apetece gozarlo.*

«COMPARTIR: -Repartir en partes iguales o proporcionadas.
-Participar con otro en algo o en alguna cosa.»

«COMPRENDER: -Abrazar, ceñir, rodear.
-Contener, incluir en sí alguna cosa.
-Entender, alcanzar, penetrar, adivinar.»

«PAZ: -Tranquilidad y sosiego del ánimo, en contraposición a la turbación y las pasiones. Es uno de los frutos del Espíritu Santo.
-Pública tranquilidad de los Estados.
-Sosiego y buena correspondencia de unos con otros.
-Genio pacífico.» Etc.

«ALEGRÍA: -Contento del ánimo, que suele manifestarse con signos exteriores.
-Actos, gestos o palabras con que se manifiesta el júbilo o alegría.» Etc.

29. La tentación

En una situación en la que todo se comparte (y sin dejar nada), la negación de una sola criatura implica a todas las demás. La "no existencia", la "no criatura", la "no creación", ya manifiesta, abre un abismo de opción ante todas las criaturas, hacia el que se ven atraídas irremisiblemente. (La enfermedad de un órgano implica a todo el cuerpo.)

Se ha perdido (aparentemente) una porción de absoluto, y eso hace relativo todo lo demás. Todas las criaturas aprecian su relatividad y su ser de criatura en relación a un creador ajeno a ellas (la "no criatura" o "creador sin criaturas") que las rechaza, con lo cual se ven inmersas en el primer engaño. (Y lo aprecian de esa forma, porque precisamente ha tenido que despreciarlas y negarlas para poder ser "no criatura".)

La creación, tal como la conocemos (ya completamente diferente a la que hasta aquí comentábamos), está servida.

III. LA CREACIÓN

30. La creación

Y ante tal falso creador, tal falsa creación: La Gran Mentira. Por eso al demonio también se le conoce como padre de la mentira y príncipe de este mundo.

Todas las criaturas se enfrentan ante el «seréis como dioses» y la duda sobre su ser de criaturas, y, en la medida que lo incorporan o no, van perdiendo el horizonte y volviéndose dioses de su pequeño mundo (tanto más pequeño cuanto más se lo crean), e independizándose de su "creador" (al que ellas han tomado por tal); desplegándose toda la creación, tal como la apreciamos engañosamente con nuestros sentidos, al igual que una muñeca rusa despliega todas las "hijas" que tiene dentro; o como si el cuerpo humano se descompusiera en sus constituyentes que cobrarán independencia: animales, plantas, bacterias, virus, minerales...

En esta pérdida del paraíso, todo se separa y se desglosa como en una "Gran Explosión" (esa que dicen los astrónomos), distanciándose de la "no criatura" que han tomado por Creador, pareciendo, de esta forma, surgir de la "nada", de la "no existencia". (Y así, Dios, que siempre sabe transformar el mal en bien, manifiesta su generosidad en el hecho de "sacar" de su "egoísmo" todas las cosas, y de tal modo, que éste se queda en completo vacío.)

Sin embargo, todo es engañoso, porque Dios no ha cambiado, sigue siendo consumación, todo está igual que estaba. Son las criaturas las que se repliegan sobre sí, las que se hunden e implosionan y van ignorando todo lo demás, como si fueran metiéndose en un quiste cada vez más pequeño, con lo que comienzan a vivir en una situación de alucinación y delirio, en un sueño, en definitiva: en una mentira. Pero como en todos los sueños, las ensoñaciones se perciben como completamente reales para el que las vive, que no es capaz de apreciar más allá que su realidad "circunstancial", y que, incluso, lo que le puede llegar de ese "más allá", lo vive como ficticio, como irreal. (¡Curiosísimo! Todo al revés.)

Así, aparece la relatividad de todo. Todo es perecedero y corruptible. El flujo de la historia (creación histórica) arrastra consigo al tiempo—sucesión (relativismo del tiempo—orden que era el auténtico), arrastra al espacio—distancia (relativismo del espacio— forma), arrastra a la materia—masa (relativismo de la materia— función), y así con todas las demás cosas, y, en definitiva, a la sustancia (universo físico), a la esencia (vida, sensaciones, sentimientos), y a la razón (lógica, abstracción, comunicación, orden de las cosas), a un desarrollo evolutivo que ya tiene final desde el mismo principio. Porque si por el pecado de uno entró el mal (la mentira) en el mundo; por la fidelidad de uno retornará El Bien (La Verdad) a él. La restauración está asegurada. Dios es inmutable.

Pero ese desarrollo evolutivo de la historia, aun siendo ficticio, se sustenta sobre la verdad; verdad que se recupera y se puede apreciar, al volver a retomar la referencia del absoluto, al referirlo todo a Dios. (Dios habla, se manifiesta, a través de los acontecimientos, circunstancias, situaciones, cosas, etc.)

Todo pues, habla de Dios; y lo que Dios es, está desgranado, desglosado, pormenorizado, explicado en la historia (en la creación), porque toda obra manifiesta a su autor, y la mentira que lo encubre, es una mala mentira, es imperfecta, es pasajera, es corruptible...

Así, la Trinidad, el ser más íntimo de Dios, el Dios Uno y Trino, se manifiesta en todas y cada una de las cosas, lo inunda todo, está en todo, y de tal manera, que sus siete propiedades constituyen los siete niveles del medio, a los que nos vamos a referir con ayuda de «Sobre Lenguaje», que los enumera, siguiendo una progresión consecuente, a partir de las cuatro capacidades de la norma o terna lógica (Conceptuación, Distinción, Relación y Generación):

- «1º. *Autogeneración*, es decir, existencia en sí misma. Porque existe una capacidad existen las demás y viceversa.
- 2º. *Distinción* o discriminación de las partes.
- 3º. *Unidad*: la norma forma un único conjunto inseparable de partes.
- 4º. *Individualidad* o independencia de cada una de las partes.
- 5º. *Comunicación* o interacción de cada una de las partes con las demás.
- 6º. *Voluntad, libertad* o posibilidad entre elegir el comunicar su autogeneración o no hacerlo, es decir, posibilidad de generar o no generar imágenes de sí misma.
- 7º. *Totalidad*, todo empieza y acaba en ella, y sus imágenes son particiones de ella misma. Es por tanto la elección de la opción generadora.

Como consecuencia de la séptima se obtendría de nuevo la primera, propiedad.»

Estas siete propiedades se manifiestan en siete niveles evolutivos que pueden encontrarse en la naturaleza (en la creación, en el medio), manifestando a su vez, cada nivel, la respectiva propiedad según el orden antedicho, y perpetuándose, al ciclarse el sistema sobre sí mismo.

El modo en que se va produciendo el salto de un nivel al inmediato superior, es imagen de lo que ocurría en la Trinidad, en la que los tres "yos" originaban el "yo único"; con lo que, de igual forma, la relación de dos "individuos" del nivel inferior, mediante un tercero relacional, lleva a obtener un único "individuo", ya situado en el nivel superior.

Ateniéndonos ahora a la razón o naturaleza racional (relación y orden de las cosas), ya se habían mencionado en la nota al punto «20. Dios principio y fin de todas las cosas», cómo el primer nivel lo constituirían las dimensiones (conceptuación, distinción, relación), el segundo las estructuras (forma, orden, función), y el tercero la lógica (la posibilidad de contar sin más; lo que supone, simplemente, una lógica aditiva).

Prosigue «Sobre Lenguaje»:

«Con lo cual tenemos el tercer nivel completo, al que llamaremos de la lógica aditiva.

Y si esas tres series lógicas aditivas las relacionamos entre sí, lo que estamos haciendo es multiplicar, y obtendremos una serie lógica multiplicativa (4º nivel).

Y con dos de estas últimas, relacionadas mediante una tercera, nos encontraremos ante una exponenciación» (potenciación), «o sea, una lógica exponencial (5º nivel). E, igualmente, si la relación es entre tres exponenciales llegaremos a una lógica de los infinitos, tanto grandes como pequeños, por lo que, siguiendo a las matemáticas, la llamaremos lógica infinitesimal (6º nivel).» (...)

«O sea, que podemos establecer un séptimo nivel, el de la lógica total o razón o universo lógico, que ya sería uno de los componentes de la norma.»

Si ahora buscamos la misma construcción en la sustancia o universo físico: nos encontraremos, igualmente, en el primer nivel, las dimensiones (las tres del espacio, las tres del tiempo y las tres de la materia, pero que no vamos a analizar aquí, porque eso supera el propósito de esta obra, y además ya aparece en «Sobre Lenguaje»), y que manifiestan la "existencia" de la sustancia. En el segundo nivel: las estructuras (espacio, tiempo, materia). En el tercero, la relación mutua de las tres estructuras precedentes da lugar a la sustancia ondulatoria o corpuscular (onda y corpúsculo que constituyen un mismo principio, y que la propia ciencia física reconoce al afirmar que toda partícula en movimiento lleva asociada una onda). En el cuarto nivel: de la relación mutua entre las partículas, se obtiene el átomo. En el quinto: la relación entre átomos produce la molécula. En el sexto se alcanza la sustancia cósmica constituida por los cuerpos, en los que sólo las mallas o redes cristalinas alcanzan verdaderamente este nivel (ya que son el resultado de la relación entre moléculas), con lo que se podría decir que se trataría, más bien, del nivel de los cuerpos cristalinos. Y, por fin, en el séptimo nivel: el universo físico o sustancia

total, con los sistemas planetarios y galácticos (resultado de las relaciones gravitacionales entre los cuerpos).

Continúa «Sobre Lenguaje»:

«Comparemos algunos detalles entre las dos naturalezas vistas hasta ahora: la razón y la sustancia.

En la sustancia hemos encontrado cuatro naturalezas» (esto es una confusión y debería decir estados en vez de naturalezas [estados que no aparecen hasta el tercer nivel]): «la relacional, la que acepta la relación, la opuesta, o sea, la que la rechaza, y la mixta o neutra. Sus equivalentes en la razón en los que no habíamos reparado son: el concepto relacionador, el concepto que indica esa relación, el opuesto y el intermedio; por ejemplo: temperatura, caliente, frío y templado; o: adición, números positivos, números negativos (sus opuestos) y cero (elemento neutro).

También, en ambas, existen siete niveles que se corresponden de forma muy precisa; y cómo, por ejemplo, al tercer nivel sustancial, el corpuscular, le corresponde una lógica aditiva (tercer nivel de la razón); que al nivel atómico le corresponde una multiplicativa; que el molecular se rige por la exponencial, y el cósmico por la infinitesimal y, por tanto, el universal de uno por el del otro, y lo mismo en los demás niveles inferiores.» (...)

«Pero contemplando el mundo vemos que hay algo en él de lo que no hemos hablado. Lo hemos hecho de la razón y de la sustancia y, sin embargo, en nuestro análisis no ha aparecido para nada la vida. Luego la vida y la esencia deben tener mucho que ver.» (...)

«En las otras naturalezas hemos visto cómo se pueden establecer distintos estados según se establezca la relación o no, es decir, según la relación fuera de unión o de separación, y luego, cómo se podían establecer siete maneras o niveles si la relación era de unión.»

Buscando ahora en la esencia o universo vital esos siete niveles, y apoyándonos en el aspecto biológico que sirve de soporte a esa vida (que ha de separarse de la naturaleza física sustancial que la sostiene, y de la que ya hemos tratado), encontramos, en el primer nivel, a los ácidos nucleicos como sede de esas dimensiones vitales. En el segundo aparece el virus como estructura vital (cadenas de ácidos nucleicos interrelacionadas y con entidad propia). El tercer nivel lo ocupa la bacteria como representante de la esencia celular (que, como ya es habitual, asume en sí los niveles inferiores). En el cuarto aparece el vegetal, que, en su forma pluricelular, muestra su nivel organizativo superior con respecto a la bacteria. La esencia vegetativa da paso a la esencia anímica del quinto nivel, que es sustentada por el animal, el que, a su vez, ha asumido lo propio del vegetal en su sistema vegetativo. Y llegamos al sexto nivel, y con ello al hombre, con su esencia espiritual, que de igual forma que en los casos anteriores, asume lo característico del animal en su sistema anímico e instintivo (sistema que implica también a su apariencia).

El salto al séptimo nivel es el quid del asunto a tratar en lo que queda de escrito, así que en este punto sólo lo mencionaremos sucintamente:

Y al respecto se inquiera en «Sobre Lenguaje»:

«Pues sólo tenemos que reunir dos esencias espirituales mediante una tercera relacional y ya está.

¿Y eso cómo se hace? ¿De que forma espiritual se pueden relacionar dos personas?»

No se trata de una relación física (sustancia), ni de una intelectual (razón), sino de una relación esencial: De lo que la persona *es*, y no de lo que tiene; por eso no depende de las dotes físicas ni de las intelectuales, sino de la voluntad (libertad) de cada uno. Y como resulta que, precisamente, en este nivel es donde se manifiesta la sexta propiedad de la norma o terna lógica, que es la capacidad de optar entre comunicar su autogeneración (es decir, su ser más profundo, no su apariencia), o no hacerlo: pues es aquí donde se encuentra el punto que introduce el cambio y el "movimiento" en todo el sistema universal, y que se concreta en dos tendencias: Al todo por el perfecto compartir, y al "todo" por la separación, que lleva a la aglutinación y a la masificación; segunda opción que ya mencionamos con el nombre de egoísmo, y que vimos conducía al vacío y la nada).

Pues esa posibilidad de opción se da, exclusivamente, en la naturaleza esencial y no en las otras dos de este nivel, como afirma «Sobre lenguaje»:

«La lógica no puede ser, porque si fuera cambiante no nos valdría de medida.

La sustancia tampoco, porque, como ya hemos repetido, lo que observamos de ella son las perturbaciones que produce nuestro paso.

Luego si no es la una ni la otra» (porque en ellas no se ve afectado lo que el ser es), «sólo puede ser la esencia.» (...)

«Pero yo no conozco otra relación espiritual de unión entre las personas que el amor, así que ésa debe ser la esencia espiritual relacional. Y si hemos dicho que los tres miembros de una relación son *equipolentes*» (tienen el mismo valor entre sí), «entonces, el amor, es un individuo igual a los dos personas que relaciona, o sea es también una persona; pero debe ser una persona inmaterial en apariencia».

Pues ese amor personal no es otro que Dios en su faceta trinitaria de "parte" ("parte" que puede ser cualquiera), y en su faceta de relación y referencia al absoluto: Lo que denominábamos en el primer aspecto, Dios Hijo, y en el segundo, Dios Espíritu Santo.

Con lo que una vez conseguida la doble relación de amar a Dios y, al menos, a un prójimo (reparar en que la relación no quiere decir correspondencia, y que el que forja relación [la consolida] es el que ama y no el que es amado), se alcanza, ya por fin, el séptimo nivel: el universo esencial o vital, y al que ya podemos denominar: santidad; nivel, que al estar presidido por la totalidad, permite y lleva el amor total y universal (incluidos todos los seres humanos), y en el que se consuman en uno los tres universos (físico, lógico y vital).

Se comprende ahora cómo el demonio no pudo realizar su negación desde este séptimo nivel, para él inasequible, sino desde el sexto, ya que una vez establecida la primera relación de amor, al tratarse de una opción libre y voluntaria, ya no es posible volver atrás, porque sería una incoherencia que desmentiría dicha opción.

Y así dice el libro del Génesis (2, 1-3): «Así fueron acabados el cielo y la tierra y toda su ornamentación. Dios dio por terminada su obra el séptimo día y

en este día cesó de toda obra que había hecho. Dios bendijo este día y lo santificó porque en él había cesado de su actividad creadora.»

Al comprobar le profundísima verdad del relato de la creación que el Génesis hace, y la admirable sencillez y asequibilidad con que lo hace, no me queda más remedio que comentar la lamentable ignorancia con que tanto ojo "experto" ha minusvalorado, despreciado e incluso ridiculizado dicho relato, mostrando con ello la poca limpieza de miras de sus "ojos expertos" y la suciedad acumulada en las lentes de sus telescopios o microscopios. ¡Cuánto mejor es tener ojos limpios que ojos expertos! ¡Qué tesoro inagotable es la humildad!

Notas y comentarios:

1) Por dar algunas pinceladas que sugieran la abismal diferencia de apreciación entre la idea o noción del universo, previa a la aquí expuesta, y la presente: citaré algunas frases de «Sobre Lenguaje»:

«Pero si nos fijamos atentamente, la lógica es cíclica porque cada una de las estructuras también lo es.» (...)

«Y todo eso porque ya lo era la norma lógica y nos había pasado desapercibido; ya que es un sistema cerrado con tres posiciones, dependiendo cada una de las otras dos.

De esto se saca como consecuencia, que si la lógica es ternaria y cíclica, las unidades que genera también lo son.» (...)

«Pero habíamos dicho que nuestra unidad de medida era curva, es decir cerrada, cíclica; luego las tres dimensiones espaciales también lo son.» (...)

«Podemos cambiar de dirección en el tiempo, como la línea que flota aleatoriamente sobre un papel, sin darnos cuenta de que lo hacemos, y para nosotros seguirá siendo siempre una sucesión; pero, por lo que llevamos dicho, no se puede apreciar una dimensión sin otros dos, así que, indudablemente, apreciamos las tres simultáneamente.» (...)

«Si dijimos que el espacio podía ser la sustancia vista desde fuera y el tiempo desde dentro, la materia en ese caso sería la perspectiva a través.

Y, lo mismo que las otras estructuras sustanciales, estaría determinada por, al menos, tres dimensiones materiales cerradas sobre sí mismas (cíclicas).» (...)

«Bueno, pues en las ondas electromagnéticas lo mismo.

Si su velocidad es realmente la nuestra desplazándonos en la historia, entonces, somos nosotros los que nos desplazamos por las dimensiones sustanciales, o sea, que nosotros somos la distorsión, la onda. En resumen, que cuando observamos una onda electromagnética, lo que estamos viendo es el efecto que produce nuestro paso histórico por la sustancia. (Como cuando vamos en el metro y atravesamos el aire estático del túnel y lo sentimos como viento.)

Veremos que esto tiene una importancia capital cuando hablemos de las ondas sonoras y el lenguaje hablado.» (...)

«Pero si el movimiento de alejamiento galáctico es un movimiento de evolución histórica» (cada una de las galaxias sería la nuestra propia en un

determinado momento histórico), «el movimiento de contracción de la nuestra también lo es.

Viajar por el espacio estelar es entonces viajar por la historia; lo que ratifica que la historia no es sólo un tiempo, por eso se puede alcanzar saltando un espacio.» (...)

«Por eso se puede decir que cada una de las partes es el todo al mismo tiempo.» (...)

«O sea, que aquella hermana pobre de la sustancia y la razón, es la que tiene la llave de todo el sistema: el amor. Mira tú por donde, la piedra que desecharon los arquitectos ha venido ha ser la piedra angular.» (Salmo 118[117], 22)

2) Insisto en que Dios es todas y cada uno de las cosas y, simultáneamente, ninguna en concreto (concepto de libertad). Sin embargo las criaturas no pueden decir lo mismo al no ser absolutas. Las criaturas lo son, única y exclusivamente, por participación, es decir, por gratuidad del absoluto, de Dios. Las criaturas que no quieren participar de Dios, a sí mismas se niegan tal posibilidad.

Hay que tener en cuenta que la relación tiene real y verdadera entidad, y que el perder la relación es perder entidad (y viceversa). Véase, sí no, el caso de la materia como materia—función, es decir, como sustancia relacional (hasta ese punto tiene entidad física).

O dicho con otras palabras: Nada de lo creado es Dios pero todo procede de Dios, y, sin embargo, puede llegar a serlo por participación (por amor), si aceptan su realidad de criaturas y la verdad de Dios.

Dice Jesús en el Evangelio de San Juan (10, 34-35): «¿No está escrito en vuestra Ley: "Yo dije: sois dioses"? La Ley llama, pues, dioses, a los que fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar.»

3) A propósito de que el demonio no pudo realizar su negación desde el séptimo nivel, sino desde el sexto: el del hombre: el del humano corriente, ilumina el Apocalipsis (12, 7-13): «Y se trabó batalla en el cielo: *Miguel* y sus ángeles, *para luchar* contra el dragón; y el dragón luchaba y sus ángeles. Y no prevaleció, ni se encontró ya más lugar para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, y la *serpiente* antigua, el llamado *diablo*; y *Satanás*, el que seducía todo el orbe habitado, fue precipitado a la tierra, y sus ángeles con él. Y oí una voz potente del cielo que decía: Ahora llegó la salvación, el poder, la realeza de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa día y noche delante de nuestro Dios. Y ellos mismos lo vencieron por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio, y despreciaron sus vidas hasta morir. Por esto, alegraos, ioh cielos y los que habitan en ellos!; ¡ay de la tierra y del mar!, porque el diablo descendió a vosotros presa de un gran furor, sabiendo que tiene poco tiempo.

Y cuando el dragón vio que había sido precipitado sobre la tierra, persiguió a la mujer, la que había dado a luz al varón.»

31. El fin de la creación histórica

Puesto que se trata de una ilusión, real, pero ilusión; de una situación ficticia: tiene su final, su corrupción y su relatividad como toda mentira. Pero, curiosamente, es un final que vuelve a comenzar, lo mismo que la totalidad aboca de nuevo en la existencia o autogeneración; con lo que nos encontramos ante dos finales: uno absoluto para los que tienden a Dios, y uno relativo para los que, por mantener la negación, no son capaces de apreciarlo, y se condenan a perpetuidad, al quedar sumidos en el bucle, en el bucle de la "no existencia", del vacío, de la historia de mentira, de la existencia relativa, de la perpetua corrupción.

Pues en ese punto de ciclación, en ese final, que es a la vez el principio, en el momento en que cesa la mentira y muere la muerte, la criatura se enfrenta de nuevo ante la opción por la existencia absoluta (Dios), o, solamente, por la "no existencia", la "nada". Si su elección es la "no existencia" no podrá salir de "su" historia personal de egoísmo, de su vacío interior. Si, en cambio, ha elegido la libertad de Dios, quedará fuera del bucle, en la plenitud del Dios consumación que es omnipresente (lo que significa que ha asumido toda su historia y toda la historia).

El momento de este final de la historia (que dada la naturaleza de mentira de la misma, se confunde, y en cierto modo coincide, con el final de la historia personal de cada uno), dependerá, pues, del tiempo necesario de "explicitación" de toda la creación. Todo ha de explicitarse en ella, y no sabemos cuanto tiempo le queda, porque eso sólo lo sabe el Padre, y el momento en que debe explicitarse tal circunstancia aún no ha llegado; pero lo que sí sabemos es que estamos en las postrimerías, porque sólo hay que comparar el tiempo transcurrido desde la formación del universo, con el tiempo que lleva el hombre sobre la tierra (que es mínimo, ínfimo), para darnos cuenta de la aceleración en el desarrollo histórico y cómo es vertiginosa en estos tiempos finales, en los que la consumación se aproxima, y todo comienza a simultanearse y a interpenetrarse como anuncio de la misma, iniciándose la disolución de la sucesión histórica. (Si hasta, incluso, los relatos fantásticos de viajes en el tiempo, y el hecho de pensar en ello, son ya un anuncio de su próxima realidad y de la simultaneidad de tiempos y momentos históricos que, de hecho, ya se pueden atisbar, a través de los medios de comunicación, en el acceso simultáneo a los distintos horarios terrestres).

Aunque ese tiempo restante, si lo comparamos con el de una vida humana, podría resultar enorme. No lo sabemos. Sólo las señales o signos de los tiempos nos lo indicarán.

32. La muerte

Pues la expresión de esa "no existencia", de la relatividad de todo tomado como absoluto, nos la da la muerte; la que da sentido precedero y corruptible o toda la creación histórica, la manifestación palpable de ese primer pecado, y, en consecuencia, de todo pecado. Con ello se acaba la apariencia de este mundo y la mentira se desvanece, entonces queda la verdad desnuda en la que la criatura aprecia su grado de negación, o si se quiere, su complementario grado de compartición con Dios, y, por ende, con todos; con lo que si ha completado

su opción hacia la plenitud, disfrutará ya de ella (Cielo), o si no lo ha hecho, deberá continuar en la mentira (en una nueva situación según su grado de negación), hasta completar su opción por Dios (Purgatorio); pero si ya ha optado por la negación, pues entonces, se quedará en ella (Infierno).

Las opciones totales permiten a la criatura llegar a ese punto de ciclación final de la creación histórica, las parciales no, porque no acaban de superar del todo la mentira, con lo que alcanzan sólo un momento de lucidez.

No es, pues, posible, cambiar una opción de vida más allá de la muerte, porque si se ha entrado en la inmutabilidad, ya no es posible cambiar, y si se cambia, es que no se ha entrado en la inmutabilidad y se sigue "viviendo" en la parcialidad. O dicho con otras palabras: Nadie del cielo puede renunciar a él para ir al infierno (que también está en Dios, porque existe), y si lo hace, es que no estaba en el cielo (aunque se lo creyese); sin embargo, las puertas del cielo siempre están abiertas para quien quiera entrar en él. (La mutabilidad siempre permite cambiar la opción hacia la inmutabilidad.) Con lo que el que mantiene la negación, ha de esforzarse en mantenerla y elegirla conscientemente. Nadie, en eso, va engañado.

33. La vida

La vida histórica, como bien se supone, es una parcialidad o relativismo de la vida por antonomasia: la vida consumada.

Es el resultado de la aparición de la "no criatura" ante la criatura y la situación de opción que se crea ante ella. Pues esa situación de duda, se expresa, se plasma, en una sucesión de acontecimientos, que no son otra cosa que la vida histórica.

A la criatura le faltaba, para alcanzar la inmutabilidad del absoluto, abarcar también la "no existencia", es decir, la "no inmutabilidad", o lo que es lo mismo: la mutabilidad, la posibilidad de cambio, decidir. Así que, al encontrar a la "no criatura" (que toma por creador) se tiene que enfrentar ante una posibilidad de cambio: Aceptar a ese creador ajeno a ella (y que, en consecuencia, ve como "malo"), o no aceptarlo. Si lo acepta, y por tanto se acepta a sí misma como criatura: relativa, parcial, imperfecta, defectuosa, sufriente, etc.; implícitamente está aceptando, sin darse plena cuenta de ello, a la "no existencia"; y con ello alcanzando ese absoluto inmutable y pleno del Dios consumación.

Si, por el contrario, la criatura no acepta a ese supuesto creador y se erige ella en dios de su mundo, está cayendo precisamente en la trampa de la "no criatura" y cometiendo el mismo pecado que ella cometió, con lo que se hunde en la "no existencia", convirtiéndose en otro demonio.

La criatura ha de descubrir, durante ese periodo de duda y opción que supone la vida, que el auténtico Creador no es ajeno a ella; que ella es criatura porque vive con el Creador, que el Creador es *todo* para ella, y que todo lo de Él es de ella (si ella lo acepta), y que, para ello, también ha de abarcar a esa "no criatura", a esa "no existencia", como Él ya lo hace. Ésa es la Ley del Amor.

La vida es, pues, un periodo de aprendizaje y elección.

IV. EL HOMBRE

34. El hombre

Hemos visto cómo, en la creación, hay siete niveles de organización de las criaturas (de las "cosas" creadas), y que en el sexto de esos niveles aparecía el hombre. En los niveles previos se iban alcanzando unas determinadas "propiedades" que permitían, a su vez, ir aumentando el grado de libertad de las criaturas, pero sólo cuando se llegaba al sexto se adquiría la libertad propiamente dicha, a lo que también hemos denominado voluntad; lo que en el hombre (en el ser humano), se manifiesta mediante el reconocimiento del propio yo, siendo pues, la única criatura que, al estar en este nivel, puede decir: «Pienso, luego existo».

Pero llegar a alcanzar la propiedad del nivel no significa disfrutar de ella, cosa que sí se realiza en el nivel siguiente; luego, precisamente, ese disfrute es la señal de que se ha cambiado de nivel. Así, la *existencia* que presentan los ácidos nucleicos (sustancias orgánicas) la disfruta el virus, la *distinción* que alcanza el virus la disfruta la célula (la bacteria), la *unidad* que adquiere la bacteria la disfruta el vegetal (especialmente en su forma pluricelular de planta), la *individualidad* o independencia que consigue la planta la disfrute el animal (que la interioriza), la *comunicación* que logra el animal la disfruta el hombre (que la interioriza y hace propia), ¿y la libertad a la que accede el hombre, quién la disfruta?

35. La libertad

La capacidad de comunicación o interacción que el hombre ha adquirido de su naturaleza o nivel animal, alcanza, ahora, en su ser de hombre, la posibilidad de ser ejercida; y así como a Dios, la capacidad de ser que le brindaba la existencia le hacía todopoderoso: al hombre, esa posibilidad de ser comunicativo le hace "todo-comunicativo". Si el hombre no ejerce esa capacidad de comunicarse, de relacionarse *en esencia* con los demás, si el hombre no se comparte, es decir, si no ama: no es libre. Entra en la "no existencia" al decir: «no me compartiré» (aunque él lo vea al revés, y lo aprecie como que son los demás los que "dejan de existir" para él, al encerrarse en su cárcel particular, en su quiste).

36. La relación de necesidad

El establecimiento de esa relación en esencia que el hombre debe conseguir si quiere disfrutar de la libertad, es, como todo, paulatino y progresivo, pudiéndose distinguir, en ese "camino", tres fases sucesivas bien diferenciadas. La primera es la *relación de necesidad*.

Y retomando nuestro consabido ejemplo del desarrollo humano, nos detenemos ahora en el niño recién nacido, que todo lo necesita. Esa necesidad instintiva le hace demandar indiscriminadamente ayuda, mediante su llanto, a

quien pueda oírle: Que le cambien los pañales, que le den de mamar, que le libren de incomodidades y dolores... Para él, su madre, es simplemente "la fuente de la leche" y no significa otra cosa, y, en general, los "otros" son los que cubren sus instintos; sin embargo, a sus padres, no les importa que sólo les quiera para cubrir sus necesidades físicas, porque comprenden que todavía no conoce ni sabe, y tienen paciencia. (Y Dios lo mismo con nosotros.)

Más adelante, a medida que crece, al niño le aparecen otra serie de necesidades: las afectivas; y necesita sentirse querido, cuidado, centro de atención, y desarrolla todo una suerte de "gracias" o "trucos" para conseguirlo.

Por último, viene a sumarse una tercera necesidad: la racional. La búsqueda de todo tipo de seguridades: que sus padres se lo den todo, que todo lo sepan, que todo lo puedan, que todo lo solucionen...

Pero a pesar de que al niño le dé igual quien cubra sus necesidades, mientras que lo haga, y de que en todo esto todavía no haya amor, a sus padres no les importa, porque ven la constante progresión de su hijo. El problema surgiría si su hijo se estancase ahí y no creciera ni madurara.

De la misma forma, el hombre adulto, en la relación con sus semejantes (y con Dios), actúa repitiendo estos patrones, y utiliza a los otros como objetos al servicio de sus fines y necesidades. El problema fundamental consiste, en que dicha situación, que simplemente es un inicio, se quede estancada indefinidamente.

Así que, gracias a que tenemos necesidades, nos relacionamos con otras personas para intentar solventarlas. Si no fuera por esas necesidades, viviríamos cada uno en nuestro mundo, aislados de todo, encerrados en nuestro huevo particular, en el que todo lo de fuera de su cáscara correspondería a la particular "no existencia" de cada uno. De esta forma, la necesidad se convierte en una bendición que nos hace percibir que esa "no existencia" está habitada, y, con ello, nos invita a romper nuestra cáscara.

37. La relación de agradecimiento

En la segunda fase de toda relación (incluida la relación con Dios), la relación de necesidad se va transformando en *relación de agradecimiento*, que aunque todavía no sea amor, ya se va aproximando a él, y supone una permeabilidad y debilitamiento de esa "cáscara", que se vuelve frágil y abocada a la ruptura.

Ese niño de nuestro ejemplo va descubriendo que sus padres le dan cosas y le cuidan, y tienen atenciones hacia él, aún sin que él lo pida, con lo que se siente obligado hacia ellos por el agradecimiento, es decir, por la contrarréplica (base de la mayor parte de las relaciones interpersonales de los adultos, y de la educación en la mayoría de los hogares), y siente la necesidad de "pagar" esos favores con otros: «Tanto me das, tanto te doy». O: «yo te doy, pero tú tienes la obligación de devolverme», con lo que se trata de "comprar" los favores del otro (incluido Dios), convirtiendo la relación en puro mercantilismo, pero no en amor (esto es: en seducción). Y esto ocurre, tanto en el plano físico, como en el afectivo o en el racional.

38. El odio y el rencor

Sin embargo, si la contrarréplica no se cree justa o equitativa, se puede producir la marcha atrás en la relación, y aparecer el sentimiento contrario: el *odio* y el *rencor* (que es lo opuesto al agradecimiento y no al amor, porque el amor no tiene contrarios, ya que en él no es posible la marcha atrás al no esperar contrarréplica).

Por eso sólo puede aparecer el odio, el resentimiento o la "supuesta indiferencia", donde no había amor verdadero, y sólo en la medida que no lo había.

¡Y hay tantas cosas que aparentan amor, y que llamamos amor, y que se caen al primer golpe de viento, porque en el fondo siempre esperan algo a cambio!

Con el odio se repudia aquello de nuestra particular "no existencia" que había comenzado a existir para nosotros, con lo que, consciente y voluntariamente ahora, se mantiene a ese "algo" en esa "no existencia", y con ello, al ejercitarse la libre voluntad, se está optando por la propia "autoamputación" que supone el pecado. Con lo que el rencor, lo que hace es mantener el dolor y el recuerdo de la presencia de la amputación.

39. La relación de amor

Se alcanza la tercera y última fase cuando la relación de agradecimiento comienza a transformarse en *relación de amor*, y, por fin, ya se rompe esa "cáscara" que nos aislaba.

Cuando ese niño (ya bien crecido), descubre que sus padres le cuidarían y no cambiarían en su actitud ni en su cariño hacia él, aunque él no les pagara ni les "comprara" de ningún modo, porque no le exigen nada a cambio y sólo les preocupa su bien (y con Dios igual): la ley de la contrarréplica que venía aplicando deja de tener sentido, apareciendo entonces una opción nueva: la entrega libre y desinteresada de uno mismo, es decir, el amor verdadero; y que precisamente, por ser libre y gratuita, no exige recompensa, con lo que ya no le es posible volver atrás; ya que el que ama, no puede dejar de amar porque no espera nada, por lo que sólo puede avanzar creciendo en el amor; o dicho de otro modo: el amor verdadero irradia y genera amor. Y con el amor, el ya no tan niño, consigue meterse en el pellejo de sus padres (y también en el de Dios), ponerse en su lugar y comprenderlos, descubriendo así, mediante esa compartición—comprensión que es el amor, que la felicidad no está en ser amado sino en amar; que la felicidad y el engrandecimiento personal no está en recibir y ser comprendido sino en darse y comprender por entero (abarcarse e incluir en el propio yo lo que el otro es).

Luego el amor se convierte, de esta forma, en la puerta de la comunicación interior, en el verdadero disfrute de esa comunicación alcanzada en el quinto nivel, e interiorizada, ahora, hasta el propio yo, con lo que ya no son imprescindibles "las palabras" para comunicarse, sino que todo es comunicación; comunicación que, comenzando como un ínfimo manantial, se va transformando en un río invadible.

Por todo ello es por lo que resulta absolutamente imposible amar a Dios sin amar a los que nos rodean, y, de igual forma, amar verdaderamente a nuestros semejantes sin encontrarse con Dios (que es Amor). Y así, en estos "Encuentros en la Tercera Fase" (alusión fílmica digna de reflexión, si se interpreta en este sentido y no en el grosero), la persona que ama se ve transformada en lo más íntimo de su intimidad, comenzando a irradiar, inconscientemente: felicidad, paz y alegría, aun en medio de muchas penalidades e incomprensiones. Y con ello, el hombre, sufre una verdadera mutación que lo transforma en un nuevo ser: un "más que hombre", un santo; lo que, en consecuencia, le lleva a un cambio de comportamiento que le aleja del usual entre los hombres.

40. El amor

El amor auténtico, el verdadero, presenta una serie de características que le distinguen con claridad de todo aquello que pretende pasar por tal (de todo amor de mentira), y que son las siguientes:

1) Es **personal**, es decir, exclusivo pero no excluyente; ya que se establece un lazo directo con cada persona concreta al compartir el yo, la esencia, (y no sólo los hechos).

2) Es **familiar**, es decir, posesivo pero no dominante; ya que el que ama hace propio lo amado, lo abarca, lo comprende. (Consecuencia del verdadero compartir.)

3) Es **expansivo**, ya que el que ama irradia amor, y un lazo de amor lleva a establecer otros lazos de amor. (Consecuencia de alcanzar la totalidad del séptimo nivel.)

4) Es **definitivo** (fiel), ya que se establece un lazo indeleble que no se puede romper por nada ni por nadie. (Ni el tiempo, ni la separación, ni la muerte, ni el desprecio...) Ya no es corruptible porque ha alcanzado la inmutabilidad del séptimo nivel.

5) Es **liberador**, porque transforma y enriquece a la persona que ama. (Se interioriza la libertad, lo que hace que se disfrute de la misma [situación propia del séptimo nivel].)

Notas y comentarios:

Estas características desenmascaran muchas actitudes, intenciones o expresiones que, habitualmente, se tienen por amor; como pueden ser:

«Tú para mí, yo para ti, y los demás estorban o no interesan»: que delata el egoísmo subyacente en su falta de expansividad, de irradiación, y que, por tanto, no se ha alcanzado la totalidad propia del séptimo nivel.

«Te necesito»: Clara relación de necesidad. Si la necesidad acaba, acaba la relación.

«Te quiero porque te necesito»: Pura utilidad.

«Porque sé que me necesitas: te quiero»: Mera vanagloria personal al hacer depender el amor de una condición.

«Te quiero» cuando equivale a «te deseo»: Relación de necesidad que manifiesta una apetencia caprichosa. Cuando acabe la apetencia, acabará la relación.

«Te quiero si...» (me amas, haces esto, dejas de hacer...): Chantaje, (relación de necesidad o, en todo caso, de agradecimiento).

«Te amo más que a mí mismo/a»: Relación de necesidad o de agradecimiento que esconde una dependencia. Cuando acabe la dependencia acabará la relación, o si la otra parte la interrumpe, se transformará en odio.

«Le/la quise muchísimo, pero eso no se lo perdono»: Nunca hubo verdaderamente amor. El amor puede que no sea total y que aún haya partes de agradecimiento que se transformen en odio o resentimiento, pero no se puede dejar de amar. Se podrá dejar de convivir, pero no de amar.

«Te admiro»: Si la admiración no se asienta sobre un amor auténtico, indica deseo de apropiarse cualidades (**sólo** cualidades), de la persona admirada, con lo que trasluce la envidia.

«Te adoro»: Si la adoración no se fundamenta sobre un depurado amor verdadero, es una hipocresía y un sentimentalismo vacío, y esconde una actitud dependiente, apropiadora y no liberadora, lejana a Dios, y propia de la idolatría (aunque, supuestamente, incluso, se pretenda dirigirla a Dios).

En resumen: el amor supone entregar libre y voluntariamente **todo** lo que uno es y tiene, ya sea poco o mucho, por el bien del amado, y no del propio, y por tanto, sin esclavizarse a su capricho. (No cuenta la cantidad sino la proporcionalidad: todo). Así la expresión «te quiero», significa: «te acepto libre y voluntariamente en mí», «te incorporo a mí»; ya que, “abrirse para entregar” y “abrirse para aceptar”, están indicando una misma situación. En definitiva: amar como Dios ama.

Repárese en que estas premisas del amor, de exigirle todo a cambio de nada, prometiéndolo todo y al final darlo todo, se oponen a las halagadoras de la seducción de ofrecerlo todo, a cambio de nada, para luego quitarlo todo.

Al amor le ocurre, pues, como al rey Midas, que todo lo que toca lo transforma en oro; lo que también se dice de la piedra filosofal (la piedra angular que desecharon los arquitectos), y a la que los alquimistas debían referirse sin duda, con todo su lenguaje críptico (y que ahora deja de serlo al contrastarlo con la realidad a la que se refería).

41. La amistad

El amor, como ya hemos visto, no exige correspondencia, sin embargo invita a ella, la sugiere simplemente con mostrarse; pues cuando surge la contrarréplica, igualmente desinteresada, a ese amor: es cuando comienza la amistad.

En la amistad, el amor no es condicional como ocurría en la relación de agradecimiento («yo te doy mientras que tú me des»), sino que son relaciones de amor, libres e independientes, la una de la otra («yo te doy a la vez que tú me das, e independientemente de que tú me des»). Luego el grado de amistad, de profundidad de la amistad, depende de aquel que pone menos en la relación, del que ame menos con amor de verdad. (Y con Dios ocurre lo mismo.)

Y verdad es, que hoy en día, la verdadera amistad es perla difícil de hallar, porque se llama amistad a tanto "amiguismo" (que no pasa, como mucho, de la relación de agradecimiento, o presenta un gran desequilibrio relacional, en el que una de las partes mantiene enmascarada una relación de necesidad); que hace dudar si tal amistad es posible.

Así pues, la amistad progresa en la medida en que progresa el amor y van desapareciendo los retazos de las otras fases relacionales. Con lo que las características de una verdadera amistad coinciden con las mencionadas para el amor: Es personal (exclusiva pero no excluyente), es familiar (posesiva pero no dominante, disponible), es expansiva e irradiante (abarca toda la realidad del otro y se extiende a los otros), es definitiva (fiel, sólida e inquebrantable), y es liberadora (engrandece y transforma, produciendo buenos frutos). Pero además tiene una peculiaridad: que fomenta la confianza y la plenitud del amor, porque sólo quien ama (o quien comienza a amar), al poder comprender, es capaz de descubrir la verdad del amor del otro.

A este respecto dice el libro de los Proverbios (27, 5-6):

«Mas vale reprensión abierta que amor callado.

Los golpes de un amigo son leales, los besos de un enemigo son engañosos.»

42. La santidad

La libertad que se adquiriría en el sexto nivel, se disfruta, ahora, al ascender al séptimo; y así como a Dios, esa libertad, le permitía serlo todo siéndolo todo, al hombre le permite serlo todo amándolo todo (compartiéndose, comunicándose con todo, en definitiva: "siéndolo" todo).

Pero se es libre cuando la libertad se ejerce, y tanto más libre cuanto más se ejerce, cuanto más se abarca en ese *serlo todo amándolo todo*. Luego, cuando la libertad se ejerce de hecho, eso ya indica que se ha adquirido la propiedad del séptimo nivel: la totalidad. Con lo que el abismo que se ha abierto entre el "más que hombre" (el santo) y el hombre, es equivalente al existente entre el hombre y el animal, o entre el animal y la planta. Y en la medida que se progrese y evolucione en ese nivel, el abismo distanciador se manifestará más abrupto e insalvable.

Si ya entre los hombres hay diferencias evolutivas comparables a las existentes entre una hormiga y un orangután (aunque estas diferencias sean de calidad y no de apariencia, y, además subsanables, al tratarse del nivel de la libertad que posee evolución voluntaria y libre), entre un hombre muy evolucionado y un recién llegado a "más que hombre", la diferencia de calidad y entidad (no de aspecto), viene a ser como entre ese orangután y el hombre primitivo. Pues lo mismo que ese hombre primitivo evoluciona y descubre el amor y la santidad, el santo progresa en su nivel, disfrutando de la libertad, gracias a la totalidad alcanzada.

Pero la plenitud de la totalidad no puede conseguirse hasta que no se alcance el disfrute de la misma, que, como ya dijimos, se logra en el nivel siguiente. ¿Pero cuál, si estamos en el último?

Pues dada la ciclación del sistema, en el primero de nuevo, en el de la existencia.

Pero quien tiene la totalidad no puede adquirir, además, una existencia relativa que ya tiene, sino lo que logra es la existencia absoluta; ya que ha asumido en sí a todo el sistema (toda la creación), que queda interiorizada y convertida en cuerpo propio; con lo que hemos llegado a la consumación, en la que los niveles pasan a convertirse en un único nivel que los incluye a todos; lo que significa que se ha salido del ciclo.

Así que, quien interioriza (hace propio) el amor a todos y cada uno, es digno de disfrutar de Dios (por libre gentileza suya).

O dicho con otras palabras: Quien ama a sus semejantes (se comunica con los de su mismo nivel), puede alcanzar el nivel siguiente, el séptimo. Quien además ama a toda la creación, puede salirse del ciclo. Por lo tanto, el amor a la creación pasa por los semejantes, y si no pasa por ellos, no es auténtico, es fruto de la mentira (de la autosatisfacción).

Luego el paso a la santidad es una opción libre, una evolución libre. Lo que contrasta con todos los niveles precedentes de evolución "obligada", "no libre". Por eso, quien no ama permanece en el sexto nivel y nunca podrá acceder al séptimo mientras que no lo haga, y ése será, precisamente, su punto de ciclación, su punto de opción, que al despreciar la totalidad, opta por la existencia relativa: la nada, la "no existencia".

43. El pecado original

Ese primer pecado que hizo posible la creación histórica (el reino de la mentira), es el que tiene sumida a toda esa creación en la mentira de la "no criatura", y en esa mentira, todos nos vemos inmersos, confundiendo a la "no criatura" con el Creador, sufriendo una situación de *ignorancia de Dios*, que viene como consecuencia de la pérdida del absoluto, de la referencia.

44. Las seguridades

La pérdida del absoluto como referencia, que conduce a la situación de ignorancia de Dios, lleva a la criatura, al hombre, a creerse absoluto; pero sólo momentáneamente, porque las circunstancias de la vida, las "inclemencias" y contrariedades de la misma, y las propias necesidades, se encargan de demostrarle su error.

Al sentir y advertir esa relatividad de su ser, el hombre experimenta la inseguridad que le produce la referencia a un absoluto para él desconocido. Está solo y es dependiente. ¿Cómo cubrir su soledad y su dependencia? ¿Cuál será su absoluto de referencia que supla sus carencias?

La respuesta a estas preguntas es la búsqueda de seguridades, de pseudoabsolutos, que den sentido y plenitud a su vida y a su ser.

En principio, ese o esos pseudoabsolutos se buscan en lo más inmediato y palpable: En las fuentes que solucionan las propias necesidades (alimentos, cosas, placeres, afectos, dinero...) Pero, con el tiempo, la incapacidad de estos

pseudoabsolutos para solucionarlo todo queda patente, y la mirada se pone en algo más amplio y "abstracto": Lo desconocido (fuerzas o poderes ocultos, supersticiones, seres sobrenaturales...) Sin embargo, esto no acaba de dar plena satisfacción a los deseos e inquietudes del hombre y no acaba de explicar el relativismo de todo, con lo que se orienta la búsqueda hacia una visión integradora del mundo, llegando, así, a la religión (politeísmo organizado, grandes religiones y filosofías).

Un último paso en esta visión integradora lo constituye el monoteísmo, y con ello, la referencia a un único absoluto para todo: Dios. Con lo que el hombre se enfrenta, ahora directa y conscientemente, al problema de la "no criatura" que toma por Creador, y de su actitud incomprensible de desprecio hacia sus criaturas. De su respuesta a este problema y su actitud ante él, dependerá su vida.

Esta visión histórica colectiva, que es, a la vez, una visión de la historia personal de cada individuo (dado el fenómeno de explicitación histórica y consumación personal), conduce al hombre (individual y colectivamente) a tomar postura (y ahora ya de forma consciente), frente a Dios como absoluto, y el ser del hombre como criatura. A elegir: las falsas seguridades humanas, los pseudoabsolutos, los ídolos; volviendo a ellos, o a optar por Dios.

Si el hombre opta por las falsas seguridades, se vuelve fácilmente manipulable por quien aparente controlarlas, y con ello, en un pobre esclavo. (Véase de nuevo «24. La seducción manipuladora».)

Notas y comentarios:

Repárese en que la situación de tremenda confusión reinante en el mundo de hoy (como no la ha habido en toda la historia ni la habrá), es el resultado de un desbordante aluvión de información contradictoria (que no de saber), toda ella orientada hacia los pseudoabsolutos, pero sin hacer una referencia verdadera al único absoluto: Dios. Creando, de esta forma, un caos en todos los pilares sobre los que se sustenta el conocimiento y la voluntad de las personas, llevándolas a la idea de que "nada es fiable", produciendo así una situación de verdadera y efectiva ignorancia, (cargada de conocimientos, ¡eso sí!, lo que proporciona una sensación de gran "sabiduría"); con lo que los manipuladores que controlan la sociedad actual sólo tienen que inducir a las gentes a que se preocupen de «lo único que cuenta en la vida», que es el "aquí y ahora" de un pragmatismo descarnado, salvaje y egoísta, para así poder reducir al hombre a la "vida del cerdo" (comer, dormir y retozar), anulando de esta manera su humanidad, al sustraerle la libertad que le hace ser hombre. Situación muy favorecida, además, por el ambiente de supuesto "bienestar", con el que se **compra** al individuo en las sociedades supuestamente "desarrolladas". (Se fomenta la falsa omnipotencia del hombre, y su plena dignidad en relación a sí mismo y no a Dios [que es quien se la da], con lo que se potencia el egocentrismo y la egolatría, consiguiendo que el hombre vea, en todo lo que le rodea: **objetos** sometidos a su uso, disfrute y entero capricho).

No es de extrañar que la increencia sea la reina de tales sociedades en las que el hombre, aparentemente, no necesita a Dios para cubrir sus necesidades más perentorias, ya que es esa sociedad las que se las solventa; y que sean los manipuladores, los que favorezcan y alienten tal situación de increencia, que les permite disponer de unos fenomenales "borregos" para sus "festines". Pero el

cáncer acaba por matar al cuerpo que lo alberga, así que esas sociedades heridas de muerte, acabarán por caer al igual que el Muro de Berlín, que pareciendo inexpugnable, se desplomó de un día para otro.

45. El pecado personal

Habíamos visto en «25. El pecado», cómo el endiosamiento de la criatura al creerse absoluta, volvía a ésta "leprosa", y le hacía ir perdiendo partes de sí misma, en un progresivo hundimiento y encarcelamiento dentro de sí. Ahora ya no es solamente ignorancia de Dios (el pecado original), sino también ignorancia de las criaturas, de la creación, al sumirles en su "no existencia" particular (al cerrarles el corazón).

La ignorancia de partes de ese mundo que la criatura aprecia, se realiza mediante la negación de las partes en cuestión a través del "no amor", de la omisión voluntaria («no me compartiré»), actitud que le hace hundirse un poco más en la "no existencia", y esto facilita que el siguiente pecado (la siguiente negación), se produzca, lo que lleva a más hundimiento, más ceguera y mayor torpeza, y aún más facilidad para pecar de nuevo; y así progresivamente.

En fin, el pecado personal es, en mayor o menor grado, una repetición de ese primer pecado «no te serviré», «no me compartiré»; lo que condena a la criatura (al hombre), a la esclavitud servil de los pseudoabsolutos o falsos valores que ha elegido tras el desprecio de Dios.

Y sus efectos o consecuencias son igualmente proporcionales a ese primer pecado, afectando también, instantáneamente, a toda la creación, ya que rompe o rechaza una relación, y con ello provoca una remodelación de toda la malla relacional de la misma, originando una onda de ruptura. (Todo lo que afecta a una parte del cuerpo, aunque sea diminuta, afecta a todo el cuerpo). Aunque la fuerza rompedora (negadora) de ese pecado, dependerá del grado de negación, es decir, del grado de consciencia, de voluntariedad, que se tenga de él.

Luego si el pecado depende de la voluntariedad, de la intención, y afecta al propio ser del hombre, dicho pecado ha de ser siempre de pensamiento, de intención, independientemente de que se lleve a cabo o no ese pensamiento, o de lo que pretenda aparentarse, (circunstancia que no resta dimensión universal al mismo). Es decir, los pecados del hombre, cada uno de ellos, son los responsables directos del mantenimiento de toda la situación de pecado (creación histórica en todos sus tiempos y momentos) en la que estamos inmersos.

Afortunadamente, toda opción de amor, toda fidelidad, surte el efecto contrario al pecado y es de dimensión igualmente universal, (en sentido pantemporal e instantáneo).

El hombre, pues, "controla" toda la creación histórica. (¡Vaya responsabilidad!)

Notas y comentarios:

- 1) Se dice en «Sobre Lenguaje»:

(*El Medio*): «Pero si todo depende de lo que ocurre en el sexto nivel de las esencias: todo es imagen de él, las ondas, los átomos, las moléculas, los cuerpos, el universo físico, las filosofías, las concepciones políticas, la historia...

Como en el ejemplo de los espejos: el movimiento en una de las imágenes supone el movimiento de todas.»

(*Conclusión*): «Según *El Medio*, cualquier movimiento, cualquier variación por pequeña que sea, afecta profundamente a todo el sistema produciendo una remodelación total del mismo, como en una hilera de fichas de dominó. Si la generación se interrumpe en un determinado nivel, la malla relacional se rompe, impidiendo la aparición de la unidad superior, y al faltar ésta, su respectiva superior también se verá afectada, y así sucesivamente hasta volver al nivel donde partió, y donde producirá una ruptura de la malla, y vuelta a empezar. Estamos ante el proceso de aglutinación; el cristal se va deshaciendo.

Y viceversa: Si lo que no generaba comienza a generar, el proceso se producirá a la inversa.»

Como se ve, la "ofensa" que produce el pecado no es sólo a Dios, sino a todas y cada una de sus criaturas; pero quien padece verdaderamente la ofensa es el propio pecador. (Por poner un ejemplo: Sería como estar en elecciones permanentes y dar nuestro voto al demonio para que gobierne. ¡Para qué lamentarse luego, si se le vota!)

2) Se dice en el libro del Génesis (1, 28):

«Y Dios los bendijo diciendo: «Sed prolíficos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla».

Y visto lo visto: ¿En qué sentido lo diría: en el físico, biológico y grosero, o en el del amor?

46. La tentación personal

Cada pecado personal extendido por toda la creación histórica mediante esa corriente aglutinadora u onda de ruptura, es una nueva invitación a pecar para todos, un "engrandecimiento" de la "no existencia", con lo que, el hombre, ha de esforzarse en mantener la relación para no verse arrastrado por esa corriente, y eso sólo lo puede conseguir si transforma esa relación en indeleble y sólida mediante el amor, si ama a quien lo tienta mediante la negación a su deseo tentador, a su seducción manipuladora, porque comprende su intención (averigua su propósito).

Y si vence la tentación, al fortalecer sus lazos de amor, lo que está haciendo es originar una corriente contraria de compartición, y obtener una pequeña victoria definitiva, porque ante la solidez de un verdadero lazo de amor, no hay tentación que valga.

(Habrà que recordar aquí, que la sustitución de la relación de agradecimiento por la del amor es progresiva y paulatina, por lo que habrá aspectos sólidos e indelebles, y aspectos que no lo sean y que, por ello, son, precisamente, los susceptibles de romperse. Por eso la tentación siempre va al punto más débil.)

Notas y comentarios:

Detectar una tentación no suele ser, por lo general, fácil (salvo que sea muy evidente, lo que es inusual porque, entonces, pierde eficacia). Por eso se debe estar alerta y conocer bien los medios de actuación, tanto del demonio (que aparecen en «24. La seducción manipuladora»), como los de Dios (que figuran en «59. El lenguaje sugerente de Dios»), para saber *discernir* de donde viene una moción interior. A este proceso es al que se le conoce como *discernimiento*.

V. LA CONVERSIÓN

47. La conversión

Si por el pecado, el hombre cae en la ignorancia de la parte negada, ¿cómo es posible que pueda volver a recuperarla si no sabe que está, si ha perdido la noción de su existencia?

Para el pecador, la parte negada entra en su "no existencia" particular, en la que él percibe como fuera de sí y ajena («no te acepto en mí», «no me compartiré»), con lo que para poder recuperarla o recuperar "cosas" (indiscriminadamente en principio) de esa "no existencia", tiene que reconocerla y aceptar "a ciegas" aspectos de esa "no existencia", de ese "no Dios", de ese "no sentirse querido" (egocentrismo), o "no sentirse valorado" (egolatría), que le daña.

Es ese egocentrismo y egolatría (egoísmo en definitiva), el que muestra al pecador su vacío y su soledad (y, con ello, el daño), al no poder satisfacer en sí mismo sus necesidades y apetencias, y tener que salir a buscarlas fuera (si las quiere). Pero como no está dispuesto a ceder en su egoísmo ni un ápice, recurre a la estrategia de la relación de necesidad: a usar lo de "fuera" sin comprometerse con ello; aunque de esta forma, y casi sin darse cuenta, comienza a reconocer la "existencia" de "algo" fuera de sí, con lo que su ignorancia comienza a ceder, pudiendo iniciar así, si voluntariamente quiere, el camino que lleva a la relación de amor y a la definitiva reintegración personal (recuperar definitivamente las partes perdidas).

Notas y comentarios:

Quizás facilitaría la comprensión de la abstracción que aquí se plantea, el usar la imaginación creando una fantasía, una escena de la sucesión de acontecimientos que se narran, para poderse situar dentro de ella y poderla contemplar desde distintos ángulos.

48. La fe

El hombre, al enfrentarse ante su particular "no existencia", ante lo que no existe para él, y reconocer en ella una entidad, un "algo" que comienza a cargarla de existencia, ha de tomar una primera decisión: Aceptar "a ciegas",

confusamente, aspectos y matices de ese "algo", y con ello, a ese "algo" que se oculta; o no aceptarlo.

Si decide aceptarlo, tendrá entonces que fiarse, que confiar en la existencia de ese "algo" y abrirse hacia ello, para, así, ir llenándolo de existencia con su propio ser, e iluminarlo con su comprensión (compartición—comprensión a lo que denominábamos amor).

De este forma, el hombre descubre en sus semejantes un "*más allá*" que los enriquece y que los va transformando de meros objetos en personas, y un "*más allá*" en todas las cosas que las trasciende y le comienza a mostrar a Dios.

El hombre, al arriesgarse a iluminar su "fuera de sí" con su propio ser, dotándolo de "su" existencia, descubre que Dios ya había realizado eso mismo con él, que Dios ya le amaba y que nunca había dejado de hacerlo, y que era el pecado original (la ignorancia de Dios), el que le había impedido apreciarlo.

Así que quien se arriesga a confiar en Dios y a amarle, descubre que Dios ya le ama y que se da a él todo entero (no en porciones). Y de esta forma, aprende a amar como Dios ama.

49. El arrepentimiento

La fe es, pues, la que permite al hombre adentrarse en ese mundo desconocido que es para él su "no existencia", la que le invita a romper su cáscara y salir de sí, de su egoísmo (egocentrismo, egolatría). Pero el tomar conciencia y consciencia de su relatividad y pequeñez, de su imperfección y pobreza, y de las consecuencias que ha tenido el haberse creído el "centro del universo", es un reconocimiento doloroso por fuerza, porque muestra la insatisfacción, la ofensa producida a aquello que ahora se ama y que constituye "carne" propia (y que por eso duele). Así que ese dolor irremediable y constructivo, edificante y cargado de paz, es la señal inequívoca de que el arrepentimiento se ha producido.

Si tal dolor no se produce, o es destructivo y desasosegante, significa que se trata de un falso arrepentimiento. En el primer caso, porque no ha llegado a ser tal y el daño infligido no se siente como propio, y en el segundo, porque lo que se ve dañado es el propio prestigio del ego (egolatría), con lo cual se aprecia el propio vacío aún sin llenar (se ve que aún no se es perfecto y digno de admiración).

Una severa egolatría lleva a la incapacidad para reconocer los propios pecados, y a buscar mil justificaciones para no dañarla, y, a la vez, curiosamente, al creerse "la medida del universo", a una severidad y rigidez de juicio con respecto a los otros. Pero los autoengaños no producen paz porque no conducen al arrepentimiento, y, en consecuencia, a la reconstrucción y reparación del propio ser (que es la que trae la paz al arrepentido).

Así que, una vez más, la humildad se constituye en la base y fundamento de todo arrepentimiento, y del consecuente y sincero propósito de no pecar más, ya que hace imprescindible el reconocer la falta para alcanzar el perdón (la reparación); (lo mismo que es imprescindible reconocerse enfermo para intentar buscar curación). Luego quien no ame, nunca buscará el perdón; o dicho de otro modo: quien no busca perdón es porque no ama.

50. La reparación

La añoranza de tiempos mejores, lleva, con el tiempo, a quien ha roto relaciones guiado por su egoísmo, a un **replanteamiento** de actitud, más allá de los meros hechos y circunstancias, y a dar valor a aquello que tenía (o podía haber tenido), pero que no apreciaba.

La aceptación de sus errores (de sus pecados), y la revalorización de esas relaciones, le inducen al arrepentimiento y al **cambio** de actitud, abriéndose a la generosidad, y, con ello, al amor; con lo que desaparece el rechazo, que es sustituido por la comprensión, y el deseo de reconciliación se transforma en **obra** (ruptura de la cáscara); arriesgándose entonces a reparar, sin saber si tal intención va a ser aceptada por la otra parte.

Pues es en ese momento (cuando el hombre se arriesga a reparar a fondo perdido), cuando el amor manifiesta su autenticidad, incorporando a nuestro propio ser aquello que habíamos expulsado a la "no existencia", con lo que la propia reparación de nuestro ser se lleva a cabo, y se consigue la **liberación**. ¡Y eso produce tal alegría! (¡Y es de efecto reparador igualmente universal!)

Quien espera seguridades de éxito para intentar una reconciliación, y no se arriesga hasta no tenerlas, es porque no ama y se mantiene todavía en la relación de agradecimiento, con lo cual, no experimenta la reparación. Y viceversa, quien se reconcilia, profundiza y sana la relación, porque aprende a amar al otro tal cual es. Sin embargo, si la reconciliación se produjera apoyándose en la relación de agradecimiento, produciría una situación de tolerancia fácilmente quebradiza (por ficticia).

Luego quien perdona, quien repara, se autorrepara, (independientemente de que la otra parte le perdone o no), y eso llena de satisfacción, paz y alegría a quien lo hace (signos del amor auténtico). Así pues, el perdón no pone condiciones, ni exige nada a cambio del perdonado, simplemente ama. Sin embargo, quien no pide perdón por orgullo, nunca aprenderá a perdonar.

51. Dios misericordioso

La capacidad de perdón inmenso, de amor sin condiciones que no lleva cuentas del mal, que el hombre descubre al encontrarse con Dios o al volver a Él, y experimentar la reparación: le permite apreciar un Dios diferente de lo que él se creía y preguntarse: ¿Acaso no estaré sufriendo un engaño en la apreciación a ese "Dios" (la "no criatura") que yo creía ajeno? ¿Y si fuera un Dios cercano en todos los sentidos y me lo estuviera perdiendo?

Cuando el hombre se arriesga a perdonar, es cuando descubre que Dios ya le había perdonado. Que le ama personalmente con un amor familiar (posesivo que no se impone), expansivo, definitivo y liberador; y es entonces cuando el hombre se replantea su actitud hacia Él y su progreso en el amor, con lo que se inicia una amistad, que las reconciliaciones ahondarán y sanearán hasta depurarla y consolidarla por completo.

VI. LA JUSTICIA

52. La justicia de Dios

El Dios misericordioso que perdona siempre, es a la vez justo; y esa justicia se manifiesta, sistemáticamente, en el mismo momento del hecho, ya que es inherente a Él. Porque si en el pecado mismo estaba implícito el castigo (como dice el refrán popular: «en el pecado está la penitencia»), en la reparación está la recompensa, el premio; por lo que se puede decir que: Lo que uno hace, eso se hace (y lo que se hace, a Dios y a la creación lo hace).

¿Hay mejor justicia? ¿Hay mejor pago para el ofendido que la conversión del ofensor? ¿Ni mayor dolor para el ofensor que cobrar conciencia de su culpa? ¿Ni mayor alegría y satisfacción para el ofendido que el ofensor se comparta con él y le "diga": «te quiero», en vez de «no te quiero y no me compartiré contigo», como le había "dicho" antes?

Las "reparaciones" que exige la venganza, al estar movidas por el egoísmo (egocentrismo y egolatría), no reparan nada; y la momentánea satisfacción que produce el triunfo de lograr la venganza, inmediatamente se transforma en insatisfacción y dolor al apreciar de nuevo el vacío.

Dice San Pablo en la Carta a los Romanos (12, 19): «No os toméis la justicia por vuestra mano, carísimos, sino dad lugar a la ira de Dios, pues está escrito: *Para mí la venganza, yo haré justicia*, dice el Señor.» Porque aquello que odiamos, se convierte, precisamente entonces, en nuestra tabla de salvación, y por ella tendremos que pasar para poder escapar del mal (de nuestra esclavitud), y tarde o temprano tendremos que transformar el odio en amor si queremos verdaderamente liberarnos, salvarnos. Y así dice Jesús en el Evangelio de San Lucas (6, 37-38): «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. Dad y se os dará; una buena medida, apretada, rellena, rebosante, se os volcará en el seno; porque con la medida con que midiereis seréis medidos vosotros.» (Hay quien no sabe distinguir la acepción de juzgar como «conocer y discernir», y la de juzgar como «persuadirse y condenar». La primera la trae el amor e ilumina la vida, la segunda procede de la egolatría, de creerse "la medida del universo".)

Así pues, cada uno elige la soga con que ahorcarse; luego quien no ahorca, no se ahorca.

53. El sufrimiento y el dolor

En el cuerpo humano, el dolor físico es la señal que nos avisa de que algo se está rompiendo o destruyendo en él; desencadenándose el sufrimiento físico cuando ya se ve afectado todo el cuerpo físico del hombre. De igual manera, el dolor psíquico o del ánimo, o el espiritual o más íntimo del hombre, son el equivalente a ese dolor físico, y avisan de que algo en su interior se está rompiendo o destruyendo; denominando sufrimiento (ánimico o espiritual), en este caso, a la manifestación y perpetuación de ese dolor interior. Y aunque se trate de cosas distintas, lo habitual es que un sufrimiento físico desencadene un

dolor anímico (y, a veces, hasta espiritual), y que el mantenimiento del primero acabe por producir el sufrimiento del ánimo (o, incluso, del espíritu), simultaneándose y solapándose con él (toda la persona sufre). Y viceversa: también habitualmente un sufrimiento espiritual o anímico acaba produciendo un sufrimiento físico, y hasta, un dolor físico. (La persona funciona como una única entidad de sustancia, esencia y razón.)

Y continuando con el paralelismo: Si la ruptura y amputación de una parte del cuerpo físico del hombre le produce dolor y sufrimiento: el relativismo del hombre que ha perdido el absoluto y se ve amputado y carente, le aboca al sufrimiento. Pues ese sufrimiento, inherente a la creación histórica y que está plasmado en su corrupción, es, a la vez, señal y aviso de esa corruptibilidad y finitud, de esa carencia y relativismo, y es, por tanto, consecuencia del pecado original.

El pecado personal, lo que hace, es ahondar en ese sufrimiento e incrementarlo, afectando primeramente al que peca, aunque al sumirlo en la ignorancia, ésta, "anestesia" su conciencia, y no percibe sino el efecto universal de dicho pecado, pero ya sin apreciar la relación causa—efecto (por lo que la gente grita contra Dios por ese sufrimiento universal, pero ella no cambia). Lo malo es que, en esa dimensión universal, todos nos vemos afectados; por lo que, como ya dijimos, en cierto modo, todo pecado reproduce los efectos de ese primer pecado, el original; y al incrementar el grado de sufrimiento general, requiere de nosotros, para poder contrarrestarlo, un aumento de nuestra paciencia y comprensión, y, en definitiva, de nuestro amor. (Recordar lo mencionado en «29. La tentación» y «46. La tentación personal».)

Las calamidades del mundo, los sufrimientos, las enfermedades, las guerras, etc., son, pues, efectos directos del pecado (del original y de todos y cada uno de los personales). Ya nadie puede excusarse en su pequeñez, ni eludir responsabilidades, para no cambiar el mundo, porque se encontrará con la siguiente respuesta: «Cambia tú, y el mundo cambiará contigo».

Todos claman contra ese "dios malvado", pero nadie se rebela contra él transformándose a sí mismo (y en la medida de sus posibilidades y alcance), en ese "dios bueno" que el mundo, aparentemente, no tiene. Nadie le "enseña" con su ejemplo de vida y pensamiento, a ese "dios malvado", cómo debería comportarse, y dónde está el bien de las cosas; porque si lo hicieran, simplemente se lo encontrarían de frente y saldrían de su error. Pero se limitan a criticar para, escondiéndose tras la crítica, poder repetir esa actuación que precisamente critican y que les desautoriza.

Podría, incluso, parecer que ese cambio personal es arduo y difícilísimo, pero todo es sobremanera sencillo y simple, mucho más de lo que pudiere parecer; lo que pasa es que está sumido en el engaño de la apariencia, que lo muestra y ensombrece de esa manera. (Otro efecto del pecado.)

Notas y comentarios:

Obsérvese que la magnitud del sufrimiento es mayor cuanto más interior es. Un dolor o sufrimiento físico muy raramente lleva, a quien lo sufre, ni tan siquiera a plantearse el suicidio. Sin embargo, un dolor psíquico (anímico), sí hace surgir esas ideas con mucha más frecuencia, llegando, inclusive, a consumarlas. Imagínese quien lea, entonces, cual será el grado del dolor espiritual, propio del "vacío" de Dios o "abandono" de Dios, en quien lo padece

(que previamente ha tenido que superar la situación de *ignorancia de Dios* para poder sentir su abandono o vacío). Pues ese dolor, en categoría de sufrimiento y *permanente*, es el propio y exclusivo del infierno.

54. La fe y las obras

Cuando la persona cambia (se convierte), el mundo cambia con ella; pero este cambio personal producido por la fe, supone una reparación, para que realmente pueda llevarse a cabo; es decir, implica poner amor donde no lo había; y como el amor auténtico abarca a todo el ser de la persona, la vida de esa persona comienza a mostrar obras de amor. Pero esas obras no son las que cambian el mundo (que poco efectivo pueden hacer), sino es la fe (que lleva al amor auténtico) la que lo cambia, y son las obras las que demuestran que existe esa fe. Así pues, las obras sin fe son inútiles, y la fe sin obras no es fe (será teoría, pero no fe; sentimentalismo vacío, pero no amor).

Las obras siempre responden a una intención profunda, pero esa intención no tiene por qué ser la fe en Dios, aunque se diga que es así o pueda parecerlo. Si el motivo básico, si la raíz de cada hecho no es el amor (si no hay rectitud de intención), las obras (lo que se hace o se deja de hacer), quedan vacías de contenido y, por tanto, inútiles; porque entonces se reducen a un buscarse a uno mismo en las obras, a una superación personal, a una autorrealización, en definitiva, a un egoísmo o egolatría más, con lo cual, no se construye sino se destruye. (Por ejemplo, piénsese en el caso del activismo cristiano o la santificación personal, vividos, directa o indirectamente, como logro personal, y no como gratuidad y abandono en las manos de Dios; en estas condiciones, ya no habría fe ni tampoco amor sino egolatría.)

Uno no puede amarse a sí mismo sino a través de Dios y todas sus criaturas, lo mismo que uno no puede disfrutar de su rostro (lo más característico suyo), porque dicho rostro está volcado hacia los demás que son los que lo disfrutan; pero, sin embargo, sí puede disfrutar de los rostros de los otros, y, a su través, del suyo propio. Por eso la egolatría (regalarse ante el espejo), no es amor a uno mismo, porque la imagen del espejo es ficticia, es "nada", egoísmo puro.

Luego para las obras que responden a la fe, el criterio podría resumirse en este pensamiento: Si a Dios todo le es posible, a mí, en Dios, todo me es posible, luego con hacer en cada instante todo lo que me sea posible, ya habré hecho todo lo posible.

No hay que angustiarse por el hacer (angustia que ya trasluce la falta de paz y la búsqueda de la autorrealización personal), la salvación no depende de las propias fuerzas de cada uno, sino de la voluntad que opta por Dios, y, en consecuencia, del dejar hacer a Dios. Como decíamos: simplemente hay que hacer lo que sea posible, para que, puesto en las manos de Dios (dimensión universal de la reparación), se transforme en todo lo posible (como en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces).

Un Dios sencillo, humilde, libre y coherente, no puede proponer, y mucho menos exigir, una salvación penosa, ardua y complicada, sino sencilla, humilde y libre. Esa es su coherencia.

Así pues, desaparecen las diferencias entre lo que se hace para la propia vida y lo que se hace para los demás, todo es trabajo y tiempo libre, obligación y ocio, profesión y afición, hacer y dejar de hacer, todo es lo mismo: simplemente: Vivir, vivir verdaderamente. Todo es fe, y por eso todo es importante, tanto los hechos grandiosos como los prosaicos, los tenidos en mucho, como los tenidos en nada. Y todo ello, porque Dios no va ligado a actividades concretas, sino al amor que mueve las intenciones, porque va ligado a esa capacidad de dar la "propia" existencia (Dios) a los otros, (como decíamos en «48. La fe»). O como diría Santa Teresa de Jesús: «Dios también está entre los pucheros».

VII. LA ORACIÓN

55. La oración

Cuando la criatura aprecia esa "no existencia" que le hace cobrar consciencia de su finitud, de su ser de criatura con un "creador" ajeno a ella, inaccesible, que no la quiere, y que la abandona en el sufrimiento y el dolor: en el desamparo; puede tomar dos opciones: la soberbia del «no te serviré», o la humilde de «lo acepto porque no me queda más remedio, pero no lo entiendo». Pues en ese momento en que la criatura elige y formula la segunda opción, empieza la oración: la comunicación con Dios.

Esa opción realista que enfrenta al hombre a la verdad, le invita a desentrañar ese "no entendimiento de la situación" desde su realidad (verdad) de criatura, y a buscar en sí el reflejo de su Creador. Pero lo que verdaderamente está buscando es cómo comunicarse con él, cómo comprenderle, cómo amarle; y con ello, está presuponiendo que todo tiene una explicación, una razón, y busca la justificación de todo en la bondad de su Creador; en una palabra: está comenzando a fiarse de él. Para acabar preguntándose: «Si me ha creado: ¿Por qué no me va a oír lo que tenga que decirle?»

La criatura "saca" de la bondad de su interior la bondad de su Creador, y proyecta en ese "Dios ajeno" su propio ser (lo que decíamos en «48. La fe» sobre dar la propia existencia), diciéndose: «Si yo tengo cosas buenas, si en mi interior soy bueno, y todo esto me lo ha dado él: ¿Cómo Dios no va a serlo?» De esta forma, cada uno ve (proyecta) en Dios y en su mundo lo que él es, con lo que está viendo su propio bien o su propio pecado, y aprecia, sin saberlo, la dimensión universal del pecado y la reparación. De ahí que haya tal infinidad de visiones o concepciones de Dios y el universo (la creación), y todas ellas con fundamento en la verdad (como toda mentira que se precie: no en vano estamos en el reino de la mentira).

56. El despojamiento ante Dios

Así pues, quien aprende a no fiarse de sus sentidos y se despoja de todo en humildad y limpieza de corazón, puede empezar a ver la realidad de las cosas; con lo que el despojamiento ante Dios es la base de toda oración.

Quien no reconozca que todo le viene de Dios, tanto lo que *es*, como lo que tiene, como lo que "supuestamente" ha conseguido con sus fuerzas, no podrá llenarse de Dios, puesto que está "lleno de sí mismo" (y de sus preocupaciones).

Quien le ponga premisas a Dios, ideas preconcebidas o condicionantes de lo que tiene que ser o debería ser Dios, para satisfacción del egocentrismo o la egolatría propia, nunca verá la realidad de Dios y su perfección, sino la falsedad e imperfección de esos condicionantes.

Miremos, si no, el maravilloso modelo de María, nuestra Madre, que en su sencillez y pureza de corazón hace posible en ella el "supuesto disparate" de la Encarnación, e imaginemos que en su lugar se hubiera tratado de un "maestro de la ley": las ideas preconcebidas sobre Dios que éste se hubiera forjado, se lo hubiesen impedido, porque esas ideas preconcebidas no admitían "disparates".

De esta forma, el sentir y aceptar "la nonada que somos" (que diría Santa Teresa de Jesús), es la expresión de lo que tradicionalmente se ha denominado como el silenciamiento interior o la búsqueda del silencio, y a lo que las filosofías orientales también se refieren con los términos Tao, Zen o Nirvana. Así que, una vez conseguido este despojamiento o silenciamiento, la modalidad de oración ya da igual: El diálogo interior en el que contamos a Dios nuestras cosas y "se nos ocurren" las soluciones, el recitado de oraciones que nos hace partícipes del saber y la verdad de Dios, la oración repetitiva que nos introduce en el recogimiento, el despojamiento y la emulación; la lectura rezada en la que sentimos como nuestro aquello que leemos, la lectura meditada en la que reflexionamos y sacamos consecuencias de lo leído, la contemplación en la que nos abandonamos en el amor de Dios, la oración escrita que nos ayuda a centrar nuestra atención en lo que escribimos a Dios, la lectura comentada en común que nos permite enriquecernos y ver la acción de Dios en los otros; la oración de entrega en la que "permitimos" a Dios, como presencia y compañía continuas, que mire por nuestros ojos, que oiga por nuestros oídos, que sienta y actúe con nuestras manos y haga su casa en nosotros... etc., etc., etc. Todas estas maneras no son sino formas circunstanciales de hacerla patente.

57. El conocimiento de Dios

Al ser la oración la vía o el modo de relacionarnos directamente y sin intermediarios con Dios, su importancia sin parangón sólo se descubre cuando se practica (como en toda relación).

La única forma de conocer a una persona es relacionarse con ella, y tanto más la conoceremos, cuanto más, y más profundamente, nos comuniquemos con ella. Pero esa comunicación es un proceso que requiere tiempo y constancia (paciencia): El niño va conociendo a sus padres a medida que crece y se desarrolla, y sus padres, de igual manera, van conociendo el interior, la personalidad de su hijo, en el contacto, día a día, de su quehacer cotidiano. Y todo eso, gracias a ese "roce" continuo, a ese trato constante que consigue

generar el cariño. (No es lo mismo conocer a una persona de lejos, que hablar con ella, o que, además, conocer su nombre y sus inquietudes.)

Pues con Dios ocurre lo mismo, e igualmente se pasa por esas tres fases relacionales que ya mencionamos en sus puntos respectivos (36 al 41).

Así que, gracias a que tenemos penas y contrariedades que los hombres no nos pueden solucionar, nos vemos en la necesidad de recurrir a Dios. Gracias a que somos pobres, indefensos, llenos de defectos y que las desgracias nos rodean, nos podemos dar cuenta que necesitamos a Dios, y aunque sólo sea por puro egoísmo, decidimos a recurrir a Él, y con ello, empezar a conocerle. Por eso, un mundo que cree "tenerlo todo" y "serlo todo" sólo puede generar increencia.

58. La escucha de Dios

En todo diálogo, y la oración es un diálogo, existe una alternancia en el hablar y el escuchar. Tan importante es el hablar como el escuchar.

Quien habla pero no escucha, a sí mismo se oye, y muestra con ello que no le importa nada el otro, y de igual manera, quien sólo escucha pero no habla, muestra que su interés se centra en lo que pueda "sacar" del otro y no en ofrecer nada de sí. Luego, con Dios, la oración no puede convertirse en un monólogo, sino que hay que darle ocasión para que hable, y estar muy atentos (en una alerta permanente) para escucharle; abiertos a Él, ofreciendo lo que somos. Pero... ¿cómo nos habla Dios?

Dios nos habla en nuestro idioma, en nuestra lengua materna, a nuestro modo, para que podamos entenderle (pero sólo a aquellos a quienes importe de veras escucharle); así que viendo cómo se comunican los hombres entre sí, y extrapolándolo a Dios, podremos ir dando respuesta a la pregunta anterior:

1º) A través de su obra: Toda obra habla de su autor, así que habrá que escuchar a toda la creación, a ver que nos dice la naturaleza, la vida, lo inerte, lo abstracto...

2º) A través de sus hechos: Habrá que ver cómo actúa con su obra y escuchar qué nos dicen los fenómenos cotidianos y extraordinarios, los acontecimientos, la historia.

3º) A través de lo que ha dicho a hombres inspirados: A los apóstoles, que nos han legado el Evangelio que nos muestra a Jesucristo (Palabra de Dios hecha carne); a los profetas y escritores inspirados que nos han legado la Sagrada Escritura, y a los santos.

4º) A través de lo que pueda haber sugerido a todos los demás hombres (que también son su obra): Tanto cultos como incultos, listos como tontos, apreciados o despreciados, creyentes o no.

5º) Escuchando lo que nos dice a cada uno en concreto: Acontecimientos de la vida e historia personal, pensamientos, meditaciones, inspiraciones, sueños, etc., etc.

6º) Viendo cómo actúa Dios en la vida concreta de cada uno, y cómo la relación con Él la va transformando, escuchando lo que eso nos quiere decir.

7º) (Y *fundamental* para el discernimiento): Viendo la coherencia y concordancia de todo lo “escuchado” en los puntos anteriores, y cómo manifiesta la bondad de cada cosa, ya que todo lo de Dios es bueno, invariable, concorde y coherente entre sí. Y dentro de esa concordancia, y además de tener en cuenta que Dios nos habla en nuestro idioma, habrá que percatarse que Él nos habla con *su* voz, es decir, a su estilo, mostrándonos lo que Él es, su “personalidad”. Y si a pesar de esforzarnos en todo lo anterior surgiera la duda, poniendo sincera y recta intención, no se puede fallar.

59. El lenguaje sugerente de Dios

Si al observar el mundo descubrimos que Dios no se impone a los hombres, sino que respeta sus decisiones, y que, simplemente, se limita a sugerir el camino correcto (el camino de la verdad) desde la firmeza de la sencillez y la humildad: habremos descubierto cual es el “estilo” de Dios, su “personalidad”, y con ello, apreciaremos que Dios no seduce ni manipula a sus criaturas, sino que las educa con todo el saber y comprensión que da el amarlas. (Ya vimos que la imposición es propia de la seducción manipuladora, que no da opción a realizar una valoración que permita elegir con libertad).

Pues de igual modo, en la oración, nunca impondrá Dios su voz, sino que nos *sugerirá* las cosas como si la idea partiera de nosotros mismos; pero quien es capaz de apreciar la enorme riqueza de esa sugerencia y de cotejarla con «la nonada que somos», sabrá valorar de inmediato de dónde le viene la tal sugerencia. Así pues, somos nosotros los que tenemos que buscar la sugerencia de Dios (como señal de lo que Él nos importa), y para ello, nos tendremos que poner en su lugar, metiéndonos en su “pellejo”, sacando todo lo bueno que haya en nosotros, para conseguir responder a la pregunta: ¿Qué me puede querer decir Dios a través de esto? (De esta cosa, de este acontecimiento, de esta situación, de esta persona, de este texto inspirado...)

Está claro que, la verdad y profundidad de esa sugerencia, dependerá de lo que nosotros queramos ver según nuestras preocupaciones y circunstancias, por lo que, en la medida en que avancemos en nuestra “limpieza de corazón”, avanzaremos en la “claridad de escucha” de la voz de Dios. De esta forma, Dios nos va educando, pacientemente, en la libertad, y nos va enseñando a ver más allá de la apariencia de las cosas: a ver en la función de las mismas, en su “relacionabilidad”, en las intenciones profundas, a juzgar por los frutos, en definitiva: a ver en la Verdad. Y en la medida en que estemos en sintonía con él, podremos ir aprendiendo a discernir y a reconocerle en cualquier parte, y a que también nos diga como a San Pedro: «Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.» (Mt 16, 17)

Sólo tenemos que dar nuestro particular «hágase en mí según tu palabra» y Dios hará el resto. Y entonces: Se renovará la faz de la tierra. No porque, aparentemente, haya cambiado el universo visible (que, de hecho, sí ha ocurrido), sino porque habrán cambiado los ojos que lo miran.

Con lo que la oración se convierte en el medio de comunicación y conocimiento de Dios, y por ende, de toda la creación. Y siendo ella la que descubre la fe (la confianza) y la hace crecer hasta transformarla en amor, es,

en consecuencia, la responsable de que la persona cambie, y si cambia, el mundo lo hace con ella; luego es verdad que la oración mueve el mundo.

Dice Jesucristo en el Evangelio de San Lucas (11, 9-13): «Pues bien, yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque el que pide recibe; el que busca halla y al que llama se le abre. ¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? Y si le pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuanto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?»

Notas y comentarios:

1) Dice el diccionario:

«SUGERIR: Insinuar, inspirar una idea.»

«SUGERENCIA: Insinuación, proposición, idea que se sugiere.»

«INSINUAR: -Dar a entender algo indicándolo ligeramente.

-Introducirse, hábilmente, en el ánimo de alguno para ganar su confianza o afecto.

-Infundirse suavemente en el ánimo un afecto, vicio o virtud.»

El diccionario, en este caso, no es muy preciso, pero «sugerir» podría definirse como: Presentar algo como una buena opción, mostrando, precisamente, lo que tiene de bueno, pero sin obligar ni condicionar la voluntad (proponiendo sin imponer), para que ésta pueda decidir libremente.

2) Como pautas para el discernimiento sobre lo que es de Dios y lo que no, se pueden destacar algunos criterios que ayuden a descubrir lo que viene de Dios:

1º.- Siempre es coherente con el ser, con el modo de ser, de quien procede. Es decir, es coherente con Dios. Pero también, como mensaje o moción, es coherente en sí mismo: en su origen, medio y fin. Por eso habrá que mirar siempre a su finalidad última (a dónde conduce si se siguen sus pasos hasta el final).

2º.- Dios no manipula, luego todo lo que procede de él se opone a los criterios de manipulación mencionados en «24. La seducción manipuladora»: No se impone (es humilde), muestra lo bueno sin utilizar artificios para engañar (es claro y sencillo), da tiempo a reflexionar y decidir (es paciente), utiliza como pedagogía el lenguaje experiencial y vivencial, pero no el impositivo (es constructivo); no divaga ni distrae (es directo y franco), y está lleno de contenido (es profundo).

3º.- Siempre es enriquecedor (gozo íntimo) y sosiega el espíritu, y aunque produzca remordimiento, éste no se acompaña de turbación ni agitación interior, sino de seguridad y sosiego (paz). Éste es el criterio para distinguir si una consolación o una desolación (según la terminología de San Ignacio de Loyola) viene de Dios o no, por la paz o agitación que genera en el espíritu (en lo profundo), y no tanto en el ánimo (más superficial y fácil de engañar). Y... «En

tiempo de desolación» (pero de la espiritual) «nunca hacer mudanza» (cambios sobre lo que se había decidido en consolación).

4º.- El efecto que produce siempre es hacia la emulación de quien procede la moción. Así pues, lo que viene de Dios, nos asemejará más a Dios en sus verdaderos atributos, nunca al contrario.

5º.- Dios quiere ser amado por Él mismo, no por sus atributos (así como Él nos ama). En consecuencia, todo lo que venga de Dios, nos llevará a ese despojamiento de los nuestros.

6º.- Todo es pasajero, y sin la aquiescencia de nuestra voluntad no podrá prosperar (porque sin ella nada consigue); así que lo que venga de Dios, que es inmutable, permanecerá en su intención aunque el tiempo de la moción pase; sin embargo, lo que sea corruptible se corromperá.

7º.- Todas estas pautas se presentan siempre, simultánea y coherentemente, aunque puedan apreciarse con intensidad diversa.

VIII. LA REVELACIÓN

60. La revelación

Revelar es quitar el velo que cubre la verdad y que nos impide el acceso a ella, y ese velo habíamos visto que era la mentira (la verdad a medias), luego la revelación de Dios es proclamar la Verdad de Dios, no la que es relativa creyéndose absoluta, sino la que hace referencia siempre al absoluto: a Dios (al auténtico). La Verdad que nos muestra el pecado y nuestro ser de criatura, y nos enfrenta con la incoherencia entre nuestro ser y el pecado; la que "abre nuestros ojos" iluminando nuestro ser; la que nos hace encontrar a Dios en el centro de nuestro yo, en nuestra propia existencia. (Obsérvese que el demonio tienta diciendo lo mismo, pero callando la relatividad de la criatura y su pecado.)

Mediante la oración la criatura profundiza en su interior, y allí, Dios sale a su encuentro y se muestra tal cual es («Yo soy el que soy», el que existe, la existencia), y así la criatura descubre que sólo en Dios es ella misma. Por eso la revelación de Dios es personal e intransferible (precisamente porque es amor), y se realiza siempre a personas concretas; y lo que la persona aprecia o puede apreciar en el mundo externo, es esa proyección de ella misma de la que hablábamos en «55. La oración». De ahí que sean del todo excepcionales los grandes fenómenos que puedan acompañarla, y que en ellos nunca haya "cosas raras" sin un sentido profundo que las explique.

Los fenómenos externos de "maravillosismo" que un observador ajeno pudiera apreciar, son los efectos de la dimensión universal que tiene la reparación de esa criatura en su encuentro con Dios, y por tanto, están directamente relacionados con el contenido de esa revelación, siendo su explicación física, una catequesis viva. Todo maravillosismo vano, inútil o incoherente, no es de Dios, y es fruto de la mentira, del pecado (en su dimensión universal). Por esto es por lo que ninguno de los milagros de Jesús se queda en un fenómeno de maravillosismo vano como muestra de poder (lo que,

en ese caso, sería seducción manipuladora), sino que manifiesta una enseñanza reveladora a modo de explicación física o catequesis viva. (Véase el caso de la lepra y los leprosos referido en «25. El pecado».)

Sólo pues, los sencillos, los humildes, pueden alcanzar la revelación de Dios.

Así dice Jesús en el Evangelio de San Juan (6, 45): «Está escrito en los Profetas: *Serán todos enseñados de Dios.*»

Y en el de San Mateo (11, 25-27): «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas a los sabios y prudentes, las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo. Mi Padre me confió todas las cosas, y nadie conoce perfectamente al Hijo, sino el Padre; y al Padre nadie conoce enteramente, sino el Hijo, y a quien el Hijo quisiera revelárselo.»

Dios se revela en la medida que la criatura se abre a Él dejándose hacer (tal cual ella mide es medida, como decíamos en «52. La justicia de Dios» o en «0. Introducción»); así que quien no sepa apreciar el valor de lo que recibe de Dios, no lo aceptará, y por tanto no lo recibirá.

De ahí que la criatura que ama, no dé sus "perlas a los cerdos", no porque ella no quiera darlas, sino porque los que no saben valorar ese tesoro del otro (que le viene de Dios) lo rechazan, convirtiéndolo en tarea inútil; así que, el insistir en dárselo supondría que, la criatura en cuestión valora más la aprobación de ellos que la de Dios; y será la paciencia, fruto del amor, la que le haga aguantar el cambio de actitud.

Pero en la revelación hay que tener siempre en cuenta (y especialmente quien la ve desde fuera sin comprometerse en ella [experto, estudioso]), las dos perspectivas que la componen: la histórica y la consumada; aunque de ellas, la fundamental es siempre la consumada, porque es la inmutable, la que refleja la verdad de Dios al hacer referencia al absoluto, y que por ser propiamente universal, no depende ni de culturas ni de épocas ni de personas, sólo de Dios. Por eso, al ser verdad absoluta, es "visible" desde todas las perspectivas. O dicho de otra manera: La revelación es tal, que puede ser desvelada o asumida sin conocimiento previo de las circunstancias históricas, culturales o personales que la envuelven. (Dios es muy dueño de hacer eso y mucho más.)

Cierto que si se conoce la perspectiva histórica, resultará más fácil "desenvolver ese paquete", pero como de lo que se trata, precisamente, es de "desenvolver", pues con mirarlo simplemente desde otra perspectiva histórica ya se suprime ese parcialismo, ese "envoltorio" (teniendo cuidado de no introducir el propio: los propios condicionantes históricos, culturales y personales, como dijimos en «56. El despojamiento ante Dios»). O bien, también se pueden usar ambas perspectivas, abstrayendo lo que tienen de común. (Y desde cuantas más perspectivas se mire, más puro quedará, porque desde todos los puntos se ha de ver lo mismo.)

Sin embargo, curiosamente, los expertos y estudiosos se preocupan, casi exclusivamente, por saber lo que quiere o quería decir quien transmite la revelación, como si ésta dependiera del mensajero y no de Dios, con lo que se pierde la referencia al absoluto y se entra en una situación de confusión. Y ésa es la causa del tremendo confusionismo reinante, de proporciones equivalentes al de la Torre de Babel (estrategia fundamental en la manipulación, como ya comentamos).

Si se estudia al mensajero, se conocerá al mensajero (a la persona, a la cultura, a la historia), y averiguaremos lo que esos condicionantes nos quieren decir porque nos hablarán de ellos mismos, pero ahí no encontraremos a Dios, porque todo eso es corruptible y Dios no. Habrá que estudiar el mensaje, desnudándole, precisamente, de todos esos condicionantes, para poder oír a Dios. (Cosa que los sencillos y humildes, en su "simpleza", saben hacer perfectamente.)

Notas y comentarios:

Repárese en que esta misma distorsión y reduccionismo que afecta a la mente, es la misma que afecta a nuestros sentidos y a la apreciación del mundo (la creación), tal como la vemos, es decir, es la que nos hace ver un mundo de mentira.

IX. EL APRENDIZAJE

61. La reflexión

Llegado este punto, quizá sea bueno pararse un momento, para reflexionar sobre el motivo que impide recapacitar y realizar una autocrítica correcta, es decir, sobre la dificultad de reflexionar en sí.

Precisa el diccionario:

«REFLEXIONAR: Considerar nueva o detenidamente una cosa.»

(Concepto que, como bien se ve, se opone frontalmente a la estrategia de la seducción manipuladora y que, ésta, trata de evitar a toda costa.)

Pero la palabra REFLEXIÓN significa, además, en física: «Acción y efecto de reflejar o reflejarse».

«REFLEJAR: -Hacer cambiar la dirección de la luz, el calor, el sonido o algún cuerpo elástico después de un choque.
-Reflexionar.
-Manifestar o hacer patente una cosa.
-Dejarse ver una cosa en otra.»

Un concepto parejo al de reflexionar es:

«MEDITAR: Aplicar el pensamiento a la consideración de una cosa.»

(Lo que también podríamos enunciar como: Medir con el pensamiento, con la razón, una determinada cosa.)

Veamos: Si reflexionar es «considerar nueva una cosa» (además de detenidamente), para poder considerarla "nueva" han de evitarse las ideas preconcebidas sobre ella, los prejuicios y la suficiencia de dar por "sabida" tal cosa; es decir: ha de mirarse con ojos limpios y humildes (lo que ya hemos repetido unas cuantas veces).

Pero, además, para considerar «detenidamente» dicha cosa, habrán de evitarse los agobios, las presiones y las intromisiones. Situación harto difícil para quien está lleno de preocupaciones, de intereses y de egoísmos que le roban la paz y el sosiego interior.

Hemos mencionado, asimismo, que reflexionar es también «reflejar», «reflejarse», es decir: manifestarse o manifestar lo que uno es en aquello que se hace. Y como ya sabemos que la manifestación de lo que uno es, depende de lo que cada uno deje traslucir a Dios (fundamento del ser de cada uno): pues en la medida que uno mantenga su relación con Él (con el absoluto), podrá manifestar lo que uno es, es decir: la verdad. Si tal contacto se pierde, lo que se traslucirá es, precisamente, lo que uno *“no es”*, (“no existencia”). En resumen: La pérdida del absoluto conduce al relativismo que se cree absoluto y, en consecuencia, a la confusión. Así que, quien pierda “el norte”, la orientación hacia el absoluto, sólo podrá reflexionar confusamente.

Otro extremo a valorar es la acepción: «dejarse ver una cosa en otra»: Expresión que evoca claramente a la consumación y, a través de ésta, de su concepto unitario y relacional, a lo que hemos denominado en «0. Introducción»: pensamiento relacional. Quien haya perdido el “norte” del absoluto, en su desorientación, pierde capacidad relacional en una progresiva *atomización del pensamiento*, y en la medida que no haya amor en su vida que le abra los horizontes y le enseñe a comprender (y, con ello, le muestre la relacionabilidad de las cosas), la atomización y la subsiguiente confusión serán aún mayores, y de tal manera que la realidad aparece cada vez más inconexa, perdiendo la capacidad de asociación de hechos, acontecimientos y sucesos, que dejan de tener su lugar, su función y su orden en la vida, haciendo imposible aprender de la experiencia vivida en ellos. Así mismo, y ahondando en el proceso desintegrador, las frases y conceptos van perdiendo su capacidad evocadora (relacional), y el lenguaje se reduce a palabras, los acontecimientos a meros sucesos, las personas y la vida a objetos, los objetos a cosas, las actitudes a hechos aislados e inconexos, los hechos a circunstancias, las circunstancias a casualidades, y las casualidades a azar (que es como decir que no tienen causa ni porqué, es decir: razón, relación). Con lo cual se ha llegado a la completa destrucción del pensamiento, y al anular la razón de las cosas y su porqué, se anula con ello la capacidad distintiva del hombre respecto al animal: se le ha aniquilado. Ya, simplemente, es un animal que obedece órdenes: el mejor esclavo, porque además presume de que es libre y que hace lo que quiere (aunque, verdaderamente, no sepa dar razones de lo que hace ni por qué lo hace, al haber perdido su capacidad de asociación y parecerle todo “inconexo” y “libre”: anárquico). ¡Ése es el logro de la corriente aglutinadora y masificadora que mencionamos en «30. La creación»!

Lógicamente el hecho de meditar, de medir con la razón una determinada cosa, una vez destruida o, al menos, deteriorada la razón, se convierte en un artificio, en una falacia; incapaz de “elevarse un palmo del suelo” (metáfora de “entrar en el mundo de la abstracción”, de la relacionabilidad y del “más allá”). Así que, en esas circunstancias de pérdida de la relación, las metáforas, las parábolas y los cuentos dejan de entenderse al perder su poder evocador. (Como si a una composición musical le quitasen, primero, el contrapunto [y con ello, las relaciones entre melodías], luego, la armonía [las relaciones de simultaneidad], y, por último, la melodía [las relaciones de sucesión], lo que supondría ya su completa desintegración.)

Pero el progresivo “no entendimiento” y confusión de una cosa no depende de la cosa en cuestión, sino de los ojos que la miran. Es decir: No es la cosa la que se corrompe, sino los ojos. En resumen: La aparente corrupción del proceso reflexivo indica y es señal de la auténtica corrupción del hombre. (Corrupción que se manifiesta a todo lo largo y ancho de las actividades humanas, y muy claramente en el arte.)

Por concretar: La verdadera reflexión debe llevar a salirse de un pensamiento lineal, de sucesiones inconexas, para ascender a un pensamiento en tres dimensiones en las que todas las entidades se transformen en funcionales, con un orden y un lugar (forma); (características propias de la estructura lógica, como ya vimos). Así, el reflexionar, se traduce en buscar o colocar, en un “plano” la entidad o entidades en cuestión, para, de esta forma, conocer su situación en relación con todo lo demás.

Notas y comentarios:

1) Repárese, en este mismo escrito, cómo el pensamiento relacional se insinúa y sugiere en la multitud de paréntesis y frases, unas dentro de otras, que en él se encuentran; así como en los paralelismos explicativos que acompañan a muchos términos o expresiones, y que tratan de situar al lector en perspectivas diferentes. Como también en la constante alusión, implícita o explícita, a todo lo dicho con anterioridad y a la visión unitaria.

2) El ejemplo del plano puede servir para entender mejor el proceso de integración o atomización del pensamiento: Cuanto más amplio sea el mapa, mejor se verán y podrán situarse en él todos los lugares o “accidentes” geográficos (las montañas, los ríos, las carreteras, los pueblos...), viendo la interrelación entre los mismos; pero cuanto más estrecho sea, el mapa abarcará menos y dará menos información, y será, en consecuencia, menos útil. Pues igual con nuestra visión de la realidad: Cuanto más elevada, cuanto más esté referida al absoluto, a Dios, se tendrá una visión más amplia y una mayor capacidad relacional e integradora de todos los eventos y acontecimientos; y viceversa: cuanto más baja, más estrecha y pequeña.

Es como quien, para ampliar su horizonte de visión, se subiese a un árbol, o a una torre o a una montaña. Cuanto más alto esté, más amplio será el panorama que contemple. Y, en ese panorama, todo tendrá su lugar preciso en un orden integrador. Sin embargo, para quienes estén subidos en distintos árboles, su “visión panorámica” no sólo resultará distinta, sino, inclusive, inconexa (si los árboles están muy distantes entre sí). Así que sólo quien ocupe el lugar más alto podrá disfrutar de la plenitud de visión, y de la “comprensión” de todas las otras visiones.

Pues lo mismo ocurre con el pensamiento y la razón. Las visiones parciales y relativas desconocen que lo son porque se asientan en parcelitas de verdad, pero que *no son toda la verdad*, y eso ya vimos era, precisamente, *la mentira*. Así que quien expulsa a Dios de su proceso de reflexión, está, con toda seguridad, en la mentira.

62. La autocrítica

En cuanto a la valoración de las propias actitudes y hechos, dentro de una introspección y autocrítica que nos conduzca a superar la situación de degradación personal o a evitarla, sería bueno que cada lector se respondiera a una serie de preguntas:

1ª) ¿Qué es lo bueno? (Desde mi "propio" criterio actual.)

2ª) ¿Qué es lo que yo hago o pienso, o dejo de hacer o pensar? (Simplemente ver la "fotografía" de hechos y criterios, es decir, contemplar la situación actual.)

3ª) ¿Por qué lo hago? (El o los motivos profundos y auténticos de lo que hago, pienso, o dejo de hacer o pensar.)

4ª) ¿Para qué lo hago? (El fin último de lo que pretendo con ello.)

5ª) ¿Cómo lo hago? (El desarrollo y consecución de esas intenciones.)

6ª) ¿Es bueno el porqué, el para qué y el cómo de lo que hago, (o pienso, o dejo de hacer y pensar)? (Cotejar las motivaciones, las intenciones y su desarrollo, con el propio criterio de bondad y ver la coherencia.)

7ª) Si no es bueno: ¿Qué puedo hacer para que lo sea? (Lo que debería cambiar o modificar para salvar lo bueno que pueda quedar.)

8ª) Si ya es bueno: ¿Puede ser mejor?

9ª) ¿Según qué criterios puede ser mejor? ó ¿En qué sentido puede ser mejor?

a) ¿Cuánto puede ser mejor? (Calidad)

b) ¿Cuándo puede ser mejor? (Oportunidad)

c) ¿Dónde puede ser mejor? (Circunstancias)

10ª) ¿Qué puedo hacer para que sea mejor? (Las modificaciones concretas que debería hacer.)

11ª) ¿Las modificaciones que puedo hacer cumplen todos los criterios anteriores? (Realizar una valoración de ellas como la que se ha seguido hasta ahora.)

12ª) ¿Qué haría Dios en mi lugar si tuviera todas mis limitaciones? (La imprescindible referencia al absoluto, la guía; la que "obliga" a sacar todo lo bueno que hay en nosotros.)

13ª) Mirando entonces con los ojos de Dios: ¿Qué es lo bueno?

Con lo que el ciclo se cierra repitiendo la misma pregunta, pero ahora desde el criterio de Dios situado en nuestras condiciones; iniciando así una espiral evolutiva, que irá progresando a medida que vayan cambiando las condiciones, y que nos eleva inexorablemente hacia Dios.

Se comprende que esta autocrítica no es fruto de un momento, sino que es permanente (un estar alerta), y se inserta en la propia vida y circunstancias del que la lleva a cabo, que es paciente y, en consecuencia, respeta los ritmos naturales.

Además se habrá de tener cuidado en que esta autocrítica no conduzca al desasosiego del perfeccionismo ególatra, sino que se llena de la paz y la alegría liberadoras que da el amor.

63. El aprendizaje de la experiencia

El aprendizaje teórico que se obtiene del estudio, ha de aprehenderse mediante la reflexión, es decir, ha de hacerse propio ("hallazgo propio"), para que, de hecho, comience a formar parte de nosotros mismos a través de esa primera experiencia intelectual. En caso contrario, se convertirá en una simple memorización de datos, en algo que utilizamos en una mera relación de necesidad, pero que no es nuestro, y quedará como libro olvidado en una biblioteca, que acabará por ser comido por las ratas.

Pero para que ese aprendizaje sea verdadero, ha de ser asumido por toda la persona, no sólo por su intelecto, por lo que ha de ponerse por obra transformándolo en experiencia práctica, y con ello, en existencia propia, para que, de esta forma, tal aprendizaje llegue a buen término. Si sólo quedara en el intelecto, acabaría, con el tiempo, por sufrir el mismo destino que la memorización no utilizada.

Y viceversa: La experiencia también ha de ser asumida por toda la persona para ser verdaderamente aprendida, es decir, ha de pasarse por el intelecto y ser reflexionada, para que pueda ser reconocida como existencia propia. Si tal experiencia no se reflexiona, y con ello, no se relaciona e integra en la vida de la persona, y, en consecuencia, tampoco se le dota de existencia propia, se transformará en un hecho o "dato" memorizado pero completamente inútil, despojado de sentido, de coherencia y de vivencia personal.

Sobre esto (acerca y por encima de esto), hay que tener en cuenta la referencia con el absoluto, con Dios:

Sí en la reflexión está presente la referencia a Dios, dicho aprendizaje se integrará en un plano mucho más superior que el de la escueta vida de la persona, y se asumirá con unas perspectivas completamente diferentes de conocimiento y apertura a la voluntad de Dios, aprendiendo a escuchar a Dios en él.

Si, por el contrario, dicha referencia se suprime y se cambia por los pseudoabsolutos o seguridades; la integración se realizará en función de estos falsos valores, con la subsiguiente pérdida de visión y relacionabilidad, y de tal modo, que cuanto más bajo esté el horizonte de esa visión, más deficiente será esa integración y más inconexa, y así, hasta, progresivamente, perder la capacidad de asociación de hechos, acontecimientos y sucesos, que dejan de tener su función y su orden en la vida, y hacen imposible el aprender de la experiencia vivida en ellos, con lo que se repiten y se repiten comportamientos dañinos, que acaban por desintegrar el proceso de aprendizaje y concluyen con la destrucción de la persona. (El proceso de atomización del pensamiento que ya mencionamos en «61. La reflexión».)

Es curioso cómo esta incapacidad para aprender de la experiencia se da con inusitada frecuencia en el hombre, y que, incluso, es mucho más dramática que en los animales, que suelen mantener un nivel de aprendizaje acorde con su naturaleza animal, mientras que el hombre puede perder hasta ese nivel básico.

(Riesgos de la libertad y de optar por el egoísmo, y con ello, por la "no existencia" como hombre.)

Sin embargo, para quien ha optado por el amor y ya ha ascendido al séptimo nivel, todo se vuelve aprendizaje, ya que no hay que olvidar, que la propiedad que se adquiere en este nivel es la totalidad, y en ella va implícita la relacionabilidad, con lo que *todo* es relacionable y de todo se aprende. (Puede que no aumente la inteligencia natural (biológica) de cada uno, pero sí, y en gran manera, su rentabilidad.)

¡Quien iba a pensar que el amor fuese a influir, y de esa manera, en la capacidad del intelecto!

Notas y comentarios:

Define el diccionario:

«APRENDER: -Adquirir el conocimiento de una cosa por medio del estudio o de la experiencia.
-Concebir alguna cosa por meras apariencias, o sin fundamento sólido.
-Tomar algo en la memoria.»

X. EL PADRE

64. Dios providente

La criatura que se ha encontrado con Dios aprecia que ella realmente *es*, existe, con Dios, no sin Él, y aprende, en esa experiencia, que su ser de criatura lo recibe gratuitamente de Dios, que todo lo que Dios es, se lo da a ella (si ella quiere cogerlo), en una gratuidad absoluta. Aprende que no tiene que afanarse en nada que no sea Dios, porque teniendo a Dios lo tiene todo. ¡Para qué preocuparse con las obras del mundo de la mentira!

Y al carecer ya de valor para esa criatura las seguridades o pseudoabsolutos, su comportamiento cambia radicalmente (sin siquiera pretenderlo, simplemente por pura coherencia), y ante los ojos de los que le rodean comienza a parecer un extraño, ajeno a ese mundo, y, en consecuencia (en "buena lógica"), un ser enajenado: un loco. Un abismo de incomprensión se ha abierto para quien se preocupa solamente por Dios y por sus cosas (porque sabe ciertamente que Dios se preocupará por él y por las suyas y no teme nada). Al otro lado del abismo se hallan los que son incapaces de comprender tal proceder, porque no han aprendido a confiar y nunca han amado verdaderamente, por eso encuentran en él un motivo de escándalo.

A este respecto dice Jesucristo en el Evangelio de San Mateo (6, 24-34):

«Nadie puede ser esclavo de dos señores: porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o bien a uno se adherirá y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y al dinero.

Por esto os digo: no os angustiéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, con qué lo vestiréis. ¿No es más la vida que el

alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros, con todo su cavilar, puede añadir a su edad un solo codo? Y del vestido ¿por qué os preocupáis? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen. No se fatigan ni hilan; pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se hecha el fuego, Dios así la viste, ¿no hará más con vosotros, hombres de poca fe? No os inquietéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles. Porque sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis todas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y se os añadirá todo. Así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud. Bástale a cada día su propio mal.»

Y dice Dios a Abrahán en el libro del Génesis (12, 1-2): «Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre y vete al país que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, el cual será una bendición».

Y eso es lo que nos dice a nosotros ahora, porque siendo Dios inmutable, su intención permanece, aunque su tiempo concreto haya pasado (sexta pauta de discernimiento de «59. El lenguaje sugerente de Dios»).

65. Dios Padre

Así, la criatura, fiándose de Dios en esa experiencia de abandono, descubre que tiene un Padre de verdad del que ha tomado su ser más profundo, pero que no es criatura como ella, porque ella ha nacido de las entrañas de la Creación, que es su madre; por eso aprende o llamarle Padre. Un Padre que vive con ella y la mimó y cuida siempre, y que le da todo lo que Él es, revelándose a ella.

XI. LA ALIANZA

66. La Alianza

La criatura que se fía de ese Dios cercano, íntimo, con el que se ha encontrado (aun sin saber todavía que es su Padre), le acepta en su vida estableciendo unos lazos de amistad, una alianza.

En esta amistad Dios lo da todo, pero la que marca el grado de la misma es la criatura (como ya dijimos en «41. La amistad»), así, desde la necesidad, llega al agradecimiento y le dice a Dios: «Apenas te entiendo, pero quiero entenderte, ser tu amiga: ¿Qué tengo que hacer?»

Y Dios, en su revelación progresiva le contesta: «Si sigues el camino que yo te marco, serás mi amiga, lo sabrás todo de mí, y todo lo mío será tuyo.»

La confianza de la criatura será la que le permita avanzar y adentrarse en el terreno de la "no comprensión", en el territorio dominado por la "no existencia", iluminándolo con la luz de su propia y particular existencia. Así, la

criatura, el hombre, se desapoyenta de su tierra, de sus seguridades, de su egoísmo, de sus ataduras y condicionantes, y con su luz, penetra en ese país desconocido en el que tiene su verdadera tierra: Dios mismo; y de esta forma, el hombre, se dispone a cruzar ese mar de las cañas (mar Rojo), ese Jordán, ese salto evolutivo que separa el sexto nivel del séptimo para "conquistar" ese Reino de Dios, propio y exclusivo de los santos, y en el que no puede entrar nada impuro. (Todo lo impuro se quedará a las puertas.)

Sin embargo, el hombre, al igual que el niño pequeño al que hay que educar, confundirá los términos y tendrá que aprender de la experiencia para descubrir el amor (y para, luego, progresar en él), y con ello, averiguar y hacer consciente lo que está haciendo, lo que constituirá una segunda toma de conciencia de sí, una especie de segundo nacimiento. Porque, así como el animal pasa a ser hombre cuando se descubre a sí mismo (lo que enunciábamos como «pienso, luego existo»), el hombre pase a ser "más que hombre" (santo), cuando en el centro de él mismo, de su yo, descubre a Dios (lo que se podría enunciar como «existo, luego también "yo soy"»).

Pero aunque ese Reino de Dios o Templo de Dios del séptimo nivel sea el "lugar" en el que se adquiere la totalidad, la universalidad (la catolicidad): no es donde se disfruta (como ya vimos), sino que hay que salirse del ciclo, de la historia, y, volviendo a los orígenes, asumir toda la historia, para que Dios sea todo en todos; es decir: hay que alcanzar la plenitud de la consumación, la existencia absoluta. (Que ya advierto, y «el que avisa no es traidor», *sólo* se alcanza por medio del amor, y no de ninguna otra manera.)

Ese "salirse del ciclo" supone una interiorización del mismo, lo que origina una nueva toma de conciencia, y, en cierto modo, un último y definitivo salto evolutivo (sin abandonar el Santo, entrar en el Santo de los santos), pero de eso ya hablaremos a su debido tiempo.

Notas y comentarios:

Repárese, que en todo este proceso expuesto, se manifiesta una dinámica trinitaria, comentada ya en «19. La Trinidad», y que resulta coherente con el principio de "explicitación histórica" mencionado en «31. El fin de la creación histórica».

67. Los mandamientos

El camino que Dios nos marca como respuesta a la pregunta «¿qué tengo que hacer?», se lo revela a Moisés en el monte Sinaí, (también llamado Horeb). A lo largo de ese camino, la criatura, ha de ir descubriendo la verdad de Dios a medida que se va liberando de la mentira que la esclaviza.

Es un camino a "ciegas", que sólo se ilumina a medida, y a la vez, que se avanza en él. No, se sabe donde conduce, pero hay que fiarse de Dios.

Veamos uno a uno los mandamientos:

68. 1º) Amarás a Dios sobre todas las cosas

Es tan evidente que no precisa comentario, pero vamos a recordar algunas cosas:

El progreso en la relación de la criatura con Dios, en su amistad, está (consiste), precisamente, en el progreso en el amor entregado y pleno de dicha criatura hacia Dios.

En consecuencia: Dios debe ser absolutamente todo para la criatura, sin ídolos o pseudoabsolutos que le suplanten.

Volver al absoluto es el único camino para salir de la mentira.

Éste es, pues, el principal mandamiento (y bien mirado el único, porque todos los demás proceden de él).

Quien ama a todo lo que Dios es, ama a todo lo que Dios ha hecho, y, con ello, a sus semejantes y a toda la creación; teniendo en cuenta, que, como ya decíamos al hablar de la santidad, el amor a todos los seres pasa necesariamente por los semejantes, y si no, no es amor; y sólo hay una clase de amor: la de Dios; es decir, hay que amarlos como Dios los ama. Y así dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan (15, 12): «Éste es mi mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado.»

69. 2º) No tomarás el nombre de Dios en vano.

Utilizar a Dios, servirse de él para nuestros intereses, usarle de tapadera ante los otros es tomar el nombre de Dios (lo que Dios es: "Yo soy"), en vano. Es manipularle en una clara y flagrante relación de necesidad, que habla del falso amor que se le tiene, de la superioridad de la que se hace gala ante Él, al tratarle como a un objeto (reduccionismo manipulador).

Injuriarle o difamarle puede ser, incluso, más comprensible que lo anterior; siempre, claro está, dentro de una situación de obcecación o en un repente, ya que, en esa situación, no ha habido una opción clara de la voluntad hacia la negación, sino una inclinación circunstancial no determinante (aunque se predispone a la clara negación).

Así pues, el hacer votos a Dios o a los hombres para "quedar bien" ante Él o ellos, es "servirse de" en vez de "servir a". Y Dios no necesita de nuestros votos, porque Él ya nos ama por nosotros mismos y no por lo que hagamos.

Incluso el valerse del "nombre" de los demás (de lo que ellos son), para utilizarles y convertirlos en objetos a nuestro servicio, y, asimismo, culpabilizarles o escudarse en ellos para eludir nuestra propia responsabilidad, es la clara muestra del "no amor" que se les tiene. Y si Dios es amor (como dice San Juan en su Primera Carta), valerse del amor, aparentándolo falsamente, es tomar el nombre de Dios en vano, y esa es la mayor hipocresía, la mentira por excelencia.

Y, de la misma forma, el egoísmo soberbio de decir "Yo soy" (encubriendo el «¿quién como yo?»), es tomar el nombre de Dios en vano. Es el pecado del principio: El orgullo y la soberbia. (Y es el pecado de muchas actitudes "religiosas".)

Luego la mejor actitud para no caer en este pecado es, como siempre, la humildad: (Nuestra Señora la Humildad).

70. 3º) Santificarás las fiestas

El séptimo día de la Creación en que Dios descansó y lo santificó (según el relato del Génesis), se refiere a ese séptimo nivel de la Creación en que se alcanza la santidad, constituyendo el final de la evolución, y el destino de todo hombre (que quiera), y en el que la criatura se abandona en los brazos del Dios providente y sólo se dedica a Él.

Así que, para no perder el "norte", la referencia a (con) Dios en nuestro camino, es necesario ese recuerdo permanente, especialmente reflejado en ese séptimo día festivo, dedicado plenamente a Dios, para que, de esta forma, el hombre vaya aprendiendo cual es su misión y su meta, y se vaya acostumbrando a vivir en esa "Tierra Prometida".

71. 4º) Honrarás a tu padre y a tu madre

El amor al prójimo comienza con los más próximos. No es posible amar a los lejanos, a quienes no se conoce, si no se ama a los cercanos a quienes sí se conoce (con sus cosas buenas y sus cosas malas).

Amar lo bueno de los otros es fácil, pero amarlos a pesar de lo malo que haya en ellos, da la talla del amor. Ésa es la señal de la autenticidad del amor. Y de los cercanos, de los que uno conoce porque ha vivido con ellos desde que vino al mundo, de los padres, de la familia: se conoce lo bueno y lo malo, se comparte y convive de continuo. Los padres y la familia son, además, la visión imperfecta del Creador y su Creación, y según se actúe con ella (con la representación), se actuará con lo representado.

Pues si con quienes se convive (hogar, trabajo, allegados, etc.) no se comparte (no se ama): ¿Con quién se hará?

Además no hay que olvidar que, los padres, representan una historia, unas tradiciones y una cultura en la que la criatura se inserta, y que, al pasar a formar parte de la vida de dicha criatura, ésta debe aceptar y asumir (amar), para, así, poder comprenderla y verse libre de sus ataduras y parcialismos, y, de esta forma, honrarla poniéndola al servicio de los otros que no la tienen. Pero si no la asume, se verá esclavizado por aquellos condicionantes de los que, precisamente, se quiere liberar. (El "yo soy" de la criatura sólo se consigue asumiendo *toda* la propia vida con *todos* sus condicionantes). Asimismo, quien se encierra en su cultura e historia (personal o colectiva), como hecho diferenciador y excluyente, demuestra que no la ama y desconfía de su valor, y, sin embargo, teme perderla porque no tiene otra cosa; pero sólo lo que no se ha asumido verdaderamente es lo que puede perderse, así que, con ello, curiosamente, está mostrando su falta de identidad. Falta de identidad que lleva al desprecio de aquello que lo recuerde o pueda competir; e, incluso, a la persecución y al exterminio de las personas, razas o pueblos, que, con sólo su presencia, son capaces de sugerir la propia inseguridad. (Nacionalismos,

racismos, xenofobias, tribus urbanas, etc., que demuestran la total falta de identidad de las personas que integran la sociedad y el mundo de hoy.)

72. 5º No matarás

La muerte es la expresión física de la "no existencia", y el "no amor" condena a lo no amado a esa "no existencia", es decir, lo mata, al afirmar: «Para mí no existes». Y eso, con repudiar a alguien en el centro de nuestro corazón, ya se ha conseguido, así que no es menester llegar a la muerte física; sin embargo, esta última, es la manifestación grosera del mismo, la consumación de ese pecado.

Así que, quienes rechazan en su corazón a un ser, a una criatura, incluso antes de ser concebida a nuestros ojos, porque la ven como un obstáculo para sus deseos carnales, manifiestan su "no amor", y, en consecuencia, pecan contra este mandamiento. Luego el pecado no está en el uso de métodos anticonceptivos, sino en el voluntario rechazo a la concepción que ello muestra («no me compartiré»).

A veces también, se adelanta la muerte a un semejante so pretexto de una falsa compasión que trata de evitarle el sufrimiento. Pero ya hemos dicho que el sufrimiento es una puerta de salvación que nos abre la posibilidad de reorientarnos hacia Dios, por lo que también afirmábamos que era una bendición (recordar «36. La relación de necesidad»; lo que no significa que no haya que combatirlo o aliviarlo, pero sin convertir al dolor, al sufrimiento o a su alivio, en objeto de culto para el propio ego). Luego, esa falsa compasión, suele ocultar la propia desesperación del que así la manifiesta, que no es capaz de soportar su impotencia y su nada (su vacío y ausencia de paz interior), y que trata de librarse de ella como sea, con lo que, matando al mensajero, pretende "matar" el mensaje.

Dice Jesucristo en el Evangelio de San Mateo (5, 22): «Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano, reo será de juicio; el que dijere a su hermano "raca"» (cabeza hueca, tonto), «reo será ante el sanedrín, y el que le dijere "necio"» (impío, ateo), «será reo de la gehena de fuego» (el infierno).

Como se trasluce en este texto, el pecado no está en el insulto, sino en la "irritación" ("no amor") que lo provoca. Y según el grado de profundidad de ese desprecio (con la referencia siempre hacia Dios, ya que, en el primer caso, es despreciado de entre los hombres, y, en el segundo, de con Dios), así será la pena.

73. 6º No cometerás actos impuros y 9º) no consentirás pensamientos ni deseos impuros

Ya hemos mencionado que el acto es lo consumación del pensamiento, de la intención, y como decíamos en «54. La fe y las obras», éstas demuestran, simplemente, la existencia de aquella; así que es la intención (la fe), la que mueve el corazón y lleva al acto (las obras). Se podría decir entonces, que, en este caso del 6º y 9º mandamientos, estamos hablando del mismo pecado, uno referido al acto, y el otro a la intención.

Sin embargo, si nos remitimos al enunciado del 6º mandamiento que aparece en el libro del Éxodo (20, 14), allí se dice: «No cometerás adulterio». Luego este acto impuro va mucho más allá del mero acto y se coloca inserto en una situación matrimonial; con lo que el pecado se remite, además, a un atentado contra la situación matrimonial.

Pero para entender este pecado en su doble aspecto matrimonial y sexual, habrá que adentrarse primero en el hecho de la diferencia de sexos y en la sexualidad.

74. Macho y hembra los creó

Como ya dijimos en «18. La criatura», Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y tal afirmación nos permitió penetrar en la intimidad de la Trinidad. Ahora tenemos que hacer lo mismo.

La diferencia de sexos es algo presente en toda la naturaleza. Incluso las cadenas de ácidos nucleicos que constituyen el fundamento de los virus, su código genético, acaban, en algún momento, por formar dos cadenas que se enfrentan constituyendo una doble hélice (la "una" y la "otra"), y esa circunstancia ya nos indica que la diferencia sexual va mucho más allá del puro hecho sexual, que acaba por quedarse en una pura circunstancia.

Hay idiomas, como el español, que establece, con todos sus sustantivos (abstractos, objetos o seres vivos), una diferencia (que ya no se llama sexual sino de género) entre lo masculino y lo femenino. Esa diferencia, que incluye lo abstracto, se encuentra, pues, implícita, en todas las cosas, y, por ende, se refiere a algo más profundo que un aspecto.

En la Trinidad, el "yo único" tenía que disgregarse en tres "yos" interrelacionados para poder apreciar su existencia. De esta forma, del "yo pensante", procedía, sin dejar de ser "yo único", el "yo que mira", y de ambos, como testigo de su unidad, el "yo cotejador". Y, de resultado de cotejar y comprobar que se encuentran en perfecta comunión, el "yo único" cobraba conciencia de su ser y existencia. Existencia que se apreciaba de continuo, gracias a la perpetuación de este proceso.

Si ahora, lo expuesto, lo repetimos con otras palabras, consecuencia de mirarlo con otra perspectiva, se nos aclararán los conceptos: El "yo único" genera y da a luz a tres "yos" distintos pero inseparables, que, a su vez, en su mutua interrelación y conjugación de "yo trino", generan, "crean", ese "yo único" que los había dado a luz.

Este "yo trino" está constituido por el "yo pensante" o sostén originario (el Padre), el "yo que mira" que procede y refleja a ese sostén originario (el Hijo), y el "yo cotejador" que hace esto posible uniendo, enlazando y conjugando todos los "yos", logrando su cohesión y fecundidad al simultanearlos e identificarlos mutuamente, con lo que consigue "dar origen" y "alumbrar" simultáneamente (el Espíritu Santo).

Si se observan ahora las características de ese "yo único", se verá que corresponden a patrones "femeninos" (gestar, dar a luz), mientras que las del "yo trino" reproducen aspectos "masculinos" (fecundar, dar vida).

Pues aquí está el origen de los sexos separados. Separados en individuos antagónicos que se oponen y complementan, pero por culpa del pecado; porque, como vemos, en su base, en su raíz, no es así: No se trata de dos individuos, sino de aspectos complementarios de un mismo individuo (y el que quiera comprobarlo sólo tiene que mirarse en su propio ser, en su yo más profundo, allí donde «piensa, luego existe»).

Si dijimos que el pecado del demonio consistía en romper la relación, y que eso atentaba directamente contra la *relación en sí*, contra el Espíritu Santo: al romper la unidad, lo que con ello conseguía, era separar de Dios a sus criaturas, a su creación, con lo que parecía que tal creación surgía de la “nada” en una separación desintegradora. Pues como reflejo de esa separación entre Dios y su creación, y al mismo tiempo señal o signo de su fecunda reintegración, surgen los sexos separados. (Aunque ya sabemos que la solución para tal reintegración no es físico—biológica ni sexuada, sino esencial: de amor.)

Esa separación, que ya augura la reintegración futura, la refleja así el libro del Génesis (2, 22): «seguidamente de la costilla tomada al hombre formó Yavé Dios a la mujer y se la presentó al hombre».

75. La sexualidad

Si los sexos separados son fruto del pecado, la tendencia a la unidad es el reflejo de la comunicación perfecta en el Dios consumación. Es la unión de los sexos la que da origen a la procreación, al igual que ocurría en la Trinidad, pero, sin embargo, este reflejo grosero e imperfecto de aquélla, es, simplemente un acto fallido de la comunión trinitaria a la que pretende parodiar, es un relativismo o reduccionismo más de la creación histórica, en la que, lo que no se hace espiritualmente, se realiza físicamente desconociendo su sentido: Ése es el fruto del pecado.

Sin embargo, es el amor (que es único y no entiende de sexo), el que consigue crear nuevos lazos indelebles y penetra en la “no existencia”, iluminándola a su paso, y permitiendo a la criatura crecer e irradiar ese amor, estableciendo, a su vez, nuevos lazos de amor en el ejercicio de su libertad (a lo que se podría llamar “procreación”), ascendiendo en consecuencia, al nivel de la totalidad (santidad). Con lo que la sexualidad viene a convertirse en el fracaso de la santidad, el signo externo o manifestación de ese fracaso. Sólo hay que mirar al interior de uno mismo, al punto donde se deja de ser hombre o mujer para convertirse en persona, al yo íntimo, para apreciar que allí no hay sexualidad, ni mucho menos sexualismo, sino amor entre los “yos” de nuestro yo.

No es nuestra apariencia (incluido nuestro sexo), la que nos da la categoría de ser humano, de persona, sino nuestro yo que «piensa, luego existe». Y es esa existencia que nos da Dios, la que constituye uno de nuestros “yos”, el que une y da cohesión a los otros dos, es decir, el Amor de Dios en nosotros. No somos nosotros los que nos amamos a nosotros mismos, no podemos, porque solamente es nuestro “yo único” el que alcanza el sexto nivel, y en él, consigue la capacidad de la libertad que le va a permitir amar, con lo que, en tal circunstancia, sólo puede hacerlo a los semejantes, a las demás personas; es pues, Dios, el que con su amor, mantiene unidos nuestros “yos”; y cuando

creemos que nos amamos a nosotros mismos, lo que realmente estamos apreciando es el Amor de Dios volcado en nosotros.

Por lo tanto, nuestra santidad está en amar como somos amados: en Espíritu y Verdad. Dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan (15, 4): «Permaneced unidos a mí como yo a vosotros. Del mismo modo que el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no está en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.» Y añade más adelante (15, 12): «éste es mi mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado.»

Desde una perspectiva más “terrena” o mundana, el proceso de la sexualidad (del apetito sexual), se establece del siguiente modo: La persona trata de comunicarse de continuo con su medio (a través de una relación de necesidad o de agradecimiento), pero si, en ese proceso, no encuentra la respuesta esperada (por parte de seres vivos, objetos, cosas o circunstancias), puede tomar dos opciones: o elevar su relación al amor, y, mediante la comprensión que eso lleva consigo, aceptar su impotencia (su ser de criatura imperfecta); o no amarlo, y rechazarlo, con lo que aparece la **frustración**. En el primer caso, la persona ha asimilado la situación, y eso le hace crecer como persona; mientras que, en el segundo, la frustración desencadena **ansiedad**, y esa ansiedad o desasosiego interior ha de ser eliminada para encontrar descanso (eliminación que produce sensación de liberación y, en consecuencia, placer). Y eso puede conseguirse de dos maneras: Mediante una liberación inmediata cuando la ansiedad se acumula rápidamente, es decir, a través de la **violencia** (comunicación de auxilio: «mirad como sufro»); o cuando, la acumulación es lenta, puede posponerse tal liberación, que se manifestará, entonces, en forma de sexualidad o **apetito sexual** (comunicación fallida o comunicación ficticia, ya que hace físicamente lo que no ha conseguido espiritualmente).

En conclusión: Dime cuanta es la manifestación de tu sexualidad, (tu sexualismo), y te diré cuanto no amas.

O: Dime cuanta es tu violencia y te diré lo solo que te encuentras.

Si la ansiedad no es eliminada adecuadamente (porque los efectos de la sexualidad y la violencia son sólo pasajeros, ya que con ellos, no se elimina el problema), aparecen entonces el *narcisismo* y la *egolatría*, y, además, las *enfermedades psicósomáticas* y similares. (La ansiedad se transforma en violencia contra uno mismo, en autoagresión inconsciente, plasmada en forma de enfermedad). Y de ahí las *adicciones* a tantas cosas o situaciones, a través de las cuales se consigue una gratificación o satisfacción (léase: comida, televisión, trabajo, drogas, ambientes tribales, el sexo y sus perversiones o la violencia como formas de adicción, consumismo, etc., etc., etc.).

Pero hay otra manera de eliminar esta ansiedad (y en esta ocasión de forma definitiva), que consiste en atacar a la causa, al origen y raíz de la misma: al proceso de rechazo, reparando dicho rechazo al poner amor donde no lo había, es decir: *sublimando* la ansiedad. Aceptando y asumiendo todos las contrariedades y defectos (propios y ajenos), y todo aquello que pueda no gustarnos y quitarnos la paz (especialmente las “cruces” de cada uno).

Así pues, el que ama aleja de sí estos problemas, pero no puede olvidar la dimensión universal del pecado, del “no amor” de los otros, que siempre le acecha (la tentación). Aunque en la medida en que progresa en el amor auténtico, se irá volviendo inexpugnable (pero ¡ojo! sin salirse de la humildad).

76. La afectividad

La afectividad es al amor lo que las obras a la fe, es decir, demuestra el amor, pero no es amor. La afectividad sin amor es la tapadera que encubre el sexualismo (la manifestación de la sexualidad), por lo que, en este caso, cualquier gesto afectivo puede transformarse en sexualismo en cuanto que aparezca la malicia, la mala intención, el pensamiento egoísta impuro.

Pero además, hay que ser cautos con la afectividad, porque puede convertirse en un arma de doble filo, ya que, si bien, para la persona que la ejercita puede tratarse de una manifestación del amor, la persona que recibe el gesto afectivo, si no está en el mismo plano de amor, puede interpretarla erróneamente y despertar en ella el sexualismo; con lo que la afectividad nunca puede ser ejercida inconscientemente, y será el amor, con la comprensión que conlleva, el que dé la medida y oportunidad de tal demostración.

77. La impureza o sexualismo

Para que aparezca la impureza (el sexualismo) es necesario practicar un relativismo, un reduccionismo de la persona y convertirla en mero objeto de deseo sexual (con lo que desaparece el pensamiento o intención pura).

Pero ya sabemos, que para amar verdaderamente hay que amar como somos amados por Dios (sólo hay un amor), y ese amor consiste en amar a la totalidad de la persona. Si se la usa o se la utiliza (relación de necesidad), aunque sea en el pensamiento, se la está despreciando, y eso es el "no amor", la "no existencia"; por eso, el sexualismo, no sólo no soluciona el problema de la eliminación de la ansiedad acumulada, sino que, a la postre, lo empeora, aunque en principio, y aparentemente, sirva de drenaje de la misma.

De igual manera, el reduccionismo que implica la utilización del propio cuerpo como objeto sexual, indica el desprecio hacia la propia dignidad, dignidad presente en el amor de Dios que constituye uno de nuestros "yos" (el relacional). Reduccionismo que sólo es posible, si, previamente, se ha perdido la referencia al absoluto, la relación con Dios (y de ahí el desprecio a la dignidad personal).

Sin embargo, el sexualismo es un buen termómetro, y "nos avisa" de cuanto no amamos, así que no está de más aprender de sus señales de alerta y corregir el enfoque de vida y actitudes.

Además, existiendo un camino correcto para vencer el sexualismo como es la sublimación: el amar de nuevo; el hecho de no elegir este camino y optar por el "no amor", indica claramente que estamos en situación de pecado.

78. La sublimación

La sublimación no es, ni más ni menos, que el proceso de conversión mencionado en los puntos 47 al 50, pero visto ahora desde la perspectiva de la liberación final que se obtiene tras la reparación.

Decíamos que el pecado sumía al pecador en la ignorancia de la parte negada, y que era, el aperebirse de esta ignorancia y el replanteamiento de las actitudes, lo que iniciaba el proceso de conversión.

Pues ahora, desde esta perspectiva liberadora, es la detección de esa ansiedad o desasosiego (manifestada especialmente como sexualismo, violencia, o trastorno compatible con enfermedad), la que nos pone sobre aviso de la existencia de tal pecado, y de la ignorancia del origen de esa ansiedad que dicho pecado trae consigo.

Una vez descubierta la relación entre desasosiego (ansiedad) y pecado ("no amor"), para poder continuar con el proceso liberador, hay que averiguar el punto o puntos donde se han cometido los fallos, lo que se consigue mediante un autoanálisis o autocrítica de la propia vida y actitudes, respondiendo a la pregunta: ¿Qué he hecho mal? (pregunta que incluye: ¿Qué he dejado de hacer bien?).

Prosigue la liberación, cuando se aceptan y asumen los fallos detectados en el replanteamiento antes mencionado, y se decide cambiar y corregir estos fallos (arrepentimiento y reparación). Sin olvidar, que, en este cambio y corrección, ha de estar presente la fe, la referencia a Dios, que lo convierte todo en auténtico, en amor.

Pero puede ocurrir (como de hecho ocurre), que la situación de pecado sea tal, que nos impida apreciar nuestros fallos, y, en consecuencia, iniciar su corrección. En ese caso, la solución está en aumentar, indiscriminadamente en principio, nuestra capacidad de amar (arriesgarse a amar), para, de esta forma, incrementar nuestra comprensión y conseguir nueva luz que ilumine nuestra autocrítica. Incluso, este "aumento indiscriminado", puede verse muy favorecido y facilitado si se encauza a través de nuestros talentos naturales y aficiones, convirtiéndolos en puertas abiertas al servicio de los demás. (Siendo, esta situación concreta, la que da la perspectiva y el nombre a la sublimación, que se convierte, así, en "la liberación a través de nuestros dones".)

79. El enamoramiento

Ese deslumbramiento cegador, ese poder seductor que produce el descubrir en "el otro": "todo lo que no soy yo", pero sin defecto ni mancha, (por eso es cegador), provoca el deseo de posesión y dominio sobre ello (lo que revela la insatisfacción interior y el deseo de ser llenado y completado); simulando amor, pero sin la comprensión—compartición que le caracteriza (amor de mentira), diferenciándose de él en que, siendo exclusivo es excluyente (los demás estorban); siendo posesivo es dominante y absorbente (no mira por el bien del otro sino que está orientado hacia el objetivo del que desea poseer); siendo aparentemente irradiante no es expansivo (se cierra en el "tú y yo", y lo demás ni existe ni importa); siendo aparentemente rotundo y definitivo, se corrompe y muere en poco tiempo; y siendo aparentemente liberador, no se elige sino que viene impuesto, subyugando y esclavizando a quien lo padece. Y, en consecuencia, al no ser amor de verdad, reduce al otro a mero objeto de deseo sexual, despertando el sexualismo.

Aun así, todo lo dicho no es óbice para que el enamoramiento sea la puerta de entrada del amor auténtico (como de hecho suele serlo), aunque quizá, con más frecuencia, lo dificulte o impida.

80. La relación o situación matrimonial

El matrimonio, más que un grado de relación, es una situación, equiparable en todo a la amistad, pero con unas connotaciones diferenciadoras que son las que vamos a comentar.

Ya hemos visto que la finalidad de nuestra vida histórica, la misión del hombre en la historia, no es la procreación ni la perpetuación de la especie ni la obtención de un placer falaz ni siquiera el matrimonio en sí (visiones todas ellas relativistas y reduccionistas fruto del pecado): Esa misión del hombre es la santidad (si la quiere elegir). Luego el matrimonio sólo tiene sentido cuando conduce a la santidad de los cónyuges. Dios ya es consumación, el hombre no le va a añadir nada perpetuando la especie, todo lo más: demorar el final de la creación histórica (que al ser cíclica ya tiene un final desde el mismo principio).

El varón y la mujer, al optar por el matrimonio, optan por el amor auténtico entre los dos y sellan una alianza (una amistad): «Tú me ayudas a santificarme a mí, y yo te ayudo a santificarte a ti», no es condición una afirmación de la otra (lo que sería un contrato), por lo que no se puede decir: «Yo te ayudo *mientras* tú me ayudes»; sino es un paralelismo, es una ayuda sin esperar nada a cambio, ésa es la condición indeleble y definitiva del amor. Pero además, como todo amor auténtico, es: personal (sólo dos cónyuges, pero abierto a la familia y a los hijos); familiar (todo lo del uno es del otro y viceversa, preocupándose cada uno del bien del otro, sin sometimientos dominadores); expansivo (está abierto a los hijos y, por ende, tiende a acoger a todo el mundo, al no cerrarse en el "tú y yo"); definitivo (es para toda la vida y no se puede romper, al no depender de la convivencia física sino del amor); y es liberador (se elige libre y voluntariamente, y da plenitud a los cónyuges). (Véase que el enamoramiento, si no se transforma en amor, impide la libre elección.)

Pues, bien mirado, todas estas características las reúne cualquier amistad auténtica: Relación personal exclusiva pero no excluyente (no se puede amar a un grupo de personas como tal, sino a cada una de ellas en concreto). Relación familiar en la que se siente como propio lo del otro (confianza, confianza, comunicación). Relación expansiva que busca el bien y la perfección del otro y que, en consecuencia, se extiende a otras personas (acogida). Relación profunda que aguanta todos los avatares y circunstancias de la vida (definitiva sin pretenderlo). Relación liberadora que se ha elegido y consolidado libremente, y que, por eso, engrandece y plenifica a los amigos.

Luego la única y exclusiva diferencia radica (aparentemente), en la manifestación de la sexualidad; ya que, en el matrimonio, los cónyuges también se poseen físicamente en exclusiva, para desahogar mutuamente sus ansiedades transformadas en sexualismo. Pero ese desahogo sexual ha de ser fruto de la comprensión del otro, y en ningún momento fruto de la negación del otro como persona (utilización del otro), y, en consecuencia, abierto siempre a la vida, a la concepción, para que no haya negación, (pecado: «no me compartiré», «no existirás»). Ha de estar, pues, abierto a que ese amor pueda

alcanzar su representación física viva, es decir, a que se convierta en hijo; ya que éste también, como el amor auténtico, es personal (posee personalidad única), es familiar (de la misma sangre y al cuidado de los padres), es expansivo (se desarrolla como una vida humana nueva con capacidad de amar), es definitivo (con vida propia, independiente y sin vuelta atrás), y es libre (con independencia y voluntad propia, que enriquece a los padres). Incluso, quienes no lo pretenden, reciben igualmente esta señal, este signo del amor, porque, como decíamos: lo que no se hace espiritualmente, se realiza físicamente desconociendo su sentido.

Si los cónyuges se ayudan mutuamente a corregir los “desamores” de cada uno que les llevan al sexualismo (que a eso es a lo que se habían comprometido), éste comenzará a disminuir espontáneamente hasta acabar por desaparecer, ¡y sin que ellos lo echen en falta! La profundización del amor entre ellos y el amor de Dios (referencia que nunca hay que perder), lo suplirá sin que se percaten, y ese será, precisamente, el indicador de la santidad del matrimonio.

Y si desaparece: ¿en qué se distinguirá un matrimonio de una amistad auténtica?

Sobre este particular, dice Jesucristo a los saduceos en el Evangelio de San Mateo (22, 29-30): «Estáis en un error por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección no hay esposos ni esposas, sino que son como ángeles en el cielo». Y en el de San Lucas (20, 34-36): «Los hijos de este siglo se casan ellos y ellas. Pero los que han sido dignos de tener parte en el siglo aquel y en la resurrección de los muertos, no tomarán mujer, ni marido. Porque no pueden ya morir, siendo como ángeles, e hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección».

(Dios, en su amor hacia nosotros, no nos reduce a meros objetos de deseo sexual, sino que nos ama en Espíritu y en Verdad; y así pide que nos amemos nosotros.)

81. El adulterio

Si el matrimonio era un compromiso, una alianza de amor, el adulterio es la ruptura de esa alianza; con lo que el adulterio es al matrimonio, lo que la idolatría a la alianza o amistad con Dios.

Los cónyuges, al no saber amar a Dios directamente, se comprometen a conseguirlo descubriendo, cada uno en el otro, “todo lo que no es cada uno”, para, a través de esa complementariedad, llegar a Dios como fuente y destino de dicha relación (de ahí que cada uno debe llevar a Dios al otro); pero además, llegar también a Dios, a través del reflejo de esa unidad, de Dios y su Creación, que constituye el Dios consumación (y de ahí que sean considerados como una sola carne).

El adulterio (que, como ya sabemos, con la intención de pensamiento ya es suficiente para que se establezca), viene a quebrar este compromiso como infidelidad que va mucho más allá de la simple impureza. En él, ya no sólo se desprecia al cónyuge y a la persona con quien se adultera (y a la que también se utiliza), sino a Dios y a la creación que ese cónyuge representa. Bien se puede decir entonces, que se trata de una especie de idolatría. Así pues, dicha

actitud no se ciñe al terreno sexual, sino atañe a toda la persona, y a todo lo que pueda entrar en competencia con esa relación o situación matrimonial, orientada, como siempre, hacia Dios (con lo que puede incluir: trabajo, diversiones, etc.).

Y teniendo en cuenta las diferencias meramente circunstanciales que separan, la situación matrimonial, de la amistad (ya que la complementariedad en la relación no es en el aspecto sexual, sino, simplemente de perspectiva), se puede trasladar este concepto de adulterio al terreno de la amistad, encontrándolo en la intromisión separadora de terceras personas, en la existencia de otras prioridades ególatras, etc. Y en relación a la ruptura de la amistad con Dios (alianza), escribe el profeta Oseas (4, 12): «Mi pueblo consulta a un madero y se deja instruir por un leño, porque un espíritu de fornicación le ha seducido: adoran a ídolos abandonando a su Dios». Y el libro del Éxodo (20, 5) puntualiza: «No te postrarás ante ellas» (las imágenes idolátricas), «ni les darás culto, porque yo, Yavé, tu Dios, soy un Dios celoso.»

Y como el matrimonio no consiste en convivir ni en cohabitar, sino en amar y santificarse (progresar en el amor), es posible entonces la separación, pero no el divorcio (que ya es ruptura y aboca al adulterio).

Le dicen los discípulos a Jesús en el Evangelio de San Mateo (19, 10-12): «Si tal es la condición del hombre respecto a su mujer, no tiene en cuenta casarse. Mas él les dijo: No todos comprenden esta doctrina, sino a quienes ha sido concedido. Porque hay eunucos que así nacieron del vientre de su madre, y los hay que fueron hechos por los hombres, y los hay que a sí mismos se hicieron tales por el reino de los cielos. Quien pueda entender que entienda.»

82. 7º) No hurtarás

El adueñarse de "cosas" ajenas, sólo es posible, auténticamente, a través del amor, que convierte en propio a lo amado; pero para amar a las "cosas" (abstractas o concretas, cualidades u objetos), hay que amar al dueño de las "cosas", y si se ama al dueño (al administrador de las cosas), se comprende que no se debe disponer de lo administrado si él no quiere: es su derecho o decir «no me compartiré». Así, la prueba de nuestro amor será aceptar ese derecho, y con ello, a esa "no existencia" que nos tienta.

Dijimos que el amor era posesivo pero no dominante, y eso nos lleva a no desear las cosas de otro, y a sentirnos felices con que el otro las tenga, e, incluso, a comprenderle en su esclavitud hacia ellas. Por eso no es necesario emular a nadie para "robarle" sus cualidades (que son suyas), basta con amarle sinceramente para que tales cualidades pasen a nosotros sin sentirlo, y, en consecuencia, surjan en nosotros como verdaderamente nuestras. Y a este respecto, ya que el amor se fundamenta en la fe, dice Jesús en el Evangelio de San Juan (14, 12): «En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, hará él también las obras que yo hago. Y aún mayores, porque yo voy al Padre.»

Notas y comentarios:

La emulación es fruto de la admiración, y como ya mencionamos, la admiración en sí misma no es amor, sino sentimentalismo envidioso («dime a quien envidias y te diré a quien no quieres»). Si la admiración se lleva al

culmen, se llega a la adoración, que, sin amor, se convierte en mera hipocresía e idolatría. Así que es el amor el que, al sustituir a la envidia, hace bueno aquello que en principio no lo era, transformando la emulación en "seguimiento" y la adoración en "amor sobre todas las cosas".

83. 8º) No dirás falso testimonio ni mentirás

La mentira: la consumación del mal, el origen de todo pecado. Poco hay que añadir a lo ya mencionado sobre ella.

¡Qué amor puede haber en quien se esconde tras una mentira! ¿Acaso no está gritando «no me compartiré»?

Pero ya comentamos que la peor mentira no es la totalmente falsa hasta el extremo de descubrir su falsedad (la mentira que se puede ver ya es sincera, pierde su hipocresía), sino la que se apoya en la verdad, pero en una verdad parcial, en una verdad a medias. Esa es la hipocresía, la auténtica mentira, el deseo de engañar, el falso testimonio.

El amor conduce a la comprensión de lo amado, y esa comprensión puede informar al que ama que la verdad que quiere comunicar va a ser tomada parcialmente, con lo que el efecto resultante, en tal caso, sería como el de una mentira. ¿Qué aconseja entonces ese amor, si no se quiere engañar, y no se puede comunicar la verdad? Pues callar, o todo lo más, no pasar de la afirmación o la negación. ¿Que eso hace daño al destinatario de la comunicación que se topa con el «no me compartiré»? pues no se puede evitar, porque su incompreensión delata su propio pecado, su "no amor".

Esa es la libertad del que ama, que puede hasta jugar con el «no me compartiré», sin engañar ni dejar de amar.

84. 10º) No codiciarás los bienes ajenos

Este mandamiento podría resumirse, simplemente, en la intención de pensamiento, incluida ya en el séptimo, si no fuera porque se adivina en él un propósito mucho mayor: ¿Qué posee el hombre que pueda llamar suyo? ¿Posee, acaso, ni tan siquiera sus circunstancias vitales?

Parecía no tener cabida en los mandamientos algo, tan de suma importancia, como es la aceptación de las propias circunstancias vitales; sin embargo, aparece aquí, sugerida, como colofón de los mismos; porque para poder no codiciar, primero hay que conformarse con lo que se tiene y se es, con lo que tal circunstancia se convierte en el contrapunto y confirmación de ese primer mandamiento: «amarás a Dios sobre todas las cosas», porque Dios llena tan por completo a la criatura, que ésta no necesita buscar nada "fuera" de Él.

Así pues, la criatura debe aceptar todo lo que "no existe para ella" (los bienes ajenos), para, de esta forma, aceptar a la "no existencia"; y, a la par, aceptarse a sí misma en su ser relativo de criatura, asumiendo su imperfección, sus debilidades, sus incapacidades, su corruptibilidad, su "nada"; es decir, la criatura debe descubrir su humildad, para poder disfrutar de la gracia (de la gratuidad) que Dios le da en plenitud.

¿Acaso amar a esa "no existencia" no es amar al enemigo? ¡Y qué mayor enemigo que el maligno: la "no criatura"! ¿Acaso el amarle y comprenderle no nos lleva a decirle: «no te seguiré»? ¿Y a proclamar: ¡Quién como Dios!?

XII. EL REINO

85. Las bienaventuranzas y el Reino de Dios

Jesucristo profundiza en los mandamientos, y saca a la luz, esa unidad que les da coherencia y sentido: El amor. Presentándolos, entonces, desde esta nueva perspectiva, como un camino de dicha y felicidad. Ángulo de visión que contrasta de pleno con la idea de sometimiento que suele proyectarse sobre ellos.

Pero dicho contraste, que, incluso, puede llegar a apreciarse como una aparente oposición, no es sino la manera de conseguir que se produzca la visión en tres dimensiones, y que, así, se muestre la realidad y la verdad que contiene; al igual que, por ejemplo, dos fotografías de una misma realidad, pero tomadas desde ángulos algo diferentes, consiguen producir la visión estereoscópica de dicha realidad, al hacer coincidir los puntos que tienen en común. (Imagen trinitaria de "lo uno", "lo otro" y "su relación".)

Por eso no se pueden comprender verdaderamente las bienaventuranzas, si antes no se ha hecho lo propio con los mandamientos que las sustentan. Y, así, dice Jesús en el Evangelio de San Mateo (19, 17-22): «si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos. (...) Dícele el joven: Todos esos guardé: ¿Qué me falta aún? Díjole Jesús: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres; y tendrás un tesoro en los cielos; y ven y sígueme». Y precisa en el mismo Evangelio (5, 17-18): «No penséis que vine a abolir la Ley ni los Profetas; no vine a abolirla, sino a perfeccionarla» (o «a llevarla hasta sus últimas consecuencias»). «Porque os lo aseguro: mientras duren el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley hasta que todo se cumpla.»

Así pues, Jesús, anuncia y enuncia ese reino o reinado de Dios (Teocracia en la que Dios lo es todo para las criaturas cuando lo aman sobre todas las cosas), en las bienaventuranzas, que aparecen en el Evangelio de San Lucas (6, 20-25) (junto con sus imprecaciones complementarias y aclaradoras), y en el de San Mateo (5, 3-12). Y sobre ellas, y sobre los que Jesús llama bienaventurados, felices o dichosos, vamos a detenernos a continuación:

86. Los pobres o pobres en el espíritu, (porque suyo es el reino de los cielos)

Los que se reconocen como que sufren carencia económica o de cualquier tipo, descubren que "algo" les falta, y, con ello, aprecian un vacío (una "no existencia"), que condiciona su felicidad; así que, como ya comentamos en «36. La relación de necesidad», ese vacío es el que hace ponerse en marcha a la criatura para buscar cómo llenarse; y es, precisamente esa búsqueda, la que le

da ocasión (al desaferrarse y desesclavizarse de las cosas), de encontrarse con Dios, y, amándolo, llenarse de Él. Y ¿qué le puede faltar al que se ha llenado de Dios, a quien ha transformado su mundo y el mundo en Reino de Dios, de ese Dios providente que le cuida?

Y, de esta forma, la plenitud del Dios consumación: el Cielo, se hace suyo; porque descubre que, quien lo tiene todo, no tiene nada en concreto.

Así pues, quien no reconoce sus carencias (se cree rico), se cierra a sí mismo las puertas que le abren para el encuentro con Dios, y, por tanto, la posibilidad de llenarse de Él; con lo que, ese "consuelo" que ya "tienen", es su recompensa. («¡Ay de vosotros los ricos, porque habéis recibido vuestra consolación!»)

Es por esto por lo que la «opción preferencial por los pobres» viene impuesta desde la propia cerrazón de los ricos, y en ningún modo, porque el Cielo esté cerrado para estos últimos.

Pobre en el espíritu es, en definitiva, todo aquel que es capaz de desprenderse de aquello que le ata y le esclaviza, y le aleja de Dios (incluida la propia pobreza como valor absoluto o relativo). ¡Y qué felicidad al sentirse liberado y lleno de Dios!

87. Los mansos, (porque ellos heredarán la tierra)

Los que aceptan y asumen las circunstancias de su vida, los sufrimientos e imponderables, demuestran su humildad y su desprendimiento, y que, en consecuencia, cualquier cosa les satisface y les parece bien porque en todo encuentran a Dios. Y es, en ese ejercicio de libertad, donde atestiguan que la Creación es suya, que todo les pertenece, y que por eso, todo les contenta.

88. Los que lloran, (porque ellos serán consolados)

Los que sufren aprecian su carencia y su necesidad de consuelo; carencia, que si los hombres o las cosas no se la pueden solucionar (como es lo habitual), "obligará" a "los que lloran" a dirigir su mirada hacia Dios: su verdadero consuelo.

Asimismo, quien ha abierto su corazón hacia todo lo que le rodea, quien ha comenzado a amar, es más fácil que reciba el rechazo por respuesta, y, con ello, el dolor; pero, precisamente, es ese dolor el que le irá mostrando la precariedad de su amor, y le indicará el camino de la entrega desinteresada del amor verdadero, llenándose, entonces, de su paz y alegría.

Sin embargo, los que no reconocen sus carencias y están llenos de la "satisfacción" del cinismo, porque han cerrado su corazón y sus sentimientos para no sentir el dolor y el sufrimiento, se ven abocados a descubrir su soledad y su vacío en un sufrimiento desesperado sin parangón. («¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!»)

**89. Los que tienen hambre, o hambre y sed de justicia,
(porque ellos serán hartos)**

La comida satisface al cuerpo. El hambre le arrebató esa satisfacción, y con ello, le muestra su carencia e imperfección; carencia que abre el camino del encuentro con Dios.

A quienes la vida no satisface, y no encuentran justicia en ella, se les abre mucho más fácilmente el camino de Dios, al no poder los hombres solucionarles ese problema, y así, llegan a encontrar, a plena satisfacción: la inconmensurable justicia de Dios.

Sin embargo, los que se encuentran satisfechos con sus cosas y con su vida, y no se preocupan de más, porque son esclavos de sus propios apetitos y no tienen hambre de perfección, acabarán por sentir la corrupción e imperfección de todo ello, y la insatisfacción y el hambre de felicidad auténtica les mortificará.

(«¡Ay de vosotros, los que ahora estáis repletos, porque tendréis hambre!»)

**90. Los misericordiosos,
(porque ellos alcanzarán misericordia)**

Los que abren su corazón al perdón, y lo hacen acogedor, son capaces de comprender y mostrarse cercanos a los demás, gracias a ese amor que desarrollan en su entrega desinteresada; pues sólo así pueden llegar a descubrir que ese perdón y cercanía acogedora ya la tenía Dios con ellos.

**91. Los limpios de corazón,
(porque ellos verán a Dios)**

Ya hemos comentado en «56. El despojamiento ante Dios», la soberana importancia de la limpieza de corazón que conducía al descubrimiento de la verdad y a la revelación de Dios (y quitar el "velo" de Dios es ver a Dios). Así que, en la medida en que se piense bien de todo, se podrá ver la "sin malicia", el bien de todo, y ese bien es Dios.

**92. Los pacificadores,
(porque ellos serán llamados hijos de Dios)**

Quienes buscan la concordia y la conciliación se hacen hermanos de todos, demostrando con ello, la existencia de una familia universal que tiene a Dios por Padre (y del que ellos muestran ser hijos).

**93. Los perseguidos por ser justos,
(porque de ellos es el reino de los cielos)**

Justo es aquél que lleva a cabo o practica la justicia de Dios, es decir, el que asume la voluntad de Dios, y, en consecuencia, no se somete a la tiranía de

las seguridades y pseudoabsolutos, porque su seguridad la tiene en Dios, que es su pilar, su columna.

Pero tal actitud del justo (del que aquí venimos llamando santo, porque ha dado voluntariamente el salto al séptimo nivel), choca frontalmente con las actitudes de los que no lo son, de los que no han dado el salto y no han experimentado la mutación de su ser. Y es que la diferencia de plano es tal, que resulta ser equivalente a la que separa una planta de un animal, o a un animal de un hombre, ¡y pretender que un perro (por ejemplo), entienda el comportamiento de sus dueños...! A los dueños les es fácil colocarse en el lugar de su perro y averiguar sus deseos o necesidades, mientras que, el perro, lo más que puede alcanzar es descubrir cuales son las inquietudes animales del hombre, pero jamás las racionales. Él sólo se limita a obedecer las órdenes "absurdas" de sus dueños: que no haga sus necesidades dentro de la casa, que no se suba a determinados sitios, que se comporte de una manera o de otra en determinadas ocasiones... Pues al hombre, con el santo, le ocurre algo similar.

El hombre que no conoce el amor, y que no ha dado el salto a la santidad, sólo puede comprender el aspecto humano del santo pero no su justicia (su santidad), porque al no conocer el valor de la relación (el amor), no es capaz de establecer una verdadera relación con el absoluto, y, a través de ella, enlazar todo su mundo en un todo unitario y coherente. Si puede, sin embargo (como en el caso del perro), establecer una relación de reconocimiento y acatamiento con respecto a su "dueño" (a su Señor), con lo que ya se establecería una diferencia equivalente a la del perro salvaje y el doméstico, y, en ese caso, obedecer las "absurdas" órdenes de su "dueño" (mandamientos), sin alcanzar una verdadera comprensión de las mismas. (Pero, habida cuenta que la mutación es voluntaria, y sin marcha atrás, ese "roce" continuo con su Señor, y su permanente sugerencia, le invitaría a fiarse de Él, dar el salto, y comenzar a comprender.)

Pues quien actúa con la justicia y libertad de Dios, se hace acreedor a la incompreensión y al rechazo de todo ese mundo que no conoce a Dios (aunque lo afirme con su boca); ya que al alumbrar ese mundo con la luz y la verdad de Dios, muestra su profunda mentira; y quien vive en la oscuridad de la mentira, si no quiere ser desenmascarado y que se vea que sus obras son malas, ha de alejar la luz de sí, y, con ello, al justo, al santo. Simplemente, la mera presencia del justo ante él, ya le delata por simple comparación. Así que, tal rechazo, "fuerza" al justo a una vida peregrinante que le desinstala de las seguridades a las que otros se aferran.

Pero, precisamente, al sufrir este rechazo, el justo cobra conciencia de su diferencia, de su santidad, y, con ello, de su identidad, de su nombre (el nombre que le otorga su función), en ese nuevo paso que va del «pienso, luego existo», al «existo, luego yo soy». ¡Y que alegría tan gozosa! («Bienaventurados seréis cuando os injurien y persigan y digan todo mal contra vosotros, mintiendo, por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en los cielos. Pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.»)

En contraposición, quienes buscan la alabanza, el quedar bien, el figurar y ser protagonistas, se preocupan por las falsas seguridades e identidades de este mundo, reino de la mentira, y, consecuentemente, nunca podrán mostrar a Dios ni hablar en Su nombre, ya que siempre lo harán en el suyo propio, y, por tanto,

serán portadores de mentira. («¡Ay cuando os alaben todos los hombres! Igual hacían sus padres a los falsos profetas.»)

94. Amar a los enemigos

Éste es el resumen de todas las bienaventuranzas: Amar a los enemigos, y en ellos, al enemigo por excelencia, a la "no criatura", a la "no existencia", al "no amor", para llenarlo con nuestro amor y convertirlo en amigo y así disfrutar de Dios, la plenitud de todo. Por lo que añade Jesús en el Evangelio de San Juan (13, 17): «Felices vosotros si practicáis ya estas cosas que sabéis». (Se pone en práctica lo que realmente se cree, pero es el amor, fuente de las obras, el que da la felicidad, y no las obras en sí.)

95. Dios Hijo

Decíamos en «19. La Trinidad» y profundizábamos en «74. Macho y hembra los creó», que el Hijo (el "yo que mira") procede, tanto de ese "yo único" (de características femeninas que podríamos llamar: Madre), como de ese "yo pensante" (al que denominamos: Padre), con el que se compara. Pero precisamente porque se compara, al "mirar", puede descubrir y mostrarnos a ese Padre, a ese "yo pensante" implícito en el "yo único", y desvelarnos así, ese reino de felicidad y dicha.

Esa procedencia se muestra en la capacidad del Dios todopoderoso de ser cualquier "cosa", de sacar de sí, de crear; y su libertad se manifiesta, precisamente, en serlo, en ser cualquier "cosa" y en ser todas las "cosas" (todas y cada una). Es, pues, la capacidad absoluta de ser Todo (Padre), la que lleva implícita la capacidad absoluta de ser Parte (Hijo) (una parte que puede ser cualquiera, por eso es absoluta). Y es, justamente esa parte que puede ser cualquiera, la que lleva toda criatura y le hace ser criatura, esa de la que hablábamos en «75. La sexualidad» que constituía uno de nuestros "yos".

Es el "yo cotejador" (Espíritu Santo), el que establece el nexo indeleble, la identificación absoluta, la capacidad absoluta de ser Pertenencia, al marcar, simplemente, su función relativa (es decir, dando nombre, otorgando un "nombre funcional" a cada miembro). Con lo cual, es ese "yo cotejador" quien da la consciencia que permite reconocer la existencia de ese "espejo" (el mismo Espíritu Santo) que hace al Hijo verse en el Padre y viceversa. (¿Quién es quien?)

Así pues, es el Hijo el que, al distinguirse del Padre, hace posible la distinción trinitaria de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y si él es el que otorga la "distinción" (la filiación) a cada uno de los otros miembros de la relación, a su vez, recibe de ellos: la unidad o individualidad que le confiere el "yo único", la entidad o consistencia que le otorga el "yo pensante", y la relacionabilidad o integración funcional (el amor) que le da el "yo cotejador".

XIII. MARÍA

96. La Inmaculada Concepción

Dios, en su ser Uno y Trino se autogenera, es decir, se concibe a sí mismo (tiene consciencia y conciencia de sí). Pues en esa autoconcepción, vimos que era el "yo único" (al que hemos denominado: Madre), el que "daba a luz" al "yo trino" (que respondía a "patrones masculinos"), y que, éste, a su vez, concebía desde dentro y generaba de nuevo al "yo único". (Vea cada uno dentro de sí, en su propio yo, cómo ocurre). Y vimos en «21. Dios humilde» cómo esa creación de sí mismo lo hacía, en cierto modo, "criatura", convirtiéndose en un Creador lleno de Criatura y, simultáneamente, una Criatura llena de Creador. Criatura en singular, que, a su vez está llena de criaturas, lo que, en ese caso, podía (o puede) denominarse: la Creación por antonomasia, la Creación plena, absoluta, sin mancha de pecado (porque está por encima de la situación relativista de pecado causada por el demonio), la verdadera Creación y no la de mentira (la sometida al pecado, y que, falsamente, apreciamos).

Pues ese "yo único", rostro femenino de Dios, que es todo Concepción y todo Criatura es lo que conocemos por Inmaculada Concepción.

97. La Virgen María

La Creación plena, la Criatura por excelencia (como todas las criaturas), también se ve afectada por aquel primer pecado que hace surgir la creación histórica; no ya porque ella tenga que enfrentarse con la "no existencia" (con la ignorancia de Dios) que, al ser un relativismo, no tiene el poder de ejercer su mentira sobre ella, sino porque se ve arrastrada a tener un momento histórico, a tener una vida histórica dentro de ese desglose pormenorizado o explicitación, que se produce en el Dios consumación. (Usando el ejemplo de la muñeca rusa que contiene a sus "hijas" unas dentro de otras, en el despliegue de las mismas, la "madre" también tiene su lugar entre las "hijas").

Sin embargo, esta vida histórica de "hija" no compite ni anula sino que se superpone a la vida consumada de Madre (como le ocurría al "yo único" en la Trinidad, que simultaneaba ambas funciones: la de proceder y la de dar a luz). Y como mencionábamos en «21. Dios humilde», era el "yo único", el que, al ser "creado" por el "yo trino", recibía, en pleno depósito, la humildad: la aceptación de la propia realidad de pequeñez e insignificancia, pero en completa apertura a su Creador. (No en vano hemos aludido a la humildad bajo el título de Nuestra Señora la Humildad.)

Pues dentro de la coherencia de Dios, quien recibe el pleno depósito de la humildad, sólo puede tener una vida humilde y en completa apertura a su Creador. Y así leemos en el Evangelio de San Lucas (1, 38): «Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y cuando Criatura y Creador pasan a ser uno: ¿Qué mayor esclavitud puede haber que la esclavitud a uno mismo? ¿Acaso eso no es la máxima libertad, la libertad misma a la que todo le es posible?

Pero aun a pesar de verse libre del pecado y, en consecuencia, de la corrupción y finitud del mismo, la mentira que envuelve a la creación histórica, nos la presenta como aparentemente sometida y subyugada a su tiranía, en una aparente finitud y corrupción de criatura relativa (en vez de absoluta). Sin embargo, vamos a ver a continuación, que es la mentira la que se corrompe, para dejar paso a la verdad.

Notas y comentarios:

Obsérvese cómo los dogmas marianos se han ido abriendo paso a lo largo de historia a medida que se corrompía el velo de la apariencia de este mundo.

98. La llena de Gracia

La Gracia es el don gratuito de Dios, Dios que se da gratuitamente. La gratitud de Dios. (Y Dios no se da en porciones, sino todo entero).

Así que quien tiene a Dios en plenitud, está lleno de Dios, lleno de su Don gratuito. ¿Y quién puede estar más lleno de Gracia que María?

99. Santísima

¿Cuál será su santidad si está llena de Dios?

Ya sabemos que la santidad no afecta a la apariencia biológica, sino a la calidad del ser, y en consecuencia, al comportamiento y a las actitudes; y aunque ya dijimos que dicho comportamiento traía parejos la incomprensión y el rechazo por parte de los "no santos", si tal comportamiento anormal se da en un ambiente de santidad, entre santos, deja de ser anormal. O dicho con otras palabras: En un ambiente de gente más o menos "rara", la "rareza" puede pasar desapercibida; aunque, con el tiempo, las consecuencias de esas actitudes acaben, de todas formas, por delatar al santo. (Como dice la sabiduría popular: «De tal palo tal astilla».)

100. Siempre Virgen

Al no poder sufrir la ignorancia de Dios que el pecado ocasiona, la percepción de un "Dios ajeno" a ella, queda fuera de lugar, con lo que su presencia permanente y cercana inunda su sentir, y, en buena lógica, la apreciación de la "no existencia" se realiza en su justa realidad: como un relativo o parcialidad de la existencia; es decir, se aprecia que todo está sometido a Dios en una entrega total (la suya propia). Y en esa entrega total, no hay lugar (obviamente), para el "no amor", sino para el amor pleno, y, de esta forma, al no tener que drenar la ansiedad que este "no amor" produce: la agresividad, el sexualismo, las dependencias y similares, dejan de tener poder esclavizante sobre ella; con lo que su virginidad, en todos los sentidos, queda incólume.

En tales circunstancias, por fuerza, sus actitudes e intenciones de plena entrega a Dios, a pesar de su prudencia y discreción, tenían que chocar con las

de su medio histórico (que veía la virginidad como maldición de Dios); sin embargo, como ya hemos mencionado en el punto anterior, dicho choque se ve amortiguado por el ambiente más próximo de santidad que le rodea. (Ambiente de santidad en nada casual, porque en Dios no hay casualidades, ya que, si las hubiera, indicaría una falta de razón y sentido en las cosas.)

Además, habría que tener en cuenta lo dicho sobre el "maravillosismo" vacío e inútil en «60. La revelación», y lo incoherente que resultaría tal maravillosismo en este caso, en el que se revela, precisamente, la maravillosa sencillez de Dios. Y viceversa: lo fundamental del signo, lleno de contenido y pleno de revelación. (En resumen: Que las cosas ocurren excepcionalmente como signos reveladores, pero sometidas y dentro de la mayor apariencia de normalidad y naturalidad.)

Por último, reparar en que, la falsa apreciación de las cosas implícita en la creación histórica, también afecta a la vida histórica de María (como ya dijimos), produciendo una especie de *olvido* o pérdida de perspectiva de la propia situación personal dentro de la creación, dentro de la historia, a modo de tentación permanente, pero sin afectar en nada a la perspectiva de relación con Dios (el "norte", la "estrella guía") que será quien oriente la vida dentro de esa aparente desorientación histórica; porque la opción de amor es irrevocable.

101. Asunta al cielo

La apariencia de finitud y corrupción es simple apariencia, y, como tal, es finita y corruptible, así que, cuando llega la supuesta muerte, con su aire de absoluto inquebrantable, ante quien tiene la plenitud de Dios, ésta sólo puede manifestar su verdadero realidad de mera apariencia, de simple cambio de apreciación de la realidad (lo que en «9. Dios real» denominamos cambio de paradigma); quedando de manifiesto entonces, la verdadera situación de incorruptibilidad de la Creación perfecta, de la Criatura por excelencia.

Así pues, el tránsito de esa vida histórica a la vida consumada fuera de la historia, es lo que se conoce como Asunción.

102. Reina de cielos y tierras

Comentamos en «85. Las bienaventuranzas y el Reino de Dios», que el Reino consistía en que, Dios, lo era todo para las criaturas; pues para la llena de Gracia, que esta llena de Dios, tal reino es una realidad en ella, pero, además, al ser la Criatura por excelencia, la cumbre de la consumación en la que están contenidas todas las criaturas junto con su Creador (el "yo único" de Dios), eso la constituye en Reina de ese Reino que incluye tanto a cielos como a tierras. (Ella es todo lo creado y también lo increado; porque Dios se da en ella en plenitud.)

103. Medianera de todas las gracias

Todo lo que Dios nos da, lo que Dios crea, nos llega a través de su Creación, es decir, a través de tal Reina, a través de María. Así que ella también

es esa Arca de la Alianza situada en el Santísimo del Templo, y a través de la cual, Dios, se comunica a (y con) sus criaturas. Ella es ese medio de escuchar a Dios que comentábamos en «58. Lo escucha de Dios», nuestra lengua materna, el vehículo de la oración, la revelación y la reparación.

104. Madre de los hombres

La cumbre de la creación, la Creación plena, en su función maternal de "yo único", es Madre de todo lo creado, y con ello, Madre de todos y cada uno de los hombres.

105. Madre de Dios

Ya hemos comentado en varias ocasiones, que es el "yo único" (al que denominamos Inmaculada Concepción), el que concibe y da a luz al "yo trino" (que, a su vez, le genera y da el ser).

El "yo único" (Madre) es el que contiene (concibe) y muestra (da a luz) al "yo trino" (Dios), pero es el "yo trino" (Dios) el que le otorga la existencia del "yo pensante" (Padre), la distinción o filiación del "yo que mira" (Hijo), y la función o relacionabilidad del "yo cotejador" (Espíritu Santo). Por eso se puede decir (como se hace en las tres avemarías que cierran el Rosario), que la Madre de Dios es hija del Padre, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo, y templo y sagrario de la Santísima Trinidad.

Pero, a su vez, es el "yo único" el que confiere la "unicidad", la individualidad a cada uno de los "yos" del "trino", e, implícito en ello, su función de concebir y dar a luz: de mostrar, es decir, les da la posibilidad de mostrarse, de manifestarse.

106. La Encarnación

Así pues, como acabamos de decir, la Virgen María hace posible que Dios Hijo (la Parte absoluta que puede ser cualquiera), se manifieste y cobre realidad de criatura, haciéndole presente en la historia, bajo la carne que ella misma le otorga. De esta forma, primero le concibe en la mente, y luego en las entrañas; sin que, como signo de revelación, precise la intervención de ninguna criatura varón, puesto que ella ya tiene la plenitud del Padre todopoderoso, la fuerza vital del Espíritu Santo, y la capacidad de distinguir de sí (filiación) que le confiere el Hijo. (A Dios todo le es posible.)

Sin embargo, tal suceso se realiza sin una plena o clara consciencia de su trascendencia, dada la pérdida de perspectiva de la propia situación personal dentro de la creación histórica; situación en la que se pierde el detalle y la precisión en la apreciación, pero no la orientación general, al no haber perdido el absoluto, y ello a consecuencia, de que, el pecado (en este caso: de los otros), atenta directamente contra el Espíritu Santo y le niega, haciendo parecer "inexistente" la relación de las cosas, y "emborronando" el camino que va de la causa al efecto. (Como en los antiguos primitivos, que no relacionaban el acto sexual con la procreación.)

107. San José

En ese ambiente de santidad, que mencionábamos rodeaba a la Virgen María, y que le servía de amortiguador, de colchón, con respecto al medio circundante "no santo", destaca, como figura preeminente, San José, que, a modo de Abrahán, se convierte en cabeza y modelo de todas las criaturas que, desde la ignorancia de Dios, optan por el camino del amor y la santidad que les conduce directamente hacia Dios, y que, fiándose de Él, penetran en esa "no existencia" o "Dios ajeno", iluminando a su paso, con su amor, esa incompreensión que les cegaba.

Así pues, José, acepta a María tal cual es, sin entender la situación, pero fiándose plenamente de Dios y apoyándose en el amor auténtico que tiene a María (que no espera contrarréplica), con lo que se convierte en padre de los creyentes y custodio de la "increíble" Verdad de la Fe (que todo santo guarda y conserva), y que en José se materializa, se manifiesta físicamente en María y en Jesús. ¡Ésa es su fe!

Es la herencia según la fe (el verdadero mantenimiento de la alianza, la verdadera amistad) la que obtiene la promesa, y no la herencia según la carne. De la misma manera que es la herencia según la fe la que le permite a Isaac obtener la promesa, en vez de a Ismael, que es a quien le correspondía según la carne. Es Jacob quien la obtiene en vez de Esaú, a quien en "justicia según la carne" le correspondía. Es Judá quien la recibe en vez de Rubén, Simeón o Leví que estaban "primero" según la carne. Es, en definitiva, José (San José), quien recibe y lega esa herencia según la fe a todos los creyentes: Jesús; porque Dios siempre cumple lo que promete.

Así pues, quien no acepte esta herencia según la fe, aunque le pueda corresponder según "la carne" (según la visión relativista fruto del pecado), quedará desposeído de ella, y con ello, de la promesa.

La herencia según la fe (la alianza, la amistad) es ininterrumpida, progresiva y coherente hacia el destino definitivo que es Dios mismo, por lo que el creyente ha de aceptarla y asumirla toda entera y sin fisuras, para poder encontrar su verdadera identidad de "criatura con nombre propio" en Dios. El aceptar sólo partes de la misma supone reconocerla como incoherente y, por tanto, sujeta a la disgregación y corrupción del mal, con lo que tal herencia no se puede disfrutar mientras persistan semejantes premisas, ya que implican la desconfianza y ausencia de fe, y la fe es condición fundamental en la transmisión de dicha herencia. (La progresión en el amor implica aceptar por entero todo lo amado, y si no se acepta es que no se ama.)

Como puede deducirse de todo lo dicho, el hecho de que la Encarnación y concepción de Jesús sea sin obra de varón, se convierte en crucial, no sólo ya como signo de revelación de la dinámica trinitario, sino como instrumento fundamental de la transmisión de la herencia según la fe.

XIV. JESUCRISTO

108. Jesucristo el Hijo de Dios

La Virgen María hace posible la Encarnación de Dios Hijo, y, con ello, su aparición en la creación histórica; pero concretamente de Dios Hijo, porque ésa es, precisamente, la función a desempeñar en ella. (Recordar que los nombres son funcionales). Sin embargo, Dios es Uno, inseparable, en el que podemos discernir "entidades funcionales", pero en el que, cada una de ellas, lleva implícitas a las demás; es decir, el Hijo lleva implícitos al Padre y al Espíritu Santo, aunque su "rostro", su función sea la de Hijo, la de "yo que mira" al Padre en la comunión del Espíritu Santo.

El desglose o explicitación histórica, lo que hace, es mostrar ese discernimiento en Dios, pero sin romper su perfecta unidad. Unidad que muestra la propia vida de Jesucristo, y que le lleva a decir en el Evangelio de San Juan (14, 9): «¿Tanto tiempo llevo con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre.»

109. Dios y hombre verdadero. (Hijo del hombre)

Al tomar carne de la Criatura por excelencia, Dios Hijo se hace total y enteramente criatura como lo es su madre, sin someterse, al igual que ella, a la ignorancia de Dios fruto del pecado, pero sí al "olvido" de su plenitud, que habrá de ir redescubriendo "mirando" al Padre: ("yo que mira").

Y mirando su mundo en general, su medio más inmediato de santidad, su medio menos inmediato de Pueblo de Dios, su medio más alejado (pero todavía cercano) de ignorancia de Dios y de pecado, su medio interno más íntimo, orando y escuchando el lenguaje sugerente de Dios (ver puntos 55 al 65): escucha la voz (la sugerencia) del Espíritu Santo ("yo cotejador") que le lleva a colegir: «El Padre y yo somos uno»; cobrando, de esta forma, conciencia de su origen y su función (aprendiendo su nombre), encontrando así el sentido de su vida: su misión.

Así, en Jesús, Dios se hace criatura histórica: hombre. Hombre, que, como tal, recibe la herencia según la fe (la promesa hecha a Abrahán), que San José le transmite al fiarse de Dios contra toda apariencia.

Y así como el médico comprende a su paciente enfermo, precisamente por ser hombre, y le ayuda indicándole el camino para salir de su situación (siempre y cuando, el propio médico no padezca enfermedad que le impida ejercer su labor): Jesús, por ser verdadero hombre, puede comprender la situación humana de pecado, descubrir el daño que produce, e indicar el camino para salir de ella: la Salvación. Labor que él puede realizar al no estar inmerso en el pecado ni sujeto a su relativismo. Ambas condiciones: la de ser igual a todos, pero al mismo tiempo ser diferente, son imprescindibles para conseguir llevar a cabo su misión.

Notas y comentarios:

Nadie, para poder sacar a otro de las arenas movedizas, se mete en ellas, porque, entonces, se hundirían los dos. La ayuda, para que pueda ser eficaz, ha de brindarse desde la tierra firme; desde el borde, sí, pero sobre terreno seguro.

Así, Jesucristo, ayuda al pecador desde "el borde", pero sin meterse en el pecado (la ignorancia de Dios). Ésa es la única forma de salvación. Y esa es la actitud que a nosotros nos enseña cómo debemos de actuar en situaciones semejantes.

XV. LA MISIÓN

110. La misión

Como yo mencionábamos en «60. La revelación», la criatura que, a través de la oración, llegaba a descubrir que sólo en Dios era ella misma, encontraba su identidad, y, con ello, el sentido de su vida.

En principio, el sentido de su vida (su misión), consistía en encontrar su identidad, su propio ser. Y eso lo conseguía adentrándose en "lo desconocido", en la "no existencia", llenándola de su propia existencia a través del amor. Penetrando "a ciegas" en aquello que se presenta como "ajeno", que "no entiendo", que "me hace daño", que "se me niega" (el enemigo); al igual que lo hace un niño pequeño que va descubriendo sus brazos, sus manos, sus pies... y que, al principio, ve como ajenos, pero que, luego, a través del dolor y el sentir, averigua que le pertenecen y que puede ir moviéndolos a voluntad, y, así, aprende a apreciar y controlar su propio cuerpo. El hombre, pues, a través del sentir y del dolor puede llegar a descubrir que todo ese medio ajeno es él mismo, como lo hace ese niño con su propio cuerpo. (¿Cómo voy a sentir y me va a doler aquello que no es mío?)

Una vez descubierta la propiedad, hay que aceptarla y asumirla; y así como lo hace el niño, aceptando esas partes, aprendiendo a moverlas, y asumiéndolas, no sólo como partes, sino como él mismo: igualmente lo hace el hombre con su medio o mundo "ajeno": iluminándolo con su amor a medida que se adentra en él, llenando de comprensión su entorno más inmediato (generalmente no a mucha "distancia" de sí, pero lo suficiente para no errar la dirección), iluminando, en cada momento, lo que es más oportuno y conveniente hacer para más amar (según sus particulares circunstancias).

De esta forma, siguiendo esa misión genérica, llega a ese destino de sí mismo en Dios, y allí encuentra su misión específica, su función, su nombre; la que es suya y sólo suya, su lugar específico en la Creación, su "sitio"; y, al mismo tiempo, el irrefrenable deseo de transmitir toda la maravilla que ha descubierto (lógico, puesto que está aprendiendo a ser dios con Dios, y el deseo de darse, de entregarse por entero, es propio de Dios). Y así puede plantearse: «Todo lo mío es de Dios, todo lo que me es posible es de Dios, todo lo que con lo mío hago posible es de Dios, luego todo lo que mejor hago posible será lo que mejor mostraré a Dios (y viceversa)». Con lo que, al buscar aquello que mejor

hace posible, aquello en lo que es más hábil, sus dones innatos, sus circunstancias individuales y más favorables (para, de esta forma, mejor servir y mostrar a Dios), está poniendo a funcionar sus talentos naturales que muestran al verdadero autor de tales talentos (en lugar de esconderlos y enterrarlos para que nadie los vea y pueda apreciar que no son suyos sino de Dios). (Esta respuesta a la primitiva llamada de Dios es lo que se conoce bajo el nombre de vocación o misión profética.)

Pero esa misión específica de la transmisión y manifestación de Dios según las peculiares circunstancias individuales, puede no quedarse ahí y evolucionar hacia la misión concreta, hacia el desarrollo de una tarea muy determinada, ineludible y absolutamente propia del nombre encontrado (de la función propia en relación con toda la Creación). Lo que lleva a que dicho nombre propio se manifieste por las obras, y de tal modo, que son los demás los que encuentran el nombre y "bautizan" a esa criatura que desempeña su misión concreta (habitualmente la más desconcertante e incomprensible, porque es la que tiene el punto de mira más alto).

Pues en la misión de Jesús también pueden encontrarse estas tres fases o momentos: La primera, en la que encuentra su función, su nombre (siempre bajo la orientación de la permanente referencia a Dios, que acorta y encauza el periodo de búsqueda, pero que no lo anula). La segunda, en la que «lo más oportuno para más amar» se concreta en la misión específica de manifestar el Amor de Dios que contiene en sí, primero en su vida cotidiana (vida anónima), y, luego, en una opción extraordinaria (vida pública), dedicada a los más alejados y subyugados por el pecado y la mentira. Y la tercera, en la que, tras alcanzar una situación de incomprensión asfixiante, «lo más conveniente para más amar» se encauza ahora hacia la mayor trascendencia: la de asumir en sí la negativa y el rechazo que el mundo realiza contra Dios (y que se manifiesta en el propio rechazo de su mensaje), situación de la que nadie se hace responsable (y por eso no se convierten); es decir, su misión concreta consiste en cargar con la culpa del pecado (de los pecados), que nadie quiere asumir, manifestando así las consecuencias de ese pecado en su propia carne; o dicho de otro modo: Convertirse y arrepentirse por ellos, sufriendo, como hombre, lo que como Dios no puede sufrir, dando la contrarréplica a ese primer pecado del demonio diciendo: «Yo sí te serviré». «Yo sí me compartiré». «Yo sí seré criatura». Para, de esta forma, dar fin a la mentira de este mundo, reparando ese primer pecado, al poner amor donde no lo había. (Recordar puntos 47 al 54).

111. El ejemplo

La fe se manifiesta en las obras, y como la fe lleva al amor, las obras serán obras de amor; pero el amor auténtico abarca a todo el ser de la persona (como veíamos en «54. La fe y las obras»), luego las obras abarcan a toda la vida de la persona. Es la vida la que cambia en virtud de la fe, y esa vida nueva es la que manifiesta, en sí misma y en las obras, el amor que las inunda, el Amor de Dios (el único amor). Así que la vida y las obras del que ama se convierten, por sí mismas y sin pretenderlo, en insólitas (y sin una clara conciencia de lo insólito de las mismas, y a pesar de la humildad que las envuelve y las hace pasar desapercibidas).

Sin embargo, este "resultar insólito a los ojos de los otros" se convierte, ante ellos, en la presencia de "lo que no entiendo", o de "lo que me hace daño", o "lo que se me niega", en resumen: de la "no existencia"; situación que les invita a una valoración del hecho, y a caer en la cuenta de la felicidad y liberación que se esconde tras esa circunstancia insólita, y preguntarse: ¿No seré yo el equivocado, que sufro en lo que yo llamo "mi existencia", y esté viviendo en la mentira de la "no existencia", y sea ése, al que yo "no entiendo", el que esté viviendo en la "existencia" verdadera?

La respuesta a esta pregunta lleva a dos posibilidades: «Yo no estoy equivocado (o no quiero estarlo), con lo cual el otro es el equivocado, y su felicidad se debe a que está loco». O: «Es posible que yo sea el equivocado, pero ¿y si sigo su ejemplo encontraré la felicidad?» Última pregunta que le abre la opción de arriesgarse a penetrar ("a ciegas" en principio), en ese "no entiendo", y, con ello, en la "no existencia".

Así pues, a través de la vida y obras de una persona, ésta muestra la verdad de sí misma, y se revela en su autenticidad. Del mismo modo, Jesucristo, manifiesta en su vida y en sus obras: su fe, su conocimiento del Padre, su amor, la verdad de sí mismo, y con ello, al Dios vivo; situación que convierte a su vida y a sus obras en insólitas, en auténticas "rarezas" (lo mismo que ocurre con todos los santos). Y es por eso por lo que, ante la ceguera de sus coetáneos, Jesucristo se lamenta en el Evangelio de San Juan (5, 36-38): «Pero yo tengo otro testimonio mejor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que yo hago, testifican de mí que es el Padre el que me ha enviado. Y el Padre mismo que me envió ha dado testimonio de mí. Pero vosotros ni habéis oído jamás su voz ni habéis nunca visto su rostro, ni su palabra reside en vosotros, pues no habéis creído al que él envió.»

Quien ha entrado en el camino de La Verdad, es capaz de reconocerla cuando la tiene ante él; si no lo hace, es que no ha entrado en el camino del amor y no se ha convertido. (Las obras, los hechos, demuestran, pues, la verdad de su corazón). Por eso asegura Jesús en el Evangelio de San Juan (6, 43-47): «No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre, que me ha enviado, no lo trae; y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: *Serán todos enseñados de Dios*. Quien oye la doctrina del Padre y se instruye en ella, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, sino tan sólo el que viene de Dios: ése, sí, ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene la vida eterna.»

Luego los hechos insólitos, las "rarezas" de la vida de quien ama, tienen siempre su verdad, su explicación, en Dios, y para ser entendidos han de ser mirados siempre desde la Verdad de Dios; con lo que son siempre hechos cargados de contenido (catequesis vivas), y ésa es su única función: ser ejemplo. Así que, como decíamos en «60. La revelación», todo "maravillosismo" (o activismo) fatuo, vacío, no es de Dios, porque no tiene nada que revelar. Los milagros, por el hecho de ser milagros (fenómenos maravillosos), no revelan a Dios; es el contenido del milagro (el "susurro", lo que sugiere), la verdad que desvela: la que lo hace. Así lo reconoce Jesús en el Evangelio de San Lucas (12, 29): «Esta generación es perversa; pide un signo, y no le será dado otro que el signo de Jonás».

Dice la sabiduría popular: «Las palabras convencen, pero el ejemplo arrastra». Por eso, quien se plantea la verdad del ejemplo de Jesús, tras

reconocer la equivocación de su propia vida, responde a la pregunta planteada: «¿y si sigo su ejemplo, encontraré la felicidad?», comprometiéndose en el seguimiento de esas actitudes que Jesús muestra, tomándole como modelo, como estrella guía. (Pero no imitándole literalmente, porque eso indicaría que no ha asumido como propias esas actitudes, y que las ha adoptado por perfeccionismo ególatra, lo que significaría que no ha encontrado su propio nombre ni su misión específica.)

XVI. LA REDENCIÓN

112. La pasión y muerte de Jesús

La consumación de esa misión concreta de Jesús, que ya hemos mencionado, y del ejemplo contenido en su vida (que incluye obras y palabras), se da en su pasión y muerte; ya que, en ese acontecimiento, se concentran: La confianza en el Padre, la fidelidad ante el aparente abandono (la tentación de la "ceguera de Dios"), la mansedumbre, y demás bienaventuranzas, que demuestran la obediencia incondicional, el amor a los enemigos, la aceptación del sufrimiento injusto (y, en él, la aceptación de su ser de criatura y de la "no existencia" o "no criatura"), y la entrega de todo su ser hasta la muerte de sí (el amor pleno a la "no existencia" con la que se comparte y comprende); y, además, la revelación de Dios presente en todo ello.

Y muere, aun siendo el Hijo de Dios, el hijo de la Virgen María que no podía morir.

La muerte (el dejar de existir), es la expresión de la "no existencia" tomada como un absoluto. La Virgen María, al ser la Creación plena, la abarca, por eso no puede entrar en ella; pero el Hijo, al ser la Parte absoluta, (la parte que puede ser cualquiera), puede entrar en esa "no existencia" (que también es una parte, un relativo), y llenarla de Dios, llenarla de existencia, y, de esta forma, rescatarla para el Bien; es decir, desvelar lo que era desde un principio y la mentira que ocultaba. Luego, Jesucristo, muere en su relativismo de hombre histórico, pero no como Dios.

Notas y comentarios:

La pasión de Cristo nos revela, con ese lenguaje de Dios pleno de contenido, qué es lo que hace nuestro pecado personal con la imagen y semejanza de Dios que llevamos en nosotros: cómo la somete a la afrenta más cruel («Ecce homo»: «He aquí el hombre»), y la condena a muerte, y muerte de cruz. Pero esa muerte (la "no existencia") está vencida por el "más allá de la muerte" (la existencia), por el perdón. ¡Esa es nuestra salvación! («Para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar pecados...» [Mc 2, 10])

113. La Salvación

El nombre «Jesús» significa «Dios salva» (El Salvador), y en Jesús se lleva a cabo lo anunciado en «30. La creación»: Si por el pecado de uno entró el mal

(la mentira) en el mundo, por la fidelidad de uno retornará el Bien (la Verdad) a él.

Pues en eso consiste la Salvación, en mantener el sí a Dios hasta las últimas consecuencias, amando a la "no criatura" (comprendiendo y compartiéndose con ella), anulando, de esta manera, todo su poder aparente, toda su mentira; con lo que la creación histórica es reconducida, ya inexorablemente, hacia su fin: a su restauración como Creación plena, al disfrute de la herencia del Dios vivo, del Dios consumación.

Y así como Dios no se arrepiente de nada de cuanto ha hecho, porque lo ama todo; las criaturas, de igual forma, para poder disfrutar de la misma libertad de Dios, han de elegirle a Él, tal cual es, voluntaria y gratuitamente. Son, ahora, las criaturas las que han de "crear" esos lazos de amor indeleble que las rescaten de su condición corruptible, construyendo sobre los que ya Dios tiene establecidos, pero desde ellas mismas; es decir: correspondiendo a la alianza, a la amistad de Dios, poniendo amor donde, por parte de ellas, no lo había.

Jesucristo, pues, nos revela este amor indeleble y definitivo de Dios con el que nosotros debemos amar, y nos libera del poder de la mentira: ¡Nos salva!

114. La oblación por nuestros pecados

Como comentábamos en «110. La misión», Jesucristo, asume su misión concreta bajo el siguiente planteamiento: «Si nadie quiere cargar con la responsabilidad de su propio pecado, si nadie se cree culpable y no tiene de qué arrepentirse: yo, entonces, seré el culpable, yo seré el que se arrepienta del pecado del mundo, de su mal y su mentira, y me "convierta" reparando el daño, poniendo amor donde no lo había, sufriendo el dolor del arrepentimiento hasta que muera dicho pecado en él, porque "mi" pecado (el del mundo) merece la muerte (el final irreversible del mismo); con lo que muriendo el hombre histórico que soy, fruto de la apariencia de ese pecado del mundo, habrá muerto el pecado con él y la muerte se habrá matado a sí misma.»

Y así, ofreciéndose como culpable en oblación por nuestros pecados, al "convertirse", mata al pecado y a la muerte, y entonces: ¡El mundo se convierte con Él!

¡Éste es, pues, el valor de la reparación, de los sacrificios en favor de la conversión de los pecadores!

Notas y comentarios:

Dios no necesita de esta oblación para otorgar la redención, son las entendederas del hombre, la justicia humana y no la divina, la que la necesita para saberse querida y perdonada. Por eso, Dios, que nos ama sin parangón posible, nos lo explica en nuestra lengua materna, a nuestro modo (pero con su Voz), como decíamos en «58. La escucha de Dios».

115. La corredención

María, en su vida histórica con sacrificios y sufrimientos, manifiesta a la Creación sufriente que repara ese pecado, colaborando con ello en la redención

de Jesucristo. Así pues, todas las criaturas que aman, ofrecen sus sacrificios y sufrimientos por los que no aman, participando, conjuntamente con Jesús, en su oblación.

Notas y comentarios:

Escribe Sor Lucía en la primera aparición del 13 de Mayo de 1917 en Cova de Iría:

«—Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros como reparación de los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os fortalecerá.»

116. Descendió a los infiernos

Jesucristo entra en la muerte, en la manifestación por antonomasia de la "no existencia" (bajo el poder de la "no criatura"), llenándola de existencia. Pero la muerte es el fin de la alucinación, de la mentira en que se está inmerso durante la historia, es, en definitiva, el despertar. Y tras ello nos encontramos la situación tal cual era en el principio, ha sido siempre, y será en el final: la consumación (de la que la historia es su explicitación pormenorizada bajo ese velo de mentira). Con lo que la Salvación realizada por Jesús deja de apreciarse en el tiempo histórico, para apreciarse, además, como lo que ya estaba y estará para siempre, resultando ser, entonces, la perseverancia eterna de Dios en su designio de amor y misericordia (a pesar de todo el desprecio), que afecta a todo el Dios consumación, a toda la Creación, y, por ende, a la "no existencia".

Viéndolo también desde una perspectiva menos consumada, es decir, más histórica: Cristo, "culpable" de todo el mal del mundo (con el que había cargado al amarlo y hacerlo propio), "responsable" de toda la negación a Dios, no podía disfrutar del Dios consumación (del Cielo), y por tratarse de una negación total, debería pues, quedarse en ella, en la "no existencia" (el Infierno). Pero, evidentemente, esa negación era una mentira (no era toda la verdad), porque él no había negado sino que había asumido la negación de los demás por amor, con lo que al amar a todos podía disfrutar plenamente de la consumación. Y de esta forma, Cielo e Infierno pasaban a estar ocupados por el mismo amor y la misma misericordia. Dios reinaba en todo. El rescate de toda la creación estaba conseguido (abarcando toda la historia).

117. El efecto de la redención

Este rescate se manifiesta en la creación histórica como ese tercer componente relacional de toda criatura (de todas las cosas), ese tercer "yo" trinitario que, de dos organismos vivos, permite obtener un tercero, semejante a ellos, pero distinto de ellos. (Dios Hijo, la Parte absoluta, que, al poder ser cualquier parte, está presente en todos los niveles de la creación, a modo de yemas de una misma planta comunicadas por la misma savia). Y de aquí, ese tercer "yo" de cada persona que nos comunicaba el amor de Dios y que nosotros

tomábamos por amor a nosotros mismos (según decíamos en «75. La sexualidad»), y que nos confería la existencia (Padre) y el amor (Espíritu Santo) a través de esa procedencia (Hijo), dándonos individualidad y vida (Inmaculada — Madre).

De la misma forma, si nosotros, seres humanos, hombres, amamos a Jesucristo hombre, con amor auténtico, amaremos también a Jesucristo Dios, y, con ello, a Dios en plenitud, al Dios consumación, y nuestra santidad plena estará conseguida.

Y yendo un poco más allá: Si amamos a una persona cualquiera con amor auténtico (el de Dios), y en ese amor descubrimos a ese "yo relacional" que le conforma; y si en ese "yo" reconocemos a Dios, a Dios Hijo mostrándonos a Dios consumación, y le amamos; habremos logrado igualmente la santidad plena.

Es decir, la redención nos impele a la santidad plena.

Recordando todo lo referido en «42. La santidad», y que: es el amor mutuo entre dos personas, cuando es auténtico, el que hace presente a ese tercer "yo relacional", tan personal y real como los otros dos yos (las otros dos personas), a las que enlaza (como también adelantamos en «30. La creación»), podremos apercibirnos con más claridad que es, precisamente ese "yo relacional", el que consigue hacer, de tal conjunto, un solo yo único («uno sola carne»). Pero si, en todos los demás niveles inferiores, ese "yo relacional" era la manifestación de la redención de Dios Hijo para toda criatura, en este sexto nivel, en el del hombre, el "yo relacional hombre" que permite el salto al séptimo nivel tiene nombre propio: Jesús el Cristo, el Ungido (la vida a la que deben estar unidos todos los sarmientos para poder dar frutos de santidad). De ahí que dijéramos un poco más arriba, que al amar a Jesucristo, a su través, podíamos amar a todo y alcanzar la santidad plena.

Y así lo confirma Jesús en el Evangelio de San Mateo (18, 19-20): «También os aseguro que, si dos de vosotros se pusieran de acuerdo sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren, la tendrán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

XVII. LOS SANTOS

118. La comunión de los santos

Dijimos en «30. La creación» que el que forja relación es el que ama, y no el que es amado, y en «39. La relación de amor» que era imposible amar a Dios sin amar al prójimo, y viceversa: amar al prójimo sin encontrarse con Dios (que es Amor); porque, como hemos visto en el punto anterior, es Dios mismo el soporte de esa relación, el amor personificado. Lo que en «48. La fe» también describíamos como dotar de la propia existencia a lo amado, (existencia que no es otra cosa que Dios mismo).

Pues bien, una vez establecido el vínculo amoroso con, al menos, un prójimo (que al ser amor no tiene por qué ser correspondido), puesto que Dios está en medio, se consigue el ascenso a ese séptimo nivel de la santidad, al constituirse, en la persona que ama, el "yo santo" que lo permite. Y es ese "yo santo" el que adquiere la totalidad que brinda el séptimo nivel, y que, por ello, posee la capacidad de abrirse a los "yo santos" de este nivel, compartiéndose y comprendiendo a todos y con todos, a través de ese único "yo relacional santo" que no es otro que el mismo Dios; constituyendo, por tanto, un "yo comunitario" que abarca a toda la creación en la plenitud de la santidad. "Yo común y unitario" ya presente en la misma Trinidad y en cada uno de los "yos" de la misma, y constituido por la común donación de cada uno de ellos a los demás.

Tal "yo comunitario", en el que todo es de todos, y en el que cada individuo o foco es parte y todo o la vez (a modo de estrella de innumerables puntas o rayos), resume y manifiesta el disfrute del Dios consumación.

Sin embargo, la manifestación de ese disfrute presenta dos aspectos: uno histórico y otro panhistórico (no propiamente histórico) porque no se puede localizar con exclusividad en un determinado punto o momento).

Ese aspecto histórico remite al séptimo nivel propiamente dicho, al considerado como relativo de los otros seis, y que aún no es absoluto. (Es lo que ya habíamos nombrado como el Santo del Tabernáculo y Templo judíos en «66. La Alianza»). Y que al ser histórico, es visible desde los otros seis niveles; es decir: los hombres pueden verlo desde fuera, pueden ver a los santos en la historia, pero no pueden disfrutar de él (entrar en él), porque es sólo para los santos.

El aspecto panhistórico lo constituye la transformación de la totalidad del séptimo nivel en plenitud, y la desaparición de la gradación de los niveles al asumirlos todos. Situación evidentemente invisible para los hombres que se encuentran en la historia, fuera del séptimo nivel, y, en general, sólo vislumbrable para los santos que aún están en la vida histórica. Igualmente, el Santísimo o Santo de los santos del Tabernáculo y Templo judíos, al encontrarse dentro del Santo es invisible para los de fuera, y sólo vislumbrable para los de dentro, al existir un velo de separación (la muerte). Aunque ese velo ya se rasgó con la resurrección de Jesucristo.

Notas y comentarios:

1) Por comentar algunos detalles más sobre el paralelismo del Tabernáculo y Templo judíos, según los relata el libro del Éxodo (y en el que, hasta los mínimos detalles, no son caprichosos o circunstanciales, sino simbólicos), y los que aquí aparecen con respecto al séptimo nivel de la creación: En el Santo debían colocarse: el candelabro de los siete brazos, el altar de los perfumes, y la mesa de los panes de la proposición (en número de doce).

El candelabro representa la unidad y diversidad de los siete niveles de la creación, que puede apreciarse al completo desde dentro del séptimo nivel (dentro del Santo), y que sustenta la verdad de Dios que ilumina el entendimiento.

El altar de los perfumes simboliza la oración de los santos y el lenguaje sugerente de Dios que éstos perciben (el olor o fragancia de Dios en las cosas).

La mesa de los panes de la proposición significa la entrega de sí mismo, a través del amor, que todo santo realiza. Entrega total representada por el número doce, número de la totalidad, característica propia del séptimo nivel. (Totalidad que se da y se recibe en el "yo comunitario" como ofrenda y alimento.)

El Arca de la Alianza, situada en el Santo de los santos, ya comentamos en «103. Medianera de todas las gracias», que se trata de María Santísima, la Criatura por excelencia, la Creación plena, que por estar en todas partes y en ninguna en concreto, es representada, en el Arca, con las varas de transporte siempre puestas. (Arca, que en el templo cristiano, se denomina sagrario.)

2) No es mi propósito descender al "detallismo" en la comparación con el Templo judío (que se puede y mucho), pero sí quiero comentar, en lo referente al número de la totalidad, que como ya se explica en «Sobre Lenguaje», cada nivel viene representado o le corresponde un número, que, al igual que su propiedad característica, le identifica, y que procede de "mirar" a la terna lógica desde cada una de estas características.

Así, en el primer nivel: el uno (una existencia, una dimensión). En el segundo: el tres (tres distinciones, tres estructuras). En el tercero: el cuatro (cuatro unidades, los cuatro estados). En el cuarto: el siete (siete individualidades, los siete niveles). En el quinto: el ocho (ocho comunicaciones, las ocho formas de relación o de enlace). En el sexto: el nueve (nueve libertades, los nueve planos relacionales). En el séptimo: el doce (doce totalidades, las doce presentaciones o modos de comprensión). Mientras que el trece representa la plenitud, y el cero la "no existencia", la mentira.

119. Los santos

Los que han optado por ese compromiso irreversible del yo, de compartirse, de amar, y han accedido al séptimo nivel (siguiendo el proceso que ya comentamos en los puntos 35 al 42), son los que sufren esa mutación que les transforma en "más que hombres", en santos.

Pero ese cambio de entidad, que puede no apreciarse en su apariencia, sí afecta, además de a su comportamiento social, a su comportamiento biológico; manifestándose, entonces, como un ser vivo diferente.

Por hacer una comparación un tanto desenfadada y divertida, se puede decir que los santos, como todo ser vivo, nacen, crecen, se reproducen y mueren; pero es, precisamente, en estas características o hechos, donde, justamente, se encuentran todas las diferencias con respecto a los demás seres, y de aquí su peculiar singularidad.

Nacen en el momento en que se establece la primera relación de amor, decidida, libre y voluntariamente, y sin implicar directamente a ningún congénere (aunque sí indirectamente por "alusión" [al amarle], pero el congénere puede no enterarse ni siquiera). Es decir, nacen cuando quieren y de sí mismos.

Crecen y se desarrollan en santidad, en la medida que establecen nuevos lazos de amor y van transformando, sus otras formas de relación, en amor

(tanto con seres humanos como con santos, y, en un segundo orden, con cualquier otro ser o cosa, ya que, quien ama a Dios, ama también sus "cosas"). Y su desarrollo depende de la "prisa" que se den; para lo cual, se alimentan «de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4), y «no sólo de pan» (que solamente alimenta al hombre—vegetal, pero no al santo); por lo que se permiten la ridícula extravagancia de no preocuparse por él, y de decir, alegremente, con una sorprendente ingenuidad: «¡Dios proveerá!»

Se reproducen mediante sus obras de amor, por el ejemplo (como mencionábamos en su respectivo punto 111). Y en dicha reproducción no hay diferencia de sexos, aunque sí de niveles relacionales o planos evolutivos, y tanto reciben sugerencias de amor en el ejemplo de otros, como son ellos los que las dan y transmiten. (La reproducción biológica como hombre, obtiene hombres, pero no santos, ya que los santos nacen de una opción libre). Y además, como ya insinuamos en «77. La impureza o sexualismo», su comportamiento sexual como hombres (indistintamente varones y mujeres) acaba por desaparecer en la medida en que progresan en el amor (lo que les convierte en bastantes "raritos").

Mueren aparentemente, en cuanto que es la apariencia de hombre histórico la que lo hace, pero a ellos, esa circunstancia, les marca el paso al disfrute de la plenitud de la santidad. (No hay cuerpo histórico que "aguante" tanta gente dentro, así que tienen que sufrir una metamorfosis corporal, y además, generalmente suelen ser "echados" por molestos o, incluso, inaguantables).

Ah, pero eso sí, ellos son los que sostienen la historia, y gracias a ellos, se mantiene todo su entramado impidiendo su total colapso y aniquilamiento. Ellos son los que construyen y no destruyen.

120. La Jerusalén celestial

Cuando ese "yo comunitario" abarca a la Creación plena, al disfrute de Dios consumación en plenitud, esa Ciudad de la Paz celestial se llama María Inmaculada. Y en ese Santo de los santos nada impuro puede entrar, porque todo relativismo (falso absoluto) se cierra a sí mismo las puertas de acceso a ella (Ella). Sin embargo, la plenitud también abarca y acoge a ese relativismo, que para la plenitud no es dañino porque se transforma en simple relativo.

121. Las advocaciones marianas

María, la Creación plena, la Jerusalén celestial, siendo una, puede ser vista desde muchas perspectivas (una, por cada rayo de sol de ese "yo comunitario"), que aluden a su ser consumado. En ella están todas las cosas. Ella es la Medianera de todas las gracias, y Reina y Señora de cielos y tierras. Así que, como signo de revelación, el Espíritu Santo ha querido ir suscitando todas ellas a lo largo de la historia.

122. El Rosario

Es la condensación de esas advocaciones en forma de camino de santidad que atraviesa los misterios de la fe, y, con ello, el resumen de todas las formas de oración (que ya mencionamos en «56 El despojamiento ante Dios»). Es, si bien se mira, la consumación de las oraciones, la explicitación de esa consumación. (Que si extrapolamos, veremos que es como la creación histórica en relación a la Creación consumada: La Virgen María.)

Dios siempre escoge lo humilde para confundir a los sabios (para hacerles ver su falta de sabiduría); por eso el rosario es la liturgia de los pobres, de los sencillos, de los humildes, y quien no es así, acaba siempre por despreciarle.

Así, Nuestra Señora del Rosario es, pues, Nuestra Señora del Camino de Santidad que, a través de la oración, penetra en la revelación y produce la conversión, y con ella, la reparación. (Un "rosario" de consecuencias.)

XVIII. LA RESURRECCIÓN

123. La Vida eterna

Una vez se ha concluido el camino de santidad, y se alcanza la plenitud de la misma (su disfrute) tras vencer a la muerte, se produce, en ese vencimiento, el "despertar" del "ensueño", de la "alucinación" en que se estaba sumido en la vida histórica (la mentira); apreciándose todo, entonces, en su realidad verdadera; disfrutando, así, de lo absoluto de todas y cada una de las cosas (y, por supuesto, de Dios, de Dios consumación).

Y si lo parcial deja de tomarse como absoluto, la corruptibilidad y temporalidad (historicidad) de todo, desaparece. Se entra en la plenitud de la existencia, en la Vida auténtica que es eterna. Vida eterna que ha asumido la mentira en su interior (la vida histórica, la creación histórica), al aceptarla plenamente, con lo que ya no tiene ningún poder sobre ella, porque también se habita en la "no existencia" que se ha llenado de existencia.

124. La resurrección de la carne

Nuestro cuerpo histórico, nuestra carne, nuestra creación histórica, resulta ser una mentira, una verdad a medias, una verdad sometida a la imperfección, de nuestra realidad consumada, de nuestro ser en el Dios consumación. Una vez vencida la muerte, lo apreciaremos todo tal cual es. El cuerpo no habrá variado en absoluto, y ni tan siquiera habrá variado un ápice de la creación entera; lo que de verdad habrá cambiado es nuestra apreciación de ello (de ahí la "locura", el "estar fuera de la realidad" de los santos, como adelanto de esa nueva apreciación). Todo será nuevo a nuestros ojos porque habrán cambiado los ojos, no el mundo. ¡Se renueva la faz de la tierra!

125. La resurrección de Jesús

Lo que tiene de singular la resurrección de Jesús, con respecto a la resurrección en general, es que, esta resurrección, es apreciada por sus discípulos, convirtiéndose con ello, en signo de revelación.

La resurrección es el disfrute de la consumación plena, la manifestación de la plenitud de la santidad; pero la apreciación por parte de los discípulos, para quienes el "más allá" de la muerte está sumido en su "no existencia" particular (no existe para su apreciación), de esa "no existencia" que se hace existencia, se produce gracias a que, la oblación de Cristo, de la que hablábamos en «136. Descendió a los infiernos», ha producido su efecto redentor, reparador, y ha llenado, para ellos, su "no existencia" de existencia. Esa es pues, la señal, el signo de su rescate (del de los discípulos), y la manifestación de la divinidad de Jesucristo. Por eso es el único signo válido (el signo de Jonás que mencionábamos en «111. El ejemplo»).

Así pues, la apreciación de la resurrección sólo es posible para quien espera confiadamente en Dios, porque sólo el que ama y se fía de Dios, amando a la "no existencia" (a su "no existencia" particular), puede llenar esa "no existencia" de existencia. A quien no ama no le es posible, y por tanto, no puede apreciar la resurrección. (Quien ha limpiado su corazón puede ver a Dios. Quien mantiene sus prejuicios, sólo puede ver sus propios prejuicios.)

Pero la percepción de esa resurrección de Jesús, por parte de sus discípulos, es una percepción imperfecta, es una percepción "traducida" a su historicidad y a la forma de estar en el mundo de cada uno en particular (ese es el filtro que ellos ponen); con lo que las apreciaciones pueden variar (como ya decíamos en «121. Las advocaciones marianas»), situación que, para un observador ajeno, puede parecer e interpretarse como confusa e, incluso, delirante; pero serán las consecuencias de esa experiencia en cada uno, las que hablarán de la profunda realidad del acontecimiento (como comentamos en «54. La fe y las obras»).

126. La Ascensión

La Ascensión es el paso previo para la venida del Espíritu Santo, y eso nos avisa que tenemos que sumergirnos de nuevo en la fuente de la sabiduría que es la Trinidad:

El "yo que mira" (Hijo), una vez ha "mirado" a todo el "yo pensante" (Padre), es decir, una vez se ha convertido en su fiel y exacto reflejo (superando la parcialidad y borrando la barrera entre "existencia" y "no existencia"), se ha de poner en manos del "yo cotejador" (Espíritu Santo), para que en ese proceso de explicitación histórica, pueda ser comparado e identificado con el "yo pensante", y que así, ese "yo cotejador", pueda decir: El "yo que mira" y el "yo pensante" son un mismo yo.

El ponerse en manos del "yo cotejador" quiere decir, que le cede su "protagonismo" de "yo único" (Madre Inmaculada), y esa cesión se manifiesta en la historia (en la explicitación de la consumación), como un perderse en el abstracto del cielo, como un ocultarse tras una nube, sumergiéndose en una aparente "no existencia". A partir de ese momento, el "yo único" recae sobre el

“yo cotejador” que empieza a hacerse presente en la historia: a explicitarse, (recorriendo el camino inverso). (Como dice el Credo: «Desde allí ha de venir».)

127. Sentado a la derecha de Dios Padre

El lugar preferente y preeminente junto al Padre para poder ser comparado, cotejado. Sentado, esperando, aguardando el final de la comparación, hasta el momento de la identificación plena, del «son un mismo yo».

128. Juez de vivos y muertos

Como decíamos en «117. El efecto de la redención», Dios Hijo, la Parte absoluta que puede ser cualquiera, constituye ese “yo relacional” de todas las criaturas, a través del cual se encontraba a Dios. Pues así como se actúe con esa “parte”, es decir, con cada una de las criaturas, se actuará con Dios (lo que ya habíamos comentado también, pero de otra manera, en los puntos «25. El pecado», «45. El pecado personal» y «112. La pasión y muerte de Jesús»). Con lo que Dios Hijo encarnado: Jesucristo, resulta ser el punto de enlace en toda relación de amor o “no amor”, y con ello, el juez absoluto de dicha relación, y, en consecuencia, nuestro premio o nuestro castigo subsiguiente (castigo implícito en el mismo pecado, en el mismo “no amor” que aumenta nuestra “no existencia” particular, y que afecta, por tanto, a toda la Creación, y en consecuencia, a todos los tiempos).

Usando el mismo ejemplo que el Evangelio: El sarmiento que no está unido a la vid, no recibe su savia y se seca; con lo que la vid se convierte en conocedora y juez de las “actitudes” de esos sarmientos.

XIX. EL ESPÍRITU SANTO

129. El castillo interior

Remedando la expresión de Santo Teresa de Jesús en sus Moradas, en las que la persona se adentra en su propio yo, en su castillo interior, hasta descubrir a Dios en su centro, a través de ese “yo relacional” del que hablábamos: Pues en esa peregrinación hacia el interior, la criatura se va retirando de toda la mentira que le rodea y le envuelve, alejándose del pecado en su búsqueda de Dios, pero no por desprecio a todo lo creado, sino simplemente alejándose del mal, por lo que, la criatura, carga y lleva consigo todo lo bueno que ha apreciado en ello (y de ahí que busque a Dios). Y es en ese éxodo hacia el interior, con todo su mundo a cuestas, donde la criatura se encuentra con los siete escalones o moradas o niveles a que nos referíamos en «30. La creación».

En la primera morada o nivel, el de la existencia, la criatura descubre la existencia del mundo interior (su castillo) y se adentro en él (se adentro en “lo

desconocido", en su "no existencia" particular). Lo que se refleja en su mundo exterior (en el que lleva a cuestas), en que Dios comienza a "existir" para ella.

En la segunda, la de la distinción, aprende a discernir "lo de fuera" y "lo de dentro", y sus realidades diferentes, y empieza a distinguir con certeza lo que es o procede de Dios y lo que no.

En la tercera, la unidad se impone, al descubrir que ambas realidades constituyen manifestaciones distintas de una misma realidad, y la vida interior se consolida (halla su "yo único"). Dios se convierte en el centro de la vida de esa criatura, su Tierra Prometida.

En la cuarta alcanza su individualidad, su personalidad, manifestando al exterior esa vida interior que le sustenta, esa verdad "diferente" a la que conocía cuando empezó, esa verdad integradora, comprensiva y firme (su "yo uno y trino"). Alcanzando, así, una sabiduría espontánea de Dios a través del hallazgo de su cercanía y de su verdadera paternidad (Dios Padre).

En la quinta, la comunicación que descubre entre todo, le otorga la conciencia de esa capacidad que tiene de transmitir, de manifestar, esa verdad que vive en su interior (su "yo relacional"). La familiaridad del nivel precedente se transforma en éste en filiación (Dios Hijo), lo que le otorga la capacidad de comunicar tal intimidad.

En la sexta, ya libre para "moverse" y "entrar y salir" por todo, libre para "jugar" con la verdad, puede exponerla como crea más oportuno porque ha adquirido dominio sobre ella: La criatura se ha convertido en reina de su castillo, porque ha descubierto que su "yo relacional" es Dios. El abandono en la voluntad de Dios, a través de la escucha atenta de sus sugerencias (Dios Espíritu Santo), se convierte en su pauta de conducta en esta morada.

Y en el séptimo, al penetrar la criatura en su "yo relacional", en Dios, en el Santo del Templo, encuentra su ciudad interior: la totalidad del "yo comunitario", y con ello, la misma verdad de Dios, su maternidad; y la criatura se entrega totalmente a su Creador. (Ya sólo le queda entrar en la ciudad, en el Santo de los santos [ejercer su maternidad], para alcanzar la plenitud de Dios consumación.)

Y confirma Jesús en el Evangelio de San Juan (6, 45-47): «Está escrito en los profetas: *Serán todos enseñados de Dios*. Quien oye la doctrina del Padre y se instruye en ella, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, sino tan solo el que viene de Dios: ése, sí, ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene la vida eterna».

130. La verdad os hará libres

También en el Evangelio de San Juan (8, 31-32), Jesús profundiza: «Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos. Entonces conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

Y el profeta Jeremías (31, 33-34), corrobora: «Ésta es la alianza que haré con la casa de Israel después de aquellos días (dice Yavé): pondré mi ley en su interior, en su corazón la escribiré, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. No tendrán ya que instruirse mutuamente, diciéndose unos a otros: *¡Conoced a*

Yavé!, sino que me conocerán todos, desde el más pequeño al mayor (dice Yavé), porque perdonaré su culpa y no me acordaré más de sus pecados».

Pues si, siguiendo las indicaciones del Padre (cuarta morada), nos encontramos con el Hijo (quinta morada), siguiendo las indicaciones del Hijo, descubriremos al Espíritu Santo (sexta morada), y fiándonos del Hijo, penetraremos en el interior del Espíritu Santo (la Verdad de Dios) que nos mostrará la Ciudad Inmaculada (séptima morada). Porque la Verdad de Dios no es inaccesible, y su apariencia de inaccesibilidad es sólo fruto de la mentira, del pecado (la apariencia de inaccesibilidad de la "no criatura").

Jesucristo es, pues: la puerta, el camino, la verdad y la vida.

Y, así, dice Santa Teresa, con respecto a la Verdad de la séptima morada (VII, 1): «Aquí es de otra manera; quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por manera estraña y metida en aquella morada por visión intelectual; por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable, que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, váleme Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía.»

131. Dios Espíritu Santo

De nuevo en la Trinidad, principio y fin de todo, nos encontramos con el "aparentemente inaccesible" Espíritu Santo, sobre quien recae toda la oscuridad de la mentira (o parcialidad de la verdad), que atenta directamente contra Él. Él es la Verdad, la Verdad absoluta (según enunciábamos en «14. Dios verdadero»), y quien la niega hace imposible su redención, permaneciendo en la parcialidad y la corruptibilidad.

Decíamos en «95. Dios Hijo» que el "yo cotejador", a modo de espejo, abarca tanto al "yo pensante" (que le otorga su existencia, su entidad), como al "yo que mira" (del que recibe su distinción, su filiación), que se identifican con él, y concluyen, así, el proceso de comparación («son un mismo yo») que mencionábamos en «126. La Ascensión». Y es el "yo único" el que da unidad, individualidad, a este "yo cotejador" o "yo que une" (o "yo unitario"), con lo que esa comprensión—compartición que se produce entre los "yos" cotejados alcanza entidad personal: El Amor de Dios.

Pero todo esto se lleva a cabo de tal forma, que no se sabe si son los "yos" cotejados los que "originan" al "yo cotejador", o es este último el que los "origina" a ellos, puesto que al aportar la relacionabilidad a los "yos", éstos se transforman en entidades funcionales, situación en la que cada uno de ellos depende por entero de los otros.

Así pues, este "yo dinámico", fundamento y raíz de todo "dynamismo" (vida), de todo "movimiento", constituye un "a modo de" "yo corazón" o "yo sangre" que pone en comunicación a todas las partes del cuerpo entre sí; por lo que es el que mantiene ese "yo relacional", que, gracias al Hijo, poseen todas las criaturas, y que las impele a la santidad; el que mantiene y constituye la relación de Dios con su Creación: El artífice de la Encarnación. El que enlaza lo objetivo de todo continente con lo subjetivo de todo contenido, y, en consecuencia, permite decir: «Pienso, luego existo», al ligar el pensamiento como continente, con la existencia como contenido. Es, en resumen, la razón de todas y cada una de las cosas.

Y es, precisamente, al atacar la mentira a esta razón, a la Verdad, cuando se produce la confusión que lleva a parecer "irreal" o "de mentira" esa ligazón de las cosas, con lo que la abstracción pasa a convertirse en algo que no cuenta, algo sumido en nuestra "no existencia" particular, relegando al Espíritu Santo a ser un Dios sin nombre, un Dios anónimo; por eso dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan (14, 16-17): «Y rogaré al Padre, y os dará otro Consolador que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros».

Sin embargo, es esa abstracción, esa Verdad, la que nos hace cobrar consciencia de nuestro ser, llenándonos de vida, y llenando de contenido y de sentido todas las cosas. (Dios que se da: Dios Don). Por lo que así prosigue Jesús en el Evangelio de San Juan (16, 8-15): «Cuando él venga, pondrá de manifiesto el error del mundo en relación con el pecado, con la justicia y con la condena. Con el pecado, porque no creyeron en mí; con la justicia, porque retorno al Padre y ya no me veréis. Con la condena, porque el que tiraniza a este mundo ha sido condenado». (Otras traducciones dicen «cuando venga, confundirá al mundo»; y esa confusión hay que interpretarla, por supuesto, en el sentido constructivo, como se trasluce en esta máxima de Tao: «Quien quiere disminuir algo, debe por el momento extenderlo», es decir: confundir las falsas verdades del mundo con "otra" verdad, que acabará por manifestar su total primacía, con lo que, al principio, aumenta la confusión, pero luego desaparece.)

«Tendría que deciros muchas más cosas, pero no podríais entenderlas ahora. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa. Él no hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha oído, y os anunciará las cosas venideras. Él me glorificará, porque todo lo que os dé a conocer, lo recibirá de mí. Todo lo que tiene el Padre, es mío también; por eso os he dicho que todo lo que el Espíritu os dé a conocer, lo recibirá de mí».

Y un poco antes, en el mismo Evangelio (14, 25-26), había adelantado: «Os he dicho todo esto mientras estoy con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis lo que yo os he enseñado y os lo explicará todo».

Por eso, San Pablo, en su primera carta a los Corintios (2, 9-11), nos asegura: «Pero, como está escrito, *lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo soñar, todo eso es lo que Dios ha preparado para los que lo aman*. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. Pues ¿quién conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que hay en él? Igualmente, nadie conoce lo que hay en Dios, sino el Espíritu de Dios».

Aunque todo eso ya estaba sugerido, anunciado desde el principio, desde el mismo comienzo del libro del Génesis (1,1-2): «Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y los tinieblas cubrían el abismo, pero el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas».

132. El simbolismo y los signos

Si pues, Dios Espíritu Santo, es el que da sentido a todo y lo llena de contenido, su representación más explícita ha de ser el símbolo, ya que el simbolismo es el que consigue reunir en un solo signo, el continente objetivo y el contenido subjetivo. Así, viene representado por la paloma mensajera, que se eleva a lo más alto y nunca pierde la orientación; por el fuego que sublima lo concreto y lo transforma en abstracción pluripotencial (fuego de la zarza que ardía sin consumirse, símbolo del "Yo soy" de Dios, o las lenguas de fuego en Pentecostés); por el viento que nadie sabe de donde viene ni o donde va, pero que ejerce su acción, su función; por el corazón: motor de la comunicación y el compartir en el interior del cuerpo (Corazón de Jesús, Corazón de María); por la nube que une lo etéreo del cielo y la solidez de la tierra conformando una entidad nueva; etc., etc. Y tras todo ello, la manifestación de la multiforme presencia de Dios.

Pero, a la par, todo símbolo (representación) o signo (hecho simbólico), nos enseña a buscar un "más allá" en todas las cosas, a buscar ese contenido que les llena y les confiere su sentido de ser, su porqué profundo y absoluto, alejándonos así de la apariencia (de la vaciedad de las cosas), y por tanto, de la mentira y el pecado. Mostrándonos el camino de la Verdad y la Libertad. Encaminándonos en consecuencia, hacia nuestra liberación.

Porque la Verdad no es otra cosa que el simbolismo llevado hasta el extremo, hasta el momento en que continente y contenido se identifican, al igual que el "yo pensante" y el "yo que mira" en el "yo cotejador", con lo que el camino hasta el "yo único" está servido.

Si decíamos que la creación histórica, la historia, no era sino la explicitación de la Creación consumada, es porque la primera actúa de continente de la segunda (o viceversa según se mire). Un continente, en principio, ajeno al contenido, pero que paulatinamente se va descubriendo como simbólico, pero en un simbolismo de profundización progresiva, con lo que se encamina, inexorablemente, hacia su completa identificación, con lo que va perdiendo su relación ficticia ("de mentira"), para convertirse en relación auténtica (verdadera), hasta llegar a ser "una misma cosa".

Véase, si no, el caso de la Virgen María, y cómo en ella, a medida que se va venciendo la mentira del mundo en el discurrir de la historia, se va descubriendo su "más allá", su identificación progresiva con aquello, que, en principio, parecía

solamente simbolizar; y acabar por constituir la faz femenina de Dios, la Creación consumada.

133. El lenguaje simbólico

El lenguaje sugerente de Dios, que comentamos en el punto 59, acaba desembocando, necesariamente, en este lenguaje simbólico, porque si Dios puede hacer todas las cosas llenas de contenido, ¿por qué las va a hacer vacías? El vacío en las cosas es la manifestación de la "no existencia" y eso nos habla de la mentira de tales cosas, de su mera apariencia. Por eso se conoce lo que es de Dios o no lo es, simplemente con mirar la profundidad de su contenido.

Éste es, pues, el lenguaje del Espíritu, ya que se trata de un lenguaje puramente relacional, en el que las palabras se transforman en símbolos, en iniciativas; los hechos en signos, acontecimientos, actitudes; y las cosas en general en entidades funcionales. Y si este es el lenguaje del Espíritu, el universo y la Biblia habrá que "leerlos" con los mismos "ojos" con los que fueron "escritos", es decir, con las mismas intenciones que Dios ha puesto en ello, para poder entender y comprender su auténtico mensaje.

Así, por ejemplo, al leer el Apocalipsis, habrá que ver en cada cosa su función para saber lo que simboliza y quiere decir; pero no mirarlo con la intención que ha puesto el hombre al escribirlo, porque entonces averiguaremos lo que quiso decir el hombre pero no lo que quiere decirnos Dios (como ya comentamos en «60. La revelación»), sino que habrá que mirar la función genérica que cualquier hombre ajeno (pero habituado en el trato con Dios y en su lenguaje sugerente), puede encontrar en cada cosa en particular, para, así, descubrir el símbolo. Y, de esta forma, la trompeta, que sirve para avisar y llamar la atención de quien la oye, simboliza el anuncio; el cuerno de un animal, que le sirve para atacar y defenderse e imponer su autoridad, simboliza el mandato, ley o imposición de quien posee tal cuerno o cuernos; la cabeza (o cabezas), que sirve para gobernar el cuerpo y da la razón de su existir, simboliza esa razón o gobierno que sustenta el cuerpo de quien la posee; la coronación de cuerno o cabezas simboliza la preeminencia de esas leyes o de esas razones en la apariencia o aspecto de quien la recibe. Y, en fin, así de cabo a rabo con cada situación o matiz; pero sin olvidar que una misma cosa puede ser simbolizada de muchas maneras, según la perspectiva que se quiera dar (como ya hemos visto en el Espíritu Santo), y que todas esas perspectivas pueden perfectamente simultanearse e, incluso, superponerse; y viceversa, una misma cosa puede simbolizar o alcanzar contenidos diferentes, según el contexto en que se introduzca, según la función que desempeñe en ese contexto. Así: la nube del punto anterior, si en su contexto ejerce la función de entorpecer la visión, pasa a simbolizar confusión y ceguera; o en el caso de la mujer, que si va vestida de sol simboliza a la Criatura por excelencia, a la Creación plena que manifiesta la verdad de Dios (la luz del sol), pero que si va de púrpura y escarlata, y sentada sobre la bestia, lo que pasa a simbolizar es la mentira de la creación histórica que se hace pasar y se erige en "Criatura por excelencia".

En resumen, el símbolo, al igual que la palabra, puede tener multitud de acepciones, todas ellas simultáneas, por lo que es el contexto (o, bien, el plano de interpretación) el que indica cuál o cuáles se han de escoger. (Y a este

respecto ilustra «Sobre Lenguaje»: «Así, por ejemplo, vimos como el puño significaba agresividad, pero adoptado por un grupo político pasa a simbolizar el ideario de ese partido; aunque sin perder el primitivo significado, que queda como soterrado, como imagen subliminal.»)

Notas y comentarios:

En el caso de las imágenes sagradas y los iconos, estas mediaciones actúan a modo de “fotografías simbólicas” de la divinidad o de los santos, evocando a lo representado o sugerido, pero sin sustituirlo. No se puede confundir el teléfono, que nos permite escuchar la voz de una persona, con la persona en sí. El que se haga presente lo representado en la representación ya depende de otros factores que comentaremos más adelante, referentes a la relación interpersonal de ambos “interlocutores” (Ver, por ejemplo, «60. La revelación» y «148. Los sacramentos».)

XX. LA IGLESIA

134. El cuerpo místico de Cristo

Esta expresión simbólica o metafórica, visto lo visto, pierde toda su relación ficticia con lo que simboliza, para convertirse en relación auténtica e identificación plena.

La Creación consumada (María) es la que da cuerpo de criatura al Hijo (Jesucristo), cuerpo que resulta ser “cada cosa” de las creadas (en las que está presente el Hijo), en plena comunión gracias al Espíritu Santo (comunión de los santos), con lo que la organización mediante el amor, de todas las criaturas, constituye ese cuerpo místico, a cuya cabeza está Cristo, y en el que cada criatura tiene su lugar específico, su función, su nombre. (Más evidente no puede ser.)

Y lo mismo que los sarmientos no pueden dar fruto si no están unidos a la vid, las células o partes del cuerpo del hombre, no pueden ser hombre si no están integradas en él, lo mismo que el hombre tampoco puede ser Dios, mientras que no comparta con Cristo y se integre en él.

135. La ciudad interior

En «129. El castillo interior», advertíamos cómo en la séptima morada se accedía, a través de la puerta del Hijo, a la verdad del Espíritu Santo, y con ella, a la ciudad interior. Ciudad interior, que no es otra cosa que la participación en el cuerpo místico de Cristo y el disfrute del Dios consumación, del “yo comunitario” que constituye la Jerusalén celestial: María Inmaculada. Y que se alcanza internamente, al alejarse de la mentira de este mundo, pero que abarca a todo lo exterior, por lo que, con toda la pluripotencialidad de las palabras (en este caso del adverbio «dentro»), explica Jesús en el Evangelio de San Lucas

(17, 20-21): «No será aparatosa la llegada del reino de Dios. Ni dirán: Hela aquí o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros.»

136. La Iglesia

A la Iglesia le ocurre un proceso equivalente al de la Virgen María, que mencionábamos en «132. El simbolismo y los signos». Porque sigue también ese camino, primero simbólico y luego de identificación, que le conduce a la Jerusalén celestial. Es, pues, ese cuerpo místico de Cristo, comunión de los santos, que conforma la ciudad interior (el Pueblo de Dios), pero con una vertiente histórica (no consumada), que la ensombrece. (Luego la equivalencia entre María y la Iglesia no es nada circunstancial, sino que se trata del fenómeno de identificación entre Criatura y Creación explicitado en la historia, y que ya anunciamos en «31. El fin de la creación histórica».)

La Iglesia propiamente dicha, es esta Iglesia consumada, esta Iglesia viva con cuerpo de mujer, de Madre Inmaculada, que acabamos de mencionar; pero que, como Iglesia histórica, está sumergida en este mundo, reino de la mentira, que la encubre, y hace parecer las cosas como lo que no son; y que, comenzando por la propia "no criatura" que suplanta al Creador, lo desvirtúa todo hasta el culmen de la hipocresía. (El mal siempre es hipócrita, porque si no, no engaña). Por eso, el mayor mal lo encontraremos siempre disimulado entre el mayor bien y haciéndose llamar igualmente Iglesia, pero hasta tal punto de imbricación entre trigo y cizaña, que sólo la Verdad: la coherencia entre "continente" y "contenido", entre lo que "predica" y lo que "vive", será la que lo pueda desenmascarar; ya que, la mentira, no tiene cuerpo de Madre Inmaculada, sino de bestia inmunda y engreída que tiraniza y subyuga, y no está llena de la vida de Dios, sino de la sangre de todos los santos de la historia. Así, dentro de esta falsa Iglesia podemos encontrar dos aspectos o tendencias («el mismo perro con distinto collar»): El individualismo en el que los demás no importan y sobran en el proceso de "santificación" personal, y el colectivismo en el que son los individuos los que no importan frente a la colectividad, frente a la masa anónima, frente a la "Santa" asamblea sin santos. (Ambas situaciones constituyen un terreno maravillosamente abonado para la seducción manipuladora que ya comentamos en el punto 24.)

Pero podemos también encontrar Iglesia que no se haga llamar tal, o que no lo aparente pero que lo sea, porque sigue este camino de Amor, el camino de la Verdad. No es el nombre el que da la capacidad de ser Iglesia, sino el seguir el camino de la santidad, de la peregrinación de la fe. Y si no sabe que se encuentra en camino, no es negligencia o rechazo, sino pura y simple ignorancia (una confusión de nombres). Si fuera por negligencia o rechazo ya no se estaría en el camino de la Verdad.

En fin: La Iglesia está constituida, desde el punto de vista histórico, por todas aquellas criaturas que ya han iniciado el camino de la santidad, estableciendo su primer lazo de amor auténtico (y que, por tanto, acabarán por alcanzar la consumación), y por todas aquellas que aún no lo han iniciado porque no lo conocen, es decir, las que no lo han rechazado, ni se han despreocupado de él (otro modo de rechazarlo). Ya que quien lo rechaza, forzosamente se queda fuera, se autoexcluye; así que quien peca y se mantiene en el pecado, es porque se encuentra fuera, tras el muro de "no existencia" que

él mismo ha colocado (aunque aparente otra cosa), y es que quien se sale de las calles y el trazado de una ciudad, queda al margen de la misma por propio deseo, pero basta con que quiera vivir y deambular por ella, para que lo haga de nuevo. Por lo que, a vivir en esta Ciudad, caminar por sus "calles", es a lo que se llama estar en gracia (vivir en La Llena de Gracia).

Así pues, la Iglesia es ese resto de Israel al que alude el profeta Isaías (10, 20-21): «Sucederá aquel día que el resto de Israel y los supervivientes de la casa de Jacob dejarán de apoyarse en quien los hiere y se apoyarán con lealtad en Yavé, el Santo de Israel. Un resto tornará, el resto de Jacob, al Dios fuerte.»

137. María, Madre de la Iglesia

La Criatura por excelencia, la Creación plena, al ser madre de todo, por fuerza es madre de la Iglesia. Es más, la Iglesia consumada es la misma Llena de Gracia, la Jerusalén celestial; por lo que ambas gozan de los mismos atributos, al tratarse, simplemente, de perspectivas distintas de una misma realidad: de advocaciones marianas diferentes. La Iglesia es por ello, la Criatura de Dios.

138. La unidad de la Iglesia

Así como Dios es uno, la Iglesia es una. La consumación es única. La Ciudad Inmaculada es única, y los aparentes distintos caminos que afluyen a ella, acaban confluyendo, porque son uno solo. Sólo hay un camino para alcanzar la santidad (y ese camino no depende de la cultura o de las costumbres).

Los separatismos y divisiones dentro de la Iglesia histórica, sólo reproducen la corrupción del pecado, y muestran el rostro de la "no existencia", con lo que convierten su imagen en esa bestia inmundada de la que hablábamos en «136. La Iglesia».

139. La santidad de la Iglesia

Como ya comentamos, quien peca, se autoexcluye de la Ciudad mediante el muro que forma con su pecado. Quien se arrepiente, vuelve a entrar en ella a través de la puerta de la reparación (derribando el muro al volver a amar). Por eso la Iglesia, ser vivo, es santa a pesar de que sus miembros históricos puedan no serlo.

140. La catolicidad de la Iglesia

La Iglesia es universal abarcando a toda la Creación y toda la historia, porque sólo hay una Verdad, un solo Dios. Por eso todo pecado personal o toda obra de amor, influye en toda ella, lo mismo que lo hizo (hace) el pecado original o la redención.

No hay, ni ha habido, ni habrá "otras Iglesias", puesto que Dios es uno, eterno e inmutable. Así que en la medida en que una criatura se mantenga libre y voluntariamente en la ignorancia de Dios, permanecerá fuera de la Iglesia; en la medida en que dicha criatura, libre y voluntariamente, no progrese en el conocimiento de Dios (punto 57) siguiendo esa peregrinación interior de fe de la que hablábamos en «129. El castillo interior» (aunque no tiene por qué ser consciente de tal progresión), igualmente quedará fuera de la Iglesia; y en la medida en que la criatura, libre y voluntariamente, rechace todo aquello que le acerque a Dios (al Dios personal, no a las teorías de unos y de otros sobre Dios), también quedará al margen de la Iglesia.

Es, pues, la opción libre la que lleva a la criatura al pecado, o la que le seca de él, y es ésta la opción que marca su pertenencia o no a la Iglesia. Pero tal opción no depende ni de la inteligencia ni de la cultura ni de las circunstancias históricas, sino exclusivamente de la libertad, de la voluntad de esa criatura. Con lo que, si tal criatura no opta libremente, realmente no opta.

141. La apostolicidad de la Iglesia

Veámos en «60. La revelación», que ésta se realiza siempre a personas concretas porque es personal e intransferible, ya que, incluso, cuando excepcionalmente es colectiva, varía según las apreciaciones de cada uno, que al actuar de filtro, proyecta su propia situación o vivencia cuando la comunica (y de ahí que los limpios de corazón verán a Dios). Un ejemplo del caso pueden ser los cuatro Evangelios, que cuentan una misma realidad, pero desde ángulos de visión diferentes.

La comunicación de esa revelación (que no la transferencia, que no es posible), es la que confiere la apostolicidad a la Iglesia, y a quien lo hace le da el nombre de apóstol. Y en los demás queda, entonces, el acoger esa revelación, y siguiendo el camino que ella traza, poder llegar a vivenciarla por ellos mismos. Pero esta apostolicidad es la manifestación de la cualidad expansiva del amor, que lleva a producir nuevos lazos de amor; luego la apostolicidad es fruto de la santidad, y al mismo tiempo, en consecuencia: la misión específica de la Iglesia, presente en la misión específica de cada criatura (como ya comentamos en «110. La misión»).

Apóstol es, pues, todo aquél que ha recibido revelación y la comunica a los demás. (Los apóstoles por antonomasia son los que recibieron la revelación por antonomasia, es decir: Jesucristo). Pero por extensión, todo aquél que comunica la verdad revelada de forma fidedigna y completa, también lo es (aunque él no la haya recibido de forma directa).

142. La estructura jerárquica

Si recordamos cómo la creación estaba estructurada en siete niveles organizativos, imagen de la organización jerárquica de las propiedades de la "terna lógica" (de la Trinidad); y que, en dicha situación, cada nivel iba asumiendo en sí todas las características de los inferiores, de los menos evolucionados o desarrollados, hasta llegar a constituir la Creación plena, la Madre Inmaculada; y si recordamos que a ésta la acabamos identificando con la

Iglesia consumada: comprenderemos cual es el fundamento auténtico de dicha estructura jerárquica en la Iglesia.

Como bien se ve, no es una estructura de gobierno, puesto que en ella todo se comparte (comuni3n de los santos), sino de organizaci3n funcional (Cuerpo místico), en la que cada nivel est3 al servicio de sus inferiores, (a quienes engloba en s3), y a quienes ofrece su propiedad superior para que ellos tambi3n la disfruten, lo mismo que 3l se beneficia de las de ellos (compartici3n—comprensi3n del amor). As3, el hombre, comparte su raz3n (su esp3ritu), con su 3nimo (sistema anímico) y 3stos con su sistema vegetativo, y 3stos, a su vez, con sus c3lulas, y todos ellos con la dotaci3n gen3tica de sus n3cleos, para acabar en el c3digo gen3tico establecido por sus 3cidos nucleicos (y enlazar, con ello, a trav3s de la estructura qu3mica, con el universo f3sico, tambi3n representado en sus siete niveles); pero de tal modo se realiza todo, que la raz3n sirve al c3digo gen3tico, y el c3digo gen3tico a la raz3n, en perfecta comuni3n. (Y cuando tal servicio se altera en alg3n nivel, es cuando viene la enfermedad al romperse la comuni3n.)

Pues en el santo, s3lo hay que a3adir un nivel m3s, y comenzar por: su santidad que se comparte con su raz3n; etc., etc.; y concluir con: su santidad sirve a su c3digo gen3tico, y el c3digo gen3tico sirve a la santidad en perfecta comuni3n. (As3 que lo de la "mutaci3n" que produce la santidad, parece ser mucho m3s "biol3gico" de lo que cabr3a haber supuesto en un principio.)

Se habr3 podido apreciar que dicha estructura no es democr3tica ni tir3nica, puesto que, en ambas situaciones, se anular3a la individualidad de cada miembro al funcionar como masa, y el "yo comunitario" no se alcanza como masa, sino individual y personalmente, porque en 3l, nadie pierde su yo, sino que el "yo comunitario" pasa a ser su propio yo. (Lo mismo que uno no pierde su yo al amar a alguien, sino simplemente, su yo se engrandece.)

De esta forma, en la Iglesia hist3rica, y hasta que llegue la plenitud (en la que desaparece la divisi3n separadora en niveles, al interiorizarse los mismos en cada individuo), se ha de reflejar esta comuni3n, fruto del amor, en su estructura jerárquica (que, insisto, no es obligatoria ni tiene que serlo por fuerza, sino simplemente lo es por naturaleza, por necesaria organizaci3n funcional). La imposici3n de una democracia o una dictadura en ella, ser3a un atentado contra su naturaleza.

Y en esta situaci3n hist3rica, la estructura jerárquica se apoya sobre los sucesores de los ap3stoles, que son los obispos, porque habiendo recibido revelaci3n personal o no, comunican fidedignamente la recibida de sus antecesores y la acrecentada a lo largo del discurrir de la historia. Pero su cualidad de ap3stoles no se la da su nombre, sino el ejercicio de esa comunicaci3n fidedigna (como ya dec3amos, el hablar de la Iglesia, sobre la coherencia entre "continente" y "contenido"), y dif3cilmente podr3 transmitir correctamente la revelaci3n quien no est3 en el camino de la santidad (por mucho que se lo proponga o quiera aparentar), porque al ser 3l mismo (su ser y su vida), signo de revelaci3n, la contradice, y al no tener una noci3n clara de lo que transmite, acabar3 por escandalizar a quien descubra su hipocres3a.

Notas y comentarios:

Rep3rese que, en la arquitectura biol3gica que hemos puesto como ejemplo, en el extremo inferior de la misma, se enlaza con el universo f3sico,

mientras que, por el extremo superior, se enlaza con el racional, y cómo, el extremo superior de la arquitectura racional, enlaza, a su vez, con el nivel inferior del físico, cerrándose el ciclo. Y es, en este ciclo total, donde se manifiesta la influencia universal del pecado o del amar. Así, la plenitud, consiste en trascender este ciclo total, y asumiéndolo, salirse de él.

143. El primado de Pedro: El Papado

Si el "yo comunitario" es único, la representación de ese yo único y personal en la Iglesia histórica es el Papa.

Al igual que en la Sagrada Familia (que eso es lo que es la Iglesia pueblo de Dios), María (la Creación plena, la Iglesia consumada), da carne al Hijo de Dios, a Jesucristo; carne que es la Iglesia Cuerpo Místico de la que Jesucristo es cabeza, pero que, en su vertiente histórica, "corruptible", está custodiada, representada por San José, descendiente del rey David y depositario de la herencia según le fue transmitida desde Abrahán.

Pues el Papa, sucesor de San Pedro (quien, a su vez, recibe la herencia según la fe de San José a través de la humanidad de Jesucristo), es custodio de la Iglesia y depositario de esa herencia según la fe, y, por tanto, es el equivalente a San José en la vertiente histórica de la misma y representante de Jesucristo en la visión consumada (signo de revelación).

¡Con razón San José es el patrono de la Iglesia!

144. La infalibilidad del Papa

Ya mencionamos en «58. La escucha de Dios», que poniendo recta intención no se puede fallar, así que, el estar en la Verdad, en la revelación, da la imposibilidad de equivocarse, la infalibilidad. Quien permanece en el camino de la santidad, del amor de Dios, no puede equivocarse.

El Papa, a modo de San José, es depositario de toda la revelación de Dios (aunque, humanamente, al igual que San José, pueda no ser plenamente consciente de ello); depósito que recibe gratuitamente de Dios (Dios providente) y no de los hombres, con lo que, cuando, abandonándose confiadamente en Dios, asistiéndose de toda la revelación sin salirse de ella, y fundándose en su primado, proclama una verdad: No puede equivocarse porque camina en la verdad de Dios.

(Al igual que San José, que recibiendo la revelación [sueños] y confiando plenamente en Dios, conduce a la Iglesia [Sagrada Familia] a Egipto, y de regreso a Nazaret.)

Y de la misma manera que decíamos en «142. La estructura jerárquica», no es el nombre (el cargo), el que confiere la cualidad, sino el hecho de llevarla a cabo, es decir, el hecho de caminar en la verdad de Dios.

145. La capacidad de atar y desatar

El conocimiento de la verdad ilumina el camino de la santidad, y confiere la capacidad de saber lo que es bueno y lo que no lo es, y, con ello, la de "atar y

desatar" (lo que en «110. La misión» enunciábamos como: saber y hacer lo que es más oportuno y conveniente para más amar según las circunstancias).

Y como afirmábamos en «52. La justicia de Dios»: Lo que uno hace, eso se hace (y lo que se hace, a Dios y a la creación lo hace), situación que en la Iglesia histórica se plasma en las decisiones del Papa y los obispos, que en su misión de custodiar y transmitir la revelación, pueden abrir o cerrar caminos (según lo más idóneo en cada momento histórico), que faciliten el acceso a la santidad, dentro de lo más adecuado para más amar. Pero si, en el uso de tal capacidad, llegasen a atentar contra la propia revelación, a sí mismos se excluirían (como ocurre en todo pecado), ya que su autoridad no les viene de ellos mismos, sino de la Verdad que anuncian (de la vida a la que están unidos), y si rechazan esa Verdad, niegan su autoridad. Por eso la Iglesia siempre permanece incólume, ocurra lo que ocurra.

Y en lo referente al principio de autoridad, se colige de lo anterior, que toda autoridad viene de Dios (de la Verdad), pero si tal Verdad se vulnera, si conscientemente se reniega de Dios no acatando sus mandamientos en el ejercicio de esa autoridad, se reniega de la autoridad conferida por esa Verdad, lo que desautoriza, tanto a esa "ley" de mentira, como a quien la promulga. («Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios», o dicho con otras palabras: A la mentira lo que es de la mentira, y a la Verdad lo que es de la Verdad.)

146. Los mandamientos de la Iglesia

Como fruto de la capacidad de atar y desatar, de «lo que es más conveniente para más amar», la jerarquía eclesial instaura una serie de mandamientos e indicaciones, con la intención de "obligar" a los fieles a interesarse por su santidad (por su desarrollo en el amor). Los mandamientos son cinco, pero las indicaciones son infinitas.

Pero ya sabemos que la ley ha sido hecha para ayudar al hombre y no para esclavizarlo, así que siempre ha de primar el espíritu de esa ley (la intención con la que ha sido promulgada), sobre la letra de la ley (todo lo que pueda impedir al hombre amar más, usurpándole la libertad que Dios le otorga).

Sin embargo, hay quien, por soberbia, desprecia o minusvalora tal ley (o leyes), como rechazo hacia la jerarquía que la promulga, con lo que, indirectamente, rechaza la revelación que sustenta a dicha jerarquía y a Dios de quien procede. (Al no amar pierde la comprensión que le haría entender el sentido de la ley.)

Por eso, la humildad (como siempre), es la que hace a la criatura (a través del amor), comprender y adaptarse a la autoridad de otra, a la vez que la libera del sometimiento al capricho de los dictados de esa otra.

147. El ayuno

Entre los sacrificios educativos merece especial mención el ayuno, que creo no ha sido bien entendido (y, además, figura en uno de los mandamientos de la Iglesia).

Quien no es capaz de privarse temporalmente del alimento que le ata a la vida terrena (y por cuya consecución la gente empeña su vida), difícilmente podrá librarse de las seguridades y pseudoabsolutos de la vida, y de las ataduras del pecado. (De ello ya tratamos en el punto «89. Los que tienen hambre...»)

Aunque esta enseñanza, en principio, la aprecie mejor (o, al menos, antes), el subconsciente del que ayuna, que el consciente.

XXI. LOS SACRAMENTOS

148. Los sacramentos

Los signos por excelencia, en los que el símbolo pasa a identificarse con lo simbolizado, el significante con el significado, son los sacramentos. (De ahí que, a la propia Iglesia, también se le llame sacramento, al cumplir este mismo requisito.)

Y al igual que, en la Iglesia, no es el nombre el que otorga la capacidad de ser lo significado, sino el aceptar lo significado, creyéndolo vivencialmente. Es, pues, la fe, la que hace al signo convertirse en sacramento para el que lo recibe (la herencia según la fe). Si el que lo recibe no lo cree, para él no es posible el sacramento aunque reciba el signo (ya que, el sacramento, se encuentra en su "no existencia" particular), y si sí lo cree, pero de forma teórica y no de verdad, o sea, si no lo cree vivencialmente: pues no podrá disfrutarlo, y el efecto del sacramento se producirá cuando realmente lo crea, aunque pasen años o toda la vida. (Es siempre lo mismo, la misma justicia de Dios: Así como uno mide es medido, o lo que uno hace eso se hace.)

Pero, además, los sacramentos poseen una singularidad que les aleja y destaca de todos los otros signos que cumplen ese primer requisito mencionado al principio: Que representan y marcan el acceso a cada una de esas siete moradas que mencionamos en «129. El castillo interior». (Las siete luces del candelabro de los siete brazos del Templo judío.)

149. El Bautismo

La propiedad del primer nivel, la existencia, que se disfruta en la primera morada, indica que, al aceptar a Dios uno y trino, Dios "empieza" a existir para nosotros, y con Él, la revelación y la Iglesia; con lo que se vence la ignorancia de Dios propia del pecado original, y el pecado original desaparece!

150. El perdón de los pecados

La conversión implica el arrepentimiento y la reparación (el amor), y con ello, el disfrute inmediato de aquello que, para nosotros, se encontraba en la "no existencia"; y a ese disfrute, a esa reparación de nuestro yo, es a lo que

llamamos perdón. Todo lo que había que “pagar” para ese perdón (que siempre es absoluto como Dios es absoluto), ya se ha pagado en el arrepentimiento (como dijimos en «52. La justicia de Dios») y lo ha purgado Jesucristo. (Los parcialismos no son de Dios, sino de la “no criatura”.)

151. El agua que limpia

El agua, presente en toda la naturaleza como disolvente natural y hábitat, interno y externo, de todos los seres vivos, tiene la propiedad de arrastrar todo lo disuelto en ella; con lo que puede actuar de símbolo de limpieza, ya que, en lo referente al hombre, arrastra la suciedad adherida al cuerpo, librándolo de toda contaminación, poniendo, así, de manifiesto, su pureza original.

Pues trascendiendo este símbolo del agua que arrastra, y aplicándolo a la historia: la historia, en su discurrir, arrastra como un río todo lo disuelto en ella, todo lo corruptible, toda la mentira del pecado que contamina y ensucia la verdad absoluta que siempre permanece, descubriendo, (poniendo de manifiesto), en consecuencia, la pureza original de la Creación Inmaculada, de Dios consumación. Con lo que, todo lo que pueda disolverse en la historia, será arrastrado por ella, y si el hombre pierde su identidad haciéndose partícipe de la historia, aferrándose a ella, disolviéndose en ella, habrá perdido su libertad y se habrá corrompido, siendo, entonces, arrastrado, como toda corrupción, por ese determinismo histórico.

De esta forma, el agua que limpia (al igual que la historia), se convierte en signo que lava nuestros pecados y nos devuelve la pureza original, sacándonos de la muerte (de la “no existencia”), a la vida. Por eso, la posibilidad de cambiar y convertirse, solamente reside en la historia, y no fuera de ella; así que mientras tengamos algún pecado que nos ate a ella, no podremos abandonarla (trascenderla). Pero, de eso, ya hablaremos más adelante.

152. La Confirmación

“La distinción” de la segunda morada se disfruta cuando ya se ha respondido a la llamada del bautismo, asumiendo la revelación (la verdad de Dios), aprendiendo a discernir lo que es bueno, lo que es de Dios, lo que se ama (lo de dentro), y lo que no (lo de fuera); emprendiendo, así, el camino de la salvación, de la santidad, y con ello: la misión.

153. El ungimiento

Ungir es señalar o marcar con aceite, con lo que, el ungido, es el señalado o marcado para algo: el elegido, y, en este caso concreto, elegido para la misión, para seguir el camino de la santidad que le saca del flujo de la historia, y le arranca del sometimiento hacia ella. Signo indeleble marcado por el aceite, que al no disolverse en agua, no puede ser arrastrado por ella.

154. La Eucaristía

Se consigue la unidad de la tercera morada cuando se acepta que, el amor (Dios), es el centro de la vida, y el que da unidad a todo; aceptando, de hecho, que la "no existencia", el enemigo (lo de fuera), también ha de ser amado, y que, en consecuencia, nos hemos de compartir también con él. (Compartiendo el "yo", no sólo lo de fuera.)

155. El pan y el vino

El signo del pan, que se parte y se comparte, actúa de símbolo de la realidad del amor, que es compartición—comprensión (exclusiva, familiar [posesiva], expansiva, definitiva y liberadora) del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, del mismo Dios Hijo que es todo Dios y todo parte (parte que puede ser cualquiera), presente en cada una de las criaturas, constituyendo su soporte y sustento básico; así que al comerlo, al hacerlo carne de nuestra carne, aceptamos vivencialmente esa realidad. (Realidad en la que también nosotros aceptamos dejarnos comer al decir: «yo sí me compartiré».)

El signo del vino, a modo de sangre, es el símbolo de la comunión de todos en el amor (especialmente en su vertiente expansiva y definitiva), puesto que, lo que pone en circulación, es lo propio de cada parte y porción de ese Cuerpo, a través de su sangre: del mismo Dios Espíritu Santo (corazón y sangre de Dios).

Pero, además, estos signos se construyen sobre materias elaboradas, sobre frutos de la tierra transformados, lo que indica la propia transformación del hombre en su camino a la santidad, y cómo, sobre esta elaboración personal, se establece la mutación de la santidad, que trasciende todo el ser del hombre (aunque no su apariencia), y le convierte en santo, miembro del Cuerpo Místico de Cristo.

(Como ya advertimos en «148. Los sacramentos», la "realidad" del sacramento (como en toda revelación), dependerá de la fe de cada uno, que sabrá ver o no la verdad del mismo, y si no la ve, a sí mismo se cierra la puerta de esa comunión, con lo que es medido con su propia medida, recibiendo aquello que verdaderamente quiera recibir. O dicho con otras palabras: Quien quiera escupir al cielo, se escupe en su propia cara.)

156. La Penitencia o Confesión

La también llamada Reconciliación, nos introduce en la individualidad de la cuarta morada, cuando ya se cobra consciencia y se acepta la responsabilidad personal inherente al propio pecado, y su influjo a toda la creación (la ofensa a Dios y a todas sus criaturas), con lo que se asume la reparación personal (poner amor donde no lo había).

Esta responsabilidad del propio yo se produce al reconocer la propia individualidad, y eso sólo es posible hacerlo cuando ya se ama; y es que, al amar, al hacer propio lo amado, el mal que viene con lo amado (el mal de los demás), nos hace descubrir nuestro propio mal. Pero, a la vez, es ese mismo

amor, el que nos muestra la cercanía de ese Dios Padre misericordioso, que no falla nunca, y que nos invita a la conversión.

157. Lavaos los pies unos a otros

Decíamos que el agua que limpia lava nuestros pecados, pero quien ya se ha bañado (en el bautismo), quien ya se ha convertido, no necesita sino quitarse el polvo del camino que se le pega a los pies en su roce con la tierra, con el mundo, con su vida histórica. Necesita dejar sus suciedades (sus pecados) en el agua (en la historia), para verse limpio de nuevo (perfeccionado, corregido). Ya que, así, al cobrar conciencia de su pecado personal y de cómo encauzar su reparación personal, puede tomar las riendas de su vida y aprender a ser verdaderamente libre.

Sólo quien ama verdaderamente puede ayudar a corregirse a la persona amada, encauzándola, amorosamente, en el camino de la santidad; porque aun a riesgo de su desprecio, prefiere el bien de ella al beneficio propio. Y sólo quien ama verdaderamente puede abandonarse confiadamente en manos de quien le corrige, exponiéndole sus miserias.

Así pues, sólo quien ama verdaderamente, es capaz, en su humildad, de lavar los pies y dejárselos lavar; porque sobre lo suyo propio actúa, con lo que manifiesta la cualidad familiar del amor verdadero. No hay mejor servicio que éste, ni más auténtico, que éste de ayudar a los demás a ser "mejor persona": a ser santos. (Y Jesucristo se dejó lavar los pies por una mujer pecadora, que los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los cubrió de besos, y los ungió con perfume.)

Y quien reconoce le dimensión universal de sus pecados, se arrepiente también universalmente ante toda la Iglesia, ante toda la creación, confesándolos ante el sacerdote, que actúa en representación de la misma y en persona de Cristo, dejándose lavar los pies por él. Quien rechaza tal mediación, es porque, previamente, ya lo ha rechazado todo, perdiendo la noción de la Verdad. (Y ya sabemos que el sacramento depende de la fe de quien lo recibe). Pero quien utiliza el sacramento de la confesión para otros fines u oscuros propósitos (controlar conciencias, secretismo, manipulación, etc.), a sí mismo se delata.

158. La Unción de enfermos

La Santa Unción o Extremaunción alude a la comunicación propia de la quinta morada, cuando ya se asume la capacidad de influir, con el propio bien, a toda la creación a través de la reparación, y, a la vez, también se asume el influjo que las otras criaturas ejercen sobre nosotros, con lo que se acepta la presencia de ese "yo comunitario" (comunidad de los santos) y su integración en él.

Todo es de todos: la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; es decir: todo es de Dios y así se acepta, afirmando: «Hágase siempre tu Voluntad», o: «tu Voluntad es la mía, porque yo quiero lo que Tú quieres».

Esta familiaridad e intimidad que se descubre en Dios, al vivenciarla, otorga a la criatura la capacidad de transmitirla a través de su misión específica: ese lugar en la Creación que se acaba de descubrir.

159. El Orden

Aceptada ya plenamente la Voluntad de Dios, se alcanza entonces la libertad de la sexta morada mediante el disfrute de la comunión de los santos. Todo le es posible al que ama, que es dueño de "atar y desatar", al estar en disposición de la Verdad de Dios (que ha conocido tras la aceptación incondicional de su Voluntad). Ha aprendido el "orden", el lugar de las cosas en la Creación, la verdad de las mismas (que es la Verdad de Dios), y dispone de ella, como cree más oportuno y benéfico, guiado por el amor; y, a su vez, el que ama, está disponible a todo, al servicio de todo, porque lo está de Dios.

Y a esto es a lo que se llama sacerdocio ordinario.

Notas y comentarios:

El sacerdocio ordinario, dicho de otro modo menos abstracto, es actuar como actuó Jesucristo en la oblación de sí mismo, obediente a la voluntad de Dios.

160. El Orden sacerdotal

Y quien está al servicio de todo, porque lo está de Dios, está al servicio de la Iglesia. Y si su servicio histórico, su misión específica, se encauza hacia la custodia de la revelación dentro de la estructura jerárquica (aceptado ese "orden" jerárquico), su servicio se llama sacerdocio ministerial. (También se le suele denominar sacerdocio real, pero ésta es una expresión desafortunada, ya que parece insinuar que el sacerdocio ordinario fuera irreal o ficticio, cuando es, precisamente el ordinario, el que permite éste.)

De esta forma, al ser custodio de la revelación (que es personal), representa a toda la Iglesia cuando actúa en persona de Cristo, a modo, si se quiere, de "Papa cercano" (situación que también es signo de revelación). Y éste es el disfrute de la comunión de los santos para quien acepta con fe la representatividad del sacerdote (representatividad que no se la da el nombre, sino el ejercicio auténtico de su misión).

161. El Matrimonio

En la séptima morada, se adquiere la totalidad, cuando se acepta y asume la identificación con el "yo comunitario", la integración con él en la consumación de la comunión de los santos, que produce un solo cuerpo, una sola sangre, una sola carne: la de la Creación plena. (Lo que llamábamos "la ciudad interior", o ahora también: "la ciudad de los innumerables rostros".)

Aunque esta séptima morada, al igual que el Templo judío, presenta dos estancias: Una histórica, y aún incompleta, porque teniendo la totalidad no se

ha alcanzado la plenitud (el Santo); y otra "más allá" de la historia (atemporal), en la que se logra la plenitud (la totalidad absoluta: el Santo de los santos).

162. Los esposos

La representación histórica, y por tanto incompleta y aún imperfecta de este sacramento, que nos sitúa en esa primera estancia de la séptima morada (el Santo), es la expresada por los esposos en la relación matrimonial. Y en ella, en su consentimiento mutuo ante toda la Iglesia representada por el sacerdote, cada uno de los cónyuges acepta *en el otro*, la representación de todo lo que no es él, de todo lo que le falta para alcanzar la plenitud, de todo lo otro. O dicho de otro modo: Cada uno se compromete, a encontrar en el otro, toda esa "ciudad interior" que no ha sabido encontrar en sí mismo. Y si no ha sabido amar a Dios directamente, tendrá que hacerlo a través de su cónyuge.

De esta forma, los esposos, se comprometen a santificarse mutuamente a través de su amor auténtico (como ya comentamos en «80. La relación o situación matrimonial» y «81. El adulterio»).

Así pues, el matrimonio no es una patente de corso del sexualismo, ni se consume con la relación sexual, sino que tiende a la castidad, y hacia el modelo de matrimonio establecido entre San José y la Virgen María, en el que se desvela todo el contenido de signo vivo de los cónyuges. Aunque si se desea un caso no tan paradigmático, pero igualmente ilustrativo, véase el matrimonio entre San Isidro y Santa María de la Cabeza.

163. El celibato

Signo profético (ahora sí completo, de la identificación con el "yo comunitario", del "yo único de innumerables rostros", de Dios consumación): es esta opción de celibato, en la que el célibe se compromete a encontrar en Dios y en todo lo que le rodea, esa Ciudad de Dios o Creación plena (todo lo que no es él, que al amarlo, le llena de Dios).

El célibe, en sí mismo, representa las dos estancias de la séptima morada: Porque, habiendo alcanzado la totalidad de ese séptimo nivel (el Santo), aún no ha llegado a la plenitud del "más allá" que le sacaría de la historia, y todavía debe progresar y perfeccionarse en el amor; y porque, simultáneamente, es signo de revelación, signo profético de ese "más allá", y de la perfecta unidad del "yo comunitario", y de tal modo, que resume en sí mismo a toda la Iglesia (Santo de los santos).

La aparente dificultad que se le presenta al célibe de no desahogar su sexualismo, se convierte en ventaja, al poderlo reconvertir sublimándolo, es decir, transformándolo de nuevo en amor, en obras de amor; acelerando sobremanera su peregrinación por el camino de la santidad. Y, además, porque le es más fácil establecer lazos de amistad auténtica, que tienen todas las ventajas de la situación matrimonial, pero sin sus inconvenientes en lo referente a la santidad. (Recordar, que en la relación con Dios, se establece una situación de amistad, de alianza, con una profundidad comparable a la matrimonial, pero sin el sexualismo de ésta.)

Ya comentamos en «75. La sexualidad», que el amor que creíamos sentir hacia nosotros mismos, no era sino el amor de Dios presente en el “yo relacional”, y que sólo era nuestro “yo único” el que poseía la libertad de amar. Así pues, sólo quien ha vuelto su “yo único” para mirar dentro de sí (oración) y descubre en su centro a Dios como su “yo relacional” (revelación), es quien puede amarle directamente, y con el amor más auténtico que nadie pueda soñar, porque nunca jamás en la historia puede alcanzarse mayor intimidad que ésta. Y, al hacer propio lo amado, conoce “su ciudad interior”: ¡Y cómo no va a amar también a “lo de fuere de sí” si ha descubierto que son una misma cosa!

Notas y comentarios:

El celibato es una vocación (al igual que lo es la situación matrimonial), y, como tal, un don de Dios, luego no depende de las fuerzas y el deseo de la criatura, sino de la libre aceptación del don (Dios que se da). La criatura sólo pone su «determinada determinación» (voluntad), el resto viene de Dios.

XXII. LO PROFÉTICO

164. El profetismo

El conocimiento de la Verdad que da la revelación, produce una transformación total en quien la recibe, adaptando su existir histórico, su vida, a ese nuevo saber que le convierte en *signo vivo* de dicha revelación, es decir, en profeta; con lo que su misión específica comienza a derivar hacia su misión concreta. (El profetismo es, pues, la evolución de la apostolicidad, al transformar al comunicador de la revelación (apóstol), en signo de revelación, (profeta)).

Decíamos en «132. El simbolismo y los signos», que Dios Espíritu Santo tenía su representación más explícita en el símbolo; pues de esta forma, el profeta se convierte en signo vivo del mismo Espíritu Santo, su representación, al unir “contenente” y “contenido” (vida, obras y palabras) en una sola cosa.

165. La profecía

El amor hacia todos lleva al profeta a transmitir, a comunicar, ese conocimiento de la verdad consumada que ha recibido (y encontrado), aun a pesar de la incompreensión o el desprecio de aquellos a quienes se la transmite. El contenido de esa comunicación, de ese anuncio, es a lo que se llama profecía; especialmente si se refiere a situaciones aún no explicitadas en la historia.

Así, habrá tanto más contenido de revelación, cuanto mayor sea la pérdida de perspectiva histórica, es decir, cuanta más aproximación se produzca con la verdad consumada (que es panhistórica o atemporal). Y viceversa: cuanto más próxima a la historia, cuanto más concreta y explicitada sea, cuanto más parcial, su contenido será menor (estará más vacía).

O dicho con otras palabras: Es difícil conjuntar la perspectiva histórica (el tiempo determinado), con la perspectiva consumada, salvo que ambas se aproximen a su confluencia, al momento de la explicitación, es decir, al cumplimiento de la profecía; ya que, en esa circunstancia, aparecen en la historia los elementos de juicio suficientes como para poder situarla e identificarla. De esta forma, una profecía es una caja de sorpresas de apertura programada, que sólo se abre para mostrar su contenido, en el momento oportuno y prefijado; y, así, puede ayudar a quienes esperan, confiadamente y en alerta, a no ser engañados por la mentira del mundo.

La expresión profética, aun a pesar de los esfuerzos del profeta por ser lo más claro y diáfano posible, es críptica, oscura o de un contenido aparentemente poco revelador para el ajeno (incluso para el propio profeta, que no sabe transmitirlo mejor). Pero esto se debe a lo tremendamente difícil que resulta (si no imposible) para el ajeno, que está inmerso en la parcialidad del mundo (en la mentira), el alcanzar una perspectiva consumada, que, además, se halla en su "no existencia" particular (es decir: que para él no existe). Es como hablar en un idioma desconocido pero con sonidos del idioma propio (véase el caso, como ejemplo, del castellano y el vascuence), de tal manera, que se entiende cómo se dice, pero no se entiende lo que se dice; (y de ahí, que se emplee el simbolismo y la metáfora, la parábola y el cuento).

166. La especulación profética

Precisa el diccionario:

«ESPECULAR: -Reconocer y examinar una cosa atentamente.
-Meditar, reflexionar.» Etc.

El aplicar la especulación a la revelación tiene como fin obtener una profecía, y el especular sobre una profecía lo que pretende es aclararla, situándola en el contexto de la revelación. En resumen, lo que trata la especulación profética es de dar luz a determinados aspectos en los que la explicitación histórica aún no ha ofrecido suficientes referencias sobre las que apoyarse sólidamente; es decir, trata de situar, dicho aspecto confuso, dentro del todo coherente de la creación y de Dios, para encontrar su lugar, y que tal confusión desaparezca o, al menos, disminuya.

Por eso, a partir de este punto 166 se ve a utilizar y aplicar dicha especulación profética en los puntos sucesivos, para conseguir un "a modo de" consecuencias de todo lo que ya se ha comentado con anterioridad. Por lo que al tratarse precisamente de especulación, y además profética, las aseveraciones resultantes se encuentran sometidas a un cierto grado de indeterminación y fluctuación que caracteriza a esa falta de explicitación histórica (al anticiparse en la historia [en el tiempo], se pierden los parámetros [incluso de pensamiento lógico] de referencia, que son los que sitúan lo anticipado en su lugar). O dicho con otras palabras: Al dar el salto se pierden los apoyos, lo cual no quiere decir que el que salte, necesariamente se tenga que caer, sino que, si salta bien, caerá bien a pesar de no tener apoyos; pero eso, quien más suele dudarlo es el observador ajeno que no se ha implicado en ello.

Además, el anticipar al detalle un determinado aspecto, lo que consigue es hacer presente ese aspecto en la historia (como decíamos en el punto anterior),

con lo cual, lo que era anticipación deja de serlo, y se convierte en descripción. Por eso, en toda profecía de anticipación hay que ejercitar la paciencia, aguardando el tiempo propicio y la evolución natural que lleve a su completa aclaración.

167. El don de lenguas

Ya comentamos en «131. Dios Espíritu Santo», que su principal característica, la característica de la Verdad, era la abstracción, la de ser «razón de todas y cada una de las cosas»; y que esa aparente "irrealidad" de lo abstracto, su aparente futilidad (de ahí que, incluso, se llame Espíritu), no era sino el resultado del ataque directo de la mentira (su engaño). No en vano, la "abstracta" e indiscutible Verdad, es el fundamento y pilar de toda la Creación consumada, (advocación de Nuestra Señora del Pilar); mientras que la otra columna, el otro pilar es el Amor (la Eucaristía). Flanqueando ambas columnas la "puerta" de ese "más allá" ("*plus ultra*"), que según la visión de San Juan Bosco, la "nave" de la Iglesia tendrá que atravesar para verse libre y a salvo de todos aquellos que pretenden su destrucción.

Pues si la Verdad es para todos igual, dicha Verdad se manifestará en todas las distintas perspectivas de la misma: en **todas** las personas, culturas, tradiciones, civilizaciones y filosofías; que, lógicamente, al estar sumergidas en la historia, todas ellas estarán marcadas con el parcialismo de la mentira. Aunque la cantidad de verdad que posee una determinada perspectiva, se podrá descubrir observando su amplitud de visión, su grado de referencia al absoluto, y la comprensión, desde esta perspectiva, de los otros puntos de vista. O dicho con una metáfora: Cuanto más alto se esté en la montaña de la Verdad, más amplitud de panorama se podrá contemplar, abarcando en la visión a todas las panorámicas situadas en planos inferiores, pero no pudiendo hacerlo con las de planos superiores (que engloban todo lo de esta perspectiva, pero que, además, aportan cosas que resultan invisibles para la misma).

Pues esa manifestación de la Verdad en todas las perspectivas, se desvela en Pentecostés (fiesta de la recolección, de la recogida del fruto, y conmemoración de la Alianza), bajo el profundo signo de revelación del don de lenguas. (Ya se ve, que mediando el Espíritu Santo, el simbolismo es ley: No hay nada que esté vacío de contenido.)

Así pues, en todas las épocas y culturas está presente la Verdad, pero sólo hay una Verdad, por eso la revelación es única: Sólo hay una Iglesia. (Muchas advocaciones marianas pero una sola Virgen María). Y quien oye esta Verdad (esta lengua única), reconoce en ella su verdad parcial (oye hablar en su propia lengua).

El libro del profeta Ezequiel (11, 19-20) lo anuncia así: «Les daré un solo corazón e infundiré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su pecho el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, a fin de que caminen conforme a mis leyes, guarden mis preceptos y los pongan en práctica. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios.»

Y a este respecto de las diferentes perspectivas comenta «Sobre Lenguaje» en el capítulo «El Lenguaje de la Palabra»:

«Se trata de observar una cosa y elegir, entre la gama de conceptos— fonema, los que más se adecuen a nuestras impresiones; o sea, que según veamos esa cosa, así será la elección; y por tanto, los fonemas elegidos dependerán de la perspectiva que tengamos de la cosa; en definitiva, de nuestra visión del mundo. Luego un idioma, es además una filosofía, una visión del mundo común. Ahora ya se va comprendiendo esa diversidad de lenguas.» (...)

«Vistos estos ejemplos, podemos suponer que los idiomas evolucionan y cambian a medida que lo hace la filosofía subconsciente del pueblo que los habla, y que, incluso, las modificaciones pasajeras son reflejo de las modas filosóficas imperantes en esa época, que han conseguido penetrar dicho subconsciente.»

En conclusión: la diversidad de lenguas está directamente ligada a la diferencia de perspectivas de la realidad, de la Verdad, y a la parcialidad de las mismas.

XXIII. LA HISTORIA

168. El devenir histórico

En el proceso de explicitación histórica, que ya comentamos en «31. El fin de la creación histórica», descubrimos, desglosado, el proceso de autogeneración trinitaria (en el que ya nos hemos ido deteniendo en diversos puntos de este escrito).

Ése desglose explicativo, al igual que todo lo que hemos visto, presenta tres fases sucesivas (las propias del "yo trino"), y una cuarta superpuesta (la correspondiente al "yo único"). El "yo único" constituye el aspecto estático del desarrollo (lo que estaba desde el principio), mientras que el "yo trino" es el dinámico (lo que evoluciona).

La función del "yo único" en este devenir, es la de ir manteniendo lo que se va explicitando, lo que se va poniendo de manifiesto durante ese desarrollo, y de tal forma, que un instante, un momento, una fase, un suceso, se va superponiendo sobre otro a medida que va apareciendo en la historia; con lo que la va construyendo a la manera que se construye un edificio.

El "yo pensante" es el que proporciona el soporte, la base, la *existencia* al proceso, por lo que es el primero en ejercer su aportación a la historia, y así hace su aparición en ella la sustancia, el universo físico. Y, sobre la dimensión sustancial, se constituye la estructura física: el espacio, el tiempo y la materia; sobre estas estructuras, se forman las partículas o corpúsculos; sobre éstas: los átomos; sobre éstos: las moléculas; con ellas: los cristales y los cuerpos del cosmos, y, con ellos, el universo cósmico.

El "yo que mira" aparece a continuación, y transpone todo esto a la esencia, al universo de la vida, y sobre un esbozo de relación gravitatoria mínima de moléculas con estructura cristalina (ácidos nucleicos), deposita la dimensión esencial, sobre la que se construirá toda la biología, y en la que, de la estructura vital que conforma el virus, pasará a la célula (bacteria), de ésta al

vegetal, al animal, al hombre, y, por último, al "más que hombre" (al santo), con lo que se alcanza el nivel de la santidad, el universo vital.

La función del "yo cotejador" consiste ahora, en transponer todo lo anterior a su universo, a la razón, e ir comparando las dos fases previas; así que, sobre un esbozo de relación comunicativa (lingüística) mínima de animales con estructura humana (homínidos), coloca la dimensión racional, sobre la que devendrá la estructura lógica, luego la lógica aditiva, la multiplicativa, la exponencial, la infinitesimal, y sobre esta última la total o universo lógico.

Y, llegado este punto, ya sólo le queda al "yo único" establecer el enlace con el principio para cerrar la autogeneración y alcanzar la plenitud.

Sin embargo, esta cuarta fase, parece no haberse explicitado aún en la historia, por lo que, en tal caso ya no tendremos puntos de apoyo sólidos sobre los que construir, y sólo nos podremos aproximar a ella a través de la especulación profética.

Incluso parece no haber acabado la fase racional, ya que, el nivel de lógica más evolucionado actualmente es el de la lógica infinitesimal, y no esta establecida, por el momento, una visión lógica universal que abarque todos los saberes, conocimientos y experiencias del hombre.

Aunque si se observa bien el devenir que llevamos expuesto, cada fase, para iniciar su andadura, se apoya, fundamentalmente, en el quinto y sexto nivel de la precedente, cogiendo, muy de refilón, el séptimo (aunque ese refilón es sólo de apariencia, porque realmente no toca), así que, con toda seguridad, el proceso de unidad ya tiene que haber comenzado.

Si recordamos que, al "yo único" lo habíamos identificado con la Inmaculada Concepción, a la que también denominábamos la Criatura por excelencia y la Creación plena, y a la que, posteriormente, también habíamos identificado con la Iglesia: descubriremos que la propia Iglesia es ese proceso de unidad, de generación, de concepción (que, desde una visión que no hacía referencia al absoluto [a Dios], parecía no existir).

Así pues, esa lógica total o universo lógico, sólo puede desarrollarse dentro de la Iglesia, ya que, ese nivel, forzosamente ha de hacer referencia a Dios para hacerse presente.

(Ya vemos que, o se hace referencia al absoluto, a Dios, en los séptimos niveles, o no se puede acceder a ellos; ni en lo físico, ni en lo biológico, ni en lo racional.)

Bueno, pues en este proceso de unidad (de generación conceptual), que necesariamente tiende hacia Dios, también nos encontraremos los siete niveles habituales. (Los mismos que se manifiestan en las siete moradas de nuestro "castillo interior", una vez interiorizados en ese proceso de unidad.)

Así que, en el primer nivel, la dimensión generadora de unidad y trascendencia emerge: cuando lo sobrenatural, el "más allá" empieza a existir para el hombre (cuando levanta su mirada hacia el infinito de la lógica infinitesimal), dando como resultado el pensamiento mágico.

Al relacionar, lo sobrenatural entre sí, se alcanza la estructura sobrenatural del segundo nivel, en la que ya se puede distinguir, dentro de ese "más allá", a la divinidad y a sus "cosas", dando origen a cultos de tipo animista.

En el tercer nivel, al relacionar entre sí, e integrar en una unidad todo ese "más allá", se evoluciona hacia las grandes religiones politeístas.

El siguiente paso es integrar aún más ese "más allá" hasta personalizarlo, con lo que aparece el monoteísmo (último paso en la búsqueda de seguridades, que ya comentamos en el punto 44); y es, en este cuarto nivel, el propio de la individualidad (de la elección), donde se puede colocar a Abrahán y al judaísmo, y en el que se descubre al Padre (Dios y el hombre).

Sobre este nivel, se superpone el quinto, en el que ya aparece la comunicación de la unidad, y la Iglesia se extiende al descubrir al Hijo (Dios con el hombre), constituyéndose el cristianismo, depositario de la revelación. Y éste es el momento histórico en el que nos encontramos al escribir estas líneas.

Sin embargo, en justa lógica, en este proceso de unidad, aún quedan dos niveles más por recorrer: El sexto, en el que se manifestaría la libertad en la generación de la unidad, según la frase de Jesucristo en el Evangelio de San Juan (8, 32): «Entonces conoceréis la verdad y la verdad os hará libres», y que se produciría como resultado de descubrir al Espíritu Santo (Dios en el hombre), evolucionando hacia el misticismo que interioriza la revelación. Y el séptimo, en el que se llegaría, por fin, a la tan ansiada totalidad de la unidad y plenitud de la consumación, en la maternidad de la Madre Inmaculada. (Situación que, aunque pueda parecer ilógica en el momento actual, lleva pareja el que cada "yo" del "yo comunitario", venga representado en la historia por una dimensión física, lo que cierra definitivamente el ciclo autogenerativo.)

Así pues, nos encontramos, verdaderamente, en el final de la historia. (Aunque eso, en cuestión de años, no sabemos cuantos puedan ser.)

Notas y comentarios:

Ya vimos en «31. El fin de la creación histórica», que se podía atisbar que estábamos en el comienzo de la disolución de la historia, lo que también algunos llaman «el final de los tiempos» (estos "tiempos" son la historia como sucesión), pero no, aún, en el fin del mundo.

169. La historia del creyente

Comentábamos en «126. La Ascensión», que el proceso de cotejación, de comparación, del "yo cotejador", concluía con la expresión: El "yo que mira" y el "yo pensante" son un mismo yo. Iniciándose a continuación la actividad del "yo único" conducente a concluir (como ya decíamos en «19. La Trinidad»): "El que coteja también soy yo" (proceso de gestación, que acabará en la plenitud del "Yo soy" primigenio).

Así que en esa sexta situación de la última fase de la historia (en la que no se anula lo anterior, sino que se enriquece), el creyente ha de interiorizar (ha de descubrir en su interior, en su propia historia), lo explicitado (lo revelado) en la historia genérica (universal), y de tal manera, que no podrá comparar hechos concretos y aislados, sino entidades funcionales capaces de ser relacionadas, es decir, acontecimientos; por lo que ha de usar el pensamiento relacional para poder conseguirlo. (¡Ojo! interiorizar no significa someterse al flujo de la historia, sino asumirla para superar su engaño al trascenderla.)

Pues si el descubrimiento del Padre se consuma (llega a su consecuencia final lo ya explicitado con anterioridad) en la historia del Pueblo de Israel (aunque lo que realmente se explicita en ella sea el descubrimiento del Hijo [de la filiación], proceso que se consuma en Jesucristo); y el descubrimiento del Hijo se consuma en la historia de la Iglesia cristiana (aunque, igualmente, lo que se explicita realmente sea el descubrimiento del Espíritu Santo); el comparar ambas historias, trasponiéndolas a la historia del creyente, nos dará las pautas guía que nos orienten en la subsiguiente etapa, en la que se vaya explicitando el descubrimiento de la Madre Inmaculada, hasta su consumación en la misma Madre, (explicitándose, entonces, el Padre en ella).

Situaremos la comparación en tres estratos progresivos, en los que, al contrario de lo que pudiera parecer, no interesa la precisión en las fechas, ya que, éstas, sólo tienen un mero valor orientador en cuanto al orden de los acontecimientos y su situación relativa (para valorar imbricaciones, retardos, anticipaciones...). Teniendo, además, en cuenta, la naturaleza propia de cada uno de los estratos: "física o corporal" en Israel (camino de fe), "vital o anímica" en la Iglesia (verdad de fe) y "racional o espiritual" en el creyente (vida de fe). (Jesucristo: «camino, verdad y vida».)

1º.- [Fecha] Acontecimiento "físico" en el Pueblo de Israel...

2º.- [Fecha] Acontecimiento "anímico" en la Iglesia cristiana...

3º.- Acontecimiento "experiencial" en el creyente...

1º.- [Hacia 1850 aC] Vocación de Abrahán.

2º.- [Hacia 22 aC] Nace María.

3º.- Llamada de Dios. (Dios cobra entidad para el creyente.)

1º.- Alianza y promesa de un hijo a Abrahán.

2º.- [Hacia 7 aC] Anunciación y Encarnación. Fe de José.

3º.- Aceptación de la llamada. (La Palabra de Dios hace mella.)

1º.- [Hacia 1800 aC] Nace Isaac (hijo de la promesa).

2º.- [Hacia 7 ó 6 aC] Nace Jesús.

3º.- Consciencia de la llamada. (Se compromete la vida en ella.)

1º.- Sacrificio de Isaac y confirmación de la Alianza.

2º.- [30 dC] Sacrificio expiatorio de Jesús y Resurrección. Nueva Alianza.

3º.- Se asume el compromiso, que comienza a manifestarse en hechos externos.

1º.- Separación de Ismael. (Árabes)

2º.- Separación del judaísmo.

3º.- Separación del sistema de vida anterior.

1º.- De Isaac, nacen Esaú y Jacob.

2º.- Los judeocristianos. (La Iglesia como secta del judaísmo.)

3º.- Coexistencia con modos del sistema anterior de vida.

1º.- Esaú vende la primogenitura. (Da origen a los edomitas o idumeos.)

2º.- El problema de los judaizantes.

3º.- La coexistencia trae problemas y se ha de adoptar un sistema nuevo.

- 1º.- Jacob (Israel) y sus doce hijos. (Origen de las doce tribus.)
 2º.- [49] *Concilio de Jerusalén. La Iglesia y sus doce Apóstoles. Consumación de la separación con el judaísmo.*
 3º.- Se sientan las primeras bases sobre las que construir un plan de vida.
- 1º.- José, en Egipto, tiene dos hijos (Manasés y Efraín) que darán origen a las **trece** tribus de Israel. (13ª que representa ese resto de Israel que permanecerá fiel al Señor.)
 2º.- *La deserción de Judas dará origen a dos Apóstoles: San Matías y San Pablo. (13º que, igualmente, anuncia la perseverancia en la Verdad de Dios.)*
 3º.- En las mismas bases está escondida, anunciada, la solución del paso a la consumación.
- 1º.- [Hacia 1500 aC] Llegada de Jacob y toda su familia a Egipto.
 2º.- [64] *San Pedro muere martirizado en Roma. (El Evangelio se difunde por la gentilidad.)*
 3º.- Entran en contacto (y en conflicto) las bases establecidas con la realidad de la propia vida y el mundo externo.
- 1º.- Crecimiento del pueblo en Egipto y formación de las tribus.
 2º.- *Crecimiento de la Iglesia y formación de las Iglesias particulares*
 3º.- Manifestación progresiva de la propia personalidad del creyente y su desarrollo.
- 1º.- Opresión y esclavitud en Egipto.
 2º.- *Persecuciones contra los cristianos.*
 3º.- Descubrimiento de la situación de pecado en la que se vive inmerso, y la opresión e infelicidad que produce.
- 1º.- [Hacia 1250 aC] Vocación de Moisés.
 2º.- [295 y siguientes] *Los Primeros Santos Padres de la Iglesia.*
 3º.- Se cobra conciencia de la propia situación de creyente, y que la única solución está en Dios.
- 1º.- Moisés asume su misión y la inicia.
 2º.- *La apologética.*
 3º.- Esfuerzo por salir de esa situación. Se pone "manos a la obra".
- 1º.- Las plagas.
 2º.- *Influencia sobre el Imperio y el emperador Constantino.*
 3º.- Ayudas "circunstanciales" de Dios para conseguir la verdadera liberación.
- 1º.- [Hacia 1230 aC] Liberación de Egipto (Éxodo). Se cruza el mar de las cañas.
 2º.- [313] *Edicto de Milán. (Libertad de culto en el Imperio.)*
 3º.- Salida de esa situación opresiva e inicio de una vida nueva.
- 1º.- El Sinaí y la Ley.
 2º.- [325] *Concilio de Nicea (primero de los ecuménicos). Se inicia la época de los concilios fundantes: Se establecen dogmas, el culto, etc.*
 3º.- La relación con Dios adquiere una completa singularidad, con lo que la vida interior también. (Lo que Dios quiere del y para el creyente se transforma en Ley.)

1º.- Las pruebas en el desierto.

2º.- *Las herejías.*

3º.- Confrontación de la actitud vital del creyente con la realidad del mundo, y las dificultades que implica.

1º.- Perfeccionamiento tras las pruebas.

2º.- [381] *Concilio de Constantinopla (II Ecuménico). Los últimos Santos Padres de la Iglesia. (San Agustín: 350 a 430)*

[431] *Concilio de Éfeso (III Ecuménico).*

[451] *Concilio de Calcedonia (IV Ecuménico).*

3º.- Se corrigen las desviaciones.

1º.- Vagando por el desierto. El arca y el tabernáculo.

2º.- [452] *Atila ante Roma. (Situación de incertidumbre.*

Búsqueda de un lugar, de una misión.)

3º.- Búsqueda de un sentido concreto de la propia vida del creyente. (Situación peregrinante.)

1º.- Se avista la Tierra Prometida.

2º.- *Conversión de los pueblos bárbaros.*

3º.- Descubrimiento de la misión, y orientación hacia ella (hacia ese lugar propio).

1º.- Se establece un camino para entrar en la Tierra Prometida.

2º.- [480 a 543] *San Benito y el monacato.*

3º.- Se establece un camino para conseguir el fin previsto.

1º.- [Hacia 1200 aC] Josué entra en la Tierra Prometida.

2º.- [560 a 604] *San Gregorio I, Magno, y la importancia del papado.*

3º.- Compromiso definitivo con la misión. Se entra en ella, pero sin vislumbrar su auténtica trascendencia.

1º.- Circuncisión de los israelitas en Guilgal. (El pueblo asume la Alianza.)

2º.- [553] *II Concilio de Constantinopla (V Ecuménico).*

3º.- Confirmación del compromiso y ajustes para resituarse en la misión.

1º.-

2º.- [620] *Hégira de Mahoma. (Origen del Islam: monoteísmo que congutina: judaísmo, cristianismo y paganismo.)*

3º.- La propia identidad suscita la emulación diferenciadora en otros.

1º.- Conquista de la Tierra Prometida.

2º.- [Hacia 630] *Constitución del Ducado Romano: El Papa tiene territorio.*

3º.- Lucha y esfuerzo por conseguir establecerse en el compromiso.

1º.- Repartición de la Tierra Prometida.

2º.- [680] *III Concilio de Constantinopla (VI Ecuménico). Difusión del cristianismo.*

3º.- Planes para establecer el compromiso.

1º.- [1200 a 1050 aC] Los Jueces.

2º.- [Hacia 701 a 755] *Constitución de la República de los Romanos.*

3º.- Búsqueda de seguridades en el enfoque grosero de la misma. (Idea preconcebida de la misión.)

1º.- [1112 aC] Saúl, primer rey de Israel.

2º.- [755] *Constitución de los Estados Pontificios.*

3º.- Insistencia en el enfoque grosero, y en la consecución de seguridades humanas y apoyo en ellas.

1º.- [1000 aC] Jerusalén, capital.

2º.- [787] *II Concilio de Nicea (VII Ecuménico).*

3º.- Perfeccionamiento de la idea preconcebida de "misión".

1º.- David, rey.

2º.- [800] *Fundación del Sacro Imperio Romano. (El Papa corona a Carlomagno como emperador.)*

3º.- Hecho o hechos concretos que demuestran la evolución en el sentido que se daba a la misión.

1º.- Insurrección de Absalón contra su padre David.

2º.- [857 a 886] *Inicio del Cisma de Oriente.*

3º.- Cuestionamiento de la singularidad de la elección y del enfoque de la misión.

1º.- [961 a 922] Construcción del Templo.

2º.- [896] *IV Concilio de Constantinopla (VIII Ecuménico).*

3º.- Construcción de una "casa" para Dios, de un lugar donde se le pueda "encontrar".

1º.- Salomón, rey.

2º.- [962] *Fundación del Sacro Imperio Romano Germánico.*

3º.- Desarrollo y nuevos hechos demostrativos del compromiso decidido.

1º.- [930] Cisma de Israel. (Los dos reinos.)

2º.- [1054 a 1059] *Consumación del Cisma de Oriente.*

3º.- Pérdida de "seguridades". Se abren dos opciones.

1º.- Reino de Israel o del norte, con capital en Siquem. (Pervivió 205 años.)

2º.- *Iglesia ortodoxa o de oriente, con sede en Constantinopla.*

3º.- La misión como lugar o rol, como situación vital permanente.

1º.- Reino de Judá o del sur, con capital en Jerusalén. (Pervivió 400 años.)

En él permanecen las tribus de Judá, Benjamín y la sacerdotal de Leví.

2º.- *Iglesia católica o de occidente, con sede en Roma.*

Conserva la sucesión de San Pedro (el papado), y la unidad que ello implica.

3º.- La misión como actitud permanente, independientemente de la situación vital, que puede ser cambiante.

1º.- La sucesión de reyes y su decadencia. La pérdida de identidad.

2º.- *La sucesión de papas y su decadencia.*

3º.- Degradación progresiva de la idea de misión y mundanización de la misma. Preocupación por mantener las "seguridades" y búsqueda de apoyos.

1º.- Periodos expansivos y beligerantes, por intereses espúreos.

2º.- [1095 a 1192] *Las Cruzadas.*

3º.- Periodos expansivos de la misión, pero sobre falsas seguridades.

- 1º.- [875 a 580 aC] La época de los profetas. (Elías, Eliseo, Oseas, Amós, Isaías, Miqueas, Jeremías)
- 2º.- [1109 a 1280] *La época de los santos y fundadores.*
(S. Anselmo, S. Bernardo, S. Francisco de Asís, Sto. Domingo de Guzmán, Sto. Tomás de Aquino, S. Buenaventura, S. Alberto Magno, etc.)
- 3º.- Advertencias de Dios para corregir el enfoque, para volver a Dios mismo.
- 1º.- [721 aC] Caída del reino de Israel y destierro a Nínive.
- 2º.- [1453;!] *Toma de Constantinopla por los turcos.*
- 3º.- Los apoyos o seguridades acaban ahogando el "lugar" de misión.
- 1º.- [716 a 687 aC] Ezequías, rey de Judá, muestra "sus tesoros" a los babilonios.
- 2º.-
- 3º.- Imprudencia de consecuencias insospechadas.
- 1º.- [696 a 642 aC] Reinado de Manasés. Divinidades asirias en el Templo.
- 2º.-
- 3º.- Los fracasos reiterados, y el influjo de los apoyos y el medio circundante, acaba por minar la misión concreta, que se sustituye por una ajena, para la que Dios no ha elegido a ese creyente concreto.
- 1º.- [621] Josías, rey. Hallazgo del libro de la Ley en el Templo, y restauración.
- 2º.- [1215] *IV Concilio de Letrán (XII Ecuménico).*
- 3º.- Reencuentro y redescubrimiento de la singularidad de la relación con Dios y la misión.
- 1º.- [608] Muere Josías. Judá cae en poder de Egipto.
- 2º.- [1274] *Institución de la Inquisición en el II Concilio de Lyon.*
- 3º.- La restauración no se consigue mantener, y los agobios del ambiente la acaban sometiendo a su control. (Nueva dependencia.)
- 1º.- [586] Caída del reino de Judá. Destierro a Babilonia.
(destrucción del Templo, se pierde el Arca.)
- 2º.- [1305] *Destierro de Aviñón. (La sede papal pasa a Aviñón, bajo el control del rey francés.)*
- 3º.- Fracasan los apoyos humanos y se pierden las seguridades y horizontes. Desorientación, sensación de abandono por parte de Dios y caída en dependencias esclavizantes. Todo parece inútil y se pierde el sentido de la misión.
- 1º.- Los profetas del destierro: Ezequiel y Daniel.
- 2º.- *Los santos del destierro.*
- 3º.- Inspiraciones y ayudas de Dios.
- 1º.- [538] Fin del destierro. Sólo regresa una parte a Palestina
(que está bajo el dominio persa).
- 2º.- [1377] *Fin del destierro y comienzo del Cisma de Occidente.*
(*Dos papas: uno en Aviñón y otro en Roma.*)
- 3º.- Socorro de Dios y recuperación de "la estrella que nos guía".
Se abren dos opciones: Volver a reconstruir la misión, o quedarse en las seguridades actuales.

1º.- Matrimonios con los no judíos en Palestina.

2º.- *Tres papas en la Iglesia.*

3º.- Aparece una tercera opción mixta: Volver a los orígenes, pero renunciando a la misión o destino singular.

1º.- Oposición de los samaritanos y dificultades para reconstruir el Templo.

2º.- *Dificultades para reconstruir la Iglesia y acabar con el Cisma de Occidente.*

3º.- Dificultades para reconstruir la misión y un nuevo "lugar" donde se encuentre a Dios. Las nuevas circunstancias no aceptan tal actitud de "independencia".

1º.- [Hacia 520 aC] Profetas postreros: Ageo, Zacarías.

2º.- *Santos del cisma: Santa Catalina de Siena y San Vicente Ferrer.*

3º.- Invitaciones de Dios a la unidad y a retomar la misión.

1º.- Unificación de las tribus y "gentes del país" para la reconstrucción del Templo.

2º.- [1414] *Fin del cisma.*

3º.- Recapacitación y vuelta en sí. esfuerzos para volver a la misión, pero de forma más depurada.

1º.- [Hacia 535 aC] Composición del libro de Job (Job, 19, 26).

descubrimiento de la resurrección de los muertos, del "más allá" de la vida conocida.

2º.- [1492] *Descubrimiento y subsiguiente evangelización de América. (Hay un "más allá": "plus ultra")*

3º.- Descubrimiento de la verdadera "Tierra Prometida", de la verdadera misión y elección, del verdadero destino previsto por Dios.

1º.- [520 a 516 aC] Reconstrucción del Templo.

2º.- [1545 a 1563] *Concilio de Trento. (Se reconstruye la Iglesia.*

Se fija el canon de las Sagradas Escrituras y otras 24 definiciones dogmáticas.)

3º.- Replanteamiento y reconstrucción de la vida, que se abre más a Dios, rompiendo muchas barreras que se habían ido creando. (Reenfoco del "lugar" en el que se puede encontrar a Dios.)

1º.- [Hacia 450 aC] Malaquías, último profeta.

2º.- [1500 a 1584] *Santos de la contrarreforma: S. Ignacio de Loyola,*

Sta. Teresa de Jesús, S. José de Calasanz, S. Juan de Dios,

S. Juan de la Cruz, S. Francisco de Sales,

S. Camilo de Lelis, S. Carlos Borromeo, etc.

3º.- Invitaciones de Dios a la purificación y renovación. (La misión se manifiesta como actitud.)

1º.- [445 aC] Separación de los samaritanos, que, hasta entonces,

colaboraban con los regresados. (Primera depuración de Nehemías.)

2º.- [1521] *Lutero y la reforma. (Protestantes y anglicanos se separan de la Iglesia Católica.)*

3º.- Manifestación de los caminos fallidos y renuncia a ellos.

Alejamiento de personas o de situaciones que no aceptan la depuración.

- 1º.- [Hacia 398 aC] Regreso de Esdras con la Ley (Pentateuco) escrita en Babilonia.
(Depuración profunda.)
- 2º.- [1563] *Canon de las Sagradas Escrituras fijado en Trento.*
- 3º.- Vuelta a la misión. Descubrimiento del sentido de los acontecimientos vividos, y de la depuración (que se profundiza).
- 1º.- [359] Judea se constituye en estado teocrático bajo el dominio de Persia,
pero con cierta autonomía.
- 2º.- [Hacia 1570] *Reforma de los Estados Pontificios, y Santa Liga contra los turcos.*
- 3º.- Reforma de las situaciones o "seguridades" que conducen o soportan la misión.
- 1º.- [333 aC] Conquista de Alejandro Magno e introducción del helenismo.
- 2º.- [Hacia 1620] *Aparición de la Ilustración y el Regalismo (absolutismo de los reyes que quieren controlar todo.)*
- 3º.- Nueva situación vital a la que amoldarse, que trata de desarraigar al creyente de sus orígenes.
- 1º.- [Hacia 300 aC] Traducción de la Biblia al griego en Alejandría (los LXX).
- 2º.- [1647 a 1698] *Sta. Margarita María de Alacoque y el Corazón de Jesús. ("Traducción" al lenguaje popular de los misterios de la fe.)*
- 3º.- Acercamiento de las propias actitudes al entender de los demás.
- 1º.- Pérdida de "entidad" ante las potencias del mundo. (Un pueblo más.)
- 2º.- *Pérdida de "entidad" ante los gobiernos del mundo. (Un "ente" o "servicio" más.)*
- 3º.- Amoldamiento a las circunstancias, pero conservando la misión. ("Un camino entre otros".)
- 1º.- [Hacia 570 a 200 aC] Las otras religiones y filosofías: Religión de los misterios, budismo, confucianismo, jainismo y taoísmo.
- 2º.- [Hacia 1717] *Las sectas: Masonería, filosofismo, deísmo, etc.*
- 3º.- Partidismos y "sabotajes" en los que el creyente se ve inmerso, aunque no le afecten directamente.
- 1º.- [333 a 198 aC] Cambios de dinastía: Dependencia de Egipto, y luego de Siria.
- 2º.- [Hacia 1676] *Lucha contra el absolutismo.*
- 3º.- Lucha contra las manifestaciones de poder que presionan y agobian al creyente.
- 1º.- [175 aC] Imposición del helenismo por Antíoco IV Epífanos. (Persecuciones y martirios.)
- 2º.- [1789] *La revolución francesa y subsiguientes acontecimientos. (Persecuciones, martirios, y la diosa razón [prostituta sobre el altar de Nôtre Dame en París].)*
- 3º.- Circunstancias de dependencia y condicionantes, con sometimientos y humillaciones.
- 1º.- [167 aC] Profanación y abandono del Templo. (Zeus olímpico en el Templo.)
- 2º.- [1798 a 1805] *Ocupación de los Estados Pontificios por Napoleón. Expulsión y encarcelamiento del Papa.*
- 3º.- Circunstancias adversas (persecuciones, incomprensiones, pruebas, intromisiones, imposición de la idolatría). Abandono temporal de la misión.

1º.- [151 aC] Sublevación macabea.

2º.-

3º.- Reacciones para recuperar la misión.

1º.- [142 aC] Independencia de Israel.

2º.- [1814] *Restablecimiento de los Estados Pontificios.*

3º.- El creyente reconquista "su tierra", recuperando la actitud de misión.

1º.- [Hacia 151 aC] Surgen el movimiento saduceo, el fariseo y la secta esenia.

2º.- [1928;!] *Se funda el Opus Dei (que en 1982 será reconocido como prelatura personal).*

3º.- Se inicia un periodo de resituación del creyente, buscando una desembocadura para toda su historia.

1º.- [Hacia 163 aC] Purificación y dedicación solemne del Templo.

2º.- [1854] *Dogma de la Inmaculada Concepción.*

3º.- Se emprende la defensa de las verdades de la fe. Se profundiza en las raíces de la misión.

1º.- [142 aC] Constitución de los Reyes-Sumos Sacerdotes. (Teocracia efectiva.)

2º.- [1869] *Concilio Vaticano I. (Dogma de la infalibilidad papal y otros.)*

3º.- Se descubre que la misión no es ajena a la vida diaria, y que todo es asequible para el creyente.

1º.- [139 aC] Alianza con Roma.

2º.- [Hacia 1840] *La unificación italiana contra los Estados Pontificios.*

3º.- La situación de independencia personal del creyente comienza a verse cuestionada, y a verse como peligrosa, por un nuevo poder.

1º.- [108 a 103 aC] Extensión del territorio a Samaria, Idumea, y luego a Iturea.

2º.- [Hacia 1929] *Pío XI promueve la Acción Católica.*

(Descubrimiento de los seglares o laicos como miembros activos.)

3º.- Expansión e implicación de los próximos o cercanos.

1º.- [63 aC] Conquista romana.

2º.- [1870] *Fin de los Estados Pontificios. Invasión italiana capitaneada por Garibaldi.*

3º.- La intolerancia a la independencia desemboca en su supresión. Nuevo sometimiento.

1º.- Lucha por conservar la Teocracia.

2º.- *No se reconoce al gobierno italiano y se espera recobrar los Estados Pontificios.*

3º.- Intento de mantener la situación pasada.

1º.- [37 aC] Herodes es nombrado tetrarca ("rey monigote") de Palestina.

2º.- [1929] *Tratado de Letrán, por el cual se reconoce a Italia, y el Vaticano queda como estado independiente.*

3º.- Identificación entre vida y misión, pero acoplándose a las circunstancias.

1º.- [Hacia 40 a 10 aC] Reforma y embellecimiento del Templo, ordenada por Herodes (para congraciarse con el pueblo).

2º.- [1962 a 1965;!] *Concilio Vaticano II.*

3º.- Replanteamiento de la vida para mejor realizar la identificación entre vida y misión.

1º.- [Hacia 22 aC] Nace la Virgen María.

2º.- [1950] *Dogma de la Asunción de María.*

3º.- La misión es la misma vida y la vida la misión. El creyente se convierte en signo vivo, en profeta.

>PUNTO DE CICLACIÓN<

1º.- Mesianismo y Apocalíptica.

2º.- *Confusión y pérdida de identidad entre los cristianos. Surge el "teologismo" y multitud de movimientos dentro de la Iglesia. Gran expansión de la increencia. Nueva apocalíptica (videntes).*

3º.- El creyente ya ha realizado todo lo que sabía, pero sin resultado aparente, lo que precipita una gran sensación de incertidumbre y confusión, y la aparición de múltiples opciones.

1º.- [7 ó 6 aC] Nace Jesucristo.

2º.-

3º.- Nueva llamada de Dios que aparece en la sencillez y la humildad, revelándose la auténtica dimensión de la misión (la misión concreta); invitando al abandono de todo tipo de "seguridades".

1º.- [4 dC] Muere Herodes el grande y se divide el reino entre sus hijos: Arquelao, Herodes Antipas y Filipo.

2º.- [1984] *El Vaticano restablece relaciones diplomáticas con Estados Unidos.*

3º.- Se inicia el despojamiento de todo, y el proceso de "metamorfosis", aun sin saber sus consecuencias últimas.

1º.- [6] Arquelao es depuesto y Judea pasa al gobierno directo de los romanos.

2º.- [1984] *Roma deja de ser la "Ciudad Santa", según el concordato con Italia.*

3º.- Aumenta el sometimiento y el control sobre la libertad del creyente.

1º.- [Hacia 6] Surge el partido zelote.

2º.- [1978] *Aparece la Teología de la Liberación.*

3º.- Entre la multitud de opciones, propias del periodo de confusión ya mencionado, nace la de rebelarse contra el medio externo que ha desposeído al creyente de, la que él cree, su personalidad.

1º.-

2º.- [1992] *Se promulga el Catecismo de la Iglesia Católica, en el que se condensa y decreta oficialmente toda la doctrina. (Censo espiritual.)*

3º.-

1º.- En Palestina se decreta un censo.

2º.- [1994] *Carta Apostólica «Ante el Tercer Milenio» del Papa Juan Pablo II, en la que se "decreta" un periodo de preparación y vuelta a las raíces de la fe. (Censo personal.)*

3º.- Búsqueda y vuelta a las raíces de la fe, a los orígenes (a ese "resto de Israel" sobre el que construir).

1º.- [26 a 36] Poncio Pilato, gobernador.

2º.-

3º.-

1º.- [30] Muere Jesucristo en la cruz.

2º.-

3º.- Aparente fracaso de la misión concreta, pero que, inmediatamente, muestra su verdadero y definitivo triunfo, de una forma insospechada hasta entonces por el creyente.

1º.- [36] Conversión de San Pablo.

2º.-

3º.- Reorientación de parte de esas opciones vitales previas que puedan reintegrarse en la misión concreta.

1º.- [44] Martirio de Santiago el Mayor. Palestina pasa a ser provincia romana.

2º.-

3º.- Incompatibilidad con las opciones que no se adaptan y que, además, se ven subyugadas por el medio externo.

1º.- [49] Separación definitiva de cristianos y judíos. Concilio de Jerusalén.

2º.-

3º.- Se culmina el proceso de "metamorfosis" al traspasar esas falsas seguridades al medio externo, y se inicia una vida nueva. Pero si no se ha asumido la misión concreta y no se han abandonado las "seguridades", se entra en un proceso de rápida degradación y corrupción.

1º.- [66] Sublevación en Palestina.

2º.-

3º.- Se intentan recuperar las "seguridades" perdidas e idealizadas.

1º.- [70] Conquista y destrucción de Jerusalén y el Templo.

2º.-

3º.- Las circunstancias y el medio externo aniquilan todas esas falsas seguridades.

1º.- [73] Conquista de Masada y fin de la sublevación.

2º.-

3º.- Se extingue hasta la última posibilidad de recuperar alguna "seguridad".

1º.- [73 a 100] Reestructuración del judaísmo sin Templo sobre el movimiento fariseo y la sinagoga.

2º.-

3º.- Reforma obligada por las circunstancias, pero sin desapegar el corazón a las falsas seguridades de fe.

1º.- [132 a 135] Segunda sublevación, y prohibición absoluta para todos los judíos de acercarse a Jerusalén.

2º.-

3º.- El nuevo intento de recuperar las añoradas "seguridades" acaba por hacerlas absolutamente inviables.

1º.- Diáspora de ¡más de 1800 años!

2º.-

3º.- Desconsuelo permanente por haber perdido sus "seguridades". Sensación de abandono, pero obcecación ególatra y egocéntrica en su actitud.

1º.- [1948] Fundación del Estado de Israel moderno.

2º.-

3º.- Resurgimiento y vuelta a la primitiva idea preconcebida de misión, de "tierra prometida". (Pérdida de la capacidad para aprender de la experiencia.)

1º.- [2006] 58 años de beligerancia continua. (A pesar de tener "su tierra", siguen sin encontrar un momento de paz, porque su beligerancia no les deja en paz.)

2º.-

3º.- Quien por aferrarse a sí mismo (a su egoísmo), se aleja de Dios, se autocondena al desasosiego perpetuo: a buscarse sin encontrarse.

1º.- Pero..., como está profetizado, todo esto se superará cuando pasen por la Puerta de la salvación, cuando se conviertan.

2º.-

3º.- La conversión es posible. Por eso, aquí, se llega a la disyuntiva: o con Dios o sin Él.

XXIV. LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

170. Desde allí ha de venir. (La segunda venida.)

En esta larga (aunque no demasiado detallada) comparación histórica del punto precedente, se ha hecho equivaler, el nacimiento de la Virgen María, a la proclamación del Dogma de la Asunción de la Santísima Virgen María en cuerpo y alma a los cielos, puesto que el mismo Credo dice esta frase, referida a la profetizada segunda venida de Jesucristo: «Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». (De "allí" del cielo, y de "allí" de María).

Referíamos en «126. La Ascensión», cómo, el "yo que mira" (el Hijo, Jesucristo), cede su "protagonismo" histórico al "yo cotejador" (al Espíritu Santo), para que, éste, realice su proceso de "cotejación", de identificación personalizada en el mismo "yo cotejador", en el mismo Espíritu Santo (como también mencionábamos en «132. el simbolismo y los signos»).

Dicha identificación personalizada se produce cuando, según decíamos en «19. La Trinidad», el "yo cotejador" es mirado desde las otras dos posiciones ("yo pensante" y "yo que mira"), haciendo presente y palpable lo que, hasta ese momento, pasaba desapercibido, para, así, poder decir: «El que coteja también soy yo». Y en ese «también soy yo», el Padre dota, otorga, al Espíritu todas sus "cualidades" hasta su ser más íntimo, y el Hijo actúa igualmente; con lo que la incorruptible e indestructible Verdad se hace presente y cobra "carne" (es "mirada", descubierta).

Pues en la explicitación histórica: comentábamos en «169. La historia del creyente», que la explicitación del Padre concluye con Abrahán, y que es, en la misma vocación de Abrahán, donde comienza la explicitación del Hijo, que se superpone sobre el ya explicitado Padre, lo que convierte a Abrahán y a sus

descendientes en hijos de ese Padre, en familia de Dios, es decir, en el Pueblo de Dios. La explicitación del Hijo culmina haciéndole presente en ese pueblo, y ello gracias a la Madre Inmaculada que es la que lo muestra, permitiendo su encarnación. (No olvidar, que según dijimos en «168. El devenir histórico», estamos en su fase, en esa cuarta fase que va concibiendo y mostrando, poco a poco, al Dios vivo.)

Así, María, es madre (Creación plena) para mostrar al Padre a Abrahán, es hija (Pueblo de Dios, hija de Abrahán) para mostrar al Hijo en Jesucristo, y es esposa en espíritu de santidad (Iglesia) para mostrar al Espíritu Santo.

Pues como puede colegirse de todo lo anterior, ya, en el mismo Jesucristo, comienza la explicitación del Espíritu Santo, como así lo atestigua el mismo Jesús en el Evangelio de San Juan (16, 7): «Por tanto, os digo la verdad: os es más conveniente que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador, pero si me fuere, os lo enviaré»; o (15, 26): «Cuando venga el Consolador que os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.» (Ver otras citas en «131. Dios Espíritu Santo».)

Esa explicitación viene a superponerse sobre el ya explicitado Hijo, manifestando la verdad del Hijo, dando testimonio de él (a la vez que hace lo propio con el Padre). De esta forma, el Pueblo de Dios, se transforma en Pueblo de la Revelación, y al entregarse y confiarse el Padre a los hijos, éstos, también se hacen amigos de su Padre, y pasan a ser Familia y Asamblea Santa, es decir: Iglesia.

La explicitación del Espíritu Santo se consuma, cuando se hace presente en la Iglesia, y ello, igualmente, gracias a la Madre Inmaculada, que entrega su Inmaculado Corazón a la carne histórica, donándole su ser de criatura (situación que sólo es posible si se ha reconocido previamente que el cuerpo y el alma de la Madre Inmaculada están en el cielo, porque, en caso contrario, sería imposible reconocer a lo que procede de él).

Es, entonces, el Hijo, el que permite mirar al Espíritu de la Verdad, al otorgarle realidad humana y donarse enteramente a él; y es el Padre el que, igualmente, se dona en su solidez absoluta, en su inmutabilidad, en su omnipresencia y comprensión absolutas. Y, así, es como la Verdad de Dios puede hacerse presente en el mundo.

Y si el Padre y el Espíritu muestran al Hijo, y el Padre y el Hijo muestran al Espíritu: El Hijo y el Espíritu muestran al Padre.

Anuncia Jesucristo en el Evangelio de San Mateo (24, 27-28): «Como el relámpago sale de oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde estuviere el cadáver, allí se juntarán los buitres.» (La Verdad ilumina toda la tierra, y como si el sol cayera sobre ella, todos lo sabrán sin que nadie se lo enseñe.)

Y en el de San Marcos (13, 26-27): «Entonces verán al Hijo del hombre venir entre las nubes con gran poder y gloria. Enviará a sus ángeles, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un cabo de la tierra hasta el otro extremo del cielo.»

(La expresión "entre nubes", según vimos en los puntos 132 y 133, significa, tanto la relación entre lo abstracto y lo concreto, entre lo celeste y lo terreno, como la dificultad para ver con claridad, la confusión y la ceguera por

parte de quien mira. Así que esa segunda venida no será visible con claridad para todos, sino sólo para quienes la esperen confiadamente y en alerta, para quienes no tengan "nubes" en su corazón y sean limpios de corazón.)

Dicen los ángeles en el momento de la Ascensión en los Hechos de los Apóstoles (1, 11): «Varones galileos, ¿a qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo vendrá así tal como lo habéis visto irse al cielo».

(Ya sabemos que no era a ese cielo que ellos creían al que habían de mirar, sino que tenían que aprender a trascender el signo y no quedarse simplemente en el "continente"; tenían que ir más allá y llegar hasta el "contenido".)

Hemos comprobado suficientemente, a lo largo de esta obrita, que Dios no es amigo de la espectacularidad vacía, sino del signo humilde lleno de contenido, así que esa segunda venida tendrá que ser al estilo de Dios y no a la manera de los convencionalismos humanos. Y, además, la misión de la misma no puede ser de redención, puesto que ya está; así que tendrá que ser de santificación, de glorificación, de manifestación de la Verdad, según lo anuncia el libro del Apocalipsis (5, 4-5): «Yo lloré mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro y de leerlo. Uno de los ancianos me dijo: *Deja de llorar; he aquí que ha vencido el León de la tribu de Judá, el vástago de David, de suerte que él abrirá el libro y sus siete sellos.*»

171. Los últimos tiempos

Decíamos en «168. El devenir histórico» que nos encontrábamos en el quinto nivel de la cuarta y última fase de la historia. Cuarta fase en la que se va progresando en el conocimiento de Dios que cada vez se va haciendo más presente, se va poniendo más de manifiesto; camino que conduce a la consumación, a la perfecta unidad. Y quinto nivel propio de la comunicación, de la comunicación del conocimiento de Dios, es decir, de la revelación. (Dios con el hombre, o Dios con nosotros.)

Sin embargo, hemos comprobado en «169. La historia del creyente», que nos encontramos en las postrimerías de ese quinto nivel o quinta época, y nos encaminamos hacia la sexta, la de la libertad del conocimiento de Dios, es decir, la de la mística, en la que se interioriza la revelación. (Dios en el hombre: que significa simultáneamente "Dios en nosotros" y "Dios en mí".)

Pues en esta sexta etapa, una vez ya explicitado el Espíritu Santo, comienza a superponerse la explicitación de la Madre Inmaculada. Así que es una etapa de manifestación de la razón, de la abstracción, de la Verdad y del Espíritu en la Iglesia, y sobre ella se irá forjando la unidad como guía determinante. Y en cuanto a los sucesos, avatares y acontecimientos: con mirar los dos ciclos históricos previamente comparados, ya nos podremos hacer una idea (eso sí, cambiándolos de plano, y teniendo en cuenta la razón, la libertad y la unidad de esta etapa).

Ya comentábamos en «31. El fin de la creación histórica», que la historia se encamina hacia su corrupción, hacia su disolución en la consumación. Pero, disolverse y consumarse, significa perder el flujo único de la historia, que se convierte en múltiple, superponiéndose conjuntamente; es decir, produciéndose una "armonización" o "confusión" (fusión conjuntada) de épocas,

situaciones y momentos. (Como en el ejemplo de la muñeca rusa, que una se mete dentro de otra hasta constituir un todo único.)

Pero esta progresiva situación de "confusión histórica" (previa a la consumación), en la que toda la verdad, enmascarada por la mentira, se rescata: se produce a consecuencia de la posibilidad de acceso a otros momentos históricos que se va abriendo, o sea, a la posibilidad de "viajar" en la historia.

Y este "viaje" se puede realizar de dos maneras: Bien hacia "afuera", es decir, cambiando las coordenadas de espacio, tiempo y materia, o lo que es lo mismo, viajando a través del universo (que, teniendo en cuenta el cambio de apreciación del universo que se aporta en «Sobre Lenguaje», tal viaje se convierte en perfectamente factible, aunque, hoy en día, inviable), situación que daría lugar a la aparición de supuestos "extraterrestres" en otras épocas. O bien, otra forma mucho mejor y más auténtica, que es viajar hacia "adentro", a modo de viaje en la memoria (indudablemente una situación mucho más cómoda).

Esta segunda situación va ligada a la toma de conciencia del hecho del influjo universal que tiene todo pecado o toda obra de amor (reparación), y sería su materialización personal; lo que daría como resultado una "materialización intelectual perceptible", lo que la tradición denomina como un ángel.

172. Los ángeles

Parecía que no iba a haber lugar para los ángeles en toda la creación, pero por fin han aparecido.

Efectivamente, en los niveles de la creación se pasaba del sexto, el de la humanidad, al séptimo de la santidad, y con éste, a la plenitud de Dios, sin que, en ello, unos seres "solamente" espirituales tuvieran cabida. Y máxime, si hasta la Criatura por excelencia tiene entidad corpórea, y asunta en cuerpo y alma a los cielos, proporciona entidad corpórea hasta al mismo Dios. E, incluso, si todas las criaturas son hijas de María, ¿los ángeles, acaso, no son criaturas para tener realidad corpórea? Y si todo se explicita en la historia, ¿los ángeles no?

Además, la santidad irreversible del séptimo nivel, hace imposible la coexistencia en él de ángeles buenos y ángeles malos; luego lo "angelicalidad" es una propiedad de la humanidad, no de la santidad (aunque los santos la empleen para el bien, y los hombres para el mal).

En esta sexta etapa de la fase final de la historia, de la que estamos tratando, aún es posible la coexistencia de lo bueno y de lo malo, de lo puro y de lo impuro, puesto que aún no se ha alcanzado la totalidad de la séptima. Es decir, la vida sigue tal como la conocemos, pero evolucionando hacia la disolución de la historia, en ese acceso progresivo a la libertad histórica que se ha adquirido. Con lo que, el hombre (independientemente de su santidad o no), descubre esa posibilidad de realizar una "materialización intelectual perceptible" sobre, en, o a través de, cualquier otro hombre de la historia (siempre que este último le deje), mediante ese influjo universal que ya comentamos.

Como bien se deduce, esa "materialización intelectual perceptible" al ser "intelectual" sólo afecta al sentir de la persona que la recibe (el vidente), de tal forma, que los demás no pueden ver (salvo que también reciban esa influencia) esa visión del "más allá", ese ángel.

Pero, además, esa influencia no se puede ejercer si la persona que la recibe no está abierta a ella, es decir, si no le cede su voluntad. (Situación que ya comentamos al referirnos al pecado y su consecuencia la tentación, y a sus contrarios la reparación y la sugerencia de amor.)

Quien acepta la tentación (le cede su voluntad), puede recibir con ella la "visión" de un ángel malo. Quien acepta la sugerencia de amor puede recibir a un ángel bueno.

Así que, el poder de los ángeles malos, de los "ángeles caídos", no es otro que el que la misma persona le otorga al cederle su voluntad. Voluntad que ya se encargan ellos de minar con la seducción manipuladora y su "maravillosismo" fatuo.

Sin embargo, a los santos ángeles, se les reconoce precisamente por su santidad, y por su lenguaje sugerente al modo de Dios. Así que, quien está abierto al bien, está abierto a los santos ángeles y a sus mensajes de revelación, manifestando esa santidad en su vida que le hace acreedor a tal revelación. Luego la santidad del vidente demuestra la verdad de su visión. Si no se produce tal demostración, es que la visión procede del mal, por mucho que aparente lo contrario. (Véanse montones de supuestas apariciones de la Virgen que no producen ese efecto, y que no parecen tener otra intención que la de generar confusión y ocultar una verdadera entre muchas falsas; y véanse, sin embargo, cómo las auténticas se reconocen a la legua por el típico y sencillo estilo de Dios.)

En resumen: Un ángel es la influencia de un hombre en otro bajo la forma de "materialización intelectual perceptible", situación en la que la humanidad del ángel no es correctamente percibida. Y esa influencia procede, de hombres o de santos, situados en la sexta etapa histórica que venimos comentando, o de santos de la séptima. Así pues, la importancia del ángel no radica en su angelicalidad, sino en su santidad. (Si el que influye es Dios, se trata del "ángel de Dios", como dice el Antiguo Testamento; es decir, del mismo Dios.)

173. El Purgatorio

La condensación histórica que se produce en las postrimerías de esta sexta etapa que hemos denominado "Dios en el hombre", y que ya anuncia la consumación, plantea una serie de simultaneidades que espero saber explicar.

Por un lado habíamos visto, en «168. El devenir histórico», que cada nivel de la creación tiene su explicitación, su "reinado" específico, en una determinada época de la historia. Sin embargo, aún no nos hemos encontrado, en toda la historia universal, una etapa en la que se manifieste el predominio de los santos y que conduzca o su "reinado" definitivo en la séptima etapa. Así que esa etapa, por fuerza, ha de ser esta sexta de la que tratamos.

Además, esta sexta etapa, como es propio en el sexto nivel, ha de ser un periodo de opción en el que: o se elige la unidad (el compartirse), o no se elige;

y como la unidad sólo es verdaderamente posible a través de la santidad, la opción se traduce en: o se elige la santidad o no se elige, pero eso ya sin cortapisas en la decisión, sin condicionantes; porque en la sexta etapa ya se es libre para ser libre, es decir, el hombre alcanza la totalidad de la libertad (pero no la plenitud de la misma, porque eso supondría su disfrute y que ya se ha optado afirmativamente, lo que le situaría automáticamente en el séptimo nivel).

Por otro lado, la interconexión con los otros momentos, etapas y fases de la historia es factible (lo va siendo progresivamente), con lo que esta etapa va extendiéndose e incluyendo a las otras, de tal modo, que se puede decir, que se va rescatando para ella todo lo que no está aferrado a su etapa respectiva (aunque sí lo esté todavía a la historia), o sea, todo lo que, en algún momento, hubiera querido optar por la santidad pero no le ha sido verdaderamente posible.

En síntesis: Esta sexta etapa es un periodo o tiempo histórico, pero, simultáneamente, comienza o dejar de serlo, por lo que, en ella, confluyen: tanto lo que viene directamente de la sucesión temporal, como lo que viene de otros momentos de la historia.

Pero además, hemos comentado en «172. Los ángeles», cómo esta manifestación humana podía llegar a cualquier persona a través de esa influencia universal del pecado o la reparación. Pues quien acepta la influencia del pecado, queda aferrado a la historia para vivir en la mentira, mientras que quien acepta la de la reparación, se desprende, se despegaba de la historia, haciendo posible su rescate a través de ese mismo influjo, pasando a vivir con esos "ángeles de la guarda" que le rescatan (consecuencia de la comunión de los santos).

Complicando un poco más la cosa: En consecuencia a lo anterior, quien ejerce la reparación (poner amor donde no lo había), sea en la época que sea, facilita ese rescate antedicho; pero quien, además, lo hace con esa intención, se convierte en "ángel de la guarda" de esos rescatados (como ya insinuamos en «115. La corredención»), aunque no se encuentre directamente en la época histórica de la que tratamos; ya que es esa actitud la que lo saca de su época histórica para hacerle partícipe, además, de esta sexta.

Visto desde otro ángulo: Quien opta por la santidad comienza a vivir desapegado de su momento histórico, haciéndose presente en éste del que tratamos.

O desde otro: El acceso al "yo comunitario", siguiendo el camino de las moradas de nuestro castillo interior, es un camino hacia la intemporalidad, que aleja al que lo recorre de la mentira de la creación histórica, y le acerca a la eternidad de Dios y a su omnipresencia; así que, cuanto más cerca se esté de ese centro de omnipresencia, más fácil será el simultanear momentos históricos (y en especial en esa antesala de la omnipresencia que hemos denominado Purgatorio).

O, desde otro más: El Purgatorio es, tanto una situación personal, posible en cualquier etapa histórica, mediante la cual se ejerce la corredención, como un periodo histórico concreto en el que puede ejercitarse libremente la opción a la santidad o su rechazo (periodo en el que aún está presente la muerte, porque el pecado todavía no ha sido desterrado).

Y desde otro aún: Siguiendo con la comparación que en otros puntos hemos establecido con el Templo judío en sentido estricto, ahora abrimos miras y nos fijamos en el recinto del Templo, en su atrio, donde se encontraba el altar de los holocaustos y la pila de bronce para las abluciones. Pues ese atrio es esta sexta etapa. (La quinta etapa correspondería entonces, en este simbolismo, a la ciudad santa de Jerusalén que alberga el Templo; y la cuarta, al reino o "Tierra Prometida" de Israel). Así que, esta sexta etapa que comentamos, es la correspondiente a la purificación previa antes de entrar en la tienda del testimonio, en el templo en sí; situación y etapa en la que se quema en holocausto todo lo que es histórico para dar a Dios lo que es de Dios y a la historia lo que es de la historia (los detritus, la mentira), y en la que se purifican todas las intenciones como comentábamos en «151. El agua que limpia» y en «157. Lavaos los pies unos a otros», y en la que, para ello, debe asumirse toda la historia personal y, con ella, la universal. Pero en la que, en consecuencia, no interesan los acontecimientos ajenos a este propósito conductor, motivo por el cual, al autor del Apocalipsis (11, 1-2), se le dice que no los cuente, que no "mida" ese atrio: «Y me fue dada una caña semejante a una vara, diciendo: Levántate y mide el templo de Dios, el altar y los que allí adoran; y el patio que está fuera del templo exclúyelo, y no lo midas, porque ha sido dado a las naciones, y pisotearán la ciudad santa cuarenta y dos meses.»

Resumiendo de nuevo: El Purgatorio es un periodo histórico en el que predominan los santos; es un periodo, y a la vez, una situación, de opción libre, de corredención, de desapego de la historia (de su mentira), de interconexión histórica, de introspección mística, y es antesala de la comunión definitiva en Dios consumación.

Notas y comentarios:

Puede parecer que el concepto tradicional de purgatorio no se encuentra en el que acabamos de comentar, y, sin embargo, si se observa atentamente se verá que está incluido en el mismo, porque, no hay que olvidar que, una "situación espiritual de reparación", tiene presencia histórica concreta y, simultáneamente, panhistórica.

XXV. LA CONSUMACIÓN

174. La entrega del Reino al Padre

Pues esta sexta etapa concluye, según lo expresa San Pablo en su primera carta a los Corintios (15, 28): «Y cuando todo le esté sometido, entonces el Hijo, a su vez, se someterá a aquel que todas las cosas le sometió, para que Dios sea todo en todas las cosas».

Una vez santificadas todas las cosas, rescatadas del falso poder de la mentira, y devuelta la plenitud a la creación, se realiza la consumación entre ésta y su Creador auténtico, es decir, se alcanza el Dios consumación: La ascensión de la Creación plena (María) a los cielos, y la desaparición de toda corrupción (de la muerte).

Y como vimos que ocurría en las dos etapas precedentes, en el final de ésta, también se produce la plena manifestación de lo que había ido gestándose a todo lo largo de la etapa: La Madre Inmaculada se hace presente en la Iglesia, o lo que mejor se diría (teniendo en cuenta que a la etapa la denominábamos "Dios en el hombre"), la Iglesia se hace presente en la Madre Inmaculada (la elige libremente como sede del "yo comunitario" al amarla).

Si retornamos a nuestra fuente de la sabiduría, a la Trinidad, podremos alcanzar otra perspectiva de este proceso:

Como ya comentamos en «170. Desde allí ha de venir», nos encontramos (continuando el proceso de autoconocimiento y autogeneración que se va explicitando en la historia), con que, el "yo cotejador", funde (identifica) en sí al "yo pensante" y al yo que mira", siendo entonces mostrado, "mirado" (reconocido y hecho presente) por estos dos "yos". Tomando, a continuación, el "yo único", las riendas del proceso, para hacer confluir en sí a los tres "yos", que le "miran" y manifiestan, haciéndole presente, (revelándole); con lo que, en este proceso, se empiezan a producir simultaneidades que inician, de hecho, la realización de la consumación (todo a la vez), lo que implica, que en la explicitación histórica también se producen estas simultaneidades.

Así, el "yo cotejador" (Espíritu Santo, relación de Dios) ha de ser comparado (cotejado) con el "yo que mira" (Hijo, distinción de Dios) e identificado con él, y simultáneamente, comparado con el "yo pensante" (Padre, concepto de Dios) e identificado con él. Pero, como es el "yo pensante" el que piensa (valga la redundancia), es el que ocupa ahora el lugar (la función) de "yo único" (Inmaculada Concepción, generación de Dios), para pasar de decir: «son un mismo yo», a decir: «también son yo», y en consecuencia: «también soy yo», al identificarse, por fin, el "yo pensante" (Padre) y el "yo único" (Inmaculada Concepción). Así, el "yo pensante" ha descubierto, en su comunicación y dinámica interna trinitaria (pensamiento), su existencia, su ser, y puede decir: «pienso, luego existo», y «existo, luego yo soy».

O dicho de otro modo: El Espíritu Santo y el Hijo se identifican para mostrar al Padre, para "mirarle", y esa identificación cobra presencia histórica gracias a la Madre Inmaculada, que también le mira. (Y viceversa: El Padre [Concepto] es el que muestra al Hijo [Distinción] y al Espíritu [Relación], al igual que el Hijo lo hacía con el Padre y el Espíritu, y el Espíritu con el Padre y el Hijo). Pero, a su vez, esta Madre Inmaculada (Unidad) es "mirada", además de por el Hijo y el Espíritu, también por el Padre, con lo que la pone de manifiesto en su plena expresión de Inmaculada Concepción (Generación), de Criatura por excelencia, de Creación plena.

Lo que, desde un plano más "histórico", puede verse así: El final de la sexta etapa implica la consumación de la explicitación de la Madre Inmaculada en la historia (historia que ya es de caminos múltiples por decirlo de alguna manera), y su presencia de hecho en la misma (al igual que ya había ocurrido con el Hijo y el Espíritu), pero esa presencia, que en un primer momento es como Hija de Dios, para así poder manifestar al Hijo y al Espíritu en relación con el Padre, evoluciona a Esposa de Dios para manifestar al Padre y al Hijo en relación con el Espíritu, y, a su vez, ésta, a la de Madre de Dios para hacer lo propio con el Padre y el Espíritu en relación con el Hijo. Sin embargo, es, en el paso a esa segunda situación, y antes de llegar a la tercera, donde se produce el cambio de etapa histórica, ya que esa tercera supone el acceso a la totalidad de la unidad,

y esa situación ya no es compatible con la mentira de la historia, con lo que se desencadena el Juicio final.

175. El Juicio final

Veamos primero cómo se llega a esta situación desde la evolución histórica sucesiva (a la que luego añadiremos la simultánea).

En «169. La historia del creyente» se podía observar que, siguiendo el estrato correspondiente al Pueblo de Israel, al final del mismo, después de casi dos mil años, volvía a establecerse Israel como estado independiente; coincidiendo dicha fundación con los tiempos finales del ciclo siguiente (con el de la Iglesia cristiana, y, concretamente, dos años antes de la promulgación del Dogma de la Asunción, acontecimiento que vimos alcanzaba el punto de ciclación).

Después del rechazo a la evolución y a su acceso al ciclo siguiente, la parte del pueblo judío que persistió en conservar su tradición humana, su herencia según la carne, y perdió la herencia según la fe, y con ello la promesa y la verdadera herencia (al igual que le sucedió a Esaú): al abandonar su verdadero punto de apoyo, su verdadera identidad: se vio abocada, por su propia decisión, a la corrupción de todo su mundo y al destierro; y, como el hijo pródigo de la parábola, «despilfarró toda su herencia viviendo perdidamente» (destierro). Y so pretexto de mantenerse fieles a Dios, sostuvieron, perseverantemente, su obcecación ególatra de búsqueda de su propia identidad en sí mismos, en sus tradiciones (su "yo soy" en minúscula), pero no en Dios (el "Yo soy" en mayúscula), con lo que, al elegir la existencia relativa, la "no existencia", se convirtieron en "no criatura" histórica, en "no nación" (el pueblo "abandonado" por Dios). (Situación que ya comentamos en «71. Honrarás a tu padre y a tu madre», y que sería bueno releer).

Sin embargo, el desasosiego interior, la sensación de abandono y pérdida de identidad (vacío interior), fomenta la añoranza de tiempos pasados y el deseo de revivirlos, con la falsa idea de que, al vivenciarlos de nuevo, se colmará ese vacío; con lo que se emprende el camino de la restauración de lo añorado, pero sin cambiar de actitud ni de criterios, lo que, irremediablemente, lleva el fracaso asegurado; ya que, al conseguir el objetivo, el vacío sigue sin llenarse, con lo que la frustración es mayor. Y eso es precisamente lo que ha llevado a cabo el pueblo judío con la restauración de Israel como estado independiente, y ésta es su situación de desasosiego permanente, aun habiéndolo logrado.

Bueno, pues todo eso mismo, cambiado de plano y transportado al ciclo siguiente es lo que aparece al final de la sexta etapa histórica que venimos comentando, para que, así, se cumpla lo anunciado en el Apocalipsis (20, 1-3.7-10): «Y vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y asió al dragón, la antigua serpiente, que es el diablo y Satán, y lo encadenó por mil años. Y lo arrojó al abismo, y cerró y puso el sello encima de él, para que no sedujera ya más a las naciones hasta que se terminaron los mil años; después de esto, debe ser desatado por un poco de tiempo.» (...) «Y cuando hayan finalizado los mil años, Satanás será libertado de su prisión, y saldrá a seducir a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, para juntarlas para la guerra, cuyo nombre es como

las arenas del mar. Y subieron a la explanada de la tierra, y cercaron el campo de los santos y la ciudad amada: y descendió fuego del cielo y los devoró. Y el diablo que los seducía fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde igualmente están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados noche y día por los siglos de los siglos.»

Ese rebrote final no es sino el inicio del periodo de resituación que enunciarnos en «169. La historia del creyente», en el que la criatura busca una desembocadura final para toda la historia, y que, aferrándose a ella y esclavizándose a su determinismo, se ve inexorablemente predestinada a dar fin a la misma cerrando el ciclo; es decir, enlazando, a través de la "nada", con la primera etapa de la primera fase de la historia: la etapa de las dimensiones físicas (situación que implica un autodestierro, un verdadero suicidio). Para lo que seguirá las pautas de cambio de fase descritas en «168. El devenir histórico», y así, sobre un esbozo de relación organizativa comunitaria con apariencia de libertad, tratará de imponer su "razón".

Pero si, además de lo antedicho, recordamos que la sexta etapa es la de la libre opción, y que en la séptima (como en cualquier séptima expresión de ese séptimo nivel), no puede entrar nada que no sea santo: caeremos en la cuenta que hemos llegado al punto de ciclación de toda la historia, y a la situación, que ya tratamos en los puntos 22 al 30, en la que el demonio establecía su pecado.

Pues así tenemos a un hombre, que aún no ha establecido su primera relación de amor, pero que aparenta una gran santidad y una extrema fidelidad a Dios, descubriendo, gracias a su gran inteligencia (pero no superior a la lógica infinitesimal), que él puede ser el mismo "Creador sin criaturas" si opta por la "no existencia", y que, dada la posibilidad de su época de influir a toda la historia universal, puede seducir a todos y alzarse con el poder y dominio sobre la misma, con lo que decide constituir una "obra de Dios" a modo de neoinstitucionalización eclesial, que gobierne a todas las criaturas, y a cuya cabeza estará él mismo como "Padre" que es de todas ellas; pero teniendo bien cuidado de no contravenir en nada la *letra* de la verdad revelada (para así poder engañar a todos), y aparentar cumplir con todo lo esperado para este momento final de la historia, con lo que se esforzará en buscar una "hija" sobre la que apoyarse a modo de Iglesia consumada, de Creación que surge de la "nada". (Aunque esa situación de confusionismo final no alcanzará en ningún momento la agudeza de la que vivimos hoy en día, en el momento de escribir estas líneas.)

Pero lo que no podrá prever (porque la verdadera sabiduría la da la santidad y no la inteligencia ni el pseudopoder), es que, donde menos espere, en su misma mentira, surgirá la verdad que le desenmascare definitivamente, tanto a él como a su cohorte de adoradores (que no de amadores, que entonces serían capaces de discernir el mal, e intentarían hacérselo ver).

Y es en ese momento en el que la Criatura por excelencia, María, desvela esa mentira, la mentira del mundo, cuando se alcanza el momento de la opción última: El Juicio final.

Pues al ser este momento puntual, en el que muere la muerte al ser desvelada su mentira, el punto en el que confluye todo el flujo histórico individual y colectivo: es el momento en el que coincide toda la historia universal; por lo que es el punto al que conduce la muerte individual de cada

uno, y en el que, como en un despertar, se descubre y conoce toda la verdad de la revelación (aunque no se puede disfrutar de ella hasta que no se opte).

El conocimiento de toda la realidad de Dios, aunque no de su plenitud (que eso supondría el disfrute de la misma al haber optado por ella): coloca a la criatura ante el abismo de opción que comentamos en «29. La tentación». Quien ya haya optado por Dios, sólo tendrá que consumir (culminar) su opción, si no lo ha hecho ya. Quien no la haya tomado todavía, porque no le haya sido posible (situación harto difícil, porque siempre que se elige el bien, se opta plenamente), tendrá que decidirse, implicando todo su ser en ello (no sólo su intelecto), por lo que elegirá el camino de la conversión que conduce a la reparación (comentado en los puntos 47 al 50), y con ello, entrar en el atrio del Templo que es el Purgatorio. Pero, como Dios no se impone a sus criaturas porque las ama, quien le rechace y prefiera el agnosticismo (la supuesta ignorancia de Dios), y la mentira de la historia: se quedará en ella; para lo que tendrá que suicidarse verdaderamente optando por la segunda muerte.

176. El Infierno

Acabamos de comprobar que la posibilidad de cambiar, de convertirse, reside *exclusivamente* en la historia, ya que, incluso, el Juicio final es una situación todavía histórica al no haber alcanzado la plenitud de Dios; así que quien, en esa posibilidad de opción, elige, libre y voluntariamente el quedarse en la historia, el aferrarse a la mentira de la "no criatura", de la "no existencia", aislándose en el egoísmo de vivir en sí mismo y en su vacío interior: Ésa será justamente su elección; y el "premio" que obtendrá: su propia vida histórica. (Ya ha elegido no tener "más allá"). Autocondenándose a vivir, indefinidamente, en una existencia que no acaba, dentro de esa vida corruptible (porque Dios no se arrepiente de nada de cuanto ha hecho); siempre rechazando la salvación atemporal de Jesucristo, siempre con opción al arrepentimiento, pero negándola siempre. (Éste es el desasosiego del sufrimiento espiritual que mencionábamos en «53. El sufrimiento y el dolor».)

Al rechazar la existencia absoluta, se condena a la relativa (a la "no existencia"), con lo que ésta se limita a ser una mentira, un velo que cubre la verdad de su ser, una hoja seca a merced del viento; una pavesa, que al arder, no se ha trascendido, pero ha perdido su consistencia y su ser de leño; aquello que siempre se busca a sí mismo y nunca se encuentra. Pero que, además, si todavía no contento con aislarse en sí mismo, niega su "yo relacional" (la unidad de su yo), se parte en dos "yos" del nivel inferior, disgregándose, y perdiendo en ello la capacidad de negar: la libertad.

Cada uno elige el infierno, o lo que es lo mismo, cada uno elige y hace que su vida sea un infierno, si no la asume tal cual es y se libera de su esclavitud.

En consecuencia: Nadie va engañado o por accidente al infierno, éste se elige con plena voluntad y libertad.

177. El Cielo. (La Gloria)

A Dios hay que elegirlo, Él no se impone a sus criaturas, y les otorga la capacidad de ser libres, de poder ser cualquier cosa, y en ese poder: el de ser

todo en todas las cosas como Él lo es; y eso sólo se puede hacer amándole, ya que el que ama hace propio lo amado. Dios ya es consumación porque lo ama todo, así, la criatura, también lo será si actúa de igual manera y también le ama a Él. A quien le quede algo por amar, no sólo no amará a ese algo, sino que tampoco amará plenamente a Dios, porque Dios es plenitud y entonces no podrá acceder a Él. (Dios siempre estará "escondido", para la criatura, en esa "no existencia" que aún no ama, en ese "más allá".)

Pues quien ame a ese "más allá" acabará haciéndolo presente, transformándolo en un accesible "más acá", en un "aquí y ahora"; y así, una vez traspasada la puerta de acceso a la última etapa de la historia, la de la totalidad de la unidad, que es propia y exclusiva de los santos, y en la que reina el bien y ya no hay corrupción: por fin, la Inmaculada Concepción muestra al Padre, con lo que la criatura santa, al alcanzar la plenitud de Dios, puede también ejercer su maternidad al vivir y disfrutar (ya de hecho) del "yo comunitario", con lo que su "yo soy" en minúscula se transforma en "Yo soy" en mayúscula, en el mismo Dios consumación. Con lo que las dos partes que desde la historia pueden apreciarse en este séptimo nivel (el Santo y el Santo de los santos), para la criatura santa que llega por fin a ella, se convierten en una sola estancia: ¡Todo es Templo de Dios!

Templo de Dios, que en su aspecto histórico, está formado, simultáneamente, por la vida histórica de cada santo, la vida propia del séptimo nivel, y la que constituye toda la historia universal, y desde el que puede contemplarse el "yo comunitario" y su maternidad, y afirmar: «también soy yo». Y que, en su aspecto consumado (suprahistórico y panhistórico): abarca, comprende y comparte (ama), la plenitud de Dios; permitiendo exclamar: «¡Yo soy también!»

Llevando por fin, a su sentido último, las palabras del Apocalipsis (22, 3-4) referidas a la Ciudad Santa de Dios: «Y el trono de Dios y del Cordero permanecerá en ella; y sus servidores lo adorarán, y verán su rostro, y su nombre sobre sus frentes. No habrá más noche, ni necesidad de luz de lámpara ni de luz de sol, porque el Señor Dios los ilumina y reinarán por los siglos de los siglos».

NOTAS FINALES:

1) Resulta difícil creer, si no imposible, que todo esto no se refiera realmente a Dios, y se trate de una proyección de mí mismo. (Yo, por mucho que quisiera, no soy tan bueno ni tan perfecto). Pero si, aun así, los lectores se empeñasen en decir que esto es cosa mía, una elucubración falaz; que es una autoproyección porque no se puede dar lo que no se tiene ni sacar de donde no hay (iy de dónde voy yo a sacar algo así si no es de Dios!), y "dando razones de su esperanza" me mostrasen mi error ayudándome a salir de él; pues aun así, no les quedaría más remedio que reconocer, que si este todo coherente y diáfano lo es (o puede inventárselo) un simple hombre, ¿acaso no lo puede ser y hacer Dios, y muchísimo mejor? ¿Quién como Dios?

27 de marzo de 1996

2) «Los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.» (*Rm 8, 18-21*)

3) Queda cumplido el dogma del Concilio Vaticano I mencionado en la nota 4 de «0. Introducción».

22 de agosto de 2006.
Santa María Virgen, Reina

ÍNDICE ALFABÉTICO

81.	El adulterio	089
121.	Las advocaciones marianas	112
76.	La afectividad	086
151.	El agua que limpia	129
XI.	LA ALIANZA	078
66.	La Alianza	078
94.	Amar a los enemigos	096
68.	1º) Amarás a Dios sobre todas las cosas	080
41.	La amistad	053
40.	El amor	052
172.	Los ángeles	153
141.	La apostolicidad de la Iglesia	124
IX.	EL APRENDIZAJE	072
63.	El aprendizaje de la experiencia	076
49.	El arrepentimiento	060
62.	La autocrítica	075
126.	La Ascensión	114
101.	Asunta al cielo	099
147.	El ayuno	127
149.	El Bautismo	128
85.	Las bienaventuranzas y el Reino de Dios	092
145.	La capacidad de atar y desatar	126
129.	El castillo interior	115
140.	La catolicidad de la Iglesia	123
163.	El celibato	133
177.	El Cielo. (La Gloria)	160
135.	La ciudad interior	121
118.	La comunión de los santos	109
152.	La Confirmación	129
57.	El conocimiento de Dios	066
XXV.	LA CONSUMACIÓN	156
V.	LA CONVERSIÓN	059
47.	La conversión	059
115.	La corredención	107
III.	LA CREACIÓN	040
30.	La creación	040
18.	La criatura	026
134.	El cuerpo místico de Cristo	121
26.	El demonio	037
116.	Descendió a los infiernos	108
170.	Desde allí ha de venir. (La segunda venida)	150
56.	El despojamiento ante Dios	066
168.	El devenir histórico	137
I.	DIOS	015
7.	Dios absoluto	019

28.	Dios amoroso	039
13.	Dios bueno	023
6.	Dios consumación	019
17.	Dios creador	025
3.	Dios ente personal	017
131.	Dios Espíritu Santo	117
11.	Dios eterno	023
15.	Dios fiel, coherente, consecuente	024
95.	Dios Hijo	096
21.	Dios humilde	032
16.	Dios inmutable	025
5.	Dios libre	018
51.	Dios misericordioso	061
10.	Dios omnipotente	022
65.	Dios Padre	078
4.	Dios perfecto	018
20.	Dios principio y fin de todas las cosas	031
64.	Dios providente	077
9.	Dios real	020
2.	Dios todopoderoso (omnipotente)	016
12.	Dios único	023
14.	Dios verdadero	024
8.	Dios vivo	020
109.	Dios y hombre verdadero. (Hijo del hombre)	102
167.	El don de lenguas	136
117.	El efecto de la redención	108
111.	El ejemplo	104
79.	El enamoramiento	087
106.	La Encarnación	100
174.	La entrega del Reino al Padre	156
58.	La escucha de Dios	067
166.	La especulación profética	135
XIX.	EL ESPÍRITU SANTO	115
162.	Los esposos	133
142.	La estructura jerárquica	124
154.	La Eucaristía	130
1.	La existencia de Dios	015
22.	La existencia del mal	033
48.	La fe	059
54.	La fe y las obras	064
31.	El fin de la creación histórica	047
XXIII.	LA HISTORIA	137
169.	La historia del creyente	139
IV.	EL HOMBRE	049
34.	El hombre	049
71.	4º) Honrarás a tu padre y a tu madre	081
XX.	LA IGLESIA	121
136.	La Iglesia	122
77.	La impureza o sexualismo	086
144.	La infalibilidad del Papa	126
176.	El Infierno	160

96.	La Inmaculada Concepción	097
	Índice ordinal	003
0.	Introducción	009
120.	La Jerusalén celestial	112
XIV.	JESUCRISTO	102
108.	Jesucristo el Hijo de Dios	102
128.	Juez de vivos y muertos	115
175.	El Juicio final	158
VI.	LA JUSTICIA	062
52.	La justicia de Dios	062
157.	Lavaos los pies unos a otros	131
133.	El lenguaje simbólico	120
59.	El lenguaje sugerente de Dios	068
35.	La libertad	048
91.	Los limpios de corazón, (porque ellos verán a Dios)	094
98.	La llena de Gracia	098
74.	Macho y hembra los creo	083
105.	Madre de Dios	100
104.	Madre de los hombres	100
67.	Los mandamientos.	079
146.	Los mandamientos de la Iglesia	127
87.	Los mansos, (porque ellos heredarán la tierra)	093
XIII.	MARÍA	097
137.	María, Madre de la Iglesia	123
161.	El Matrimonio	132
103.	Medianera de todas las gracias	099
23.	La mentira	034
90.	Los misericordiosos, (porque ellos alcanzarán misericordia)	094
XV.	LA MISIÓN	103
110.	La misión	103
32.	La muerte	047
84.	10º) No codiciarás los bienes ajenos.	091
73.	6º) No cometerás actos impuros, y 9º) No consentirás pensamientos ni deseos impuros.	082
83.	8º) No dirás falso testimonio ni mentirás	091
82.	7º) No hurtarás	090
72.	5º) No matarás	082
69.	2º) No tomarás el nombre de Dios en vano	080
	NOTAS FINALES	161
114.	La oblación por nuestros pecados	107
38.	El odio y el rencor	051
VII.	LA ORACIÓN	065
55.	La oración	065
159.	El Orden	132
160.	El Orden sacerdotal	132
27.	El orgullo y la soberbia	037

92.	Los pacificadores, (porque ellos serán llamados hijos de Dios)	094
X.	EL PADRE	077
155.	El pan y el vino	130
112.	La pasión y muerte de Jesús	106
II.	EL PECADO	033
25.	El pecado	036
43.	El pecado original	055
45.	El pecado personal	057
156.	La Penitencia o Confesión	130
150.	El perdón de los pecados	128
93.	Los perseguidos por ser justos, (porque de ellos es el reino de los cielos)	094
86.	Los pobres o pobres en el espíritu, (porque suyo es el reino de los cielos)	092
143.	El primado de Pedro: El Papado	126
165.	La profecía	134
XXII.	LO PROFÉTICO	134
164.	El profetismo	134
173.	El Purgatorio	154
88.	Los que lloran, (porque ellos serán consolados)	093
89.	Los que tienen hambre, o hambre y sed de justicia, (porque ellos serán hartos)	094
XVI.	LA REDENCIÓN	106
61.	La reflexión	072
102.	Reina de cielos y tierras	099
XII.	EL REINO	092
37.	La relación de agradecimiento	050
39.	La relación de amor	051
36.	La relación de necesidad	049
80.	La relación o situación matrimonial	088
50.	La reparación	061
XVIII.	LA RESURRECCIÓN	113
125.	La resurrección de Jesús	114
124.	La resurrección de la carne	113
VIII.	LA REVELACIÓN	070
60.	La revelación	070
122.	El Rosario	113
XXI.	LOS SACRAMENTOS	128
148.	Los sacramentos	128
113.	La Salvación	106
107.	San José	101
42.	La santidad	054
139.	La santidad de la Iglesia	123
70.	3º) Santificarás las fiestas	081
99.	Santísima	098
XVII.	LOS SANTOS	109
119.	Los santos	111
24.	La seducción manipuladora	034
44.	Las seguridades	055

127.	Sentado a la derecha de Dios Padre	115
75.	La sexualidad	084
100.	Siempre Virgen	098
132.	El simbolismo y los signos	119
78.	La sublimación	086
53.	El sufrimiento y el dolor	062
29.	La tentación	040
46.	La tentación personal	058
19.	La Trinidad	026
XXIV.	LOS ÚLTIMOS TIEMPOS	150
171.	Los últimos tiempos	152
158.	La Unción de enfermos	131
153.	El ungimiento	129
138.	La unidad de la Iglesia	123
130.	La verdad os hará libres	116
33.	La vida	049
123.	La Vida eterna	113
97.	La Virgen María	097

«Bendito sea el Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo,
y su Santa Madre, María Virgen, ahora y por siempre. Amén.»